

Biblioteca



de Historia

Enrique Ayala Mora, editor

SUCRE

Soldado y estadista



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Enrique Ayala Mora, editor

SUCRE, SOLDADO Y ESTADISTA

Biblioteca de Historia

La Biblioteca de Historia ecuatoriana nació con el propósito de poner a disposición de investigadores y público interesado un conjunto de clásicos de la historiografía nacional, escritos entre las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, cuyas ediciones originales estaban agotadas. Los primeros nueve volúmenes de la colección plasmaron esta intención original y llenaron una sentida ausencia bibliográfica. A partir del décimo volumen, la colección cambió de rumbo e incluyó la presentación de investigaciones históricas realizadas entre los años ochenta y noventa, sobre una variedad de temas específicos y épocas diferentes. La colección se nutrió de volúmenes inspirados en una pluralidad de enfoques y niveles de discusión académica, que reflejan en buena medida el clima historiográfico nacional y las contribuciones de algunos destacados ecuatorianistas.

La segunda época de esta colección editorial busca contribuir al debate historiográfico nacional, y al de la región andina, desde una perspectiva de renovación temática y metodológica. La colección incluye la publicación de investigaciones de reconocido mérito académico, inscritas en los ámbitos de la historia social, económica, política, cultural, o que adopten un enfoque interdisciplinario. La colección está abierta para publicar estudios sobre diversos períodos históricos, provenientes tanto del medio académico nacional como extranjero. Esta segunda época presenta además una renovación en el diseño editorial de la colección.

Guillermo Bustos,
editor

Enrique Ayala Mora, editor

SUCRE, SOLDADO Y ESTADISTA



Quito, 2009



BIBLIOTECA DE HISTORIA
volumen 28

Editor de la colección: Guillermo Bustos

Primera edición: Bogotá, Planeta / Universidad Andina Simón Bolívar,
1996

Segunda edición

ISBN Corporación Editora Nacional: 978-9978-84-501-1

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador: 978-9978-19-233-7

Derechos de autor: 031434 • Depósito legal: 004315

Impreso en el Ecuador, octubre de 2009

© *Corporación Editora Nacional*, Roca E9-59 y Tamayo
apartado postal: 17-12-886, Quito, Ecuador
teléfonos: (593 2) 255 4358, 255 4558, 255 4658 • fax: ext. 12
cen@cenlibrosecuador.org • www.cenlibrosecuador.org

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Toledo N22-80
apartado postal: 17-12-569, Quito, Ecuador
teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600 • fax: (593 2) 322 8426
uasb@uasb.edu.ec • www.uasb.edu.ec

Impresión: Editorial Ecuador, Santiago Oe2-131 y Versalles, Quito
Supervisión editorial: Jorge Ortega, Grace Sigüenza • Diagramación:
Margarita Andrade R. • Corrección de textos: Martha Andrade • Diseño
de cubierta: Raúl Yépez • Ilustración de portada: retrato del Mariscal de
Ayacucho, pintado por Antonio Salguero, Museo Municipal Alberto
Mena Caamaño

Contenido

Introducción	
<i>Enrique Ayala Mora</i>	7
1. La amistad de Bolívar y Sucre	
<i>Ramón J. Velásquez</i>	11
2. Sucre: soldado de la Independencia	
<i>Luis Andrade Reimers</i>	33
3. Importancia de Sucre en la historia de Colombia	
<i>Alonso Valencia Llano</i>	53
4. Sucre en la historia del Ecuador	
<i>Carlos de la Torre Reyes</i>	75
5. Sucre: soldado en los Andes peruanos	
<i>Manuel Burga</i>	105
6. Notas sobre el mariscal Sucre en Bolivia	
<i>René Arze Aguirre</i>	121
7. Organización de la República boliviana (1825-1828)	
<i>María Luisa Kent</i>	131
8. La penetración inglesa en Colombia y el pensamiento del mariscal Sucre	
<i>Jorge Núñez Sánchez</i>	159
9. El asesinato del mariscal Sucre	
<i>Enrique Ayala Mora</i>	187

10. Sucre: el héroe, el prócer, el hombre*Felipe Montilla*

205

Bibliografía

219

Introducción

Enrique Ayala Mora

Este es un libro sobre Antonio José de Sucre y su tiempo. Pero, si versa sobre un tema considerado como convencional, pretende enfrentarlo desde una diversa perspectiva. En efecto, aunque trata sobre una persona no es una biografía; aunque su tema principal son los años de la Independencia, no es un intento de hacer una nueva historia de ella. Esta obra es, con todas sus limitaciones, un esfuerzo comparativo de análisis sobre la acción y el pensamiento de un gran actor de la historia.

En realidad, la Independencia y sus protagonistas son el tema sobre el que más se ha escrito en nuestras historias nacionales. Hay una ya vieja tradición de exaltación heroica, fundamentalmente de los hechos militares, que se expresa en la inmensa mayoría de los estudios sobre los años de la Independencia y fundación de los Estados, especialmente de Colombia y el proyecto bolivariano. Sin embargo, el propio predominio de esa visión que canoniza a los héroes y promueve su culto, ha impedido que se estudiaran aspectos de significativa relevancia desde una perspectiva crítica.

Hay extensos campos del conocimiento que apenas han sido enfrentados. La situación de la gente común y corriente, su vida cotidiana, por ejemplo, han sido objeto de estudio muy marginal en ese y otros períodos. Pero los mismos grandes personajes y los hechos en que estuvieron envueltos pueden y deben ser estudiados desde diferentes perspectivas.

Antonio José de Sucre puede considerarse como una figura muy familiar en nuestro medio. Su nombre se repite varias veces en las páginas de la historia elemental que aprenden los estudiantes escolares de los países andinos. Sus retratos aparecen en muchos de nuestros lugares públicos, junto a los del Libertador Simón Bolívar. Y en naciones como su nativa Venezuela, Ecuador y Bolivia, comparte con él nada

menos que el título de “Padre de la Patria”. Pero a pesar de todo ello, paradójicamente, el Mariscal de Ayacucho sigue siendo un gran desconocido.

En efecto, la imagen que tienen de Sucre la casi totalidad de quienes creen conocerlo, responde más bien a un lugar común. El Mariscal es un gran soldado y un hombre bueno, quizá el mejor de la Independencia, pero nada más que eso. Se lo conoce como “ejecutor” de las disposiciones de Bolívar, como el más leal de sus lugartenientes. La propia identificación con Abel, que le fue adjudicada por el Libertador cuando supo de su asesinato, tiene connotaciones de ingenuidad, hasta de la simpleza que distingue a los subalternos aplicados pero de poca imaginación.

Es muy frecuente hallar en la retórica de nuestros discursos de ocasión una recurrente caracterización de Sucre como el “hombre puro”, no contaminado ni por la ambición ni por la lucha política. Y esto, que quiere ser el reconocimiento del máximo mérito, termina siendo la consagración del perfil de un hombre hecho para la guerra, pero incapaz de enfrentar los conflictos de la inicial constitución de nuestros Estados.

Para que esto haya sucedido se han dado varios factores. El más importante es quizá el propio tamaño del Sucre soldado, con sus grandes hazañas castrenses, cuyas dimensiones verdaderamente enormes han tendido a ocultar otras facetas de la vida del héroe. Por otra parte, la cercanía de Simón Bolívar, el personaje de mayor relieve en Hispanoamérica, tiende a dominar la escena, hace que a su lado aparezcan, como de menor relevancia, figuras de gran talla y significación. Además, es evidente que acciones militares como Pichincha y Ayacucho tuvieron más impacto en el conjunto de Colombia, el Perú y la América española de entonces, que el establecimiento y la organización inicial de Bolivia, en donde Sucre se consagró como gobernante.

Por fin, es también claro que esa recurrente tendencia a idealizar a los héroes, a relieves sus méritos, a eliminar sus limitaciones y colocarlos en el retablo de los “perfectos”, termina por castrarlos, por despojarlos de sus atributos humanos. Sucre ha llegado a ser objeto de un culto subsidiario al de Bolívar, que lo ha colocado para muchos en el lugar sagrado de los santos seculares de nuestra historia.

La celebración, en el año 1995, del bicentenario del nacimiento de Antonio José de Sucre, que para bastantes personas e instituciones se constituyó en motivo para reafirmar la tendencia a canonizarlo, fue también una privilegiada ocasión para realizar un ejercicio crítico sobre la figura del Gran Mariscal, de quien no solo debe estudiarse su actividad de soldado de la Independencia, sino también su poco conocida dimensión como pensador y como estadista que afrontó el trance del nacimiento de nuestros países.

Este libro es resultado de un esfuerzo académico realizado por el Área de Historia de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, en el marco de la celebración del bicentenario del nacimiento de Sucre. Recoge la conferencia inaugural del año académico 1994-1995 y las ponencias presentadas en un seminario internacional realizado en enero de ese año, con la concurrencia de historiadores de varios países, entre ellos, de todos los que componen la subregión andina. Luego del evento, los textos fueron revisados y editados para su inclusión en la obra.

Los textos se han organizado con un doble criterio para su ubicación en este libro. En primer lugar, se ha tratado de agruparlos de acuerdo a su temática. En segundo lugar, se ha procurado seguir cierta secuencia cronológica en las acciones que se estudian.

El libro inicia con un texto de Ramón J. Velásquez, que analiza detenidamente la compleja relación entre Simón Bolívar y Antonio José de Sucre, fundamentalmente a partir de la revisión de una extensa correspondencia. Luego, Luis Andrade Reimers explora los rasgos fundamentalmente del Mariscal como soldado, enfatizando los rasgos que más sobresalen en cada uno de los hechos castrenses que se destacan en sus victorias y sus derrotas militares.

Los cuatro textos siguientes están dedicados a estudiar en forma particular la relación de la vida y la acción de Sucre con Colombia, el actual Ecuador y Bolivia. Alonso Valencia Llano principia con la constatación del papel más bien secundario que cumple Sucre en la Independencia de Nueva Granada, analiza la acción determinante del Mariscal en la pacificación de Pasto, y en la lucha por el poder de la agonizante Colombia, para rematar con la influencia de su asesinato en la historia granadina y colombiana. Carlos de la Torre Reyes esboza un cuadro general de la relación de la vida de Sucre con Quito, que luego pasó a llamarse Ecuador. El análisis va desde una semblanza del joven general hasta las secuelas de su asesinato en el Distrito del Sur, pasando por la acción militar que culminó en Pichincha y por la presencia definitiva, en la vida del héroe, de la quiteña Mariana Carcelén, con quien se casó. Manuel Burga contextualiza la acción militar de Sucre en el Perú, antes y después de Ayacucho, en el marco de la guerra independentista, en la que se enfrentaron las fuerzas constitutivas de la sociedad peruana. René Arze Aguirre ofrece una visión general de la presencia de Sucre en la Independencia, la fundación y los primeros pasos de la vida de Bolivia.

Los dos textos que se insertan a continuación están destinados a estudiar facetas poco conocidas de la presencia pública del Gran Mariscal. María Luisa Kent relaciona el pensamiento político de Sucre y de los contemporáneos con quienes alternó y luchó, con su acción como

primer presidente de la recién nacida República de Bolivia. Esta dimensión de estadista, organizador y reformador liberal que el estudio enfatiza, se ha conocido y discutido en los medios académicos bolivianos, pero se conoce muy poco en el exterior. Por otra parte, en el texto siguiente, Jorge Núñez Sánchez ofrece en su estudio un esfuerzo por entender, aunque con los escasos textos disponibles, las ideas económicas matrices de Sucre, dentro del marco de los conflictos por el poder y la aplicación de las políticas fiscales de Colombia.

No solo por las condiciones dramáticas en que se produjo y por las grandes dimensiones políticas de sus ejecutores, sino también por las consecuencias que llegó a tener en la vida posterior de nuestros países, un estudio del asesinato de Sucre era un texto necesario en un libro de esta naturaleza. Asumí personalmente la responsabilidad de prepararlo, con la advertencia de que una visión rápida y general limitaría necesariamente las posibilidades de comentar la extensa bibliografía que se ha producido al respecto.

Al final del libro se inserta el texto de la conferencia dictada por Felipe Montilla, en la apertura del seminario internacional cuya realización se ha mencionado ya. Pareció importante incluir aquí una versión preparada para ser leída, sin referencias bibliográficas, no solo por su calidad retórica, sino también porque ofrece una semblanza muy rica y compleja del Mariscal.

De la lectura de este libro se podrá inferir que es posible estudiar cosas nuevas sobre viejos temas. Aún más, se podrá establecer que, con esfuerzo crítico, se pueden analizar las dimensiones de la obra de grandes figuras históricas como Sucre, sin dejar de observar sus límites. En fin, será también posible establecer nuevas líneas de investigación que, dadas sus perceptibles limitaciones, aquí solo son levemente sugeridas como tarea para el futuro.

Quito, 1995

Esta obra fue editada en Colombia, donde se hicieron varias reimpressiones desde 1995. Esta primera reedición ecuatoriana aparece en esta Biblioteca en 2009.

La dedicamos muy especialmente a Felipe Montilla Ortégana, maestro, legislador y hombre público venezolano, fallecido en este año, por su enorme contribución a la integración andina y por su especial empeño en la promoción de la obra y la personalidad del mariscal Antonio José de Sucre.

Quito, 2009

La amistad de Bolívar y Sucre

Ramón J. Velásquez

La gloria de Ud. y la de Sucre son inmensas. Si yo conociese la envidia los envidiaría. (Carta al general Francisco de Paula Santander, Lima, 9-II-1825).

Mi voto es sincero porque no tengo envidia de nadie. (Carta al general en jefe José Antonio Páez, Coro, 23-XII-1826).

...Cuando yo observo un hombre de virtud y talento, mi afecto se arroja sobre él con una inclinación irresistible y no se tranquiliza hasta que no ha logrado el recíproco. (Carta al Dr. J. M. del Castillo y Rada, Bucaramanga, 8-V-1828).

El título de amigo solo vale por un himno y por todos los dictados que puede dar la tierra. (Carta a J. Rafael Arboleda, Bucaramanga, 1-VI-1828).

Di a todos mis amigos que soy siempre el mismo y que a pesar de mi mala fortuna he conservado muchos a quienes desearía escribir con la mayor frecuencia; pero, que me es imposible hacerlo porque estoy constantemente trabajando o pensando en beneficio de mi país y de ellos mismos, bien que no siempre con suceso. Diles que la amistad tiene en mi corazón un templo y un tribunal a los cuales consagro mis deberes, mis sentimientos y mis afectos. Por último, diles que la amistad es mi pasión. (Carta al coronel Leandro Palacios, La Mesa de Angostura, 16-V-1817).

Dispense Ud., mi general, este lenguaje si acaso le fuere enfadoso. Los amigos son tanto más nobles en sus procederles cuanto son más ingenuos para explicarse; y no sería bien, por tanto, que yo conservara en silencio la mortificación que me ha causado la injusta reconvencción de Ud. (Carta de Sucre a Bolívar, 7-X-1829).

EL ENCUENTRO

Amistad, lealtad y admiración son cualidades del hombre estrechamente enlazadas. A la primera el Libertador calificaba de pasión viril. La amistad va indisolublemente unida a las otras dos, pero las últimas son independientes de la primera. A veces se admiran condiciones o virtudes de los mismos adversarios. Recordemos la plática de Bolívar y Salom a propósito de la rendición de Rodil en El Callao. A veces también se tiene lealtad hacia una idea, un pensamiento, una filosofía o una fe y se puede ser leal a una pasión. La amistad,

sin embargo, es exigente, monopolizadora. De la verdadera amistad no sobran ejemplos. La de David por Jonatan eternizada en una bella elegía. La de Aquiles y Patroclo. La del Cid y Minaya Alvar Fáñez. Aquella que vinculó al rey Arturo con los caballeros de la Mesa Redonda. O la de Amadis y Galaor. Mas, en pocos personajes enteramente históricos adquiere la amistad tan finos y delicados matices como en la que unió a Bolívar y a Sucre. Una década es la diferencia de edad entre ambos.

El Orinoco, en el apogeo de su creciente anual, difiere en todo del río que fluye amarilloso y tardo en el estiaje. Si antes parecía un mar y el viento ensayaba sobre la corriente olas, ahora las aguas fangosas se deslizan morosamente por entre los dorados labios de los playones. De las lagunas y esteros que va dejando el descenso de las aguas, suben en airadas legiones la infinita variedad de insectos que atribulan a los viajeros. Humboldt señalaba que en el Orinoco impresionaban la majestuosidad del río y su soledad casi infinita.

Cuenta O'Leary que en diciembre de 1819 descendía Bolívar por el río rumbo a Angostura. Regresaba para dar cuenta al Congreso de su asombrosa campaña. Cien días bastaron para derribar el imperio napoleónico. En cien días el Libertador había derrocado en Boyacá el imperio católico. Cortaba la saeta en que viajaban las aguas mansas, cuando el grito del timonel anunció que otra remontaba el río. Puesta a la voz, el timonel de la segunda anunció que conducía el general Sucre:

No hay tal general, replicó (Bolívar) en tono enojado, y ordenó que atracaran ambas flecheras. Entonces Sucre le explicó que aunque había sido nombrado General, porque talvez sus servicios lo merecían, nunca había pensado aceptar el grado sin el beneplácito del general Bolívar. Comprendió éste al punto el reproche, presentó sus excusas y desde entonces fueron amigos los dos hombres que más contribuyeron a dar la Libertad a la América del Sur.

Parece un poco extraño que, afiliados a la misma causa desde 1810 y habiendo concurrido varias veces a los mismos lugares, trabasen conocimiento personal solamente diez años después. Frisaba el Libertador los 38 años de edad. Sucre tenía 27. Ambos habían servido a las órdenes del generalísimo Francisco de Miranda. Ambos habían logrado escapar de las garras de los violadores de la capitulación de La Victoria en 1812. Sucre había acompañado a Mariño cuando éste se entrevistó con el Libertador a raíz de la batalla de Bocachica. Estuvo con Bermúdez y Bolívar en las derrotas de la Puerta y Aragua de Barcelona. Sucre, escapado o fugitivo cuando Morillo sitiaba Cartagena en 1815, arribó a Haití, tierra en la que no coincidió con el Libertador. Todo esto es increíble y forja la impresión de que la casualidad no quiso enfrentarlos entonces. Pero desde esta época la personalidad de Sucre fue adquiriendo contornos cada vez más definidos, más precisos en el ánimo del Libertador.

Para algunos viejos historiadores, ese encuentro casual en el río se prestaría a más de una interpretación de carácter simbólico. Como Jano o el águila bifronte de los Austrias, Venezuela, unida por primera vez luego del 19 de abril de 1810, en 1813 aparecía de nuevo con sus dos rostros tradicionales; uno, el centro-occidental; oriental el otro y ambos representados por sus adalides: Bolívar y Mariño. Así continuarán hasta que Bolívar logre afirmar su autoridad en 1817. La entrevista vendría a ser, como un sello a la unión de las dos secciones. Desde el mismo momento en que el encuentro tiene efecto, verían muchos que un capítulo de nuestra historia se cerraba.

Sea como fuere, la versión que da O'Leary del primer encuentro entre Bolívar y Sucre no pasa de ser una leyenda. Era grato a escritores de antaño adornar con un atuendo romántico el encuentro de los héroes. En realidad las cosas quizá ocurrieron de un modo diferente. Bolívar debió conocer a Sucre unos años antes y apreció algunas de las cualidades diplomáticas que tanto le distinguirían más tarde. Hay una pieza semioficial dirigida por Bolívar al coronel Sucre, recogida por Lecuna en el epistolario bolivariano, fechada en Angostura el 7 de octubre de 1817, la que revela conocerle. Le trata con afecto, le encomienda delicadas misiones sobre atraer parte de las tropas que siguieron a Piar y de las que siguen a Mariño y se refiere al padre y hermano del Coronel. En carta que le dirige el 19 de ese mismo mes, Bolívar es más preciso:

Recibí a su tiempo la carta que Ud. me escribió antes de marchar para Maturín y la he visto con mucho gusto, porque ella contiene ideas y sentimientos que apruebo en sumo grado. No olvidaré jamás las promesas que Ud. me hace y mucho menos sus deseos de acompañarme en el Occidente. Ofrezco a Ud. que en cuanto Cumaná esté libre de facciosos y enemigos, lo llamaré a Ud. a mi lado y no lo haré como un favor sino como una necesidad, o más bien para satisfacer mi corazón que lo ama a Ud. y conoce su mérito.

De estas referencias es lícito deducir que el encuentro mencionado por O'Leary ocurrió, pero que ese encuentro no ocurrió ni en el lugar indicado ni revistió tal dramatismo. El 3 de diciembre Bolívar se había entrevistado en el Apure con Páez, quien recuerda el hecho, mas se equivoca en la fecha. En su *Autobiografía*, 1867, el caudillo llanero apenas si anotó lo siguiente: "El único movimiento en aquella época fue una marcha a Barinas en el mes de enero, encontrándome en el tránsito con Bolívar que venía de la Nueva Granada en dirección a Guayana. Pasó una noche conmigo...".¹

1. José Antonio Páez, *Autobiografía*, 1867, tomo I, p. 197.

El 5 de diciembre de 1819 Bolívar llegó a Achaguas. El día 6 se encontró con Sucre, quien dos días después escribió a Santander acerca del hecho: “Estaba yo cerca de Achaguas, en camino para la Nueva Granada y encontré con el Presidente que me mandó volver con él, porque debiendo enviar fusiles quería que yo los condujese”.

Sucre, ocho días después, desde Santa Cruz y con fecha de 16 de diciembre, le dice a Soublette:

En la mitad de camino de San Juan (de Payara) a Achaguas, encontré con el General que me hizo regresar con él a Angostura. Me hizo estar allí un día y al siguiente me vuelve para el Apure para que se prevengan víveres allí y en el tránsito para las tropas y le haga bajar toda la escuadrilla y cuantos buques encuentre a Parmana unos y aquí otros.

Observemos que esta labor logística que el Libertador le encomienda y lleva a cabo, le vuelve a ser confiada en Perú en 1824 y provoca cierta tensión entre ambos.

Ocurriese el encuentro en una forma o en otra, en ese año o en otro anterior, el hecho en sí es poco importante; las consecuencias, en cambio, imprevisibles dada la calidad de los personajes y la posición que asumirían en el continente.

En esta etapa inicial hay, no obstante, algunos aspectos en Sucre sumamente interesantes aun cuando no tengamos suficiente documentación sobre ellos para una glosa más amplia o más precisa. Como Bolívar, tempranamente tuvo Sucre la premonición de que su destino le llamaba a luchar por la liberación de los pueblos del sur de Colombia. El 7 de marzo de 1820, encontrándose en el apostadero situado en la isla de Pagallos, en el Orinoco, le confió a Santander: “Espero que en este año vamos a Quito y que yo dedicaré mis días a esos países, que sin conocerlos amo sobremanera”.

Sucre, en el ejercicio de la presidencia boliviana, mostró sus dotes de magistrado civil. En 1830, frente a los separatistas venezolanos en la frontera tachirenses, su actitud antimilitarista fue irreductible. De los militares que combatieron por la liberación nacional, Sucre fue uno de los pocos, si no el único, que tuvo una educación académica castrense previa. Además, por tradición familiar le venía la vocación militar. Sin embargo, en el período preliminar de su acción pública no demuestra la condición civil de que hizo gala posteriormente. Desde Angostura, Sucre le escribió a Santander el 23 de abril de 1820:

Cuando vine me tuvo el señor Zea aquí 36 días para que saliésemos junto a las colonias; ahora perderé 15 días no debiendo haber gastado sino cinco o seis. ¡Paciencia! Es menester persuadirnos más y más que la guerra la manejan los militares y que los monigotes nos embroman mucho aún para las cosas que un cabo de escuadra despacharía sin dilación. Piensan que

36 días que me han hecho perder es nada en la guerra; pero es menester concederles que ellos se consideran muy activos cuando no lo pierden todo.

De 1817 a 1819 el Libertador aprovecha las condiciones personales de Sucre para reducir las desavenencias de los jefes orientales parciales de Mariño. La sentencia de Piar y la liberación de las provincias mediterráneas de la Nueva Granada, así como la actividad desplegada por Sucre como asesor de Bermúdez, abrieron al Libertador el camino hacia la plena utilización de sus servicios y capacidad. Éste, al retornar a Venezuela en la continuación de aquella campaña que había emprendido casi sin recursos desde el Mantecal el 1 de octubre de 1819, se había propuesto, aprovechando el ascendiente que adquirió, reducir las fuerzas de Morillo, ocupar la mayor extensión posible de territorio venezolano, separar Maracaibo de la coyunda real y atraer a cuantos guerrilleros realistas le fuese posible. Tarea en gran parte de carácter diplomático y político para cuyo desarrollo y aplicación inevitablemente debía recurrir a los talentos que de Sucre ya conocía.

LA REVELACIÓN

Escribió O'Leary refiriéndose a Sucre:

Sin embargo, era apenas conocido cuando el Libertador, juez competentísimo para juzgar del mérito, le confirió el mando del ejército del Sur... Pocos meses antes de nombrar a Sucre para el mando del ejército del Sur, el día en que el Libertador entraba a Cúcuta de regreso de Cartagena,² salió aquél a recibirle. Al verle venir yo, que no le conocía, le pregunté al Libertador quién era aquél mal jinete que se nos acercaba. Es, respondióme, uno de los mejores oficiales del ejército; reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño [Méndez], el talento de Santander y la actividad de Salom. Por extraño que parezca, no se le conoce, ni se sospechan sus aptitudes. Estoy dispuesto a sacarle a la luz, persuadido de que algún día me rivalizará.³

Un lustro más tarde, en carta que Bolívar dirigió al triunfador de Ayacucho (Nazca, 26-IV-1825), confirmó esta apreciación: "Ud. está llamado a los más altos destinos y yo preveo que Ud. es el rival de mi gloria".

Una antigua máxima surgida del seno de una sociedad señorial aseguraba que así como el amo, tal debía ser el criado. Glosándola con sentido moderno tendríamos que el superior jerárquico vale según la

2. El 20 de septiembre de 1820.

3. O'Leary, *Memorias*, tomo II, Caracas, 1925, pp. 68-69.

capacidad del equipo humano que le secunde. Pocas veces es seguido el consejo. Enaltecer al subalterno hace resaltar los méritos del dirigente. Sin embargo, no abundan personajes que como Bolívar buscasen cumplir el precepto político anterior. Son raros personajes tan ajenos a mezquindades como Bolívar y Sucre, sobre todo cuando se tiene conciencia del propio valer.

Lentamente fue surgiendo en Bolívar el conocimiento de las capacidades de Sucre. No le vino como un deslumbramiento ante un rasgo heroico, sino luego de sopesar fríamente sus condiciones humanas. Por esto quizá, antes de emplearlo plenamente, le aseguraba que en alguna oportunidad le llamaría para utilizarlo, no como la gracia que otorga un superior, sino cual una medida indispensable impuesta por la necesidad. Engels, modestamente, se autocalificaba de segundo violín de Marx. Pero Bolívar y Sucre, en cambio, fueron cuerdas de un solo y precioso instrumento: la liberación nacional y anticolonialista de la América hispana.

La carrera pública de Sucre no fue un rápido y continuo proceso de encumbramiento, sino lento ascenso por méritos de servicio; jefe de Estado mayor de Bermúdez en varias oportunidades; comandante general de la provincia de Cumaná; comisionado para lograr el sometimiento de Mariño; comisionado para la adquisición de armas en las Antillas extranjeras; comandante de la segunda división de la Guardia; comisionado nuevamente para otra negociación de armas. En esta misión estaba el 16 de enero de 1820, según lo anotó O'Leary. Al poco tiempo el Libertador le designa para desempeñar interinamente la Secretaría de Guerra por ausencia del titular Briceño Méndez. Estando Sucre al frente de la Secretaría, el Libertador dio comienzo a las negociaciones que venía proponiéndole el general Morillo a fin de lograr un armisticio, negociaciones en las cuales también estaba interesado Bolívar a fin de lograr –lo reiteramos– mejorar sus posiciones en el sur de Colombia, reorganizar el ejército, aumentarlo mediante la captación de las guerrillas realistas⁴ y conseguir la adquisición de Maracaibo.⁵

Como no es nuestro propósito repetir cuanto se ha escrito sobre la guerra de independencia, ni las operaciones militares de entonces, sino limitarnos exclusivamente a las vinculaciones políticas o personales

4. Uno de los resultados de la inspección que Bolívar llevó a cabo en el Magdalena y las fuerzas que sitiaban a Cartagena, lo señaló O'Leary. "Conociendo el Libertador los buenos efectos producidos por la comunicación establecida con los españoles, de que resultó la desertión de los americanos que servían en las filas realistas, pues era natural que se inclinasen a hacer causa común con sus paisanos, resolvió reanudar su correspondencia con el general Morillo" (*Ibid.*, p. 45). Ver, además, la carta de Bolívar a Santander (El Rosario, 18-VII-1820), y un oficio de Sucre al Vicepresidente de Colombia de 18 de octubre de 1820.
5. Bolívar le comunica a Santander (San Juan de Payara, 11-I-1820): "mi principal objetivo en esta campaña es tomar a Maracaibo".

que estrecharon la amistad entre Bolívar y Sucre, debemos reducir en lo posible nuestras notas a esas expresiones que comienzan con las frases que citó O'Leary.

Bolívar apreció en Sucre sus dotes diplomáticas. Muy especiales debían ser para convenir avenencias entre hombres como Mariño y Bermúdez. Este modo peculiar de Sucre, unido a sus maneras suaves y a su lealtad, es lo que le distingue de Urdaneta o de Santander y lleva a Bolívar a confiarle desde 1820 las más difíciles comisiones: adquisición de armas entre los comerciantes antillanos, la Secretaría de la Guerra, la dirección de una parte de la Guardia, la Jefatura de las Fuerzas del Sur que han de redondear la República de Colombia.

Bolívar apenas tuvo conocimiento de la rebelión liberal de Riego y de Quiroga, ocurrida en Cabezas de San Juan, le escribió a su corresponsal, don Guillermo White (San Cristóbal, 1-V-1820):

De los negocios de España estoy muy contento, porque nuestra causa se ha decidido en el tribunal de Quiroga. Nos mandaban, 10.000 hombres y ellos, por una filantropía muy natural, no quisieron hacer la guerra a muerte sino la guerra a vida, pues sabían que por allá podían salvarse y por acá no.

Por esto decidió entregar a la diplomacia la solución de los problemas políticos y militares que confrontaba. El 21 de septiembre planteó a Morillo sus deseos de discutir el armisticio que se le proponía, y señaló la plaza de San Fernando de Apure para recibir a los comisionados que se le dirigiesen, ya que en ella establecería su cuartel general para fines de octubre de ese año.

El Libertador dio tal dirección para despistar a Morillo (Carta a Santander, San Cristóbal, 25-IX-1820; otra, Trujillo, 26-X-1820). Que el Libertador logró su propósito lo confirmó Sucre en comunicación dirigida al subjefe del Estado mayor general (Trujillo, 26-X-1820). Pero había también otra razón de mayor importancia: las tropas patriotas, cuyos efectivos en esta época procedían principalmente de climas templados o fríos en su mayor parte, se hubiesen diezmado de llevar a cabo prolongadas marchas por los rumbos llaneros, tan desprovistos de recursos. Los mismos valles andinos, de la villa de San Antonio a Trujillo, carecían de víveres suficientes, pues una larga permanencia del ejército real en esas regiones las habían arruinado y los vecindarios se encontraban en la más absoluta miseria. Las tropas también sufrían como consecuencia de las fatigosas marchas. Ante esas emergencias, Sucre le recomendaba al jefe de Estado mayor general (Mérida, 3-X-1820): "Las marchas serán lentas para conservar la tropa sin estropeo, de que resultan infinitas enfermedades, pero tampoco tales que molesten estos infelices pueblos con una permanencia más que necesaria".

Hasta la fecha Sucre había actuado militarmente en las regiones llanas del oriente venezolano y Guayana. Ahora el teatro de operaciones es harto diferente: zonas empobrecidas por la misma contienda y senderos serranos que a veces se hunden en zanjones, orillan profundos barrancos o trepan por empinadas faldas hasta los páramos más severos. El principal alimento, la carne, había que traerla a subidos precios desde el llano barinés. A unos comisionados para la recolección y traslado de ganados, les dice Sucre (Mérida, 3-X-1820):

Por aquí no hay nada absolutamente que comer y si no vienen carnes las tropas perecerán. No hay una idea de lo escaso que está este territorio; no da cada pueblo para comer un solo día los batallones que han marchado hasta ahora. Es menester, sin embargo, traer las tropas por esta dirección y no se cuenta con otra cosa para ellas que con el ganado que venga del llano.

El problema de alimentar las tropas revestía características tan dramáticas que el 5 de octubre de 1820 Sucre se dirigió al coronel Ambrosio Plaza para ordenarle a nombre del Libertador:

S. E. dispone que V. S. adelante a todas partes oficiales que preparen de comer, con prácticos que sepan dónde conseguirse todo y que sin que otra consideración que la de mantener bien la tropa, se tome todo lo que se halle a fin de que el soldado sea bien racionado y asistido; que V. S. no se fíe de órdenes, ni de alcaldes, ni de justicias, sino que oficiales conocidos, capaces de recoger sin excepción algunos cuantos víveres haya, sean los comisionados, porque de otro modo van a perecer los cuerpos.

En las mismas comarcas neogranadinas el ejército, desde Bolívar hasta el último soldado, había pasado por indecibles privaciones. De ello dejó constancia una carta de Bolívar a Santander, en la que refiere sin amarguras el siguiente episodio:

Me parece que estoy oyendo a Páez que exclama: ¡se acaba el llano con Cúcuta! Y yo estoy: ¡con el llano y Cundinamarca se nos acaba el ejército! Es inútil decir a Ud. cómo estamos por acá. Ejemplo: Infante le ganó unos reales al cura de San Cayetano y me está manteniendo. Ya no tenemos sobre qué caernos muertos; todo se ha agotado y ya nos morimos de miseria, pero no de hambre los sanos, aunque ya el hospital no come pan porque no hay con qué comprarlo.⁶

6. Carta a Santander, El Rosario, 20-V-1820. El párrafo ha sido mal interpretado. Don Vicente Lecuna lo resumió así: "A pesar de la economía más severa y de los esfuerzos de la administración, el ejército padecía todo género de escaseces. Baste decir que en ciertos días de mayo Bolívar mantuvo al cuartel general con unos cuantos reales ganados por el coronel llanero Leonardo Infante al cura de San Cayetano jugando a los dados" (*Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, tomo II, New York, 1960, p. 456).

De las actividades logísticas de Sucre no se ha dicho suficiente en esta época. Tal vez por esto Bolívar se las encomendó en 1824, en la campaña que culminó en la acción de Junín. Sucre, escuetamente, comunicaba a los vicepresidentes de Venezuela y Cundinamarca (Trujillo, 8-X-1820) el resultado de las mismas: “Una rápida marcha ha libertado, sin perder un solo hombre, las dos patrióticas provincias de Mérida y Trujillo en menos de quince días”.

Habiendo ocupado el ejército las posiciones previstas, volvió Bolívar a dirigirse a Morillo desde Trujillo, el 26 de octubre, sobre la posible concertación de un armisticio y las circunstancias que habían impedido una pronta comunicación por el cambio de dirección de sus operaciones y a causa de la enfermedad que padeció Urdaneta. Para los efectos deseados, el general Morillo había designado al brigadier Ramón Correa como gobernador de Caracas; al primer alcalde constitucional de la capital, don Juan Rodríguez del Toro y al acaudalado comerciante Francisco González Linares como sus comisionados, quienes creyendo a Bolívar en San Fernando habían tomado el camino de los llanos. El jefe español les había hecho regresar de Calabozo por orden del 29 de octubre, recibida el 3 de noviembre por los interesados. A fines de octubre Sucre se había dirigido al vicepresidente de Cundinamarca notificándole que: “Según todas las posibilidades, Morillo acepta el armisticio que él mismo propuso, pero bajo las condiciones prescritas por el Libertador”.

El 7 de noviembre decidió Bolívar suspender las operaciones militares con el objeto de aguardar a los comisionados realistas. Al día siguiente Briceño Méndez hizo del conocimiento del coronel Ambrosio Plaza que si los comisionados españoles llegaban a Carache los detuviesen, pues debía exponerles algunos puntos que le había encomendado el Libertador y éste, seguramente, llegaría a Carache el 10. Morillo atribuía la inactividad de Bolívar a “miedo”. El 9 de noviembre fueron designados Sucre y Plaza como comisionados de la República para tratar con los realistas. La cronología de esta comisión es un tanto confusa si nos atenemos a los documentos que han llegado hasta nosotros. Ese mismo día 9, el general Morillo dirige a sus comisionados el siguiente oficio: “Incluyo a VV. SS. copia de la comunicación oficial que les dirigía el general D. Simón Bolívar y de la contestación que en virtud le ha dado por medio del general Sucre y coronel Plaza, que acaban de marchar de este cuartel general”.

Es decir, Sucre y Plaza concurren al cuartel general de Morillo el 8 o 9 del precipitado mes. Pero el 8 Sucre se encontraba en Trujillo y el 10 le dirigían ambos oficiales a los comisionados españoles la siguiente comunicación desde el sitio de Agua de Obispos:

Considerando S. E. el Libertador que VV. SS. podrían llegar hoy a este punto, nos ha enviado a su encuentro con una comisión que abrevie la negociación de que VV. SS. vienen encargados por su S. E. el General en Jefe del Ejército español. No hemos juzgado deber llegar a los puestos avanzados de ese ejército y adelantamos por tanto este aviso para que VV. SS. tengan la bondad de anunciarnos si su venida al Cuartel General Libertador será [en] breve para esperarlos en Humocaró o regresarnos en caso contrario.

A esta conferencia se refiere Bolívar en carta que dirige a Morillo desde Trujillo el 13 y a tales pláticas y andanzas aludía donosamente Bolívar cuando le escribía a Santander y le decía que ya se vería en qué pararían todas estas misas. Sin embargo, el 12 de noviembre todavía los comisionados realistas se encontraban en San Carlos. La tardanza dio ocasión a un intercambio epistolar entre Bolívar y Morillo sobre las bases que podían servir para el armisticio. El ejército patriota, entre tanto, había superado algunas de sus dificultades inmediatas. De eso dejó constancia Briceño Méndez cuando, con fecha de 18 de noviembre, envió un oficio al vicepresidente de Cundinamarca en el que le decía: “Nuestro ejército no padece aún de escasez de víveres. La actividad del señor coronel Reyes Vargas le ha provisto de subsistencias, sacadas del departamento de Carora, donde son abundantes”.

El 19 de noviembre llegaron a Carache los comisionados realistas y en el mismo día, reunidos en junta, de secretario el capitán Caparrós, conformaron las bases sobre las cuales podía llegarse al movimiento de las dos partes en pugna. En la misma fecha el general Morillo le confirió poder al teniente coronel Domingo Antonio Pita para llevar el tratado a los jefes realistas del Sur. Pita, cuando se dirigió a Bolívar, lo hizo en forma poco decorosa a su misión, por lo que Bolívar, indignado, se dirigió duramente a Morillo el 20. En esta fecha designó como comisionados para proseguir las negociaciones a Sucre, Briceño Méndez y José Gabriel Pérez. Dos días después, encontrándose Bolívar en Sabana Larga, se dirige a Santander y señala la inutilidad de la gestión pacificadora:

He nombrado de negociadores, por etiqueta o desdén, a Sucre, Briceño y Pérez. Las condiciones son la cesión de Maracaibo y el resto de Barinas; ofrecemos el Oriente de Caracas por indemnización después que se haya perdido la esperanza de conseguir esta cesión. Morillo dice que a él lo ahorcarían si cediese tal territorio.

Resulta difícil de creer que esas fuesen las causas que le llevaron a designar los mencionados parlamentarios. Primero, por la alta opinión que tenía de Sucre. Segundo, por la posición de los otros dos en relación con su amistad y confianza y por las mismas prendas intelectuales que reconocía en ambos. Por etiqueta debía designarlos; pero, ¿y el desdén? Seguramente aludía con él al resultado de las conversaciones a sostener.

En todo caso es muy posible que la expresión fuese debida a su estado de ánimo. A finales de mayo, en San Cristóbal, estuvo quebrantado a consecuencia de unas fiebres. Y en víspera de la carta citada padecía en Sabana Larga como resultado de un cólico. Tras largas deliberaciones los comisionados ajustaron el armisticio, complementándolo con el tratado de regularización de la guerra. No damos el texto de ambos protocolos porque se han reproducido infinidad de veces desde que los dio al público el *Correo del Orinoco*, No. 90, correspondiente al 23 de diciembre de 1820. Sobre el segundo de los documentos resultan interesantes los breves comentarios de O'Leary.⁷ En todo caso y por primera vez adquirirían valor en documento público internacional las enseñanzas que desde Fray Francisco Vitoria y Hugo Grocio, a través de pensadores posteriores, venían formulándose sobre principios tendientes a eliminar crueldades y excesos innecesarios de las contiendas bélicas, garantizando un mayor respeto hacia las poblaciones civiles.

El 24 de noviembre Morillo le había confiado al brigadier Correa: "Después que se haya concluido el armisticio, desearía tener una entrevista con el general Bolívar para darle un abrazo y que nos tratemos como amigos. Ésta se podría verificar en el pueblo de Santa Ana y si Ud. quiere puede insinuárselo...".

De la entrevista quedan tres relaciones: la carta que Bolívar le despachó a Santander (Trujillo, 29-XI-1820); la publicada en el *Correo del Orinoco*, No. 91, correspondiente al sábado 30 de diciembre de 1823 y la narración de O'Leary.⁸

Sobre la entrevista misma quedan algunos pequeños puntos por despejar todavía:

- a) ¿Cuáles fueron los oficiales que acompañaron a Bolívar en ese acto? Según O'Leary, 10 o 12 y los tres comisionados realistas. Los textos patriotas los silencian, salvo la carta de Bolívar a Santander citada antes, la cual menciona a Alcántara como uno de los asistentes. Morillo, en comunicación dirigida a Bolívar (Carache, 28-XI-1828), menciona a varios oficiales que, presumiblemente, fueron acompañantes del Libertador: "Tenga la bondad de dar mis cariñosas expresiones al señor general Sucre, a los señores coroneles Briceño, Alcántara, Heres, O'Leary, Ibarra, Medina, Pérez y demás caballeros..."
- b) La descripción de la entrevista, inserta en el *Correo del Orinoco*, parece redactada o dictada por el Libertador. En esa carta a Santander, Bolívar dice sobre el asunto: "Se trabaja una relación de las ocurrencias de nuestra entrevista que ciertamente va a ser

7. O'Leary, *Memorias*, pp. 53-54.

8. *Ibid.*, pp. 58-60.

admirable e increíble para nosotros mismos... Se remitirá la relación de este suceso que debe imprimirse, que hablará extensamente y que comprenderá la despedida, tan tierna y amistosa como nuestra llegada...”.

- c) Son conocidos los brindis de los jefes militares realistas. *El Correo del Orinoco* citado reproduce el de “Un colombiano”. ¿Bolívar o Sucre? el Libertador en la carta a Santander anotó: “Nosotros retribuimos a su brindis con justicia y moderación y complaciéndolos bastante”.
- d) ¿Fueron designados los oficiales ingenieros que debían rematar la obra de la que Bolívar y Morillo habían puesto la primera piedra? Una comunicación de Bolívar a Morillo (Trujillo, 30-X-1820) informaba que el teniente Ariona le comunicaría al jefe español aspectos relacionados con la erección del monumento y otros detalles accesorios.
- e) ¿Se realizaron dibujos concernientes a la entrevista? Si se llevaron a cabo, ¿qué se hicieron o en qué sitio se encuentran? En la carta a Santander citada, escribió el Libertador: “Olvidaba decir a Ud. que Morillo trajo dos dibujantes para que marcaran los pasajes más notables a fin de mandar a hacer varias láminas a Europa para que corriesen en todas partes. En la pirámide deben figurarse varios pasajes y las ideas para las inscripciones que deben tener son muy bellas”.

Según el *Correo del Orinoco*, el jefe realista propuso “que se dibujase una estampa que representara al Presidente de Colombia y al general Morillo en el acto de abrazarse la primera vez”.

El trabajo de Sucre a lo largo de toda esta gestión, aun cuando desconocido en su mayor parte, fue agotador, extenuante, porque debía ocuparse de los requerimientos del servicio militar, atender al despacho de los asuntos privativos de la Secretaría de Guerra que desempeñaba interinamente, discutir con los comisionados realistas los términos de los tratados y servir ocasionalmente de amanuense a Bolívar. Fue una tarea realmente agobiante, de tal manera que las tantas veces citada carta del Libertador a Santander tenía un *post-scriptum* autenticado por Sucre con su rúbrica: “Sucre no escribe a Ud. porque tiene cinco días que no suelta la pluma y está muy cansado”.

EL ASCENSO DEL HÉROE

Sucre cumplió de manera silenciosa las diversas obligaciones que se le encomendaron. Apenas si hizo alusión a los éxitos obtenidos en la realización de las distintas comisiones que desempeñó y demostró, al mismo tiempo, su pulcritud administrativa. En esta materia fue tan celoso y puntual en la rendición de las cuentas como el propio Libertador.

Parecía inminente la conclusión de la guerra en Venezuela. Ya podía volver a sus sueños de otrora, cuando imaginaba que algún día se establecería en tierras del sur de Colombia, a las que amaba antes de conocerlas.

Hay biógrafos e historiadores que al referirse a ciertos personajes exploran con minucioso cuidado los diccionarios, pescando adjetivos y calificativos sobre el héroe de que se ocupan. Exprimen con tal propósito las listas de sinónimos. Con Bolívar o Sucre no ocurre lo mismo. Valen por sus obras, por las empresas que llevaron a cabo en medio de la más extraordinaria penuria de recursos materiales y humanos.

Por los tratados celebrados en Trujillo en 1821, Sucre entra en la Historia. Sobre los dos, pero aludiendo principalmente al de regularización de la guerra, escribió el Libertador:

Este tratado es digno del alma del general Sucre; la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron; él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra; él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.

Después de la labor diplomática, tendría que dedicarse nuevamente a las tareas administrativas. Junto a Bolívar reorganizaría los servicios; vigilaría el adiestramiento y preparación de los reclutas; procuraría distribuir el material bélico adecuadamente, según las necesidades o urgencias de los diferentes cuerpos. La campaña que Bolívar había emprendido en Mantecal, en mayo de 1819, no había concluido, puesto que cuando el Libertador la inició su objetivo final y único era la liberación de Venezuela. A los planes para coronar tal propósito colaboró ampliamente Sucre. Ante todo se precisaba una relación general y completa de todos los ejércitos de la República; luego, disciplinar la administración civil. Desde el cuartel general en Guaca, el 17 de diciembre de 1820, envió Sucre el siguiente oficio al comandante general de la provincia de Casanare:

El Libertador está resuelto a terminar la guerra en el año entrante en una batalla cuya suerte la aseguraremos positivamente, si en tanto no hacen la paz los españoles; por consiguiente, está poniendo en movimiento todos los

medios de que somos capaces para que el ejército, por solo su masa, sea importante y para ello es preciso hacer sacrificios y tomar medidas extraordinarias. Manda, pues, que V. S. conteste terminantemente si puede V. S. cumplir las órdenes que le comunica; o si no para enviar un oficial que, encargándose del mando las ejecute; en inteligencia de que sea V. S. o cualquiera otro el que se comprometa a cumplirlas responderá con su vida, su honor y su empleo si faltare a ellas.⁹

Medidas de este tipo fueron frecuentes en la campaña del Perú. Sucre estaba preparándose, sin saberlo, para el papel que desempeñaría, independientemente en el sur de Colombia. Bolívar, aprovechando el armisticio, quiso trasladarse a Bogotá y atender las necesidades del ejército que frente a Pasto operaba a las órdenes de Valdés. La situación de este cuerpo reclamaba perentoriamente su atención, sobre todo cuando en Barinas se enteró de la renovación ocurrida en octubre en Guayaquil y del arribo de San Martín y el llamado “Ejército de los Andes” al Perú. Mientras durase la ausencia de Bolívar fue designado Urdaneta comandante de las fuerzas que quedaban en Venezuela. El 23 de enero de 1821 estaban en San Antonio. Para Sucre fue un día como cualquier otro: el mismo ajeteo, la misma fatiga, el mismo sol; pero tendría un peculiar signo en su destino. Quizá cuando cruzaba el Táchira volvería la vista atrás. Sería la última vez que vería la tierra nativa. En 1830, cuando intentó regresar como emisario de paz ante el gobierno de Páez, la ruindad no le dejará pasar de Cúcuta.

De San Antonio proseguirán el viaje por Cúcuta, Pamplona, Soatá, Sátiva y Tunja hacia Bogotá, ciudad a la que llegaron la víspera de Reyes de 1821.

Aquí es preferible dejar a Bolívar y su pasmosa actividad para seguir la más pausada ruta de Sucre. El Libertador le había seleccionado para salvar el Sur de Colombia en peligro por la incapacidad o la impericia de Valdés. El panorama que se le ofrecía era desolador. Le traía recuerdos de la guerra de su nativa región oriental. El 17 de enero de 1821, desde Neiva, se lo describía a Santander con colores crepusculares:

En todo mi viaje hasta aquí no he encontrado una sola persona que me dé noticia buena del ejército del Sur. Todos me hablan de desmoralización, descontento, falta de dinero y de socorros; por consiguiente, de hambre, de desnudez y de todos los materiales que reducen un ejército a su disolución completa; todos me pintan aquellas tropas, restos del ejército, en una anarquía si tal puede llamarse la desertión de compañías con oficiales y aun sus capitanes, y todos me aseguran como evidente el mal resultado de la empresa última con un cuerpo inerme que cada día se dismi-

9. “Yo he ordenado que se equipe esa columna bajo pena de la vida al Intendente de aquella provincia” (Carta de Bolívar a Sucre, Trujillo, 21-II-1824).

nuye acosado por todas las privaciones de la vida y por una situación más fatal que la de nuestros soldados en los años 17 y 18.

El 9 de febrero recibió de manos de Valdés la jefatura en Vegas del Mayo: un esqueleto de ejército, casi sin armas la tropa, y en la desmoralización más absoluta. Soldados con aspectos de mendigos; por vestuario, una sola y gastada pieza. Los mismos oficiales poco menos que desnudos. A los pocos días la miseria era mayor. El 15 de febrero le comunica lacónicamente a Santander: “pan sin dinero no lo hay”. No existe botiquín, ni siquiera una mala medicina. En resumidas cuentas: “una hambre fuera de todo pensamiento”, como se lo asegura a Santander el 20 del mismo mes. El capitán inglés Vawell destacó la increíble habilidad demostrada por Sucre para salvar estos restos y conducirlos hasta Popayán.¹⁰

El primero de marzo se enteró de que había sido liberado de toda responsabilidad en relación con este ejército y se le ordenaba trasladarse con tropas a Guayaquil, para donde ya había sido destacado el general Mires con 1.000 fusiles desde comienzos de enero y muñado de excelentes recomendaciones para don Vicente Rocafuerte. Vawell, que formó parte de las tropas enviadas con Sucre a Guayaquil, describe la marcha de Popayán a Buenaventura y las casi increíbles penalidades que tuvieron que vencer.¹¹

Desde el mismo momento en que se rebeló contra la Corona, Guayaquil se había convertido en verdadera olla de grillos, ovillo desmadejado sin concierto, donde de la mañana a la noche autonomistas, realistas, peruanistas o partidarios de Colombia intrigaban para lograr sus fines particulares.

Sucre volvió por sus peculiares modos de actuar, los cuales tantos resultados le habían dado con Mariño, Bermúdez o los comisionados realistas designados por Morillo. No cortó el nudo a lo Alejandro, pero supo hilar tan fino con los materiales de la enredada madeja que al cabo consiguió que la Junta, quisquillosa de su soberanía e independencia como era, confiriese “todos sus poderes a S. E. el Libertador Presidente para proveer a su defensa y sostén de su independencia y comprenderla en todas sus negociaciones y tratados de alianza, de paz y comercio que celebre con las naciones amigas, enemigas y neutrales”, según reza el tratado celebrado el 15 de mayo de 1821 y suscrito por los miembros de la Junta Gubernativa y Sucre.

En Guayaquil ni la guerra ni la política le absorberán, pues tiempo hubo para delicados transportes en fiestas campestres o elegantes saraos. Un hermoso poema de Andrés Eloy Blanco tiene su base his-

10. Vawell, *Campañas y cruceros*, Caracas, 1973, p. 121.

11. *Ibid.*, pp. 122-124.

tórica en cierto incidente ocurrido con ocasión de una danza entre Sucre y la gentil Pepita Gainza Rocafuerte.¹²

Poco amigo del licor como lo era el cumanés y apenas si fumador, siempre tuvo tiempo para el amor o el galanteo. Amar es combatir y a ese combate se entregaba también con apasionamiento. Todo un delicioso y gentil ensayo se podría escribir con las aventuras y galanteos de los padres de la Patria, devaneos o pasiones más firmes que no les alejaron de los objetivos que en otros campos se habían propuesto también conquistar.

La intensa vida amoratoria de Sucre fue como una válvula de escape a las tensiones a que estaba sujeto su ánimo. A veces solía dar pábulo a las preocupaciones de sus amigos, quienes talvez temían por su vida. El 16 de febrero de 1824 Bolívar le escribió, desde Pativilca, a Sucre estas líneas:

Mucho he sentido no haber visto a Ud. aquí. Su maldito viaje a Reyes sobre Pasco me ha privado de esta satisfacción y temo que también me prive de Ud. Le recomiendo de nuevo que se cuide, que ande solo y que no se meta en aventuras, porque la moda del día es un poco peligrosa para los que tienen que perder.

Al poco tiempo de encontrarse Sucre en Guayaquil, en julio, el puerto fue sorprendido por un ataque dirigido por el venezolano Nicolás López de Aparicio, el cual fracasó. Y Vawel describe al final de su obra ya citada, en medio de los mayores extremos, el sentido organizativo de Sucre que fue lentamente preparando el ejército, de modo que ya para el 15 de mayo podía asegurarle confiadamente a Santander:

Nuestras tropas tienen aquí una reputación que no adquirieron los romanos sino después de muchas conquistas, de manera que para sostenerla es menester todo el cuerpo con los pobres diablos que me han dado para esta campaña; y aunque los enemigos han puesto en movimiento todos sus medios de defensa, creo que podemos echarlos de nuestro tercer departamento.

Aymerich, que actuaba de acuerdo con López de Aparicio, decidió atacar a los independientes con dos columnas. A una la batió Sucre en Yaguachi el 17 de agosto. La victoria entusiasmó tanto a ciertos grupos de guayaquileños que vocearon la incorporación inmediata de la provincia a Colombia. Sucre se vio obligado a dirigirse a la ciudad a fin de atajar el prematuro movimiento, el cual podría dar origen a fricciones con la Junta Gubernativa y el gobierno peruano. Logrado su intento, debía hacerle frente a Aymerich y el choque se produjo en Ambato o

12. Sobre el incidente, ver Alfonso Rumazo González, *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, Edime, 1973, pp. 63-64.

Huachi. No logró el triunfo porque su segundo, Mires, desobedeció sus instrucciones y eso ocasionó su prisión y de más de 500 hombres de tropa. Ante el gobierno de Colombia y el mismo Libertador, Sucre asumió la responsabilidad del fracaso.

Para remediar la situación creada, Sucre aprovechó sus dotes diplomáticas. Tenía conocimiento de que Aymerich había recibido pliegos sobre la derrota realista en Carabobo y de que el almirante Cochrane, rotos los compromisos que le ataban a San Martín, se encontraba frente a Guayaquil con su escuadra. Entonces propuso a los realistas un armisticio por 90 días y lo obtuvo. Bolívar ponderó el valor de este hecho: “La destreza del general Sucre obtuvo un armisticio del general español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la Batalla de Pichincha se debe a esta hábil negociación porque sin ella aquella célebre jornada no habría tenido lugar...”.

Tratar de cosas de guerra emociona a los espíritus simples. Todas las guerras presentan ciertos rasgos semejantes. Pero sí varía el tiempo de guerra cuando estudiamos el trabajo de las poblaciones para sostener el esfuerzo militar, los sacrificios que se impone la población civil y la labor, a veces invisible, de quienes buscan por medios pacíficos o por combinaciones de fuerzas, la victoria que libere a todos de la angustia.

Desahogado de sus preocupaciones venezolanas, Bolívar pronto se encamina hacia el sur. Casi con obtener la victoria de Carabobo se había dirigido al general San Martín. En el sur le había dado mano libre a Sucre para manejar las operaciones políticas y militares según su leal saber y entender. El Libertador proyectó dirigirse a Guayaquil por Buenaventura. Sin embargo, Cochrane se negó a facilitar sus naves para el transporte de las tropas colombianas. Por esto se vio obligado a emprender las jornadas por tierra a través de Pasto, comarca considerada como infranqueable. Las dificultades fueron ciertamente poco menos que insuperables, mas supo sortear los obstáculos y ganar la victoria de Bomboná el 7 de abril. El 24 de mayo Sucre triunfaba en Pichincha y Aymerich se rendía al día siguiente. Sucre inmediatamente destacó fuerzas que limpiasen de adversarios realistas los caminos que conducían a Pasto:

Campana que terminó la guerra del sur de Colombia, dijo Bolívar, fue dirigida y mandada en persona por el general Sucre; en ella mostró sus talentos y virtudes militares; superó dificultades que parecían invencibles; la naturaleza le oponía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas a todo sabía remediar su genio fecundo. La Batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fue nombrado en premio de sus servicios, general de división e intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él, su libertador, su amigo: se mostraban más satisfechos del jefe que les era destinado que de la Libertad misma que recibían de sus manos. El bien dura poco; bien pronto lo perdieron.

Ambos ya estaban unidos indisolublemente por la amistad y por la gloria.

La victoria de Bomboná fue de efectos transitorios, porque al cabo de poco tiempo, casi inmediatamente, se sublevaron los vecindarios realistas. Sucre fue designado para dominar la rebelión y a finales de diciembre de 1822 entró en Pasto. Bolívar llegó a la misma ciudad el 2 de enero de 1823 y dispuso severas medidas para asegurar la tranquilidad local. Quedó Salom en Pasto y Bolívar retornó a Quito. Sucre de nuevo al frente del Departamento, como Bolívar se lo había indicado a Santander desde el 21 de junio de 1822 con las razones que le movieron para ello.

Por parte del gobierno peruano, presidido por San Martín, había peligros para la integridad colombiana en virtud de las ambiciones territoriales que sobre Guayaquil tenían sectores influyentes cercanos al Protector. El Libertador decidió instalarse en la ciudad de Guayaquil para garantizarla y para apresurar, en lo posible, su pacífica integración a Colombia. No podía permitir que se encetara, como lo decía, el territorio de la República.

Mucha tinta se ha derramado sobre un episodio que tuvo lugar en la ciudad. Las entrevistas sostenidas con San Martín carecieron de importancia. Ésta se le dio posteriormente por el empeño que pusieron algunos personajes que no intervinieron en ella y hacían resaltar el misterio de las deliberaciones.

La carta de Bolívar a San Martín, el informe dirigido al intendente de Quito, Sucre, todos fechados el 29 de julio de 1822, revelan que las entrevistas sostenidas entre Bolívar y San Martín carecieron de la profundidad que les han pretendido dar, no tuvieron objetivos trascendentes y fueron más bien reuniones de carácter anecdótico que inicialmente, por parte de San Martín, buscaban arreglar favorablemente a los intereses peruanos el problema que planteaba a la causa americana la Independencia de Guayaquil, problema que antes de desembarcar San Martín ya Bolívar había resuelto, apelando a la voluntad popular respaldada por la fuerza militar de Colombia y sus indiscutibles derechos jurídicos.

Unidos por el nacimiento y sus tareas, nunca se separaron cuando las emprendían. Así, encontramos a Bolívar y a Sucre cuando se enfrentan a la crisis peruana. Rompieron con el Libertador, primero Santander, luego Páez. El mismo lealísimo Urdaneta tuvo, en 1830, momentos de vacilación en su amistad con el Libertador. Solamente Sucre permaneció incommovible y esto es lo admirable, porque era semejante a Bolívar y hasta en el físico se le parecía, según algunos contemporáneos. El capitán Vawell recuerda:

El general Sucre se parecía mucho a Bolívar por la cara y por el cuerpo. Su tez era aún más blanca que la del jefe supremo; estaba ligeramente señalada por las viruelas y no usaba bigotes. Sus facciones eran suaves y sus modales elegantes.

La capacidad de Sucre y su devoción por la causa republicana, fueron los factores que en el ánimo de Bolívar apoyaron su ascenso y su designación para las más difíciles misiones.

La crítica situación peruana provocaba alarma en Colombia y en sus dirigentes. El ejército realista era más fuerte –verdaderamente incansable en sus marchas– y mejor adiestrado que las fuerzas que se le oponían. Además sus jefes los habían acostumbrado al triunfo. Bisoñas, en cambio, las tropas peruanas independientes y desmoralizadas, desde la mayoría de los oficiales hasta la casi totalidad de la tropa en el “Ejército de los Andes”, tal como se había comprobado en la campaña de Quito a las órdenes de Sucre. Los patriotas peruanos divididos en banderías y el poder de San Martín tan inseguro que, cuando viajaba hacia Guayaquil, un golpe palaciego lo hizo tambalear al ser destituido Monteagudo. El Perú solamente podía salvarse si Colombia le socorría con mano larga. El Libertador no se hacía ilusiones al respecto y le había confiado a Santander el 29 de marzo de 1823: “Solamente un ejército magnífico, con un gobierno muy fuerte y un hombre cesáreo puede arrancarles el Potosí y el Cuzco a esos españoles”.

Ante la alarmante situación que se había venido creando en Perú, el Libertador envió a Sucre, envistiéndolo con una misión diplomática y encargándole, además, la dirección de los contingentes militares colombianos auxiliares. Esto dio ocasión a Bolívar y Sucre para rivalizar en un verdadero torneo de patriótico desinterés, jamás presenciado por el continente hasta entonces, aun cuando tampoco ha sido América escenario de otro semejante después.

Los pequeños odios lugareños, las pasioncillas aldeanas, incapaces de altivez o de grandeza, juzgaron que la misión de Sucre era de propaganda a favor de Bolívar. Bautista de uniforme que pregonaba la venida del Señor y le allanaría sus senderos. El 15 de mayo de 1823 Sucre le escribió a Bolívar:

Si Ud. no viene aquí, es preciso que nos diga por un expreso qué es lo que debemos hacer nosotros, estando este ejército sin cabeza y sin dirección, porque él debe moverse el 20 de junio. Yo digo de oficio lo que pasó en la conferencia que tuve el 11 con el ministro de guerra, y la que luego tuve con el presidente, el ministro y Santa Cruz sobre que yo tomase el mando del ejército y la repulsa consiguiente que hice y la cual ha tenido varios objetos. El primero, colocarlos en la necesidad de llamarlo a Ud. como la única esperanza del Perú en las actuales circunstancias; el segundo, no comprometer la división de Colombia en las discordias de los peruanos sobre la actual administración, ni ponerla en el caso de abrir la campaña

imprudentemente, y sin equipos precisos, de cuenta de que siendo yo general en jefe no debía aislar la división de Santa Cruz; y el tercero, porque nada, nada me haría entrar en el mando de un ejército que, compuesto de materiales tan encontrados, necesita otra mano que la mía para conducirlo con provecho.

Bolívar, sin embargo, no podía decidir sobre su viaje si el Congreso de Colombia no le autorizaba para salir del territorio de la República, solicitud que había enviado por intermedio de Santander y éste había engavetado por largo tiempo. Su angustia se aumentaba a medida que transcurría el tiempo y el proceso de descomposición interna del Perú se acentuaba paulatinamente.

Los obstáculos que ofrecía la realización de la independencia peruana eran casi insalvables, aun cuando Bolívar consideraba la guerra en esta zona como menos difícil que la que llevó a cabo en Colombia. Al presidente Torre Tagle le había manifestado en carta de 7 de enero de 1824: "Uds. tienen cuatro años de guerra de pan pintado".

Refrán clásico que se venía usando la primera mitad del siglo XV por lo menos, y empleado por Sancho, cuando a la paliza de la venta la calificaba de "pan pintado", aludiendo a las tortas y panecillos que usaban en ciertas bodas y fiestas, y los adornaban con unas pintaderas.

Pero a decir verdad, la guerra en Perú ha de poner a contribución toda la capacidad militar de Bolívar y Sucre, el talento diplomático de ambos y el espíritu de sacrificio que animaba a los dos. Ocasión hubo en que Sucre se sintió herido en su amor propio por alguna disposición de Bolívar y el Libertador le dio toda suerte de explicación.¹³

Cuando por disposición del Congreso de Colombia dejó Bolívar el mando, justamente en la hora más difícil de la campaña, será Sucre, general en jefe del Ejército Unido desde el 13 de febrero de 1824, quien asumirá la responsabilidad de conducir una empresa que no concluirá en Ayacucho sino en la liberación de las provincias argentinas del norte y la fundación de Bolivia.

Mucho se ha escrito sobre todas estas operaciones militares y políticas como para reiterar aquí, en estas pocas páginas, cuanto de todos es conocido. Observamos que deslumbrados por la figura del Libertador, los historiadores no se han ocupado de otros personajes y Sucre y sus actividades necesitan de nuevos enfoques. Conocemos la guerra de independencia en Ecuador, Perú y las provincias argentinas del norte a través de la acción bolivariana; pero las realizaciones de Sucre se esfuman dentro de la empresa común.

Al estudiarlas cuidadosamente, diríamos con emoción que la figura de Sucre es singular, sin parangones, por su grandeza pero también

13. Ver la carta que Bolívar le dirigió a Sucre, Huamanga, 4-XI-1824.

por su modestia, su pulcritud, por estar limpio de toda humana mezquindad. Es oro que ha pasado por el crisol del más celoso de los alquimistas, el tiempo inexorable.

En una época como la nuestra, donde tradicionalmente valores experimentan también una crisis igual o más grave que la del Perú en 1824, Bolívar y Sucre constituyen un ejemplo de limpia y pura amistad, de noble y desinteresada unión. No es necesario evocar a Bayardo al referirnos a Sucre. Sucre es Sucre, paradigma casi insólito en los anales históricos. Tal estrecha vinculación la sintetizó Bolívar en carta que le dirigió a Sucre desde Bogotá el 28 de octubre de 1828: "...yo le he dado a Ud. el ser de Simón Bolívar. Sí, mi querido Sucre, Ud. es uno conmigo, excepto en su bondad y en mi fortuna".

Entre ambos nunca extendió la desconfianza sus venenosos efluvios. Sucre es para el Libertador "el inmaculado" (carta a Flores de 1-VII-1830). Porque estaban limpios de escorias espirituales, prefieren la amistad a la gloria. Pero en el fondo estamos haciendo el elogio del Libertador en su culto a la amistad. Mas, ¿y Sucre? Tuvo tres pasiones a las cuales se entregó con vehemencia: la Patria, la mujer y el culto que rindió a Bolívar.

Apenas Bolívar recibió en Lima la noticia del triunfo de Ayacucho, desbordante en su alegría porque así cumplía su juramento del Aventino, comenzó a reunir los materiales para trazar la biografía del vencedor. En carta que le dirigió a Sucre el 21 de febrero de 1825, le dijo:

Ud. créame, general, nadie ama la gloria de Ud. tanto como yo. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de Ud. hecha por mí, en que cumpliendo con mi conciencia le doy a Ud. cuanto merece.

En carta que le escribió el Libertador a Santander, fechada a 23 de marzo de 1825, le comunicó:

Remito a Ud. una memoria de la vida de Sucre que ha aparecido escrita por un grande amigo suyo. Ojalá uno de nuestros jefes tuviese un amigo suyo que le dedicase un trabajo tan lisonjero. Un servicio semejante no dejaría de aumentar la gloria de Colombia y de sus hijos.

Olvidó el Libertador, quizá en la euforia del momento, que Santander, a raíz de la victoria de Boyacá, había publicado en el *Correo del Orinoco* una relación elogiosa de la campaña de 1819.

Pocas veces, a lo largo de la historia, los hombres han tenido sentimientos más elevados, mayor nobleza en la amistad, manifestaciones más finas en una pasión viril.

Pero el sol, luego de ascender e iluminar todo con sus torrentes de luz, va declinando hacia el ocaso entre nubes carmesíes, hasta sumer-

girse en el océano occidental. El 8 de mayo de 1830 el Libertador abandonó Bogotá. La alteración que en la víspera había experimentado el orden público en la capital posiblemente fue causa de que Sucre no concurriese a despedir a su amigo. Profundamente dolorido por tal circunstancia, le envió el siguiente mensaje:

Cuando he ido a casa de Ud. para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto mi bien, pues me he evitado el dolor de la penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a Ud.

Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a Ud.; Ud. los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder sino su amistad lo que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa y me lisonjeo que Ud. me conservará siempre el afecto que me ha profesado. Sabré en toda circunstancia merecerlo.

Adiós mi general, reciba Ud. por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter y en todas partes cuente con los servicios y la gratitud de su más fiel y apasionado amigo.

Bolívar recibió la carta en Turbaco. La respuesta fue breve: no son necesarias muchas palabras cuando una amistad sincera liga los ánimos:

La apreciable carta de Ud. sin fecha que se despidе de mí, me ha llenado de ternura y si a Ud. le costaba para escribirmela, ¿qué le diré yo? ¡Yo que no tan solo me separo de mi amigo sino de mi Patria! Dice Ud. bien: las palabras explican mal los sentimientos del corazón en circunstancias como éstas. Perdone Ud., pues, la falta de ellas y admita Ud. mis sinceros votos por su prosperidad y por su dicha. Yo me olvidaré de Ud. cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y de Ayacucho.

Sucre, concluido el período legislativo, retornaba hacia su hogar en Quito. El 4 de junio caía asesinado en Berruecos. A Bolívar le llegó la triste nueva el 1 de julio y exclamó: “¡Santo Dios! Se ha derramado la sangre de Abel”.

La muerte del héroe afectó hondamente a Bolívar. Deliró y en sus visiones denunciaba a los instigadores. Pasado el tiempo, en Barranquilla, el 9 de noviembre le escribió a Juan José Flores: “Vengüemos a Sucre... Venguense a Colombia, que poseía a Sucre, al mundo que lo admiraba, a la gloria del ejército y a la santa humanidad impiamente ultrajada en el más inocente de los hombres”.

Sucre: soldado de la Independencia

Luis Andrade Reimers

INICIACIÓN

Napoleón, en vísperas de la batalla de Austerlitz, había pronunciado aquella célebre frase: “El verdadero caudillo debe crear el futuro”. Estas palabras, que en los labios fogosos del Corso pudieron sonar a un arranque de euforia y nada más, han resultado reales en el caso de algunos caudillos geniales antes y después de Napoleón. Un ejemplo sencillo pero elocuente lo encontramos en la vida del mariscal Antonio José de Sucre. Examinémoslo en detalle.

Hasta el año 1820 el joven cumanés, aunque desde el comienzo había desempeñado funciones importantes, solo había obedecido órdenes concretas y su misión no era otra que volver con la satisfacción de haber cumplido esas órdenes a perfección. Pero estando en el pueblo de Trapiche recibió una comunicación del general Valdés acerca de unos pliegos enviados por Bolívar, para esa fecha presidente constitucional de la República. Esos pliegos, que los recibió el 25 de febrero de 1821, no contenían otra cosa que su nombramiento de “General de División de los Ejércitos del Sur”, sin que se le asignara ningún dinero ni se le anunciara el envío de tropas y armamento.

De acuerdo a las fechas de las cartas escritas en esos días, parece que Sucre al comienzo se quedó perplejo esperando nuevas noticias acerca de todo lo demás que precisaba para lanzarse a la campaña para la conquista de la Real Audiencia española de Quito. Entretanto fue haciendo planes y entrevistando a los candidatos, a reclutas, sin comprometerse en forma definitiva. Esos primeros aspirantes debían ser 900 y el batallón por conformarse se había de llamar “Santander” en homenaje a un gran amigo suyo y vicepresidente de la República, a

quien estaba escribiendo.¹ Pero con fecha 23 de marzo notifica a Santander que el Gobernador de Cali, obviamente apremiado por él, ha conseguido un préstamo de un señor Hatson, un judío inglés que se había colado por estos arrabales buscando buenas oportunidades para préstamos usureros. Los intereses eran altos pero se comprometía a conseguirles también fusiles y pertrechos de campaña a precios de ocasión (ocasionalmente altos). El préstamo había de pagarse en Guayaquil o en Quito.²

Sobre esta base, el joven general Sucre alistó los primeros reclutas a los cuales comenzó a entrenar personalmente tanto en gimnasia como en ejercicios formales, manejo y mecanismo de fusil, escalamiento, etc.

Ese fue el comienzo del afecto que este jefe de 26 años adquiriría para con sus soldados y que fue pagado con creces por todos ellos: con sus vidas. Semejante ejemplo de disciplina y fidelidad a las órdenes del jefe talvez no se haya repetido nunca en la historia militar del mundo.

El dinero conseguido en préstamo apenas alcanzó para dar un adelanto del altísimo flete marítimo de la tropa hasta Guayaquil en tres barcos de vela, cuyo aspecto, cuando días más tarde Sucre los vio a la orilla del océano, no daba garantía de una feliz navegación. Sin embargo, no había alternativa y el jefe creyó que ese era el primer riesgo que debía afrontarse. Así, el 31 de marzo salió el general Sucre con su pequeño ejército de Cali hacia el puerto de Buenaventura.

Aquí tenemos el primer caso de Sucre creando el futuro, como había dicho Napoleón, que es característica de los verdaderos caudillos. Ante la orden impartida por Bolívar sobre el papel y sin el apoyo de tropas y armamento, cualquier otro oficial se hubiera quedado esperando recibir también los medios materiales. Estos por el momento no estaban en manos del Libertador y en consecuencia la campaña sobre la Real Audiencia española de Quito no se hubiese realizado sino después y con otros elementos. Pero aquel joven general daba su primer paso como caudillo, creando el futuro.

EL JEFE MILITAR SUPERIOR SABE AFRONTAR LOS RIESGOS

Del caudillo Eneas, al invadir Italia, había escrito Virgilio: “A los audaces les ayuda la fortuna y a los cobardes les destruye”. Saber medir el peligro dando ocasión a la tropa a poner en juego su valor pero no exponiéndoles a obstáculos insuperables es cualidad indispensable

1. Lecuna-Archivo de Sucre, tomo I, p. 283.

2. *Ibid.*, p. 293.

de un jefe militar. Pues bien, esta cualidad se puso a prueba para Sucre al comienzo mismo de su campaña. Veamos el episodio en detalle.

A pesar de haber hecho una selección cuidadosa de los reclutas en Cali, desde Río Verde (Esmeraldas) notificaba a su Ministro de Guerra que ya se le había muerto un hombre. Como el paludismo y la difteria habían comenzado a penetrar en la tropa, en esa misma carta le decía que iba a dejar en ese puerto unos 15 o 20 más. Pero eso no era lo más grave. De Tumaco a Esmeraldas ya se había presentado el problema de la falta de viento. Pero de Esmeraldas a Guayaquil, trayecto que él mismo había calculado antes que lo harían en siete días, las famosas calmas tropicales se hicieron presentes. Este fue un fenómeno que los marineros y su personal de servicio no habían previsto. Cuando esos pequeños barcos a vela empezaban a quedarse quietos en medio del océano por horas y días, sin que en esa época se conociese otro medio de locomoción, entonces el general Sucre comprendió el peligro. A eso se sumaba la inutilidad de los timoneles que, cuando por casualidad soplaban algo de viento, no sabían aprovecharlo. De ese modo los víveres comenzaron a escasear, la carne y otros alimentos sujetos a putrefacción a corromperse y el agua, sobre todo, a disminuir rápidamente. Cuando Sucre notó eso, ordenó un austero racionamiento en todo. Pero el caso era que muchos soldados se morían de hambre y así se vieron forzados a comer alimentos ya corrompidos. A eso se añadió el mareo y el vómito no solo entre los soldados sino también entre todos los marineros.³

Por suerte, el día en que el agua se agotó y todos habrían muerto de sed, dos de los barcos descubrieron tierra. Era la península de Santa Elena.

Al otro barco se le dio momentáneamente por perdido, pero al fin se supo que había llegado a Montecristi. En todo caso, tuvo que abandonar a 20 enfermos en Esmeraldas y arrojar al mar otros 20 que murieron en la travesía. Además tuvieron que quedarse otros 40 enfermos en el hospital de Santa Elena.

Este fue sin duda uno de los mayores riesgos que Sucre corrió en su vida. La falta de experiencia con las fuerzas de la naturaleza fue la principal razón. Pero aprendió bien la lección. Desde ese día en adelante no se empeñó en luchar contra ellas sino más bien trató de buscar la forma de ponerlas a su favor.

3. *Ibid.*, p. 322.

LA DIPLOMACIA, EXIMIA CUALIDAD DE UN MILITAR

Refiriéndose a este elemento, Napoleón había dicho: “No fue el ejército romano sino César quien conquistó las Galias”. Exactamente lo mismo podemos decir del mariscal Antonio José de Sucre con respecto a la guerra contra España en Sudamérica, si tenemos presente sus actuaciones diplomáticas y la cantidad inmensa de cartas que escribió a lo largo de sus campañas militares.

Veamos el primer ejemplo de diplomacia que nos dio al llegar por primera vez a Guayaquil. Lo primero que pensó hacer fue entrevistar a los gobernadores de aquella pequeña ciudad (20.000 habitantes), que siete meses antes, el 9 de octubre de 1820, se había sublevado contra el dominio colonial de España y desde entonces estaba administrada por un gobierno propio. Supo en el camino que la ciudad estaba regida por un triunvirato pero que su miembro principal, el Dr. José Joaquín Olmedo, se había quedado en su casa por estar delicado de salud. Allá fue a visitarlo el intrépido cumanés. Pero antes, en la posada donde había llegado, se afeitó y vistió su mejor uniforme. Sabía, como buen militar que era, que con los galones y emblemas dorados de su uniforme se sentía orgulloso e impositivo.

Fue cordialmente recibido en casa de Olmedo pero tuvo que esperar en el recibidor hasta que el enfermo, que no había sido prevenido de semejante visita, se pusiese presentable. Quien se presentó a atenderle mientras tanto fue la esposa de Olmedo, una atractiva criolla de 40 años. El cumanés, que para el trato con mujeres se pintaba solo, contándole en tono alegre las aventuras que había tenido que sufrir en alta mar, ganó a tal punto la confianza de la dama, que de ahí en adelante, aun en las cartas, solo le llamaba “mi Señora Rosita”. Luego habló con Olmedo, el presidente de la Junta de Gobierno y, aunque tuvo que aceptar que la anexión de Guayaquil a Colombia únicamente podría decidirse por votación popular y que ésta solo se efectuaría cuando los españoles fuesen expulsados de la Real Audiencia de Quito, consiguió que la ciudad se hiciera cargo del alojamiento y rancho de la tropa hasta aumentarse con nuevos cuerpos que debían venir de Colombia. Este capítulo de logística, elemento esencial en una campaña, quedó así resuelto gracias a su diplomacia militar. Ese mismo día contrató la confección de uniformes pagaderos en Quito y mejores armas ordenadas al Perú. Ninguna de estas cosas había podido conseguir el general Mides, su viejo profesor en Caracas, que había llegado a Guayaquil 15 días antes.

Pero el instrumento epistolar, incesante artillería de todas las tardes y primeras horas de la noche que fue puesto en juego con asom-

brosa constancia, probablemente contribuyó más que armas y soldados a conseguir la victoria final. Estas cartas no solo le unieron firmemente al presidente constitucional de Colombia, Simón Bolívar, y a los altos miembros de su Gobierno, sino con San Martín, que le envió un cuerpo de mil hombres para la Batalla de Pichincha y otros militares prominentes como Lamar. Llegó incluso a escribir a la esposa del general Aymerich, presidente de la Real Audiencia de Quito, tratando de impedir a tiempo un inútil derramamiento de sangre. Las proclamas compuestas a medida que avanzaba a sus objetivos son verdaderos gritos de profundo patriotismo.

EXCESO DE IDEALISMO

Los temperamentos nobles y leales tienden a juzgar al mundo como igual a ellos y esta ingenuidad a veces les aboca a desastres. En un soldado esto es obviamente más grave por cuanto la suerte de militares y civiles depende de él. Sucre tuvo este defecto y, a pesar de esta lección que hubiera sido de vital importancia si la hubiera aprendido, diez años más tarde, en Berruecos le costará la vida. Veamos cuál fue aquel episodio.

A comienzos de junio de 1821 el general Sucre, con su pequeño y medio destrozado ejército por efecto de las calmas tropicales, se hallaba haciendo todos los esfuerzos posibles para aumentar sus efectivos militares con gente de ahí mismo y de Colombia, del Perú o de donde fuese. En tales circunstancias, como caído del cielo se presentó un coronel venezolano llamado Nicolás López con un cuerpo de 600 hombres dispuesto a luchar a las órdenes del general Sucre por la independencia de la Real Audiencia de Quito. Los miembros de sus tropas habían sido reclutados principalmente en la península.

Sucre le recibió con entusiasmo y con los elementos cedidos por Olmedo o conquistados por el propio cumanés, pensó poder formar ya una pequeña división y escalonarla en los puestos estratégicos por donde bajaba el camino de la sierra y por el cual verosíblemente había de descender el ejército español. A su compatriota le proveyó de los mejores armamentos e implementos de campaña, ubicándole en Babahoyo como cabeza de las fuerzas republicanas escalonadas desde allí hasta Guayaquil.

Lo que no sospechó el cumanés, ni los que le rodeaban, era que su compatriota estaba preparando un contragolpe para destruir por completo a su tropa y ser por eso galardonado generosamente. En efecto, el golpe fue dado el 28 de enero. Por medio de barcos de guerra con apariencia de mercantes se torpedió a la madrugada el puerto de Guayaquil

mientras por las calles un desfile armado vivaba al rey entre disparos. Afortunadamente el coronel Morales, que la víspera había sido prevenido del golpe por Olmedo, rechazó valerosamente el intento de contrarrevolución con un pequeño ejército improvisado. Lo que no pudo ser impedido fue la desertión masiva en Babahoyo de López con sus 600 hombres y todo el equipo de campaña. Todos ellos no hicieron otra cosa que subir la sierra y avanzar hacia el ejército de Aymerich para recibir ahí su recompensa por la traición.

Lo peor en siniestros globales de esta naturaleza es que el comandante en jefe pierda la cabeza y cometa imprudencias irreparables. Para Sucre esta fue la primera experiencia en este género de peligros. En estos casos el comandante en jefe tiene que sufrir la burla del enemigo ante su candoridad y el desprecio de los propios ante pérdidas tan apreciables. Eso obviamente tuvo que aguantar Sucre como en una carta de desahogo contó a su amigo Santander. Se expresa así:

Verá usted en mi comunicación oficial en qué cosa me he hallado metido en los últimos días. Revoluciones de mar y tierra, rebeliones, intrigas y brollos de tanto diablo que hoy en este lugar nos iban a hacer pasar una mala escena, si no se hubiera andado vivos en trastornar los trastornos, en que nuestros enemigos querían sepultarnos.⁴

Pero la actitud del verdadero jefe es la que describe a continuación: “Ha sido preciso buscar prudencia y moderación para poder salir bien de tantas agitaciones y tantos reclamos”.

CEDIENDO LOS PRIMEROS LAURELES

El lector seguramente conoce bien los pormenores en la victoria de Sucre en Yaguachi. Un miembro de la red cuencana de espionaje republicana, Manuel Pino Jijón, había dado aviso a Sucre tres días antes de que sucediera sobre la venida de una parte del ejército realista, procedente de Cuenca, que al mando del español coronel Gonzales bajaba con instrucciones de avanzar hasta el sur de Guayaquil y esperar ahí la llegada del ejército de Aymerich, que venía de Quito. De esa forma, entre dos fuegos podían derrotar al ejército de Sucre y luego tomar Guayaquil.

El aviso fue sumamente oportuno y el general Sucre pudo movilizar a su batallón Santander y a otro de “entusiastas”, que se había formado en esos días y constaba de jóvenes inexpertos. El cumanés hizo avanzar sus unidades por el camino que subía a Cuenca y a unos 20

4. *Ibid.*, p. 392.

kilómetros de Guayaquil halló un sitio adecuado en Yaguachi (las colinas de Cone) para preparar una emboscada a los realistas. El éxito para Sucre era totalmente seguro. Entre sus subalternos tenía al general Mires, antiguo profesor suyo en la Academia Militar de Caracas, el cual, sabiendo que su discípulo iba de jefe en la acción de Guayaquil, había pedido venir a su lado y luchar con él. Así pues, el cumanés quiso dar oportunidad a su teórico y entusiasta maestro de triunfar también en la realidad y así le puso al frente de su batallón Santander.

Todo resultó como Sucre había previsto. La rotunda victoria se debió a la magnífica actuación del batallón Santander. Con semejante triunfo Mires se llenó de felicidad, tal como también lo había previsto el general cumanés. Pero lo que no previó por falta de experiencia personal anterior, fue el efecto que los primeros laureles iba a producir tanto en el espíritu de su añoso maestro como en su misma psicología. La experiencia que el general Sucre sacó de aquí le iba a ser muy valiosa más adelante.

¿POR QUÉ LA DERROTA TOTAL DE HUACHI?

Era indudable que la victoria de Yaguachi había sido absoluta. Mientras el grueso del ejército patriota con Mires a la cabeza avanzaba a Babahoyo y subía la cordillera en busca del grueso del ejército enemigo, el general Sucre entraba triunfante en Guayaquil, llevando a 400 prisioneros, además de todo el arsenal bélico tomado al enemigo. Había aceptado el principio un tanto teórico de Mires de que había que aprovechar el efecto moral del triunfo para acabar de derrotar al enemigo. Así pues, el cumanés improvisó de inmediato un nuevo ejército de soldados colombianos convalecientes, jóvenes guayaquileños enardecidos con el triunfo y prisioneros tomados en Yaguachi. Con estos tres cuerpos y sin dar la importancia que debía a este nuevo ejército en condiciones precarias, se puso en marcha hacia Babahoyo tratando de dar alcance a Mires y al ejército que había triunfado en Yaguachi. Pero, como no lo logró, siguió cuesta arriba hacia la Sierra. Al fin dio con ellos, pero las marchas forzadas que Mires había impuesto a los triunfadores de Yaguachi produjeron algunas bajas y muchas deserciones. Lo primero que hizo Sucre al llegar fue ordenar tres días de descanso a todos. Al cabo de ese tiempo el cumanés, únicamente con ánimo de observar al enemigo, ordenó a su ejército acabar de subir la cordillera y bajar en su interior solo hasta las cercanías de Pilahuín al pie del páramo. Desde ahí Ambato estaba cerca pero se abstuvo de bajar, pues por ahí andaba el ejército de Aymerich en pleno, incluyendo la caballería.

En cambio Mires y los oficiales a sus órdenes, viendo al enemigo avanzando por el camino de Ambato hacia Quito, experimentaron la

euforia del combate y la emulación entre jefes y soldados. El general Sucre se dejó contagiar de ese entusiasmo ciego y ordenó al ejército bajar la cordillera y acercarse al enemigo. Ese fue el primer paso imprudente. El segundo fue el ceder el mando a Mires mientras el cumánés examinaba la región antes de presentar batalla. Pero Mires, mientras su jefe iba a galope tendido por el otro extremo del campo, dio la orden de ataque y se trabó el combate en una zona llena de obstáculos para los patriotas. Estos dieron innumerables muestras de valor; pero ante la organización y la ventaja del terreno que tenían los realistas, el batallón Santander se batió heroicamente hasta sacrificar a su último hombre aunque no fue apoyado por los otros cuerpos. Cuando Sucre regresó, todo era demasiado tarde y él mismo, lanzándose a luchar, hubiera muerto estando como estaba rodeado de enemigos si tres guías y dos edecanes suyos no le sacaran del cerco. En todo caso su caballo salió con una pata rota de un balazo y él con algunas contusiones en la mano izquierda y el pie derecho. La derrota fue completa y apenas 100 hombres escaparon vivos de un total de más de 1.000. El general Mires cayó prisionero. El general Sucre pudo huir y esconderse en Babahoyo.

El filósofo francés André Maurois, en su libro *Diálogo sobre el mando*, escribe: “el mejor jugador puede perder una partida. El mejor general puede perder una batalla... pero el verdadero jefe se muestra en la derrota”.⁵ La primera y única derrota que sufrió Sucre tuvo lugar en Huachi. Fue una derrota total, que por poco le cuesta la vida. El 90 por ciento de su ejército quedó tendido en el campo de batalla o cayó prisionero. El desprestigio del cumánés fue completo primero ante las familias de Guayaquil, las cuales por segunda ocasión perdían a sus hijos tendidos en el campo de batalla o prisioneros de los españoles; pero luego el desprestigio fue también ante el resto del ejército colombiano, en donde había oficiales que le tenían envidia ante sus rápidos ascensos. Ambas cosas lo hirieron profundamente en su escondite de Babahoyo. Bolívar, ante la noticia de la derrota, ofreció ir a Guayaquil para someter a la Real Audiencia pero no llegó. El único que en tales circunstancias le escribió para hacerle ver lo efímera que podía ser esa derrota si había una reacción varonil que mejorara hombres y armamentos, fue Olmedo, el presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil. En esa carta⁶ le ofrece la ayuda de Guayaquil en hombres y armamentos. En cuanto al propio Sucre, aunque en el primer momento tuvo que permanecer escondido por prudencia, en modo alguno se sintió totalmente derrotado. Al comienzo pensó en seguir las hostilidades contra los españoles al menos por medio de guerrillas; luego lanzó una avalancha de cartas a todos sus

5. André Maurois, *Diálogos sobre el mando*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XX, 1958, p. 13.

6. José Joaquín de Olmedo, *Obras completas, Cartas históricas y políticas*, Quito, Ediciones Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1980, pp. 432-433.

amigos de Colombia y del Perú que le pudiesen ayudar. También escribió al Libertador pidiendo ser juzgado en una corte militar, petición que Bolívar ni siquiera contestó. Finalmente al general Mires, que había sido la causa principal de esta derrota, cuando supo que había caído prisionero y donde estaba, le mandó el dinero de sus sueldos y comisiones.

DISCIPLINA MILITAR EN UN NUEVO EJÉRCITO

El hecho de que el batallón Santander, que había sido reclutado y entrenado personalmente por Sucre, hubiese quedado en su integridad tendido en el campo de batalla de Huachi, es una heroica demostración de la eficacia con que el cumanés inculcaba la disciplina a sus soldados.

Al comenzar a formar su nuevo ejército como consecuencia de la correspondencia enviada a sus posibles colaboradores, con los que venían de Colombia no tuvo problemas especiales y les impuso la educación militar desde el primer día. Pero del Perú, por efectos de una emergencia de último momento, el general San Martín le hizo llegar mil soldados mercenarios resueltos a sacar todo el provecho posible para ellos mismos de cada oportunidad que se les presentase sin sufrir riesgos de ninguna clase.

El primer caso sonado que Sucre tuvo con los mercenarios peruanos fue en Cuenca. Alojados en un cuartel de la ciudad, estos soldados, supuestamente patriotas, se dieron a acudir en masa al mercado y ahí tomar sin pagar lo que les venía en gana. Este abuso llegó a oídos del general Sucre y éste, deseoso de extirpar este abuso de un solo golpe, dictó el siguiente decreto:

Habiendo tenido algunas quejas de que la tropa toma violentamente en el mercado artículos de comida y que suele ir a las casas fuera de la ciudad y exige de los ciudadanos y de las mujeres otras cosas que no pagan... Decreta: 1) Todo individuo de la tropa que fuere sorprendido a un tiro de fusil fuera de la ciudad sin el correspondiente permiso será juzgado como desertor. 2) El soldado que tomase a cualquier ciudadano el valor de un real, sufrirá la pena de 200 palos y el que robe el valor de más de un peso, será castigado con la muerte.

La indisciplina de los mercenarios peruanos le causó a Sucre graves disgustos. Un año más tarde contaba por carta a su amigo Santander cómo en Riobamba tuvo que suspender un combate que venía preparando, porque uno de esos capitanes rehusó luchar por cuanto de las seis reses que se les daba para el rancho ese día les había faltado una. De ese modo, la desconfianza del cumanés en el ejército peruano fue

completa. No se admiró cuando en la Batalla de Pichincha durante la refriega se fueron a esconder en las rocas de la cumbre.

Semejante indisciplina solo al momento de recibir los sueldos era firme e indeclinable, por lo cual Sucre se quejaba de que le costó demasiado dinero y hasta el momento de regresar iban robando lo que creían de utilidad.

¿POR QUÉ FUE EL ÉXITO DE SUCRE EN PICHINCHA?

Se puede decir, en pocas palabras, que lo que dio la victoria a las tropas republicanas fue la disciplina militar en la mayoría de jefes y soldados. Decimos la mayoría para excluir a los mercenarios, de los cuales debemos más bien olvidarnos. Sucre, antes que nadie, debió darse cuenta de que su ejército había sido sorprendido en un cruce sumamente peligroso. El general Aymerich, viejo militar curtido en los campos de batalla, al darse cuenta de la equivocación que habían cometido los “insurgentes” al orillar aquel macizo montañoso tan cerca de la ciudad, se habría llenado de gusto creyendo repetir aquí la carnicería que había ordenado el año anterior en Huachi. Pero Sucre no perdió un instante el control de sus nervios a pesar de que, de acuerdo a lo que él mismo contó después, por el declive del terreno su caballo apenas podía estar quieto en un solo sitio. Estuvo dirigiendo el combate, reemplazando batallones y urgiendo a cada momento el avance de los carros con el parque. Recordemos que en este tiempo los fusiles eran de fulminante y tenían que ser cargados para cada disparo. Esto hacía que la primera fila de un batallón, tan pronto como hacían sus hombres los disparos, fuese a formar la última para preparar otra vez sus fusiles. También tengamos presente, como nos advierte Sucre, que el campo en que chocaron fue tan estrecho que “el terreno apenas permitía entrar más de un batallón al combate”.⁷ Eso fue de inmensa ventaja para los patriotas, cuyas fuerzas estaban regadas en el monte y a lo largo del camino. De ese modo Sucre, desde su sitio de mando, fue reemplazando a los batallones que habían luchado con los frescos que iban llegando. Cuando por fin se acabaron las municiones y el carro del parque no llegaba, nos dice que

se dio orden al Paya (batallón colombiano) que marchase a bayoneta y lo ejecutó con un brío, que hizo perder al enemigo la ventaja que había obtenido. Después (cuando llegó el parque) comprometido otra vez el fuego... el señor coronel Córdova tuvo la orden de relevar al Paya con las dos com-

7. Lecuna-Archivo de Sucre, tomo II, p. 156.

pañías del Magdalena y este jefe, cuya intrepidez es bien conocida, cargó con un denuedo admirable y desordenado el enemigo y derrotado, la victoria coronó a las doce del día a los soldados de la libertad.

El espíritu militar de Sucre y la ausencia de odio y bajas pasiones se manifestó en los españoles que fueron tomados prisioneros después de la victoria de Pichincha. Entre ellos estuvo el coronel López, que había desertado con sus 600 hombres al comienzo de la campaña en Babahoyo. A pesar de que lo tuvo en su poder y muchos de sus oficiales opinaban que se le debía fusilar, el cumanés se contentó con enviarle al exilio como a todos los demás.

RIGOR MILITAR EN LA CAMPAÑA DE PASTO

Ya habían pasado siete meses de la victoria de Pichincha. Contra su voluntad, el general Sucre había tenido que hacerse cargo de la administración civil del Departamento del Sur. Las tropas peruanas habían vuelto a su tierra y solo quedaban acuarteladas las unidades necesarias en tiempo de paz. Quedó abierto y normalizado el paso de Quito a Bogotá. Pero de pronto, el 28 de octubre, la ciudad de Pasto y región circunvecina se declararon por el Rey de España, cortándose el paso a toda clase de transporte. Los españoles, que con la derrota en Pichincha habían perdido sus bienes raíces o aquellos que tenían resentimientos contra el régimen republicano, desde los días de Boyacá y luego desde Pichincha, habían ido recogiendo todo el armamento y almacenándolo en Pasto. El sitio por ellos escogido era estupendo, pues constituía una especie de enorme fortaleza natural, rodeada en el sur por el torrentoso río Guáytara.

Lo primero que hizo Sucre fue poner una comunicación al general Obando, que hacía de gobernador republicano en la ciudad de Pasto, pidiéndole reprimir esos disturbios. Obando le contestó restando importancia a la revuelta de Pasto. Pero Sucre no dio fe a sus palabras y despachó desde Quito al batallón “Rifles”. En respuesta, los españoles en rebeldía volaron el puente del carretero, dejando suspendido el camino entre Quito y Pasto. El general Sucre acudió al punto en que los españoles se habían hecho fuertes y ordenó la construcción de un puente, trayendo ingenieros y materiales para ello. Desgraciadamente la noche en que la obra debía ser montada, la estación invernal hizo precipitar una tempestad tan fuerte, que se impidió por completo el trabajo nocturno. A la madrugada amainó el temporal pero en cambio del otro lado, en la cumbre de un alto acantilado, se hizo presente la artillería enemiga para impedir la construcción del puente. En todo caso el trabajo

siguió y, aunque murieron unos seis trabajadores, a medio día pudieron pasar las primeras escuadras del “Rifles” y desalojar a los españoles de la cumbre del acantilado. El cumanés, que en la noche anterior había quedado empapado con la tempestad, al otro día tuvo que practicar también su arte de escalar. Consecuencia de ambas cosas fue que su afección al pecho le obligó esta vez a hacer largas pausas.

Al día siguiente, que era 24 de diciembre, el ejército se levantó aún antes de clarear. El escuadrón de caballería tuvo que resignarse a seguir el cauce del río hasta dar con el paso hasta la ciudad de Pasto, pues en forma alguna los caballos podían trepar el acantilado. El propio general Sucre tuvo que dejar su caballo con el escuadrón y seguir a pie con los batallones de infantería. Dominada la cumbre sobre el río, el ejército avanzó a través de bosques solitarios de alta montaña hasta llegar a las faldas de las cumbres inaccesibles de Taindela, donde el enemigo los esperaba bien apertrechado. La toma de aquellos peñones fue el producto de la técnica y el valor del coronel Sandes y sus compañías del “Rifles”, que galantemente se ofrecieron para llevar a cabo tal hazaña.

El enemigo, que también en esta ocasión había escapado incólume, le sorprendió por tercera vez en la quebrada de Yacuanquer. En esta nueva oportunidad quien se ofreció a tomar la delantera fue el coronel Córdova con su batallón “Bogotá”. Sin embargo, la lucha poco a poco se fue tornando tan tensa, que al final todo el ejército tuvo que tomar parte en ella y a duras penas fue dominado el domingo en horas de la tarde.

En resumen, esta campaña de Pasto dio por resultado el permitir el paso libre del ejército de Bolívar, constituyendo una demostración en pequeño de la técnica en llevar una compañía hasta el éxito seguro.

LA MILICIA Y EL CORAZÓN

Más o menos, todos los que siguen la carrera de las armas son movilizadas de un lugar a otro, sin que sus superiores tengan en cuenta las necesidades que puedan tener las familias de ellos. Esa falla en la profesión de soldado tuvo lugar en el mariscal Sucre en grado superlativo. Recordemos brevemente algunos de sus datos biográficos.

A raíz de la victoria de Pichincha, el Cabildo de Quito ofreció un baile a Sucre y los soldados triunfadores. A ese acto social asistió entre los ilustres invitados el marqués de Solanda y Villarocho y su hija mayor, Mariana, una bella joven de 21 años. Parece que en realidad ahí hubo un amor mutuo a primera vista. Seguramente se siguieron viendo en los meses sucesivos. Lo que sí consta es que cuando Bolívar, siete meses más tarde, resolvió dar a su hombre de confianza un merecido

descanso después de la toma de Pasto, les pidió a los marqueses de Solanda que le hospedaran por unas semanas en su hacienda de Solanda hasta su recuperación. Entonces le sobrevino al cumanés un enamoramiento verdaderamente enloquecedor. El Libertador, que al cabo de unas tres semanas lo fue a visitar, encontró tan dedicado a sus sueños al joven oficial que para efecto de la guerra (en esos días lo único interesante para él) “no valía nada”.

Pero el desarrollo de la lucha contra los españoles no se podía detener y Sucre por sí mismo tuvo que volver a su despacho en la ciudad. Luego Bolívar le hizo saber que le había destinado para la lucha contra los españoles en el Perú⁸ y aprovechó su popularidad para hacer cobrar a los quiteños un empréstito forzoso de cien mil pesos. De esa forma Sucre pensó que se pondría punto final a su enamoramiento. Sin embargo, el amor había sido tan profundo, que estando ya en el Perú y cuando le dieran la falsa noticia de que su Mariana se había casado, estuvo a punto de enloquecer de despecho. Pero, cuando le hicieron saber que la noticia había sido falsa, entonces se dio cuenta “que la quería infinito”.

El Libertador había ofrecido al general Sucre que su servicio en el ejército solo había de durar unos meses. Pero luego se presentaron las complicaciones de la guerra contra los españoles en el Perú, que solo se resolvieron con la victoria en Ayacucho. Luego los problemas en el Alto Perú, aunque empezaron a solucionarse con la creación de la República de Bolivia, solo se arreglaron a medias haciendo de Sucre su primer presidente constitucional. Por esta prolongación del plazo en volver a ver al amor de su vida en Quito, el propio Bolívar fue el promotor de un matrimonio por poder entre la joven Marquesa de Solanda y el cumanés. Así fue como, estando de Presidente Constitucional de Bolivia, se hacía la ilusión de hacer venir desde Quito a su soñada marquesita en un bello carruaje y rodeada de todas las comodidades. Pero, vuelto a la realidad, desistió de aquel viaje largo, porque al fin y al cabo era tiempo de guerra y en esos caminos podía correr muchos peligros.

Volvió al fin a Quito pero la realidad que le esperaba fue muy dura. Las nuevas autoridades militares no le rindieron las consideraciones que se merecía. Tuvo al fin una mujercita de primogénita. Pero al poco tiempo de haber nacido, debió abandonar otra vez el hogar para servir a sus superiores y a su Patria. Recordemos por último el final, digna coronación de su carrera militar de sacrificio.

8. Sucre al Libertador, Archivo de Sucre, tomo III, p. 150.

LA TRAPERA DE SUCRE

Todo militar de profesión, aunque muchas veces lo oculte en el fondo de su corazón, se siente orgulloso de su uniforme. Igual cosa sucede con los galones dorados, los gallardetes, ramos así mismo de oro y condecoraciones que recibe a lo largo de su carrera militar. Estos distintivos producen en su alma inmensa satisfacción y por lo mismo quieren mantenerlos junto a sí hasta el último momento de su vida. En esto el mariscal Sucre no fue una excepción. Pero hubo un momento en su vida en que, haciéndose a la idea de que no habría de volver vivo de la campaña que estaba a punto de emprender, hizo el inventario de esos artículos y en carta a su confidente en Quito, coronel Vicente Aguirre, el día 19 de julio de 1823 le anuncia su despacho a Guayaquil. A nosotros esta enumeración nos revela la colección de recuerdos de sus días de gloria, los cuales iban siempre con él y le demostraban que su vida había sido fecunda. La lista escrita por su puño y letra es la siguiente:

Cuatro casacas encarnadas, dos de grande uniforme y dos del pequeño.

Una casaca azul bordada pequeña de uniforme sin estrenar todavía.

Tres pantalones de paño celeste y turquí bordados al pasado, uno turquí bordado de trenza de oro, dos celestes, uno con galón y otro liso. Uno blanco. Dos encarnados, uno aplomado, dos cenizos y dos negros: cuatro de punto y cuatro más blancos, dos chalecos de paño y seis blancos.

Una chaqueta de Húsar trenzada de oro. Una levita trenzada de negro.

Tres bandas celestes con borla de oro. Un par de charreteras y cordones.

Seis camisas de olán con pechera. Dos de estopilla cosida, nueve de irlandia, cosida; once de breña con botones. Dos piezas de estopilla.

Diez y ocho pares de medias largas de hilo.

Doce medias cortas y una negra larga.

Doce piezas calzones blancos de abajo. Diez y ocho medios pañuelos blancos de corbata.

Veinte y cuatro pañuelos blancos de mano, entre ellos seis bordados nuevos.

Seis pares de elásticos y un par de hebilla de oro.

Seis camisetitas de lana, seis pares de guantes de hilo, seis de ante.

Cuatro sábanas, cuatro fundas almohada, una colcha, un toldo de muselina.

Una esclavina de paño celeste.

Cuatro pares de borceguíes ingleses.

Dos pares de zapatos.

Un sable vaina dorada, una espada id sin estrenar. Tres bastones entre ellos dos de cañas, dos plumeros, un sombrero militar con pluma blanca,

uno de paisano, un chicó, una medalla de Libertador de Venezuela guarnecida de esmeraldas, la de Yaguachi, el retrato de M., un juego de tinteros de plata completo (Callao, 18-VII-1823).

Apunte de la ropa que llevó:

Una casaca azul bordada de pequeño uniforme y una chaqueta id encarnada-dos otras azules sencillas-una levita-seis pares de calzones de paño-dos de punto-dos camisas-seis camisetas de lana-doce calzones blancos de abajo- dos de lana-doce pañuelos blancos de mano-doce de seda-doce id de corbata-tres negros-diez y ocho pares de medias-seis de elásticas-dos bandas-dos pares charreteras-dos sombreros- seis sábanas-cuatro fundas almohada-dos colchas-cuatro paños-dos pares de borceguíes- tres de zapatos-uno de botas-seis pares de guates de ante-un capote fino-un capotón-una esclavina-una espada, vaina de acero-un par pintura, un anteojó, un canuto de tintero, un compás de plata (Callao, 18-VII-1823).

Este es el “equipaje” que el cumanés tenía el 19 de julio de 1823. A eso hay que añadir los galardones que recibió después de la victoria de Ayacucho, los cuales obviamente fueron más ricos y significativos.

DISGUSTO DISCIPLINARIO DE BOLÍVAR CON SUCRE

Debemos decir algo sobre la acusación de “jefe nulo e incapaz” hecha por el Secretario de Guerra de Colombia y la justa indignación que esto causó en el ánimo de Sucre. La obvia reacción del pundonoroso militar fue enviar su renuncia tanto al Congreso de Colombia como al Presidente Constitucional y jefe inmediato, Simón Bolívar. Ese mismo día escribe una tercera carta sobre el asunto a su viejo amigo, Francisco de Paula Santander, dirigiéndose a él no como amigo sino como vicepresidente de la República. Las dos cartas, que debían llegar a Bogotá, tardaron un año y recibieron una respuesta negativa, dando ocasión más bien de un gran elogio del para entonces gran Mariscal de Ayacucho.

La carta dirigida al Libertador en Lima sí fue entregada de inmediato y ese mismo día recibió respuesta. Estando como estaba Bolívar abrumado de problemas con la conducción de la guerra en el Perú, parece que ni siquiera leyó esa carta y siete días después más bien le puso una comunicación ordenándole tomar a su cargo como primer jefe la dirección de la División de Colombia en el Perú. El cumanés, viendo que el Libertador no hacía siquiera alusión a la renuncia presentada por él unos días antes, creyó que era su deber referirse una vez más a la acusación del Secretario de Guerra de Colombia, tratándole de nulo e incapaz y diciendo que semejante cargo equivalía a “echarle fuera del

servicio activo". Así, pues, continuaba Sucre declinando el nuevo nombramiento. Como motivo concreto decía:

Si yo tomara un servicio activo dirigiendo soldados, que siempre han merecido la victoria, y llevando a la vez el bochorno, tanto, mis compañeros y usted mismo me considerarán como un general dispuesto a sufrirlo todo por conservar su uniforme y su empleo.⁹

El Libertador, dejándose probablemente llevar de uno de esos arranques de impaciencia tan propios de su temperamento, le contestó ese mismo día con dureza, diciéndole que se estaba aprovechando de los momentos tan difíciles que estaba pasando en el Perú para hacerse sentir como hombre indispensable.

El sensitivo cumanés también le contestó a Bolívar de inmediato y entre otras cosas le decía:

¿Por qué quiere usted humillarme con una satisfacción en la ofensa en que no he creído usted parte?... Sin embargo, mi general, si usted cree que puedo serle útil en el ejército, escogeré llevar, aunque con rubor, cualquier destino, antes que cometer la infamia de abusar de mi situación y hacerme necesario. Haga usted lo que guste. Yo he amado a usted con la ternura que a un padre y me someteré a su voluntad.

Este episodio nos muestra claramente por un lado el pundonor militar de Sucre y por otro la total fidelidad en todas las órdenes al Libertador.

AYACUCHO, LA OBRA MAESTRA EN ESTRATEGIA MILITAR

Después de la victoria de Junín, Sucre y su ejército permanecieron en Jauja hasta el 9 de septiembre, fecha en la cual Bolívar reanudó su lento avance hacia el Cuzco, siguiendo al ejército realista. Pero súbitamente decidió el Libertador partir a la costa, por lo cual entregó al general Sucre el mando del ejército colombiano-peruano.

El retorno del Libertador causó, desde luego, el desmembramiento de un fuerte contingente de caballería que lo debía acompañar. Por otro lado, tanto por lo prolongado de la campaña como por las condiciones logísticas en que se venía desenvolviendo, las desertiones habían sido altísimas en las últimas semanas. Para diciembre, Sucre creía contar con solo 5.780 hombres. Por el contrario los realistas, por la fusión de los ejércitos de Canterac, La Serna y Valdés contaban con un total de

9. Lecuna-Archivo de Sucre, tomo III, p. 552.

10.000 entre infantería y caballería. Este era sin duda un factor muy peligroso para el cumanés.

Sin embargo, el joven estratega había aprendido de la Batalla de Pichincha que la topografía, inteligentemente aprovechada, podía suplir la diferencia numérica. Aunque el enemigo había ya rehuido la batalla por más de una vez, aprovechó el día en que los realistas acamparon en la cumbre del monte Condorcunca y Sucre hizo acampar a los suyos en la llanura al pie de ese monte, dando al adversario clara ventaja. Esta llanura, que se llamaba de Ayacucho, medía aproximadamente de largo unos 1.300 m y de ancho unos 600, quedando delimitada por quebradas con torrentes de aguas por efectos de las lluvias de diciembre.

También sabía Sucre que sus ardientes arengas antes de las batallas tenían la fuerza de inflamar a sus soldados hasta el heroísmo. Esto ponía una diferencia fundamental con las tropas realistas. En estas últimas los mercenarios eran más de un 50 por ciento y para ellos lo más importante en estos choques armados era salir con vida.

La tercera ventaja que Sucre tenía era el conocimiento que poseía de sus jefes subalternos y soldados con quienes había estado no solo en las marchas y prácticas sino también, con pocas excepciones, en el mismo campo de batalla. Eso le permitió desde la víspera dar a las diversas unidades un lugar adecuado.

En el desarrollo de la batalla hubo altos y bajos. Entre los golpes certeros dados por el ejército patriota, Sucre tuvo la suerte de ver caer muerto al ardiente coronel español Rubín y gravemente herido al general Monet. Pero talvez el golpe que dio la victoria fue el dado por el joven general Córdoba al desenvainar su espada y ordenar a sus batallones cargar a la bayoneta. Se formó una falange imposible de detener, la cual fue ascendiendo por el monte Condorcunca hasta la cumbre y tomó ahí prisionero al virrey La Serna.

HERIDO SUCRE EN LA NACIÓN QUE FUNDÓ

Para 1825, a raíz de la victoria de Ayacucho, el ejército a órdenes de Sucre era el mayor de Sudamérica. Había quedado a sus órdenes un inmenso territorio, conocido con el nombre de Alto Perú. Bolívar había resuelto convertir todo ese territorio en una gran nación y los Libertadores la habían bautizado como Bolivia. Para la misma, Bolívar escribió una Constitución que él creyó ideal y la hizo aprobar por el Congreso. Sucre fue su primer presidente.

Pero todo eso sucedía en el plano civil. El militar era el que precisaba más atención, pues la rebelión se había puesto de moda en todas

partes y amenazaba resquebrajar por todos lados el territorio emancipado por el Libertador. El general Sucre atribuía esta tendencia a la falta de sanción a los revoltosos. El 27 de septiembre escribía:

En los papeles de Lima he visto los últimos procederes de Guayaquil en junio. Siento que el Sur (Ecuador) se alborote. Cada día veo más y más cuanto erró el gobierno (de Bogotá), aprobando la insurrección de Bustamante. Lágrimas y sangre costaría a Colombia un paso tan falso. Si el general Páez dio una puñalada a la Patria con el movimiento de Venezuela, el general Santander acabó de matarla, aprobando aquel motín.¹⁰

Ese ambiente universal de agitación política llegó también al Perú y Bolivia en rechazo a las pretensiones de Bolívar de convertirlas en Estados Federales con un presidente vitalicio. Sin embargo, Sucre se sentía muy tranquilo en Chuquisaca, creyendo que el único batallón que había en esa ciudad no se preocupaba de esas cosas. Pero aun ahí la agitación militar iba por dentro. El general Gamarra ambicionaba anexar el territorio boliviano a la República del Perú y por medio de terceros había sobornado a sus jefes. Así fue como el 18 de abril de 1828 a la madrugada, después de una fogosa arenga del intermediario argentino, Canizo, el batallón entero se pronunció por el repudio a Colombia y la anexión del Perú.

Enterado Sucre del levantamiento, acompañado de un corto número de funcionarios, fue a hablar con los rebeldes. Se anunció a la puerta del cuartel y quiso entrar pacíficamente, pero Canizo ordenó que no le dejaran entrar. Entonces el cumanés quiso forzar la entrada y espoléó a su caballo para hacerlo. Pero se produjo entonces una nutrida descarga. El cumanés cayó en tierra y su caballo, herido también, huyó en dirección al palacio presidencial. Sucre fue llevado en estado inconsciente a su recámara presidencial por la servidumbre del palacio.

Tal fue el incidente de Chuquisaca, en el cual Sucre salió vivo por fortuna, aunque inutilizada la mano derecha por meses.

Esta fue la tercera vez en que el ardoroso caudillo se fió demasiado de su buena fortuna y arriesgó la vida, creyendo en los buenos sentimientos de los que le rodeaban. Si al menos esta vez hubiese aprovechado esta lección de la vida, la tragedia de Berruecos no habría tenido lugar.

10. Sucre al coronel Aguirre, Museo Histórico Quito 1 c., p. 178.

LA QUINTA ESENCIA DEL PATRIOTISMO EN TARQUI

Todos conocemos bien la estrategia de la Batalla de Tarqui y nuestra victoria (las tropas eran ecuatorianas) sobre el ejército peruano, superior en número. Lo que puede ser más bien nuevo para muchos es el verdadero amor a la Patria, que demostró con hechos el mariscal Sucre en esta ocasión. Recordemos las circunstancias individuales en que por esos días se hallaba el cumanés.

En los días inmediatamente anteriores el flamante esposo, que herido en Chuquisaca apenas había tenido dinero para pagar los impuestos de ingreso al país y llegada a Quito, se puso a revisar los libros de cuentas que llevaba la marquesa de Solanda, para averiguar la causa por la cual a veces no tenían “un real para el almuerzo”. Eso parecía simplemente imposible dada la inmensa superficie de tierra que ocupaban sus haciendas, todas ellas ubicadas en sectores altamente productivos. Después de un examen muy cuidadoso había llegado a la conclusión de que las cargas tributarias impuestas por el gobierno español por años y las pensiones que debía pasar a los parientes nobles le había abocado a esa situación. El remedio era levantar un buen capital y su viejo amigo y confidente, el coronel quiteño Vicente Aguirre, le había dicho que a menos de treinta leguas al noroccidente de Quito existía una región de fertilidad prodigiosa, llamada Mindo. A pesar de que su clima era tropical, su producción agrícola podía darle mucho dinero. Su amigo Aguirre ofreció acompañarle y así los dos se pusieron de camino.

Pero antes de que los dos aventureros terminaran la primera jornada de camino, un mensajero del alcalde de Quito le dio alcance con una esquela. La esquela le comunicaba que el ejército peruano había invadido la provincia de Loja. Ese aviso era una invitación implícita a que se incorporara al ejército ecuatoriano para luchar contra los invasores. Pero él se había retirado ya del servicio activo de las Fuerzas Armadas, estaba apenas haciéndose tratar de las heridas en el antebrazo derecho, necesitaba urgentemente hacer dinero para sacar a su familia de la bancarrota y su esposa estaba embarazada para dar a luz al primogénito de la familia. En medio de tantos obstáculos, solo un amor a la Patria que estuviese sobre sus más íntimos sentimientos personales le podía hacer volver. Sin embargo, el gran Mariscal de Ayacucho, que no era siquiera ecuatoriano por nacimiento, hizo dar la vuelta a su caballo y regresar a Quito. En casa lo primero que hizo fue escribir una larga carta a Flores, haciéndole conocer sus experiencias sobre los generales enemigos a quien él les había tenido en parte de subalternos (Lamar) y en parte de invasores cobardes (Gamarra). Pero

los días subsiguientes Sucre no tuvo respuesta alguna de Flores, a pesar de que éste había recibido ya una carta del Libertador, en que le nombraba a Sucre como General en Jefe del Ejército. Este decreto solo se hizo efectivo más tarde, cuando Flores se cercioró de que los efectivos militares del enemigo eran mucho más numerosos. Entonces Sucre resolvió ir al frente. Pero como no tenía dinero, vendió de apuro la única casa que como regalo de Bolívar después del triunfo de Pichincha tenía en Quito. Todas estas eran muestras eximias de patriotismo en el precario orden económico de Sucre. En el orden sentimental otra muestra fue, después de la victoria de Tarqui, haberle ofrecido a Flores hacerle padrino del hijo que estaba por nacer, privilegio que el propio Bolívar había estado ambicionando.

Importancia de Sucre en la historia de Colombia

Alonso Valencia Llano

Aunque suene extraño, Sucre no tuvo un papel muy destacado en la independencia de la Nueva Granada. No obstante, en 1816 estuvo colaborando en la defensa de Cartagena contra el sitio que le había puesto el “pacificador” español Pablo Morillo. Lino de Pombo, en sus *Reminiscencias del sitio de Cartagena* (1862), lo recuerda con la siguiente descripción: “Quien más me auxiliaba era un joven venezolano de nariz bien perfilada, tez blanca y cabellos negros, talla mediana y pocas carnes, ojo observador, modales finos, taciturno y modesto”.¹

SUCRE Y LA INDEPENDENCIA DEL SUROCCIDENTE COLOMBIANO

Finalizada la guerra en Venezuela y en la Nueva Granada las campañas de independencia se trasladaron al sur, a las provincias del Cauca y los territorios del actual Ecuador. Este traslado significó una participación más directa de Sucre en la historia política de Colombia y, en particular, en los hechos de la independencia.

Los entendidos en el tema saben que si bien la independencia de Nueva Granada se selló cuando el ejército libertador cruzó los Andes y libró las batallas del Pantano de Vargas, el 25 de julio, y la del Puente de Boyacá el 7 de agosto de 1819, la liberación de los territorios de la antigua gobernación de Popayán estaba lejos de ser completa. Estos territorios, conocidos desde los inicios del período republicano como las provincias de “El Cauca”, habían mostrado una profunda división entre sus habitantes frente a la independencia. En un comienzo, las llamadas “Ciudades Confederadas” habían tratado de sacar adelante un frágil

1. Citado por Alfonso Rumazo González, *Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1980, p. 7.

proyecto autonomista que se convirtió, en la práctica, en una guerra entre élites pueblerinas, que llevó a que hacia 1813, la idea de independencia fuera abandonada, dejando el territorio dividido en dos secciones: el norte, con su centro en Cali, abiertamente patriota; y el sur, cuyo centro se trasladó a Pasto, marcadamente realista.

Esto se materializó socialmente en la división de la antigua élite colonial: mientras la gran mayoría de los hacendados vallecaucanos abrazó la causa patriota, saliendo de la aventura revolucionaria arruinados y derrotados militarmente y con la pérdida de lo más valioso de su juventud, los tradicionales hacendados de Popayán, bastante vinculados a la burocracia colonial, salieron fortalecidos al no haber enfrentado ninguna batalla decisiva y contar con el apoyo de dos ejércitos, el ejército regular español, y el irregular de los sectores populares. Lo interesante del caso es que la élite de Popayán supo distribuir sus miembros más jóvenes en la comandancia de los ejércitos realistas. Por mencionar solo los ejemplos más destacados, podemos decir que Tomás Cipriano de Mosquera colaboró en los ejércitos regulares, mientras que José María Obando y José Hilario López comandaron los ejércitos irregulares compuestos por sectores populares.

A comienzos de la década del veinte los realistas prácticamente tenían completo dominio sobre la antigua Gobernación de Popayán, aunque el área marcadamente realista se encontraba al sur, cubriendo desde Popayán hasta Pasto, pasando por el valle del Patía. Para Bolívar, y en general para todos los patriotas colombianos, era prioritario liberar esta zona, pues entendían que solo una acción combinada por el norte y por el sur permitiría someter a los realistas refugiados en Quito. La misión fue encomendada al general Manuel Valdés, quien no contó con un ejército fuerte que permitiera enfrentar a las guerrillas del Patía o a los irregulares ejércitos pastusos que, comandados por el coronel Basilio García, se movilizaban gracias al fanatismo que les generaba los sermones del obispo Salvador Jiménez de Padilla.²

La derrota de los ejércitos patriotas coincidió con la llegada de comisionados de Bogotá, quienes negociaron un armisticio que estableció una línea divisoria en el río Mayo, quedando la zona de Popayán en poder de los patriotas y la de Pasto en el del Rey, mientras que las guerrillas patianas fueron desmovilizadas.³

2. Hay muchos estudios sobre este período de la historia de la independencia del suroccidente colombiano, aunque la gran mayoría están referidos a la historia de Obando. Para una posible ampliación se puede consultar el de Gustavo Arboleda, "Obando. Ensayo sobre la vida del caudillo liberal", en Luis Martínez Delgado y Sergio Elías Ortiz, comps., *Epistolario y documentos oficiales del general José María Obando*, tomo I, Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional, 1973.
3. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución en Colombia*, tomo II, Medellín, Ed. Bedout, s.a., pp. 221 y ss.

Es justamente en estas circunstancias que se produce la llegada del general Sucre a Cali, en 1821, con la necesidad de organizar los ejércitos que marcharían al sur a defender la independencia de Guayaquil. Inicialmente Sucre mostró un carácter conciliador y político para tratar de atraer a García y al obispo Jiménez, actitud que fue continuada por su sucesor el general Pedro León Torres, con lo que lograron que el coronel Simón Muñoz, destacado jefe de las guerrillas patianas, se pasara a los patriotas.

La actitud frente a los habitantes del valle del Cauca y de Popayán fue un tanto diferente. Sucre, para lograr el cumplimiento de su misión, debió iniciar un proceso de solicitud de contribuciones voluntarias y de expropiaciones, que llevó a los caucanos a sentir que la independencia de los territorios que más tarde conformarían la República del Ecuador se realizaría a sus expensas.

Las primeras exacciones realizadas por Sucre se sintieron en la organización del batallón “Santander”, que se conformó con 500 caleños, y del “Albión”, que solo contó con 170 extranjeros, mientras que el resto eran caucanos. Aparte de esto, los caucanos debieron financiar los ejércitos de Sucre, de la misma manera en que ya habían financiado la expedición de Valdés al sur. El ejército de Sucre salió por el Dagua a Buenaventura el 24 de marzo de 1821. Con él marchó un grupo de jóvenes que se destacaron después por ser importantes políticos caucanos de la primera mitad del siglo XIX: el capitán Eusebio Borrero, Pedro Ignacio Vergara, José María Caicedo Zorrilla, José María Mercado, Francisco y Manuel José Núñez Conto, Nicolás y Manuel A. Vernaza.⁴

Todo esto se hizo obedeciendo a estrictas instrucciones dadas por Bolívar:

Art. 2o. El general Sucre llevará consigo una expedición de 1.000 hombres, perfectamente armados y municionados, tomando esta fuerza del Ejército del Sur; pero no las sacará de las tropas veteranas sino de las que debe haber levantado últimamente la Provincia del Cauca.⁵

Las exacciones fueron de tal tamaño que el mismo Bolívar reconoció: “El Cauca ha hecho sacrificios inmensos, y ya no puede hacer más”.⁶

La marcha de Sucre produjo la inmediata reacción de los realistas del sur, quienes consideraron roto el armisticio ya que se estaban movi-

4. Demetrio García Vásquez, *Revaluaciones históricas para la ciudad de Cali*, tomo I, pp. 402-403.

5. Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, primera parte, Biblioteca de Historia Ecuatoriana, Quito, Corporación Editora Nacional, 1982, p. 403. Ver también José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución en Colombia*.

6. Archivo de Santander, tomo VIII, p. 138, citado por Andrade, *ibid*.

lizando tropas, lo que reactivó las operaciones de las temibles guerrillas del Patía.⁷

A pesar de los esfuerzos hechos por Sucre para lograr la incorporación de Guayaquil a Colombia, no obtuvo los resultados que Bolívar esperaba.⁸ Debido a esto el Libertador ordenó, después de la derrota de Huachi, que Sucre marchara a Barbacoas para que colaborara con las campañas sobre Pasto y Quito, lo que fue revocado el 20 de noviembre de 1821.

A pesar del desastre militar, la derrota de Huachi mostró que la presencia de Sucre sería decisiva para el triunfo de las fuerzas patriotas que luchaban por la independencia del suroccidente colombiano, confirmando el hecho de que los acontecimientos históricos de esta región colombiana continuaban más ligados al sur –actual Ecuador– que a la Nueva Granada. Esto aparece confirmado en el hecho de que el triunfo realista en la mencionada batalla llevó a que se firmara un armisticio entre Sucre y Tolrá, el cual se extendió a las tropas que operaban en Popayán. En cumplimiento de tal acuerdo, el coronel José María Obando fue comisionado para arreglar lo pertinente al cese al fuego en Popayán, lo que llevó a que en las conversaciones sostenidas con Bolívar y con el general Pedro León Torres, decidiera pasar a engrosar los ejércitos patriotas.⁹

Además, la permanencia de Sucre en Guayaquil fue decisiva para el Cauca ya que logró, con el apoyo de la Junta de Gobierno, auxiliar a las tropas que debían acompañar a Bolívar desde Buenaventura.

La importancia de esto resalta si se tiene en cuenta que fue realizado en medio de la incertidumbre que producían las acciones de San Martín en el Perú, de las dificultades económicas por las que pasaba Santander y las militares que enfrentaban las autoridades de Popayán debido a la reactivación de la guerra, que obstaculizaron el envío de tropas desde Colombia, por Buenaventura.¹⁰ Estos hechos retrasaron la campaña sobre Quito y llevaron a que Sucre planteara la posibilidad de buscar la liberación de Panamá, lo que no fue aceptado ante el riesgo que implicaba dejar al puerto en manos de los afectos a vincularse con el Perú, perdiendo Colombia la posibilidad de incorporar aquellos territorios.

En estas circunstancias llegó a Quito el general Juan de la Cruz Murgeón con el nombramiento de Virrey de Santa Fe por muerte de

7. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución en Colombia*, tomo II, p. 238.

8. Acerca de estos hechos, ver la obra de Luis Andrade R., *Sucre en el Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional / Universidad Andina Simón Bolívar, 1995, 2a. ed.

9. José María Obando, *Apuntamientos para la historia*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1945, capítulo VI.

10. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución en Colombia*, p. 243.

Juan Sámano. El Virrey había llegado por Panamá, ciudad que aprovechó la salida de las tropas españolas para proclamar su independencia el 28 de noviembre de 1821. Todo esto modificó los planes de Bolívar quien, a pesar de haber decidido embarcar 4.000 hombres en Buenaventura, marchó por Popayán, en un plan coordinado que exigía que Sucre atacara a Quito por el sur. Para esto, y gracias a la independencia del Istmo, envió desde Cali al Batallón “Paya” con 800 hombres para que auxiliara a Sucre, y desde La Plata al coronel Juan Paz del Castillo y al teniente coronel Pedro José Murgueitio para que marcharan a Quito a negociar la rendición de las fuerzas realistas.

La situación de Bolívar no era la mejor, pues no le llegaban los auxilios que esperaba le enviara Santander y, por lo tanto, debía recurrir a la población para sostener un numeroso ejército. No obstante la penosa situación económica que 12 años de guerra habían producido en el Cauca, Bolívar encontró en Popayán todos los auxilios necesarios. Debe anotarse que ya en estos momentos se habían realizado las negociaciones que llevaron a que la élite de Popayán apoyara a los ejércitos patriotas. El apoyo de esta élite no implicó el de los sectores populares; esto fue reconocido así por Bolívar:

Esta ciudad se ha prestado a todo, y así va el ejército perfectamente equipado, sin que le falte nada sino dinero. Yo creo que el Gobierno debe dar un decreto en favor de Popayán, para que proponga ella misma las indemnizaciones que crea convenientes, por los inmensos sacrificios que ha hecho durante toda esta guerra. Ya que el Cauca está arruinado como Pamplona, sus propiedades han quedado reducidas a nada, de ricos que eran y esto es muy duro, sufrido del mismo Gobierno que reina. Tanto el bajo pueblo del Cauca como el de Popayán, son enemigos de servir; pero los ricos muy recomendables, como las familias de Mosquera, Arboleda, Caycedo del Cauca.¹¹

Vencida la resistencia en Popayán quedaba por vencer la de Pasto, cuyas guerrillas compuestas fundamentalmente por sectores populares habían infringido derrota tras derrota a los ejércitos patriotas. Esto explica que cuando Santander conoció el proyecto de Bolívar de llevar tropas a Quito cruzando las inexpugnables breñas de los altiplanos pastusos, le dijera: “Ud. debe tomar en consideración las ideas de Sucre, y abandonar el proyecto de llevar ejército alguno por Pasto, porque siempre será destruido por los pueblos empecinados, un poco agueridos, y siempre, siempre victoriosos.”¹²

11. Archivo de Santander, tomo VIII, p. 138. Citado por Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, segunda parte, p. 15.

12. Citado por Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, primera parte, p. 15.

A esto habría que agregar el hecho de que la mayoría de los soldados caucanos habían sido reclutados a la fuerza, siguiendo estrictas órdenes de Bolívar:

A esa Municipalidad le corresponden 200 hombres libres y 50 esclavos (...) La recluta se hará desde la edad de quince años hasta la de cuarenta; los reclutas se escogerán entre los más sanos, fuertes y robustos, mas si no pudiese conseguirse el contingente asignado a ese partido municipal con solteros, se tomarán los parientes y padres; si se ocultasen los solteros, sus padres y parientes que deben reemplazarlos, se arrestarán sus familias y se remitirán con los demás reclutas al cuartel general (...) Los infractores de cualquier clase que sean, y los que no cumplieren a la letra esta orden, serán pasados por las armas en la plaza pública de esta ciudad.¹³

La forma de reclutamiento dificultaba la campaña del sur, pues como escribiera el coronel José Gabriel Pérez, secretario del Libertador: “La desertión de todos los caucanos, que deben reemplazar las infinitas bajas del ejército, es infalible y casi irremediable en la marcha a Pasto”.¹⁴

No obstante, Bolívar entendió que era prioritario impedir que las tropas de Pasto auxiliaran a las quiteñas cuando Sucre atacara y que dado el movimiento que éste realizaría, las tropas quiteñas estarían incapacitadas para concurrir a la defensa de Pasto. Esto hacía que fuera posible vencer la resistencia pastusa.

Desde luego, hay elementos políticos que permiten explicar el cambio de la situación. Para esta época de 1822, Bolívar ya había entrado en negociaciones con José María Obando y José Hilario López, los más destacados militares del sur, quienes con el apoyo de las guerrillas patianas y pastusas impedían que sus tierras fueran cruzadas por los ejércitos patriotas.¹⁵ Incorporados estos dirigentes y vencida de esta manera la resistencia de los patianos, quienes hicieron el tránsito de guerrilleros realistas a soldados regulares patriotas,¹⁶ Bolívar solo contaba con enemigos al pasar el río Juanambú, solo que no se trataba de soldados regulares, sino de las temibles guerrillas compuestas en su mayoría por indígenas movilizados gracias al influjo de los frailes.

Con mucha dificultad las tropas de Bolívar obtuvieron la victoria en Bomboná el 7 de abril, la que permitió iniciar negociaciones con el

13. Citado por Rufino Gutiérrez, “De Tumaco a Pasto. Importancia Militar del Sur”, en Carlos Martínez Silva, dir., *El repertorio colombiano*, vol. XV, Bogotá, enero a mayo de 1897, p. 22.

14. *Ibid.*, p. 25.

15. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución en Colombia*, tomo IV, pp. 322-324.

16. Ver Francisco Zuluaga, *José María Obando. De soldado realista a caudillo republicano, y Guerrilla y sociedad en el Patía*, Cali, Ed. Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, 1993.

comandante de Pasto Basilio García, quien se negó a someterse a los patriotas, a pesar de la intimación enviada por Bolívar:

Tenemos derecho a tratar al pueblo de Pasto como prisionero de guerra, porque todo él, sin excepción de persona, nos hace la guerra, y para confiscarles todos sus bienes como pertenecientes a enemigos; tenemos derecho, en fin, a tratar esa guarnición con el último rigor de la guerra, y al pueblo, para confinarlo en prisiones estrechas como prisionero de guerra en las plazas fuertes marítimas. Si usted lo que desea es esa suerte a las tropas y pueblos de su mando, bien puede contar con ella, y si usted quiere evitar una catástrofe semejante, tiene que reconquistar a Colombia, o someterse a una capitulación (...).¹⁷

Mientras tanto, la situación de Sucre era difícil: la opinión pública de Guayaquil se expresaba por la independencia frente a Perú y Colombia, aunque algunos mantenían sus afectos hacia el Perú, lo que motivaba que las tropas colombianas no fueran bien vistas; por otra parte, los auxilios colombianos se retrasaban más de la cuenta y las tropas que llegaban no contaban con el número de efectivos prometidos, pues tan pronto se ponían los ejércitos en marcha en las provincias del Cauca, los soldados aprovechaban cualquier oportunidad para huir.

En medio de estos problemas, Sucre inició la campaña sobre Cuenca con el fin de distraer a los realistas de Quito y facilitar la operación de Bolívar sobre Pasto, la que logró ocupar sin mayores dificultades. Desde allí, y después de considerar avanzada la campaña de Pasto, pues no tenía noticias ciertas, inició la marcha sobre Quito pensando que al someter a los realistas de la Sierra, los guayaquileños no dudarían en incorporarse a Colombia.¹⁸ El 21 de abril de 1822 libró victorioso un combate en Riobamba y el 2 de mayo recibió los auxilios de los batallones “Paya” y el “Alto Magdalena” que venían a órdenes del coronel José María Córdova; también recibió los auxilios de las guerrillas quiteñas. Con estos refuerzos, el 24 de mayo libró la Batalla de Pichincha, que liberó la ciudad de Quito y habría de precipitar importantes acontecimientos que llevaron a la independencia definitiva del Cauca.

Las negociaciones entre Bolívar y García marcharon sin mayores logros hasta cuando el español se enteró del resultado de la Batalla de Pichincha, que lo llevó a aceptar la capitulación que Bolívar le ofrecía; sin embargo, debió retractarse ante el disgusto del pueblo pastuso. Esto obligó a la intervención del obispo Jiménez de Padilla, quien logró el

17. Citado por Rufino Gutiérrez, “De Tumaco a Pasto. Importancia Militar del Sur”, en Carlos Martínez Silva, dir., *El repertorio colombiano*, pp. 21-22.

18. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución en Colombia*, tomo IV, p. 330.

acuerdo que permitió a los patriotas entrar a Pasto el 8 de junio de 1822.

Esta capitulación, que permitía vislumbrar la independencia de la antigua Gobernación de Popayán, es la que permite medir el papel histórico de Sucre en el desarrollo de los acontecimientos políticos del sur de Colombia. En efecto, si bien la batalla de Boyacá convenció a la élite de Popayán de la inconveniencia de continuar con la guerra, no deja de ser cierto que este convencimiento se tardó hasta 1822, pues los caucanos veían su suerte más ligada a Quito que a Santa Fe. Por otra parte, el traslado de la capital de la Gobernación a Pasto llevó a que en esta ciudad se refugiaran los símbolos de la autoridad española en el orden civil y religioso; así, para el pueblo pastuso era cierto que el poder colonial se encontraba protegido en el norte por las guerrillas integradas con negros patianos y en el sur por las leales tropas quiteñas. Si a esto unimos la influencia de los frailes y curas orientados por el Obispo, entenderemos que los pastusos seguían viendo que su suerte estaba más ligada a la del sur que a la de Colombia y de allí su obstinación en la lucha.

Justamente, esto permite comprender el importante papel que jugó la Batalla de Pichincha, pues tan pronto las autoridades coloniales en Pasto –mejor informadas acerca de los acontecimientos de Quito que Bolívar– se enteraron del triunfo de Sucre, se dieron cuenta de que no tenía sentido seguir resistiendo los ejércitos de Bolívar si ya habían perdido la posibilidad de recibir apoyo desde Quito.¹⁹ Desde este punto de vista, puede decirse que fue Sucre quien obtuvo la capitulación de los pastusos. Desde luego, esto no fue aceptado por Bolívar, quien en carta dirigida al general Santander el 9 de junio de 1822, le decía:

Tenga Ud. entendido que mi intimación fue la que produjo el efecto, pues aquí no se sabía, no se podía saber nada de la batalla de Sucre, ni se ha sabido hasta el 1o. Por lo mismo, no quiero que atribuyan a Sucre el suceso de mi capitulación: primero porque bastante gloria le queda a él; y segundo, porque es verdad y muy verdad, que estaban resueltos a capitular, sin saber nada de Sucre.²⁰

Esta idea es compartida por José Manuel Restrepo, quien afirma:

La absoluta decisión que tenían todos los habitantes de Pasto por la causa del Rey impedía absolutamente que se hiciera alguna clase de espionaje en aquel país a favor de los colombianos. De aquí provenía que ni el general Sucre tuvo antes de la acción de Pichincha la menor noticia de la cam-

19. José María Obando, *Apuntamientos para la historia*, p. 57.

20. Archivo de Santander, tomo VIII, p. 21. Citado por Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, segunda parte, p. 21.

paña de Pasto; ni el Libertador, de los progresos de Sucre. Esta ignorancia retardaba sin duda sus operaciones.²¹

No existe claridad en Bolívar cuando afirma que las autoridades de Pasto estaban dispuestas a capitular, pues está perdiendo de vista el hecho, narrado por él, de que el pueblo pastuso no quería ninguna capitulación, ni siquiera después de saberse el triunfo de Sucre:

(...) estos hombres –decía– son los más tenaces, más obstinados, y lo peor es que su país es una cadena de precipicios, donde no se puede dar un paso sin derrocarse; cada posición es un castillo inexpugnable, y la voluntad del pueblo está contra nosotros, pues habiéndoles leído aquí mi terrible intimación, exclamaban que primero pasarían sobre sus cadáveres, que los españoles los vendían y que preferían morir a ceder. Esto lo sé hasta por los mismos soldados nuestros que estaban aquí enfermos. Al Obispo le hicieron tiros porque aconsejaba la capitulación. El coronel García tuvo que largarse de la ciudad, huyendo de igual persecución. Nuestra División está aquí, y no hace una hora que me ha pedido una guardia de Colombia, por temor de los pastusos. Hasta los niños, con la mayor candidez, dicen *que qué han de hacer, pero que ya son colombianitos*. En este instante me lo está diciendo una niña, pero con mucha gracia.²²

En lo que sí tiene claridad Bolívar es en la necesidad de negar la influencia de Sucre en la rendición pastusa, pues de no hacerlo –considera– disminuye su gloria. Esto se evidencia cuando intenta poner sus acciones militares en Pasto como más meritorias que las realizadas por Sucre en el Pichincha:

(...) me parece que será muy oportuno se haga un preámbulo de nuestras glorias respectivas, en “La Gaceta”. Sucre tenía mayor número de tropas que yo, y menor número de enemigos; el país le era muy favorable, por sus habitantes y la naturaleza del terreno; y nosotros por el contrario, estábamos en el infierno, lidiando con demonios. La victoria de Bomboná es mucho más bella que la del Pichincha. La pérdida de ambos ha sido igual, y el carácter de los jefes enemigos muy desigual. El general Sucre el día de la acción, no sacó más ventaja que yo, y su capitulación no le ha dado mucha más ventaja que a mí, porque a decir verdad, nosotros hemos tomado el baluarte del Sur, y él se ha cogido la copia de nuestras conquistas. Yo creo que con mucha delicadeza, se le puede hacer mucha honra a “La Guardia”, sin deprimir la división de Sucre. No sabemos nada de los muertos y heridos allá; pero deben ser muchos los muertos y oficiales, porque Sucre habla de la acción con calor. Mucho temo de la muerte de Ibarra, porque no se le ha comisionado para nada. Sé que viven Morales, Urdaneta, Santacruz, Cestaris, Córdova, que han venido hacia la Provincia de los Pastos.²³

21. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución en Colombia*, tomo IV, p. 357.

22. Archivo de Santander, tomo VIII, p. 21. Citado por Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, segunda parte, p. 20.

23. *Ibid.*

A pesar del anterior escrito, la actitud de Bolívar cuando se vio con Sucre el 22 de junio de 1822 fue generosa, pues lo ascendió a General de División y lo nombró Intendente y Comandante General del Sur de Colombia.

SUCRE Y LA INSURRECCIÓN PASTUSA

A pesar de las capitulaciones firmadas con los vencidos realistas, los pueblos no aceptaban de buen grado las instituciones republicanas. No bastaba que la Constitución firmada en Cúcuta en 1821 decretara que todos los territorios pertenecientes al Virreinato de la Nueva Granada pasarían a formar parte de la República de Colombia, pues las élites de las grandes ciudades colombianas no aceptaban ningún grado de sujeción unas con otras. En el caso de la Gobernación de Popayán la situación es mucho más clara, porque en cierto sentido las guerras de independencia tuvieron allí la característica de guerras de ciudades, ya que se inició con el enfrentamiento de las “Ciudades Confederadas del Valle” contra las autoridades de Popayán y Pasto.

La situación en la antigua Audiencia de Quito no era muy diferente, pues el mismo Bolívar reconocía que la independencia no solo había despertado el mencionado enfrentamiento, sino también los más disímiles intereses burocráticos cuya satisfacción exigía excluir totalmente a los antiguos realistas, calificados ahora como “godos”. El Libertador, en una abierta mención a los patriotas quiteños, se refería a estos enfrentamientos en los siguientes términos:

(...) Estos patriotas me han molestado bastante, porque han tomado por objeto de sus intrigas, la existencia de los godos en el país: unos han querido los empleos que tienen los moderados, y otros se han quejado sordamente por las medidas de rigor que he tomado. Los habitantes del Sur son los hombres más inconformes que he conocido: puedo asegurar a Ud. que me parecen hombres muy peligrosos. Pasto, Cuenca, Quito y Guayaquil son cuatro potencias enemigas unas de otras, y todas queriéndose dominar, sin tener fuerza alguna con que poderse mantener, porque las pasiones interiores les despedazan su propio seno.²⁴

Según lo anterior, la situación del Departamento del Sur en los inicios de la vida republicana no era muy clara. En el caso de Pasto, cuya adscripción a Quito buscaba romper cualquier vínculo con las otras ciudades de la antigua Gobernación de Popayán, la fidelidad al Rey no había cesado. El hecho de que los realistas pastusos no hubieran sido vencidos en ninguna batalla importante, y que su adscripción a la

24. Carta a Santander, Quito, diciembre 6 de 1822, citada por Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, segunda parte, p. 78.

República se hubiera dado por negociaciones derivadas de las batallas de Bomboná y Pichincha, hacía que se mantuviera viva la causa del Rey. De estas circunstancias se valieron el coronel español don Benito Bobes y el coronel pastuso Agustín Agualongo para levantar de nuevo los estandartes reales, en noviembre de 1822.

Sucre marchó a someterlos pero tuvo dificultades en el Guáytara y debió refugiarse, hasta superarlos, en Túquerres. Posteriormente pasó el Guáytara, triunfó en Taindala y penetró en Pasto, el 24 de diciembre de 1822, en medio de crueles combates. Los abusos cometidos fueron descritos así por Obando:

No sé cómo pudo caber en un hombre tan moral, humano e ilustrado como el general Sucre, la medida altamente impolítica y sobremanera cruel, de entregar aquella ciudad a muchos días de saqueo, de asesinatos y de cuanta iniquidad es capaz la licencia armada: las puertas de los domicilios se abrían con la explosión de los fusiles para matar al propietario, al padre, a la esposa, al hermano y hacerse dueño el brutal soldado de las propiedades, de las hijas, de las hermanas, de las esposas; hubo madre que en su despecho saliese a la calle llevando a su hija de la mano para entregarla al soldado blanco, antes que otro negro dispusiese de su inocencia; los templos llenos de depósitos y de refugiadas, fueron también asaltados y saqueados; la decencia se resiste a referir por menor tantos actos de inmoralidad ejecutados en un pueblo entero que de boca en boca ha transmitido sus quejas a la posteridad.²⁵

También Daniel Florencio O'Leary refiere estos hechos:

La esforzada resistencia de los pastusos habría inmortalizado la causa más santa o más errónea, si no hubiera sido manchada por los más feroces hechos de sangrienta barbarie con que jamás se ha caracterizado la sociedad más inhumana; y en desdoro de las armas republicanas, fuerza es hacer constar que se ejercieron odiosas represalias, allí donde una generosa conmiseración por la humanidad habría sido, a no dudarlo, más prestigiosa que el ánimo de los rudos adversarios contra quienes luchaban para atraerlos a adoptar un sistema menos repugnante a la civilización. Prisioneros degollados a sangre fría, niños recién nacidos arrancados del pecho materno, la castidad virginal violada, campos talados y habitaciones incendiadas, son horrores que han manchado las páginas de la historia militar de las armas colombianas en la primera época de la guerra de la independencia; no menos que la de las campañas contra los pastusos, pues algunos de los jefes empleados en la pacificación de estos parecían haberse reservado la inhumana de emular al mismo Boves en terribles actos de sangrienta barbarie.

Los prisioneros fueron a veces atados de dos en dos, espalda con espalda, y arrojados desde las altas cimas que dominan el Guáytara, sobre las escarpadas rocas que impiden el libre curso de su torrente, perdiéndose

25. José María Obando, *Apuntamientos para la historia*, p. 58.

sin eco, entre las horribles vivas de los inhumanos sacrificadores y el ronco estrépito de las impetuosas aguas, los gritos desesperados de las víctimas. Estos atroces asesinatos, en el lenguaje de moda entonces, fueron llamados matrimonios, como para aumentar la tortura de aquellos infelices, tornándoles cruel el de suyo grato recuerdo de los lazos que los ligaron a la sociedad en los días de su dicha. Declaraciones de sus mismos verdugos han descornado el velo que debiera siempre ocultar estas crueldades inauditas.²⁶

Como es obvio, estos abusos fortalecieron el sentimiento antirrepublicano, que se incrementó con la llegada de Bolívar, quien veía cómo los pastusos retardaban su marcha al Perú. Luego de que estos se negaran a aceptar un decreto de indulto, el Libertador tomó medidas radicales esperando someterlos de una vez y por siempre: mandó confiscar los bienes de los rebeldes en favor de la nación.²⁷ Después de esto Bolívar y Sucre regresaron al sur dejando encargados de aplicar sus medidas al general Bartolomé Salom y al coronel Juan José Flores.

La violencia empleada por las tropas de Sucre para someter a los pastusos, los decretos de Bolívar, su aplicación por parte de Salom y Flores y las represiones, fusilamientos, asesinatos y conscripciones forzadas llevados a cabo por este último, produjeron que se generalizara la rebelión en Pasto, ahora encabezada por Agustín Agualongo, quien derrotó a Flores haciéndolo huir a Popayán. Esto obligó al regreso de Bolívar, quien derrotó a Agualongo el 17 de julio de 1823 en Ibarra. Para solucionar de una vez por todas el problema pastuso, el Libertador dio las siguientes instrucciones a Salom:

Marchará Ud. a pacificar la Provincia de Pasto. Destruirá Ud. a todos los bandidos que se han levantado contra la República. Mandará Ud. partidas en todas direcciones, a destruir a estos facciosos. Las familias de todos ellos vendrán a Quito, para destinarlas a Guayaquil. Los hombres que no se presenten para ser expulsados del territorio serán fusilados. Los que se presenten serán expulsados del país y mandados a Guayaquil. No quedarán en Pasto más que las familias mártires por la libertad. Se ofrecerá el territorio a las familias patriotas que lo quieran habitar. Las propiedades privadas de estos pueblos rebeldes, serán aplicadas a beneficio del ejército y del erario nacional. Llame Ud. al Cnel. Flores para que se haga cargo del gobierno de los Pastos, etc.²⁸

Lo que sucedió en Pasto rebasa las posibilidades del presente ensayo. Baste con decir que el gobierno de Flores se caracterizó por abusos

26. Rufino Gutiérrez, "De Tumaco a Pasto. Importancia Militar del Sur", en Carlos Martínez Silva, dir., *El repertorio colombiano*, p. 27.

27. Pasto, 13 de enero de 1823, citado por Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, segunda parte, pp. 79-80. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución en Colombia*, tomo IV, pp. 419-423.

28. Por la provincia de los Pastos se entendía a Túquerres y su jurisdicción. Citado por Roberto Andrade, *ibid.*, p. 135.

y fusilamientos que mantuvieron la provincia permanentemente alterada, hasta 1826 cuando el general José María Obando se hizo cargo del Gobierno, pues no solo estableció el respeto a las propiedades de los pastusos sino que dio garantías a las vidas de los implicados en las revoluciones.²⁹ De esta manera, gracias a la resistencia de los pastusos se fueron reuniendo los hombres que se encargarían de mostrar la influencia futura de Sucre en la historia de Colombia.

LA IMPORTANCIA POLÍTICA DE SUCRE EN 1830

Según Francisco Zuluaga, Obando era la persona indicada para atraer a la población del altiplano de Pasto dado que conocía tanto su idiosincrasia como el resentimiento contra Bolívar y Sucre; por lo tanto, Santander y el obispo Jiménez de Padilla coincidieron en nombrarlo Comandante Militar en Pasto en 1825. Lo acertado del nombramiento se puede comprobar en el hecho de que para 1826 los pastusos pidieron que se le nombrara gobernador en propiedad. Para Santander era claro que Obando podría convertirse en el intermediario entre el centro y el sur de la actual Colombia.³⁰

Por otra parte, Obando desempeñó un papel importante en el juego político de los santanderistas, puesto que podía sustraer a Pasto de la influencia de Quito, lo contrario Bolívar esperó lograrlo con el apoyo de Sucre. Esto lo comprueba el hecho de que el Libertador siempre mencionó en sus cartas que Pasto, Quito, Guayaquil y Cuenca formaban una unidad. De esta manera Obando es importante en el juego político de Santander, mientras que Sucre lo es para Bolívar. Este juego oculta el enfrentamiento entre federalistas y centralistas y pone en evidencia que mientras Bolívar y Sucre tenían el proyecto de hacer de Colombia una república fuerte en el contexto latinoamericano, Obando actuaba con una corta visión regionalista. La explicación está en el hecho de que él decidió dedicar sus esfuerzos a construir una base de poder político regional, entre Patía y Pasto, que pudiera convertirse eventualmente en poder militar.

La constitución de bases político-militares no fue una pretensión única de Obando. En Ecuador, el general Flores hacía exactamente lo mismo, solo que –según dicen historiadores ecuatorianos– con la idea de crearse un espacio de gobierno propio e independiente. Aunque no es de interés por el momento detallar las acciones de este personaje,

29. Respecto a estos hechos, ver José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución en Colombia*, tomo IV.

30. Francisco Zuluaga, *José María Obando. De soldado realista a caudillo republicano*, Bogotá, Banco Popular, 1988.

diremos que cuando el proyecto bolivariano hacía crisis en todas partes, Flores realizó una serie de maniobras políticas para lograr la aceptación de un sector de la élite ecuatoriana, mientras que por otra parte buscó indisponer a Bolívar con Sucre, lo que dio sus primeros frutos en 1828, cuando se hablaba de las pretensiones monárquicas de Bolívar y se tenía claro que Sucre no pretendía de manera alguna obtener el Gobierno del Ecuador. Esta situación se hizo evidente cuando Sucre se negó a pagar más exacciones sobre sus bienes y los de su familia y cuando dijo que estaba dispuesto a defender sus intereses, lo que mereció algunas menciones en cartas escritas por Bolívar y por O'Leary. Sin embargo, la importancia política de Sucre era tal que ninguno de los mencionados se atrevió a hacer público su disgusto. El mismo O'Leary escribía a Bolívar, el 18 de octubre:

Es incalculable la aversión que se manifiesta en el Ecuador por esta guerra. Estas poblaciones no tienen sentimiento nacional, se creen colonias de Colombia. El nombre de V. E. y el gran respeto que le tienen, es el único vínculo que los une a la República. Entre los hijos del Sur no se encuentran 20 colombianos de corazón. Solo conozco a cuatro capaces de restablecer la opinión: Briceño Méndez, Rafael Urdaneta, Sucre y Soublette.³¹

Las intrigas de Flores se refinaron tratando de lograr que le fuera conferido el mando del ejército, que debería enfrentar a los peruanos, lo que no logró ya que para Bolívar era más importante obtener el apoyo de Sucre, única manera de mantener unido los departamentos del Sur a Colombia. Así lo expresó Bolívar a Flores, en carta fechada en Bogotá, a 8 de octubre de 1828:

El general Sucre ha de haber llegado ya, y el nombre de este personaje, con sus relaciones en el país, podrá mitigar el encono de los agraviados, con justicia o sin ella. Yo lo he nombrado, pues, para que mande en Jefe ese ejército; y esté Ud. persuadido de que no le privo de ninguna gloria, pues no hay ninguna que ganar, en el miserable estado de las cosas.³²

Según José María Obando, este nombramiento causó profundo disgusto a Flores y sus amigos, llegándose, incluso, a mencionar la posibilidad de la eliminación física de Sucre. Alertado, éste, solicitó una investigación en la que resultaron implicados el general Luis Urdaneta, el coronel Ignacio Luque y otros que gozaban de "mucho aprecio" –según Flores– por parte del Libertador.³³

El momento por el que pasaba Bolívar es retratado en los siguientes términos por Obando:

31. Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, tercera parte, pp. 121-122.

32. *Ibid.*, p. 123.

33. José María Obando, *Apuntamientos para la historia*, pp. 134-135.

El general Bolívar veía con sentimiento el abandono progresivo que le iba haciendo la opinión, al paso que el general Sucre se hacía más estimable, principalmente en el ejército: no podía ya ocultar sus celos y empezaba a trasladar en Flores, que le adulaba y seguía el humor, las esperanzas que había fundado en Sucre, que era grande por sí mismo, y cuya probidad no podía suscribir ni en chanza a muchas cosas que se hacían y deseaban. Flores fomentaba estos celos, como debe suponerse, y para dar al general Bolívar alguna cosa con qué justificar aquella injusta o más bien caprichosa preferencia, tenía la arrogancia de decir que el general Sucre nada había hecho en la guerra contra el Perú y que todo se debía a él y nada a Sucre...³⁴

A pesar de que Sucre renunció a la comandancia del ejército y se refugió en su vida privada, Bolívar confiaba en que la fuerza armada seguía siendo el principal elemento de unión. Esta apreciación que en las circunstancias en que él había actuado en Nueva Granada y Venezuela podía ser correcta, para el caso del Sur de Colombia no lo era, sencillamente porque los ejércitos estaban compuestos por granadinos y venezolanos, quienes en la mayoría de los casos actuaban como ejércitos de ocupación.³⁵ El papel protagónico que el Libertador daba al ejército se hizo más evidente a partir del momento en que se le acusó de intentar implantar su dictadura, lo que produjo la lenta erosión de su proyecto republicano, con la división entre lo que se llamó “liberales exaltados” y los bolivianos y que entre otras cosas condujo a la famosa “noche septembrina”, que llevó a que Bolívar buscara –sin otro remedio– la forma de restablecer un pacto constitucional que reemplazara al de 1821. Para ello, en 1829 citó a un Congreso Constituyente, en el cual Sucre habría de desempeñar un papel muy importante.

En efecto, Sucre era el militar más prestigioso que quedaba al ejército libertador, en tanto había conducido victorioso a los ejércitos en las batallas de Pichincha y Ayacucho, hasta el punto que prácticamente era señalado por los pueblos del Sur como “el libertador”. Por otra parte, se había mostrado muy prudente políticamente y no había dado muestras de la ambición de poder que caracterizó a otros militares venezolanos y aun siendo amigo de Bolívar expresaba algunas diferencias con él. Obando hizo notar esto:

Conocí al general Sucre en Quito en 1829, habiendo ido a pagarle una malograda visita suya. Al verme por la primera vez en la vida, acortó la distancia dirigiéndose a mí y ofreciéndome los brazos. Pronto recayó nuestra conversación sobre la oposición armada que yo acababa de hacer al general Bolívar en defensa del orden constitucional de Colombia. ...Toleremos,

34. *Ibid.*, p. 135.

35. Para entender el papel del “ejército libertador” en el proceso de nacionalización, ver Hans-Joachim König, *En el camino hacia la nación. Nacionalismo y proceso de formación del Estado y de la Nación en la Nueva Granada, 1750-1856*, Bogotá, Banco de la República, 1994.

me dijo con un gesto suplicante, toleremos al Libertador como se toleran las impertinencias de un padre chocho; poco tendremos que tolerarle porque debe vivir poco.³⁶

Estas diferencias entre Bolívar y Sucre también fueron anotadas por O'Leary en sus *Memorias*, quien trae una carta de 1829 en la que Sucre se quejaba de las instrucciones dadas por el Libertador antes de asistir al Congreso:

No quisiera meterme en política pero por patriotismo diré a usted que el Libertador ha añadido un mal terrible a nuestras calamidades mandando que los colegios electorales den instrucciones a sus diputados. Aunque esta medida parece dictada por un deseo de acierto, ha sido recibida como por una mira doble y caracterizada pésimamente. Ningún hombre pensador, ningún propietario la ha visto bien. Los diputados de aquí (que son excelentes) pensaban en su marcha y yo los he visto retraídos porque dicen que sus funciones puede desempeñarlas un posta... Yo estaba determinado a ir al Congreso: mas confieso que si me dan instrucciones no lo haré porque sería una molestia inútil y aún puede decirse una imbecilidad.³⁷

Estas diferencias fueron ratificadas el 6 de octubre de 1829 al mismo O'Leary:

No sé qué juzgar de las noticias de su carta. Quisiera ver en ella alguna seguridad para esta pobre Colombia; mas no me lisonjeo con buenas esperanzas porque estoy convencido de que nuestros males están en las personas y no en las cosas. En mi humilde sentir, el Libertador ha errado su marcha desde que obtuvo el mando supremo, y lisonjeando a los facciosos y aspiradores ha relajado más la moral pública.³⁸

A pesar de todo, Sucre estuvo en la instalación del Congreso colombiano el 29 de diciembre de 1829, donde fue candidatizado por Bolívar para presidirlo, resultando electo frente a otro bolivarista como lo era Rafael Urdaneta.

El tema que más se trató en el Congreso fue la separación de Venezuela, hecho que de materializarse significaría el fin de la República colombiana, pues su ejemplo sería seguido por los departamentos del sur y del centro de Colombia, donde predominaba el deseo de la separación entre otras cosas por lo costoso que resultaba un ejército com-

36. Guillermo Camacho Carrizosa, "Inocencia del General José María Obando en el crimen de Berruecos", en Luis Martínez Delgado y Sergio Elías Ortiz, comps., *Epistolario y documentos oficiales del general José María Obando*, Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional, 1973, p. 6.

37. O'Leary, *Memorias*, tomo IV, Caracas, 1879, p. 514, citado por Guillermo Camacho Carrizosa, *ibid.*, p. 6.

38. Citado por Guillermo Camacho Carrizosa, *ibid.*, pp. 6-7.

puesto en su mayoría por venezolanos. Gustavo Arboleda dice respecto a esto:

En Bogotá y las demás provincias del centro predominaba el deseo de la separación porque gravitaba sobre las rentas de la Nueva Granada una inmensa lista de militares venezolanos, que eran los dos tercios del escalafón, y se confiaba en que si regresaban a su tierra quedaría el tesoro aliviado. Se decía generalmente que la mayoría de las prefecturas, gobernaciones, comandancias y otros puestos importantes era servida por venezolanos, lo mismo que las jefaturas de cuerpo y empleos diversos en el centro, en tanto que Páez había tenido el cuidado de despachar de su país a los granadinos; que se había recibido de Venezuela miserables sumas durante la unión y en cambio de las entradas del centro se habían llevado allá cuantiosos auxilios; que si se exceptuaba la fuerza moral de esa unión, la Nueva Granada sería más rica, más libre y más feliz separada de Venezuela y gobernada por sus hijos.³⁹

A los congresistas no les preocupaba tanto la separación de Venezuela como el hecho de evitar que Colombia declarara la guerra a Páez. Para lograrlo se nombró una comisión, presidida por Sucre, que marchara a Venezuela con el fin de negociar el establecimiento de un nuevo pacto constitucional. Dadas las difíciles circunstancias político-militares que impidieron a los comisionados penetrar en Venezuela, las conversaciones se realizaron en Cúcuta con una delegación compuesta por Mariño, Tobar y el presbítero Ignacio Fernández Peña, custodiados del lado venezolano por un ejército “que venía a libertar a la Nueva Granada de la tiranía que la vejaba”. Gustavo Arboleda, basado en José Manuel Restrepo, dice que allí propuso Sucre que:

(...) para hacer efectiva la libertad de los pueblos oprimidos por el militarismo, no fueran presidentes ni vicepresidentes de Colombia en los cuatro años inmediatos los altos jefes militares que habían figurado de 1820 a 1830, lo cual aceptaron Fernández y Tobar, no así Mariño, que hasta tuvo por ese motivo un altercado con Sucre.⁴⁰

Era un hecho que Sucre había captado el sentimiento antimilitarista que el ejército colombiano había generado en diferentes partes de la República. En el Cauca, este sentimiento se había presentado a raíz de que el territorio se había convertido en un espacio de tránsito, de avituallamiento y reclutamiento de los ejércitos libertadores, que marchaban a la liberación del sur y se había alimentado con las represalias que Bolívar y Sucre habían realizado en Pasto y que fueron continuadas, entre otros, por Flores, siendo causa permanente de rebeliones, en par-

39. Gustavo Arboleda, *Historia contemporánea de Colombia desde los inicios de la República de ese nombre hasta la época presente*, tomo I, Cali, Ed. América, 1933, 2a. ed., pp. 24-25.

40. *Ibid.*, p. 27.

ticular de los pastusos y, en menor medida, de los patianos. Esto obligó a una recomposición de los ejércitos que fueron conformados y dirigidos por paisanos como Obando y López.

No sabemos si el sentimiento se había producido en Ecuador, pero sí que sus dos más importantes militares eran venezolanos con una diferencia notable entre ellos: mientras Sucre deponía todo interés en gobernar, Flores no desperdició ninguna oportunidad para construir las bases de su poder político, halagando a sectores de la élite quiteña con la idea de construir un gobierno propio e independiente del de Bogotá.

Este proyecto vino precedido por algunos movimientos de tropas hacia Pasto, buscando que aquella provincia se separara del Departamento del Cauca, apoyándose para ello en algunos religiosos. Aunque la propuesta tuvo alguna acogida, Restrepo dice:

Gran número de moradores de Pasto odiaban tanto la dependencia del Ecuador, que, dando por segura la venida de las tropas de Flores, habían desamparado sus hogares, retirándose a los bosques: ellos regresaron a la ciudad, luego que supieron el arribo de Obando, con algunas fuerzas. Éste tenía influjo y era amado por los habitantes de Pasto, donde permaneció algún tiempo.⁴¹

El movimiento de tropas invasoras no cogió por sorpresa a Obando, quien en carta escrita a Bolívar desde Popayán, el 22 de abril de 1830, le informaba acerca de los preparativos de Flores y la extrañeza que estos causaban, pues incluso se sospechaba que ellos obedecían a “providencias secretas de V. E.”. Señalaba lo desafortunado del movimiento “porque desgraciadamente estos departamentos parecen naciones distintas que mutuamente se temen, porque mutuamente pueden ser atacadas”.

Según Roberto Andrade, lo que precipitó el movimiento de Flores fue la noticia que tuvo acerca del discurso pronunciado por Sucre en Cúcuta, en el cual se expresó contra los militares jefes de Gobierno. A esto se une el hecho de que a los habitantes de Ecuador no les agradó que Sucre no aceptara la Jefatura de Gobierno y hubiera marchado a Bogotá. De esta manera, dice, los alborotos de Pasto buscaban únicamente detener a Sucre.⁴² De todo esto resultó que Sucre recibiera el encargo de impedir el movimiento de Quito contando con su inmenso influjo, y que fuera suprimida la Prefectura del sur. Todo esto muestra la importancia política de Sucre, quien en esos momentos se había convertido en la principal figura de los bolivianos y ello, precisamente, llevó a que en Bogotá su muerte fuera anunciada cuatro días antes de que

41. Citado por Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, tercera parte, pp. 150-151.

42. *Ibid.*, p. 152.

ocurriera.⁴³ El estado de ánimo contra Bolívar y Sucre había alcanzado tal nivel que el periódico *El Demócrata*, “al referirse a Sucre, ya en viaje de Bogotá a Quito manifestó su deseo de que Obando hiciese con él en Pasto lo que había debido hacerse con Bolívar el 25 de septiembre de 1828”.⁴⁴

La importancia de Sucre era evidente. En 1830, José Manuel Restrepo escribía en su *Diario*:

Mayo 29. Se asegura haber escrito de Quito el General Juan José Flórez (sic) que ya no puede resistir la tendencia de los pueblos del Sur a separarse de Colombia y a formar un gobierno independiente. Esto mismo escribía Páez al Libertador cuando propició el movimiento de Venezuela. Sin duda está en los intereses de Flórez promover la separación del Sur y ser él el jefe de aquel Estado. Se asegura que el general Sucre lleva la misma idea de separación y que lo ha dicho en Neiva; aquí vertió expresiones que lo indicaban. El problema cuya resolución no se prevee es “quién ha de mandar, si Sucre o Flórez”. El primero tiene más representación, pero se asegura que estará contra él todo el clero porque siempre habla de religión y no con respeto. El segundo es un joven de treinta años, buen soldado que estudia mucho, se hace amar y está animado por una gran ambición; él manda las tropas del Sur, que ascienden a cerca de 3.000 hombres. Si hace la revolución antes que llegue Sucre, gobernará probablemente el nuevo Estado.⁴⁵

Desde luego, fue Flores quien logró que el 13 de mayo de 1830 Quito aprobara su separación de Colombia.

Cuando Sucre recibió esta noticia en Popayán, expresó al general Vicente Aguirre su opinión, que confirma lo escrito por Restrepo:

Colombia no puede existir por mucho tiempo, sino compuesta por tres grandes Estados confederados. Venezuela está corriente de esto, y también lo está Nueva Granada; pero ésta podía tener, a la larga, pretensiones sobre el Sur, si allí se descubren rivalidades de provincia. Yo llegaré pronto y les diré todo lo que he visto y todo lo que sé, para que Uds. vean lo mejor; y también todo lo que el Libertador me dijo a su despedida, para que de cualquier modo se conserve esta Colombia y sus glorias y su brillo y su nombre.⁴⁶

Como es conocido, Sucre no alcanzó a llegar a Quito, pues fue asesinado en la montaña de Berruecos el 4 de junio de 1830.

43. Quijano Otero, *Compendio de historia patria*, citado por Gustavo Arboleda, *Historia contemporánea de Colombia desde los inicios de la República de ese nombre hasta la época presente*, tomo I, p. 28.

44. Gustavo Arboleda, *ibíd.*, p. 25.

45. José Manuel Restrepo, *Diario político y militar*, tomo II, Bogotá, 1954. Citado por Horacio Rodríguez Plata, *José María Obando íntimo (Archivo-Epistolario-Comentarios)*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Editorial Sucre, 1958.

46. Popayán, 27 de mayo de 1830.

INFLUENCIA DEL ASESINATO DE SUCRE EN LA POLÍTICA COLOMBIANA

Sucre tuvo una marcada influencia en la política colombiana, después de su muerte. Esto se explica porque las sindicaciones de la autoría de su muerte a políticos colombianos de Bogotá o a caudillos militares caucanos o ecuatorianos, se utilizó recurrentemente para dirimir procesos electorales, decidir vinculaciones territoriales, afiliaciones políticas o conflictos armados.

Aunque no es de nuestro interés entrar a detallar los pormenores de la muerte de Sucre o los posibles autores, sí debemos decir que en el momento de su muerte en Berruecos el comandante militar de la plaza era el general José María Obando, quien se había dedicado a construir una base de poder en el sur de Colombia.

La constitución de este poder militar se hace evidente cuando Obando y López, en una extraña coalición con la élite de Popayán, deciden enfrentar la dictadura del general Rafael Urdaneta, quien los había acusado de ser los asesinos de Sucre. Su triunfo en Palmira sobre las fuerzas de la dictadura, el 10 de febrero de 1831, les permitió ocupar el valle del Cauca y llevó a que Cali y las otras ciudades del Valle decidieran vincularse al Ecuador. Negociaciones posteriores llevaron a que Domingo Caycedo asumiera la presidencia de la República y a que López fuera nombrado jefe del Ejército, lo que obligó a Urdaneta a aceptar la paz.

De esta manera, Obando se convirtió en la más importante figura militar del momento, pues santanderistas exaltados le ofrecieron que asumiera la dictadura, que no aceptó, pasando más bien a ser Ministro de Guerra de Caycedo, lo que le permitió reintegrar todos los grados al general Santander. Es justamente en este momento cuando se acusa abiertamente a Obando de ser el autor intelectual de la muerte de Sucre, lo que fue imposible comprobar por las autoridades encargadas de efectuar la investigación.

En las elecciones para el cuatrienio 1837-1841, Obando aparece como uno de los candidatos apoyado por Santander frente a José Ignacio de Márquez, un connotado bolivarista. Para frenarlo, sus enemigos políticos revivieron la vieja acusación de haber dado muerte a Sucre. Estas elecciones se complicaron debido a la aplicación en Pasto de la ley que obligaba a abolir algunos conventos, lo que llevó a que se iniciara una revolución. En esta situación, Obando renuncia a la jefatura militar en el Cauca diciendo que “la campaña difamatoria en su contra lo había convencido de su propia importancia en el país, por el empeño en negar hechos que estaban identificados con la existencia de

la Nueva Granada...”.⁴⁷ Las cosas se complicaron cuando fue capturado uno de los sublevados de Pasto, José Erazo, quien confesó haber dado muerte a Sucre instigado por Obando, presentando como prueba un papel que aseguraba ser de 1829 en el que decía: “El dador de ésta le advertirá de un negocio importante que es preciso lo haga con él”.⁴⁸

Este documento sirvió para reabrir el proceso contra Obando, quien en el traslado de Bogotá a Pasto, se levantó en armas contra el gobierno de José Ignacio de Márquez, argumentando no tener garantías para su vida, este levantamiento fortaleció la revolución que fue conocida como “Guerra de los Supremos”⁴⁹ y que llevó a intervenciones armadas por parte del gobierno ecuatoriano encabezado por Flores, a quien se le había prometido que por su participación recibiría los territorios de Pasto. Con su ayuda Obando fue vencido y obligado a exiliarse en el Perú.

Como se puede ver, la influencia de la muerte de Sucre se dejó sentir en frenar las ambiciones de Obando, pero ella también llevó a que se escribieran una serie de libros y artículos destinados a mostrar su inocencia o su culpabilidad, lo que le dio en aureola de víctima que fue utilizada para fortalecer su imagen como caudillo.

De esta manera, el asesinato de Sucre fue utilizado para dirimir las diferencias internas entre los nacientes partidos, pero lo más importante fue que la muerte del único hombre capaz de mantener unida la República de Colombia dando continuidad al proyecto de Bolívar, sirvió también para que los “jefes supremos” iniciaran una serie de conflictos políticos que, resueltos por medio de guerras civiles, van a caracterizar el siglo XIX colombiano.

47. Fernán E. González, “La Guerra de los Supremos”, en *Nueva Enciclopedia de Colombia*, tomo II, Bogotá, 1991, pp. 345-346.

48. Gustavo Arboleda, *Historia contemporánea de Colombia desde los inicios de la República de ese nombre hasta la época presente*, tomo I, p. 356.

49. Sobre esta guerra, aparte de la obra citada de González puede verse Eugenio Gutiérrez Cely, “Márquez y la Guerra de los Supremos”, en *Credencial historia*, No. 45, Bogotá, septiembre de 1993.

Sucre en la historia del Ecuador

Carlos de la Torre Reyes

INTRODUCCIÓN

Sucre está vinculado íntimamente con el Ecuador. Su personalidad permanece en la gratitud siempre presente de la memoria colectiva. Su entrañable amor a Quito, donde formó su hogar, después de llegar casi prófugo abandonando la Presidencia vitalicia de Bolivia, el sueño de amor y de trabajo entre nosotros, que se vio forzado a postergar sin lograr nunca cumplirlo, la infinidad de cartas en las que señala que es su máxima ambición retirarse a la vida privada frente al diáfano y transparente paisaje andino, son hechos que le convirtieron en el personaje de la independencia más querido y respetado del país al que libertara con su espada.

La carismática personalidad del mariscal Antonio José de Sucre atrae por múltiples razones. Su conducta rectilínea, ajena a la doblez y a la falacia; a la traición aleva que, desgraciadamente, fue la ominosa tentación en la que cayeron algunos de los generales vinculados a la epopeya independentista. La transparencia de su espíritu hacía intuir su alma noble que desbordaba idealismo y lealtad, jamás menguada por el cálculo de probabilidades que busca el acierto y, naturalmente, su bien retribuido reconocimiento. La apasionada búsqueda de la libertad fue la brújula de su existencia. A ella sacrificó la intuida tranquilidad de la vida privada, junto al hogar que, en medio de postergaciones inevitables, formó en Quito y al que pudo dedicar solo unos pocos meses de su trayectoria vital, atento siempre a las órdenes, afectuosas pero inapelables, que le dictaba su superior jerárquico y que acogía su conciencia vertical. No se equivocó el Libertador Simón Bolívar al escribirle desde Lima el 21 de febrero de 1825: "...créame, general, nadie ama la gloria de Ud., tanto como yo. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de Ud. hecha por mí, en que, cumpliendo con mi conciencia, le doy

a Ud. cuanto merece". Se refiere al *Resumen sucinto de la vida del General Sucre*, que se imprimió en Lima en 1825.¹

Sucre fue el paradigma del guerrero inteligente que extraía de la realidad cotidiana la filosofía de la acción. Decían los griegos que los dioses concedían una breve existencia a los seres predestinados por su afecto, para que los años no les hicieran perder la magia irrecuperable de la juventud. En una especie de carrera contra el tiempo quemó todas las etapas como militar, gobernante, administrador en las más altas funciones del Estado, que culminaron con la Presidencia vitalicia de la República de Bolivia. Nació el 3 de febrero de 1795; a los quince años fue Subteniente; a los veinte y cuatro Jefe de Estado Mayor General, ascendido a General de División a raíz de la Batalla de Pichincha a los veinte y siete; y a los veinte y nueve, luego del triunfo de Ayacucho, se convirtió en Gran Mariscal. El 4 de junio de 1830 fue asesinado. Una carrera meteórica que fue troncada para evitar el cumplimiento del ideal bolivariano. En una nota dirigida a la Municipalidad de Cochabamba desde La Paz, el 1 de marzo de 1825 anotaba: "Cuando América ha derramado su sangre para afianzar la libertad, entendió también que lo hacía por la justicia, compañera inseparable. Sin el goce absoluto de ambas habría sido inútil su emancipación".²

BOCETO DE SUCRE

"Había sido demasiado joven siempre", afirma un autor. Francisco Burdett O'Connor escribe:

Era un joven animoso y de gran inteligencia, vivo, enérgico, audaz, muy afable y político con todos y muy querido por cuantos le conocían. Su modestia era tan grande como su abnegación y su talento. Con razón se le ha llamado el soldado filósofo. Era la encarnación de los más avanzados principios republicanos y el más completo caballero.³

Manuel Antonio López, ayudante del Estado Mayor General del Libertador, anotó: "Su tipo, todas sus facciones, son las de la delicadeza, la circunspección y el pundonor; el timbre de su voz es fino y firme como él".⁴

1. Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, vol. I, Biblioteca Ayacucho, Cali, Talleres Carvajal, 1979, pp. 189-190.
2. "Presencia viva de Antonio José de Sucre 1795-1830", en *La palabra del Gran Mariscal*, Caracas, Ediciones del Ministerio de la Secretaría de la Presidencia de la República, 1980.
3. Comisión Mixta de los Sesquicentenarios de Junín, Ayacucho y convocatoria al Congreso de Panamá, *Ayacucho la libertad de América*, 1974, p. 180.
4. *Ibid.*, p. 181.

Entre la iconografía de Sucre se debe resaltar que, con posterioridad a la Batalla de Pichincha, el pintor del Libertador, Antonio Salas, le hizo en Quito un retrato que actualmente pertenece a Carlos Montúfar. Frente despejada, nariz aguileña, mirada vivaz y penetrante, labios y mentón bien dibujados. Su apariencia refleja bondad y determinación. Es muy parecido a otro dibujado directamente para la Marquesa de Solanda.

Para dar una idea de su carácter, indica don José Rafael Bustamante: “Cualidades y virtudes poseyó Sucre que parecen imposibles desarrollarse en el ambiente de aquel tiempo. Sin perder contacto con la realidad, antes manejándola y modelándola sabiamente, nunca deja de ser el hombre severo y ecuánime, el patriota desinteresado”.⁵ Casi todas las descripciones coinciden en ponderar los rasgos de energía, caballerosidad, respeto generoso, especialmente con los vencidos después de las enconadas lides de la guerra. Terminada la batalla se imponía a la violencia la magnanimidad, al arrebató la cortesía y a la pasión negativa el más profundo sentido de lo ecuánime.

El Dr. Carlos R. Tobar esbozó el siguiente retrato de Sucre:

Érase el General de mediana estatura, aunque más alto que pequeño; delgado sin ser enjuto de carnes; la cabeza simétrica y sin prominencias; la frente vasta, en especial hacia los lados, por donde formaban grandes entradas en los cabellos negros, recios y ensortijados; la piel morena... las cejas delgadas y perfectas; los ojos castaños expresivos y dulces...; la nariz larga, combada...; la boca regular, los labios finos, pero salientes... las tersas mejillas, sombreadas apenas por una estrecha y corta patilla. El entrecejo, ligeramente marcado... Poseyó una sola ambición: la de la virtud...; era uno de esos hombres que en las cualidades del cuerpo y del alma llevan el diploma de una gran predestinación providencial.⁶

Quizá en el lugar donde más notorias se hicieron las indudables y exquisitas dotes de Sucre, fue en el antiguo Distrito del Sur, al que estuvo íntimamente vinculado por los entrañables lazos del afecto familiar. Al referirse a la veneración que guarda el Ecuador a su memoria, expresa Hugo Alemán:

La gratitud nacional, con indeclinable constancia, ha preservado del olvido su memoria. El Ecuador todo es un museo espiritual de su presencia múltiple... Pero es quizá más honroso reconocer que crece y se agiganta el sentimiento de amor a Sucre en los corazones ecuatorianos.⁷

5. Hugo Alemán, *Sucre parábola ecuatorial*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1970, p. 77.

6. *Ibid.*, pp. 17 y 18.

7. *Ibid.*, p. 314.

Es proverbial la magnanimidad, el desprendimiento, la indudable capacidad de olvidar antiguas y nuevas ofensas. Esta bondad de espíritu estuvo presente a lo largo de las acciones de su vida. Monseñor González Suárez expresa:

En los congresos, Sucre se manifestó siempre moderado en sus opiniones, dueño de sí mismo, lleno de benevolencia para con todos. Sorprende, asombra una moderación tan grande con méritos tan eminentes, en un joven, y en un joven militar... fue modesto porque poseyó la virtud de los varones dotados de un gran corazón, la modestia, ese velo tan hermoso, que el verdadero mérito suele echar sobre su propia grandeza. Como militar, como ciudadano, como magistrado: Sucre siempre fue modesto: sin ambición, sin codicia (ese orín de las almas ruines)... Sucre sabía rematar honrosamente la guerra: tan hermosamente, como para honra de la América toda, supo rematarla después de la espléndida victoria de Ayacucho, que terminó con abrazo de hermanos entre vencidos y vencedores...⁸

Esta actitud caballerosa de Sucre fue mal interpretada por el polígrafo español Salvador de Madariaga, quien da a entender que se negoció la capitulación antes de la batalla. “Así se explicaría –escribe– que La Serna buscara deliberadamente que lo hiriesen y que lo hicieran prisionero para sacudirse de la responsabilidad”.⁹

La hidalguía tan propia del espíritu español la interpreta Madariaga como traición. Califica de farsantes a sus compatriotas cuando en verdad fueron personas iluminadas por el ideal de la corona. “El virrey cayó prisionero y luchando con hombría y no buscó deliberadamente ser herido, pues en el fragor de la lucha peligraba a cada instante. De acuerdo a la idea de Madariaga, La Serna habría sido un suicida frustrado”.¹⁰

LA BATALLA DE PICHINCHA Y SUS PROYECCIONES

En mayo de 1821 llegó el general Sucre a Guayaquil. Traía órdenes precisas del Libertador. Como anota Jorge Salvador Lara, con gran conocimiento de la materia:

Su tarea era doble: conseguir del gobierno de Guayaquil que le concediera la jefatura militar para dirigir la campaña sobre Quito y obtener la incorporación del puerto a la Gran Colombia. Las instrucciones de

8. Federico González Suárez, *Obras oratorias*, Quito, Biblioteca Grupo Aymesa, 1992, pp. 356-357.

9. Salvador de Madariaga, *Bolívar*, tomo II, México, 1951, p. 301.

10. Carlos de la Torre Reyes, “El sol bajo la espada”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, No. 135, Quito, enero-julio de 1975, p. 81.

Bolívar al respecto eran claras, precisas y minuciosas: perseguía la total y completa integración a Colombia de todo el territorio de la antigua Presidencia de Quito... La simpatía que despertó Sucre por su juventud, caballerosidad y gallardía moral le permitieron obtener con facilidad el nombramiento de Comandante Superior del Ejército y poner las bases para la futura incorporación de Guayaquil al gran Estado bolivariano, pues consiguió que la Junta de Gobierno declarase la Provincia "bajo los auspicios y protección de la República de Colombia" y autorizase la apertura de operaciones bélicas sobre Quito, a cuyo fin se prometieron toda clase de facilidades.¹¹

El desenlace de la Batalla de Pichincha dio un giro total a la independencia sudamericana. Quedaba pendiente únicamente la liberación del Perú, en la que el Libertador empeñaría sus esfuerzos contando siempre con el concurso, nunca negado, de Sucre. Los asuntos dentro de Guayaquil requirieron una intervención más a fondo. Según el criterio de Enrique Ayala Mora:

Luego de la victoria, los notables quiteños resolvieron la anexión del distrito a Colombia. Cuenca había hecho otro tanto semanas antes. Las cosas en Guayaquil iban por diverso camino. Los protagonistas del 9 de octubre eran un grupo de propietarios agrícolas cada vez más vinculados al comercio exterior. En las décadas finales de la Colonia, la explotación cacaotera había crecido, las relaciones con los mercados peruanos se habían intensificado y los nexos con Europa eran cada vez más estrechos. Bolívar tuvo que hacer uso de la fuerza militar para conseguir la anexión del Puerto a Colombia.¹²

LA TEORÍA Y LA PRAXIS

La lucha dramática entre las ideas de Bolívar y la realidad imperante, las intenciones y los hechos, los conceptos y las circunstancias, pone de relieve, con magistral sentido de penetración psicológica, el erudito historiador chileno don Francisco A. Encina en su insuperable obra *Bolívar* y, concretamente, en los dos volúmenes *El duelo con el sino* en el que explica que Bolívar sin ser militarista, para mantener el orden utilizó el Ejército con posterioridad a la victoria de Ayacucho. Se valió de la opinión pública, de los conservadores y de los elementos civiles del orden, y en menor escala del concurso del clero:

El número de neogranadinos, venezolanos y ecuatorianos que compartían los grandes ideales políticos del Libertador, era tan corto que no merecen

11. Jorge Salvador Lara, *Breve historia contemporánea del Ecuador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 319.
12. Enrique Ayala Mora, *Resumen de Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1992, p. 62.

ser tomados en cuenta. Lo mismo ocurría con sus ideas políticas que se adelantaban demasiado a su época para ser comprendidas por sus contemporáneos. Los mismos que compartían el ideal de la Gran Colombia, no comulgaban con la constitución boliviana, ni con la reconciliación con Páez ni con la reforma constitucional.¹³

Quedaba, en última instancia, el gran prestigio del Libertador jamás traicionado por el Mariscal de Ayacucho en esta confabulación de fuerzas hostiles en medio de una decadencia prematura del genio bolivariano. A los cuarenta y cinco años de edad era ya, en palabras de Encina,

un anciano decrepito. Lo mismo sus íntimos que los viajeros que lo conocieron, subrayan su prematuro envejecimiento... Al excesivo derroche de energía vital, nunca debidamente compensada, se sumaron las campañas en regiones tropicales, la travesía de los Andes, los alojamientos a la intemperie, las comidas deficientes, las fiebres palúdicas contraídas en las tierras calientes, el excesivo desgaste sexual y brotes de tuberculosis, al parecer cicatrizados.

“Bolívar advirtió muy temprano su decadencia física...” el 24 de mayo de 1821, en vísperas de Carabobo, escribía desde Guanare a Fernando Peñalver: “Añada que mi salud está ya descalabrada, que comienzo a sentir la flaqueza de una vejez prematura”. El 21 de junio de 1822, cuando aún no cumplía cuarenta años, decía desde Quito al Marqués de Toro: “Yo no sé si el reposo que tanto anhelo me sea tan necesario; pero puedo asegurar que mis sentidos me piden descanso, y que cierto intervalo puede volverme a la actividad que empieza a faltarme”.¹⁴

Se ha insistido en que la tuberculosis que le aquejaba pudo haber empezado en su juventud, agravándose en los últimos años. Desde las fechas antes mencionadas oscilaba su temperamento entre la euforia y la depresión y, como señala el autor antes citado, el destemple de su voluntad, que se advierte desde su regreso a Colombia, se agrava y precipita después del atentado de 25 de septiembre. Laxitud fisiológica, desmoralización psicológica, desencanto político son el origen de su última enfermedad que se agravó al máximo al conocer el asesinato del Mariscal de Ayacucho.

13. Francisco A. Encina, *El duelo contra el sino*, Santiago de Chile, Editorial Nacimiento, 1965, pp. 160-161.

14. *Ibid.*, pp. 377-378.

EL ECUADOR EN LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

El embajador Alfredo Luna Tobar tiene un estudio exhaustivo en tres tomos de la contribución del Distrito del Sur en la independencia peruana.

Manifiesta que el Ecuador inició su vida independiente sin haber arreglado el pago de la deuda, de gran importancia para el futuro de la nación y que habría evitado complejos problemas económicos que se suscitaron en años posteriores. Señala con sus nombres a los ecuatorianos que lucharon y murieron en el curso de la liberación del Perú. Como el Libertador tenía la visión unitaria de la Gran Colombia le parecía lógico que todas las naciones vinculadas a ella dieran el aporte necesario, aun a costa de indudables sacrificios, para conquistar la meta. La ayuda ecuatoriana fue tan duramente requerida que existen quejas del Cabildo Quiteño y cartas de Bolívar que se refieren al tema.

Luna Tobar indica que en 1823 había llegado al Perú la Primera División Gran Colombiana enviada por Bolívar. En las reuniones del Congreso en El Callao, en junio de ese año, se designó a Sucre Jefe del Poder Militar. Después de la Batalla de Ayacucho, Bolívar convocó nuevamente al Congreso y

En la sesión inaugural del 10 de febrero –expresa Luna Tobar– el Libertador leyó un Mensaje sobre la labor que había desarrollado mientras tuvo en sus manos el poder dictatorial del Perú y concluyó entregando ese poder al Congreso. La Legislatura aprobó unánimemente un voto de gracias a Bolívar y al Congreso y Gobierno de la Gran Colombia... se redactó un decreto por el que se daba al Libertador la continuación en el poder dictatorial hasta que se halle firmemente organizada su administración a juicio del mismo; quien para acordar cualesquiera resolución sobre este punto, no debe entenderse en adelante sino con el Congreso General del año veintiséis, quedando a su arbitrio no reunirlos si aún entonces juzgare no estar cimentados la felicidad y el orden públicos.¹⁵

Una revisión somera de la historia ratifica la idea de que son indestructibles los vínculos que unen a los países bolivarianos entre sí y con sus libertadores. En los campos de batalla se mezcló su sangre y, a la sombra del ideal, se fundieron esperanzas y anhelos. Lo que nos une es profundo. Lo que nos aleja es circunstancial. José A. de la Puente Candamo en su obra *La Independencia del Perú* señala con acertado criterio:

15. Alfredo Luna Tobar, *El Ecuador en la independencia del Perú*, tomo II, p. 251.

Toda acción del hombre compromete su vida; en “su presente”, en el que-hacer humano, la persona asocia en su intimidad el pasado, el presente y la ilusión, el proyecto del futuro. Sin embargo, hay acontecimientos históricos que comprometen la existencia de modo más radical. Este es el caso de nuestra Emancipación.¹⁶

Más adelante se plantea de la Puente una verdad que aparece, también, dentro del proceso independentista ecuatoriano, la participación o no intervención popular en el proceso. Al menos en el Ecuador la presencia del pueblo fue aleatoria, nacida a impulsos de las circunstancias, del influjo de los actores en el medio social. No olvidemos la tenaz oposición de Pasto a la independencia y la escasa participación ideológica señalada anteriormente, a propósito de la pugna entre las ideas del Libertador y la realidad de un medio ambiente casi hostil que, sumada a la ingratitud de los beneficiarios, hiciera exclamar a Bolívar: “He arado en el mar”.

SUCRE Y SU TRAYECTORIA VITAL

Uno de los más completos, documentados y serios investigadores de la vida de Sucre es don Alfonso Rumazo González. A petición de la Presidencia de la República de Venezuela escribió y publicó en Ediciones de CADAFE un opúsculo de 90 páginas intitulado *Sucre*, en 1980. Su insuperable obra *Sucre Gran Mariscal de Ayacucho*, cuya sexta edición apareció en Madrid en 1980, es un estudio lúcido y pormenorizado de todas las facetas que confluyeron para conformar la eximia figura a la que nos estamos aproximando.

Antonio José de Sucre –señala Rumazo al inicio de su magistral obra– no vivió sino treinta y cinco años. Y en este lapso brevísimo –apenas cuatro lustros de verdadera acción– lo alcanzó todo: máximos honores en el ejército y en la política; éxito en el amor; riquezas, hacia el final. Se le consideró el más afortunado de los generales de la independencia americana. Envidiábanle, por lo mismo, con odio y rencorosa saña, hasta que lo asesinaron.¹⁷

Es comprensible que la atractiva personalidad de Sucre haya constituido un verdadero imán del alma femenina. Rumazo señala que durante su permanencia de cuatro semanas en La Paz, en 1825,

... aparece de pronto un amor, apasionado amor. Sucre lo deja penetrar en su corazón solitario, requerido de consuelos. La mujer, Rosalía Cortés y

16. José A. de la Fuente Candamo, *La independencia del Perú*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1992, p. 15.

17. Alfonso Rumazo González, *Sucre Gran Mariscal de Ayacucho*, Madrid, 1980, p. 11.

Silva... Los amoríos, mucho más hondos que la simple aventura hirviente, dieron su fruto en un niño, a quien se puso el nombre de José María. Nació el 13 de enero de 1826.¹⁸

Continúa Rumazo: "Sucre sigue amando a Mariana, pero no es fiel a ese amor".¹⁹

En una carta dirigida por Sucre al Libertador desde Chuquisaca, el 12 de diciembre de 1826, le agradece la visita que hiciera a la señorita Solanda.²⁰ A lo largo de su correspondencia aparece constantemente la idea del retorno a nuestra ciudad. En carta, enviada desde Chuquisaca el 27 de septiembre de 1827, recalca a Bolívar: "Yo bueno, pero deseando irme a un rincón en Quito". Repite lo anterior en otra carta también mandada desde Chuquisaca: "Sean cuales fueren las circunstancias, pienso estar en Quito para setiembre del año que viene lo más tarde... en vista de todas las circunstancias creo no variar mi propósito de retirarme a la vida privada...". En otra carta fechada en Chuquisaca, el 20 de noviembre del mismo año, expresa: "no puede usted figurarse mi desesperación de irme a Quito a vivir en el retiro". También desde Chuquisaca, el 12 de abril de 1828, reitera: "Estoy muy cansado y ya deseo pertenecer a mi mujer y familia, después que mi patria me ha tenido fuera cinco y medio años".²¹

Pocos días después, el 18 de abril de 1828, en Chuquisaca se produjo un motín cuyo autor intelectual fue el Dr. Casimiro Ollaneta, novio desairado de María Manuela Rojas, que casi cuesta la vida al Mariscal y del que salió con heridas en el brazo derecho y un roce superficial en la cabeza. De María Manuela Rojas, amorío iniciado en 1827 al decir de Rumazo, tuvo un hijo que fue bautizado con el nombre de Pedro César. No deja de ser curioso otro dato que proporciona Alfonso Rumazo, el amor platónico que despertó en Sor Martina del Corazón de Jesús, abadesa del Monasterio de los Remedios.

Hugo Alemán narra el transitorio amor que inspiró a Sucre, en 1821, Pepita Gainza en la ciudad de Guayaquil, donde años más tarde, en 1825, confiesa en carta de 11 de octubre al general Vicente Aguirre que ha muerto Tomasa Bravo, madre de Simona, que debe tener cerca de cuatro años, a quien encarga que la crien y eduquen a sus expensas. Explica Alemán que Sucre "para marchar a la campaña del Sur, había ratificado su intención de desposarse con la mujer amada (Mariana Carcelén y Larrea) ignorando él mismo cuánto tiempo podría durar su

18. *Ibid.*, p. 143.

19. *Ibid.*, p. 145.

20. Daniel F. O'Leary, *Cartas de Sucre al Libertador (1826-1830)*, Madrid, Editorial América, 1919, p. 137.

21. *Ibid.*, pp. 137, 195, 201, 213, 246.

ausencia y, más todavía, si los constantes peligros de la guerra no le alcanzarían...".²²

A mediados de 1828, Sucre envió desde Chuquisaca un poder al general Vicente Aguirre para que contrajera matrimonio con su prometida Mariana Carcelén y Larrea. Habían transcurrido seis años desde que fuera pedida en matrimonio y aceptada la proposición. El matrimonio se realizó por poder el 16 de abril de 1828 y dos días después se produjo el motín de Chuquisaca y Sucre escribe ya a la que es su esposa: "Por poco te casas con un muerto...". Más adelante anota, también, J. A. Cova en su obra *Sucre: ciudadano de América*: "Los quiteños vieron más tarde... a su Libertador, al héroe de Pichincha, cabalgando en su mula, inválido de un brazo, salir de la ciudad para ir al campo a trabajar diariamente como administrador de las haciendas de su esposa...". El 10 de julio de 1829 nace su hija Teresa, quien es bautizada al día siguiente. Fue su madrina doña Mercedes Jijón, esposa del general Juan José Flores. Sucre aspiraba tener un varón, heredero de su nombre. Así se trasluce en carta al general Flores en que le dice con fecha 14 de julio: "Marianita parió el 10 y por desgracia hembra... Tiene Ud. pues una ahijada que liga si es posible más nuestras amigables relaciones".²³

RETORNO DE BOLIVIA, TARQUI

Don Luis Andrade Reimers, en su bien documentada obra *Sucre en el Ecuador*, narra la forma en que el Mariscal tuvo que escapar de La Paz como incógnito para regresar al Ecuador, después de entregar el 2 de agosto de 1828 su renuncia al Congreso de Bolivia. En la fragata inglesa Porcospín llegó a Guayaquil el 19 de septiembre. Explica Andrade Reimers que el general Flores vio las espontáneas manifestaciones de afecto que dispensaban a Sucre los guayaquileños. Anota Andrade Reimers:

Así, pues, presumiblemente la envidia del General Flores hacia la popularidad del mariscal Sucre se acentuó notablemente desde entonces... A Quito llegó el mariscal Sucre el último día de septiembre y el regocijo de la ciudad fue espontáneo y desbordante. Aquí se le aclamó a voz en cuello como Padre de la Patria y salvador providencial en estas horas críticas por la amenaza del Perú.²⁴

Pocos días después de encontrarse en Quito dedicado a sanear la economía resquebrajada de la Marquesa de Solanda, tuvo que inte-

22. Hugo Alemán, *Sucre parábola ecuatorial*, p. 173.

23. J. A. Cova, *Sucre: ciudadano de América*, Quito, Editorial Victoria, 1959, pp. 178-179.

24. Luis Andrade Reimers, *Sucre en el Ecuador*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1982, p. 297.

rrumpirla –como escribe Rumazo González– al recibir del Libertador la petición de comandar las tropas colombianas contra la invasión peruana, ya iniciada, a territorios del Ecuador. Le decía: “Le nombro Jefe absoluto del Sur. Todos mis poderes, buenos y malos, los delego en usted. Haga usted la guerra, haga usted la paz; salve o pierda el Sur. Usted es el árbitro de sus destinos y en usted he confiado todas mis esperanzas”.²⁵

El historiador venezolano Laureano Vallenilla, en su obra *Vida de don A. J. de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, narra magistralmente el combate de Tarqui. Mandaba el ejército peruano el general Lamar, cuencano y cuñado de Rocafuerte, quien era Presidente del Perú. Fueron jefes de Estado Mayor del Ecuador el coronel León Febres Cordero y O’Leary. Escribe Vallenilla:

El combate de Tarqui fue un choque entre hermanos, provocado por la temeridad del Gobierno peruano... el choque no duró sino media hora pues en los primeros minutos fue envuelta y destrozada la división del general Plaza; y a poco los gruesos batallones que Lamar y Gamarra condujeron personalmente a la pelea fueron rotos y deshechos con la instantaneidad del rayo, dejando en el campo mil quinientos hombres... En el mismo campo elevó Sucre a Flores a General de División... Juzgó indecoroso a la República –dice Sucre en su parte oficial– y a su jefe humillar al Perú después de una derrota, con mayores imposiciones que las pedidas cuando ellos tenían un ejército doble en número al nuestro, y quise mostrar que nuestra justicia era la misma antes que después de la batalla... De ocho mil con que invadieron el Ecuador, salvaron apenas dos mil quinientos, para repasar el Macará.²⁶

Manuel de Guzmán Polanco en su libro *Doctrinas ecuatorianas en el Derecho Internacional*, anota:

Tarqui fue indiscutiblemente un triunfo militar; pero, es más noble aún para la historia y la fundamentación ética de las relaciones internacionales, por la prístina ejecución de la doctrina que allí se encarnó en la enunciación con que hemos señalado el pensamiento de Sucre: “La victoria no da derechos”.²⁷

Inobjetable doctrina dentro de la teoría pero que en la práctica no dio los resultados esperados. Ulteriores acontecimientos pusieron de manifiesto que si la victoria no da derechos, la derrota maquiavélicamente manejada puede cambiar, en su provecho, el curso de los acontecimientos futuros.

25. Alfonso Rumazo González, *Sucre*, Caracas, Ediciones Cadaf, 1980, p. 71.

26. Laureano Vallenilla, *Vida de don A. J. de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, París, s.a., pp. 418-420.

27. Manuel de Guzmán Polanco, *Doctrinas ecuatorianas en el Derecho internacional*, Quito, Corporación de Estudios y Publicaciones, 1974, p. 187.

LA LUCHA POR EL PODER

El historiador Jorge Núñez S., en el volumen 6 de la *Nueva Historia del Ecuador*, establece algunos puntos sobre la Secesión del Sur y fundación de la República del Ecuador. Al comparar las posibilidades de Flores y Sucre, expresa que aunque Flores creía tener la vía libre para proclamarse Presidente del Ecuador

... la realidad era otra. Y es que la radicación de Sucre en Quito, y los poderosos vínculos sociales y políticos que el Mariscal poseía en los departamentos del sur colombiano, trastornaban sustancialmente los planes del bando floreano: éste enfrentaba ahora a un nuevo líder emergente, cuyo poder local se equiparaba al de Flores y cuyo prestigio político-militar era superior al de éste. Habían otros hechos que inclinaban a favor de Sucre la balanza del poder en el agitado sur colombiano. A diferencia de Flores, que se había limitado a cuidar su propio poder regional en espera de que Bolívar desapareciera de la escena política, Sucre, que no aspiraba a mando alguno, se había convertido rápidamente en el abanderado de los intereses económicos de los manufactureros quiteños, arruinados por el libre comercio. Pese a la voluntad del nacionalista Mariscal de alejarse de la vida pública, resultaba evidente que la oligarquía quiteña empezaba a ver en él al líder de alto nivel que necesitaba para la defensa y promoción de sus intereses, desplazando a Flores del liderazgo que hasta entonces le había confiado. Por otra parte, el nombramiento de Sucre como conductor de la guerra con el Perú dejaba ver a las claras que Bolívar le prefería a Flores para cualquier eventualidad militar o política.²⁸

Sucre tenía un afecto sincero a Flores. Flores, una envidia invencible a Sucre.

El Mariscal, como indica Luis Andrade Reimers, llegó de incógnito a Quito el 6 de marzo de 1829 y aunque tenía la obsesión de abandonar la vida pública e irse al campo con su familia se vio forzado a venir a Quito para ratificar el tratado limítrofe de Tarqui y publicar el *Cuaderno de documentos de la última campaña*. Escribe Andrade Reimers:

El segundo compromiso ineludible era la atención que debía dispensar al Libertador, el cual había ofrecido venirlo a visitar y felicitar personalmente por la victoria de Tarqui. Esa visita tuvo lugar el 17 de marzo. Bolívar fue recibido en el hogar de Sucre como en su propia casa. La profunda amistad que tenían los dos había ido creciendo con los años y contagió a la joven Marquesa de Solanda, a su madre y a todos los allegados a la familia.²⁹

28. Jorge Núñez S., "El Ecuador en Colombia", en *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 6, Quito, Corporación Editora Nacional, Grijalbo, 1989, pp. 257-259.

29. Luis Andrade Reimers, *Sucre en el Ecuador*, p. 327.

Ambos quedaron asombrados de la apariencia física que demostraban. Bolívar parecía un anciano y Sucre estaba bastante desgastado. Conversaron largamente. Luego de la partida del Libertador, Sucre empezó a dedicarse a la administración de Chishinche, hacienda de la Marquesa de Solanda. Para padrino de su hija Teresa, Sucre escogió al general Flores, a pesar de que Bolívar esperaba esa muestra de afecto. Flores, por sus compromisos, no pudo asistir al bautismo. Concluye Andrade Reimers que Bolívar sintió mucho no haber sido designado padrino y que seguramente habría venido a Quito para asistir a la ceremonia. Explicó Sucre al Libertador que ofreció el padrinazgo a Flores dentro de la euforia que le causó la victoria de Tarqui.

El Mariscal trabajó en la agricultura para afianzar la posición económica de su hija, mientras sentía gran preocupación por la grave enfermedad del Libertador, la denominada “bilis negra”.

SE DESMORONA LA GRAN COLOMBIA

Con gran erudición y afecto al Libertador, explica el Dr. José María Velasco Ibarra:

...mientras cumplía su obra Bolívar en el Perú, la Gran Colombia se descomponía. Unos localismos contra otros. Para Páez no existían sino las llanuras del Apure y Santander no supo desplegar el dinamismo necesario para corregir los males de la excesiva descentralización. Más aún Santander es culpable de que se hubiesen expedido leyes y reglamentos de enseñanza completamente inadecuados a la mentalidad religiosa de los pueblos. Santander cometió imprudencias gravísimas con Páez y los venezolanos. El desorden y la bancarrota invadieron las finanzas públicas, y las secciones territoriales alejadas del centro del gobierno –Bogotá– especialmente los pueblos del Ecuador sufrieron todo género de quebrantos y perjuicios.³⁰

Narra, posteriormente, las maniobras de Páez y de Flores para apropiarse de las jurisdicciones en las que dominaban y, concluye: “Las ambiciones del oscuro y profundo fondo americano impusieron la destrucción. El general Antonio José de Sucre, el más inteligente y virtuoso de los tenientes de Bolívar, predijo que la disolución de la Gran Colombia significaba la pérdida de los límites ecuatorianos con el Perú”.³¹

Desde otro punto de vista, Enrique Ayala Mora señala que el período grancolombiano fue muy agitado en el Distrito del Sur. La eman-

30. José María Velasco Ibarra, *Bolívar*, Biblioteca Grupo Aymesa, vol. 7, Quito, 1993, pp. 305-306.

31. *Ibid.*, pp. 307-308.

cipación del Perú absorbió grandes cantidades de recursos. “El Ecuador llegó a pagar por esa guerra tres veces más que el resto de Colombia”. Explica que después del esfuerzo bélico y económico de Tarqui y la suscripción del Tratado de Límites no se solucionó el problema territorial. Y termina manifestando:

Por motivaciones diversas y hasta contradictorias, los grupos dominantes regionales del Distrito del Sur fueron llegando al rompimiento con Colombia. Se han mencionado muchas causas que explicarían la desmembración del gran país ideado por Bolívar. Lo que es claro es que al conflicto de intereses entre las oligarquías regionales, se unió la inexistencia de una clase social con capacidad para llevar adelante un proyecto nacional que fuera más allá de las presiones localistas regionales. A las causas de dispersión interna, hay que añadir la política de debilitamiento de las potencias capitalistas interesadas en que no se consolidara un gran Estado, sino unidades políticas pequeñas, débiles y manejables.³²

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DE COLOMBIA

El Libertador llegó a Quito el 20 de octubre y permaneció nueve días. Conversó largamente con Sucre y logró convencerle de que aceptara la elección hecha por el distrito de Cumaná para representarlo en el Congreso Constituyente. Antes de viajar hizo su testamento. Andrade Reimers narra la acre discusión que tuvo con su suegra debido a su próximo viaje. La Marquesa de Solanda se puso del lado de su esposo. Bolívar había ordenado que se le entregaran mil pesos para viáticos, que no existían en caja. Sucre tuvo que vender una propiedad. Y aceptando las órdenes del Libertador salió de Quito el 12 de noviembre de 1829, en unión de los diputados del Departamento del Sur, Manuel Modesto Larrea y Andrés García, a más del personal de servicio.

En el Congreso Constituyente de Colombia se aprecian en su plenitud la gallardía y el desprendimiento de Sucre.

El Libertador renunció a la autoridad dictatorial de que estaba investido: esfuerzo estéril. Pocos días después estallaba en Venezuela la revolución separatista, encabezada por el general Páez, y comenzaba la ruina lamentable de la Gran Colombia y se entenebrecía el ocaso, en que iban a hundirse sus dos astros mayores, Bolívar y Sucre, anota el arzobispo Manuel María Pólit Laso.³³

32. Enrique Ayala Mora, *Resumen de Historia del Ecuador*, p. 65.

33. Manuel María Pólit Laso, *Homenaje a la memoria del Gran Mariscal D. Antonio José de Sucre en el primer centenario de su muerte*, Quito, Imprenta del Clero, 1930, p. 16.

A su llegada a Bogotá fue nombrado Presidente del Congreso Admirable y comisionado ante la autoridad civil y militar de Venezuela. El Congreso nombró una comisión integrada por su Presidente y por el obispo de Santa Marta, monseñor Estebes, para que se entrevistaran con Páez en Venezuela y le pidieran detener el movimiento separatista. Laureano Vallenilla en su obra citada escribe: "En sus pláticas con el Obispo interpolaba a cada paso, los intereses de la patria con los candorosos deleites de su corazón: le hablaba de sus victorias, campañas y labores cívicas, de la suerte de Colombia, de sus campos cultivados por él mismo, de su hija y de su adorable compañera".³⁴

Sus palabras reflejaban su fe en la divinidad. A propósito de la religiosidad de Sucre, escribe el padre Aurelio Espinosa Pólit:

Y cuando el 2 de junio de 1822, en la misa pontifical de acción de gracias por él mismo exigida, vino Sucre, el joven triunfador a este mismo templo, ante este mismo altar, a rendir los laureles de Pichincha y la espada victoriosa a los pies del Dios de las batallas (¿qué es lo que bullía en su corazón, cuál era la plegaria que sin duda brotó de sus labios, sino el canto de gratitud entonado veinte y nueve siglos antes por David?): Señor, en ti puse mi esperanza y nos diste libertad, clamé a ti y salvaste a tu pueblo.³⁵

En este mismo aspecto vale la pena reproducir parte de la carta que Sucre le dirigiera al Gobernador eclesiástico de Huamanga, en diciembre de 1824:

... aseguro a V.S. la veneración de las tropas libertadoras a los sacerdotes que bajo la doctrina del Redentor son Ministros de la religión y de la caridad. El ejército libertador se hace un deber agradable sostener sus juramentos en defender la religión de Jesús y de conservar un profundo respeto a los sacerdotes de su Iglesia.³⁶

En la reunión que el 19 de abril de 1830 tuvo con los delegados del general Páez pronunció una alocución en que enjuiciaba con valentía el momento político. Con gran franqueza afrontaba Sucre la verdad de los hechos al decir

que los males públicos emanaban no de lo que se ha llamado el despotismo del Libertador, sino esencialmente de la misma revolución y del despotismo de una aristocracia militar que, apoderándose del mando en todas partes, hacía gemir al ciudadano por un absoluto olvido de las garantías y derechos; siendo este abuso tan arraigado que ni el tremendo poder de la dictadura había podido contener.

34. Laureano Vallenilla, *Vida de don A. J. de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, p. 435.

35. Aurelio Espinosa Pólit, "Sucre en Pichincha", en *Ensayos selectos*, Biblioteca Grupo Aymesa, Quito, 1994, p. 343.

36. *Presencia viva*, p. 80.

Para solucionar este mal hizo una proposición que pinta la transparencia de sus procedimientos. Pedía el sacrificio de los altos militares, empezando con su ejemplo:

Habiéndose hecho azarosos algunos militares que, abusando de su poder o de su influencia, han hollado, los unos las leyes, y acusándose a otros por sospechas de intentar un cambio de las formas de Gobierno, se prohíbe que durante un período, que no ser menos de cuatro años, no pueda ninguno de los Generales en Jefe, ni de los otros Generales que han obtenido los altos empleos de la República en los años desde el 20 al 30 ser Presidente o Vicepresidente de Colombia, ni Presidentes o Vicepresidentes de los Estados, si se establece la Confederación de los tres grandes distritos; entendiéndose por altos empleos el de Presidente o Vicepresidente, de Ministros de Estado y Jefes Superiores.³⁷

Páez, en Venezuela, y Flores, en el Departamento del Sur, manobraban para provocar la segregación en beneficio propio. La austera posición de Sucre era un obstáculo insalvable para la realización de tan menguados proyectos. El gran ascendiente del Mariscal de Ayacucho tanto en Venezuela como en Quito era una notoria y palpable realidad. Anota don Pedro Moncayo: “El General Flores vio en ese discurso una valla a su ambición y a sus planes proditorios de engrandecimiento, pero él se propuso salvarla, sin miramiento y sin respeto de ninguna especie”.³⁸

El 6 de mayo se separaba Venezuela de la Gran Colombia y el 13 del mismo mes, en Quito, el general Flores recibía el encargo del mando supremo civil y militar que, sin ningún derecho, le entregaban “las corporaciones y padres de familia” al proclamar “un Estado libre e independiente con los pueblos comprendidos en el Distrito del Sur”. Era la primera de aquellas inocuas y serviles “Juntas de Notables” que, al margen de la voluntad popular, la invocaban abyectamente para contrariarla. Sucre era quien, en los pueblos que integraban la antigua Presidencia de Quito, tenía auténtica fuerza en la opinión pública para consolidar la separación de Colombia. Por otra parte, se conocía que jamás se habría prestado para liquidar, al conjuro de ambiciones bastardas, el gran sueño del Libertador. Por otra parte, el general Flores había maniobrado en el grupo de aristócratas quiteños con el que se vinculara por su matrimonio y la captación de amistades que podrían servirle a corto plazo. Intuía, además, que ante un pronunciamiento de Quito la pasiva posición de los pueblos del Distrito del Sur aceptaría, sin oposición, el resultado.

37. Blanco y Azpurúa, tomo XIV, doc. 4465, pp. 175. Citado por Pedro Moncayo, *El Ecuador de 1825 a 1875, sus hombres, sus instituciones y sus leyes*, Quito, Imprenta Nacional, 1906, 2a. ed., p. 42.

38. *Ibid.*, p. 43.

Los “notables”, que en esta ocasión se dieron el romanizante título de “padres de familia”, estaban ya de acuerdo con el General para legalizar la manipulación política lentamente meditada. Ejercían una representación espuria que ellos mismos se atribuyeron para ungir al audaz titiritero. No tenían derecho ni siquiera para representar a Quito y mucho menos a las demás ciudades y pueblos que integraban el Distrito del Sur. Quedó, sin embargo, establecida la pomposa fórmula para revestir la audacia de los providenciales con una remendada legalidad que a nadie convenía (¿Ejemplos?: Flores, en 1830; García Moreno, en 1860; Alfaro, en 1895; Estrada, en 1911. ¿Para qué más? Los “notables” no eran sino fichas fieles de los déspotas en ciernes o costureras de una constitucionalidad violada y remendada).³⁹

ÚLTIMOS DÍAS Y MUERTE DE SUCRE

El Mariscal de Ayacucho “desaprobó ese movimiento como intempestivo e inoportuno, presagiando todos los males que iban a sobrevenir al nuevo Estado: la guerra entre los pueblos del Sur y los del Centro,... y los odios que iban a crearse entre pueblos hermanos”.⁴⁰ En un libro sobre Sucre se afirma que “el día en que Bolívar abandonaba Bogotá para ir a Cartagena, el 5 de mayo de 1830, Sucre pisó las calles de la ciudad”. Al llegarse hasta la casa del Libertador con la intención de verlo y acompañarlo durante unos kilómetros, se encontró con la desagradable evidencia de que su querido jefe y amigo había partido ya. Como no le quedaba otra forma de manifestarle su respeto y su cariño, le escribió una carta en la que, entre otras cosas, le decía: “No son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a Ud. Los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder sino su amistad la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona”.

La última carta de Sucre a Bolívar concluía con estas bellas palabras: “Sea Ud. feliz en todas partes y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo”.⁴¹

Según Remigio Crespo Toral:

Una junta secreta acordó su eliminación; desde Bogotá se convino el asesinato. Debía éste verificarse necesariamente, cualquiera que fuese la vía escogida por el Mariscal para su regreso a Quito, donde el infortunado

39. Carlos de la Torre Reyes, *Piedrahita: un emigrado de su tiempo*, Quito, 2a. ed., Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1a. ed., 1968; Quito, Banco Central del Ecuador, 1988.

40. J.A. Cova, *Sucre ciudadano de América*.

41. Milagros Buitrón Gómez, Francisca Palomino Salguero, *Antonio José de Sucre, el delfín de Bolívar*, Madrid, Ediciones Amaya, 1988, pp. 110-111.

guerrero había fundado el hogar, dispuesto la heredad familiar y fincado el amor. Una hija le esperaba con las gracias de la cuna... Había de ser su postrero amor a Quito, esta maga que a tantos encadena, esta Circe que hechizó también al Libertador. Desde que hubo ligado su fortuna a Quito, Sucre, el hombre de bien, el adalid simpático y gentil, más que grande y valiente, aquí mostrase ligado al destino del Ecuador. Fue todo nuestro. Al Ecuador vinculó sus limitadas ambiciones. Desde la nativa Venezuela, en alas de cartas de intimidad volvía a Quito, a su casa, a su esposa, al calor de la antorcha familiar... La Presidencia vitalicia de Bolivia no le importaba lo que el dulce instante de retornar a los verdes valles del Pichincha, atalayados por los gigantes de hielo, para entrar luego en la casa colonial, cuyas puertas se le abrieron de par en par el día de las bodas, y que se desdoblarían cariñosas el momento del regreso.⁴²

El mariscal Sucre conoció la noticia de la separación del Distrito del Sur cuando se encontraba en viaje a Quito para cumplir la misión que le encomendara el general Domingo Caicedo, encargado del poder, quien sabía que consumada la separación de Venezuela, al conjuro de las maquinaciones del general Páez, no tardaría en estallar la fisura separatista en el Sur en beneficio del general Flores. Por otro lado, el comandante general del Cauca José María Obando, rabioso antibolivariano, veía en Sucre al ejecutor del testamento político del Libertador y el único General de la Gran Colombia capaz de disipar las ambiciones en acecho.

El historiador Juan B. Pérez y Soto sostiene que operaba en Bogotá un club vinculado con filiales esparcidas en las principales ciudades de la República, dirigida por los conspiradores del 25 de septiembre y sus discípulos, a los que identificaba un enfermizo liberalismo y un odio a ultranza a todo elemento leal al Libertador. Pérez y Soto expresa que en aquel club tristemente célebre se acordó el asesinato de Sucre. Para comprobar su tesis reproduce un editorial del pasquín *El Demócrata*, del 1 de junio de 1830, en el que, después de injuriar al mariscal Sucre, se concluía con esta comprometedora advertencia: "Puede ser que Obando haga con Sucre, lo que no hicimos con Bolívar, y por lo cual el Gobierno está tildado de débil, y nosotros todos y el Gobierno mismo carecemos de seguridad".⁴³

Sucre debió haber conocido la red oscura que se cernía sobre él para liquidarlo. Un exceso de optimismo casi suicida le llevó a desoír oportunos consejos y a realizar el viaje. Parecería que algunos momentos de intenso dramatismo histórico, por cierta intuición que de los hechos tienen sus protagonistas, adquieren la certidumbre invencible de la fatalidad. Es como si un hado maligno cegara el instinto de conservación de la víctima y la dirigiera con absurda perseverancia a su

42. Remigio Crespo Toral, *La sombra de Sucre. Pichincha Tarquí*, Cuenca, Tipógrafo de la Universidad, 1929, p. 49.

43. Citado por J. A. Cova, *Sucre ciudadano de América*, pp. 195-196.

aniquilamiento. Una fe irracional que ya tiene mucho de superstición, envuelve al predestinado trágico como en un inconsistente sueño en que las emociones se pierden y solo queda la sensación de la cercanía de la catástrofe.

Después de un luminoso estudio de los antecedentes y responsabilidades del asesinato, concluye el sabio historiador, don Vicente Lecuna:

En su célebre libro publicado en Lima dice Obando que uno de los dos fue el criminal: o Flores o él. Yo tengo la convicción de que fueron los dos y a primera vista hay una prueba de orden moral y es el cariño y la confianza con que se escribían mutuamente los dos sindicatos después del crimen.⁴⁴

Dentro del caudillismo militar que ya proyectaba su sombra funesta en el futuro de las repúblicas grancolombianas, Sucre encarnaba la idea civilista. Quiéralo él o no, su opinión habría pesado en la vida de la naciente república, habría evitado el auge del militarismo extranjero durante los tres primeros lustros de su desenvolvimiento republicano. De hecho, no existía la opinión nacional. Un pequeño núcleo que operaba en Quito era el centro de la política nacional; en general, Cuenca y Guayaquil se sumaban a las decisiones de la capital. El pronunciamiento de “los padres de familia” del 13 de mayo fue seguido por Guayaquil el 19 y por Cuenca el 20, y la ciudad de la Concepción de Loja el 26 se adhiere a la decisión de los departamentos de Ecuador, Guayaquil y Azuay. Se entregan los destinos de la nación “al héroe que tan dignamente nos ha gobernado”. Pronunciamientos similares se suceden en las demás capitales de provincia.

EL LIBERTADOR Y LA MARQUESA DE SOLANDA

Al enterarse Bolívar del asesinato de Sucre escribió el 2 de julio de 1830, desde Cartagena, la siguiente carta:

Muy señora mía:

Cruelmente afligido por el rumor espantoso que corre sobre la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho y dignísimo esposo de Ud. me aventuro, quizá indiscretamente, a comunicar a Ud. los dolores agudos de mi corazón que la esposa, el hijo, la patria y la gloria deben participar.

No concibo, señora, hasta dónde llega la opresión penosa que debe haber causado a Ud. esta pérdida tan irreparable como sensible; únicamente me atrevo a juzgar por mí mismo lo que pasa por una esposa que lo ha perdido todo de un golpe y del modo más bárbaro. Todo nuestro consuelo, si es que hay alguno, se funda en los torrentes de lágrimas que Colombia y la

44. *Boletín de la Academia Nacional de Historia de Venezuela* 140, tomo XXXV, octubre-diciembre 1952, p. 445.

mitad de la América deben a tan heroico bienhechor. Por mi parte reciba Ud. la expresión más sensible y menos explicable de mi profundo dolor por la muerte de un amigo, el más digno de mi eterna gratitud por su lealtad, su estimación y los servicios que le debíamos.

Dispénsese Ud., señora, que deje de continuar esta carta porque no sé cómo exprese lo que mi ternura siente por Ud. y por mí.

Con sentimientos del más profundo respeto y consideración.

Soy de Ud. afectísimo servidor Q.B.S.M.

Bolívar.⁴⁵

Desde Quito, el 28 de septiembre de 1830 contestó el pésame del Libertador en la siguiente forma:

A S. E. el General Bolívar

Mi General:

Oprimida del dolor más cruel que podría sufrir un corazón sensible, ni anhelaba por consuelo alguno, porque me parecía injusto el tenerlo; pero las letras de Ud. que manifiestan la aflicción con que ha recibido la infausta noticia de la muerte de mi amado esposo, han podido causar en mí un lenitivo no esperado. Las bondades de Ud. que supieron elevar al grado de gloria a que es susceptible un hombre, se reservaron también para consolarme en su pérdida.

El llanto de Ud. y mis tiernos sentimientos se acompañarán siempre al triste recuerdo de su falta. Ud. perdió un amigo leal que conoce sus méritos y yo un compañero cuya triste memoria amarga los días de mi vida.

Entre las disposiciones testamentarias del amigo de Ud. se encuentra una que recuerda los sentimientos que le animaban con relación a la persona de Ud. Ella ordena se entregue a Ud. la espada que le regaló en premio de la batalla de Ayacucho el Congreso de Colombia.

Dígnese aceptarla como una prueba de su gratitud a los beneficios que le debía. Para cumplir con ella no espero sino el medio seguro a fin de que esta prenda llegue a manos de Ud. Ella debe serle grata; porque ella es el testimonio más auténtico del aprecio en que tuvo los merecimientos de Ud. por los importantísimos servicios que ha prestado a su patria querida.

Yo quisiera hacer sentir a Ud. el grado de reconocimiento que me queda por las consideraciones que le merezco, y más que todo, por las tiernas y finas memorias que se sirve hacer de mi finado esposo; pero me abstengo porque conozco al corazón bondadoso de Ud. y porque yo mismo quiero privarme de hablar más de un asunto que despedaza el mío. Me limito, por tanto, a ofrecer a Ud. mis sinceras consideraciones de gratitud y respeto, con que soy de Ud. su atenta servidora.

Mariana Carcelén.⁴⁶

45. Ángel Grisanti, *El Gran Mariscal de Ayacucho y su esposa la Marquesa de Solanda*, Caracas, Imprenta Nacional, 1955, p. 99.

46. *Ibid.*, pp. 100-101.

El Libertador, en carta dirigida desde Soledad el 5 de noviembre de 1830, pide a la Marquesa presentar la espada de Ayacucho “a la imagen inocente y tierna de su amiga la señorita Sucre. El digno y futuro marido de la hija de Ud. conservaría en esa espada el más precioso escudo de la gloria de su casa”.⁴⁷ El dato revelador que da José de la Cruz Herrera en su obra *Itinerario militar y moral de Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, señala el fin de la espada tan gentilmente ofrecida por la Marquesa al Libertador, en cumplimiento de la disposición testamentaria de Sucre.⁴⁸

FACTORES DESINTEGRANTES

La desaparición de Sucre afirmó la disolución de Colombia, pero este hecho merece un análisis más detenido, a la luz de la realidad de entonces.

La inexistencia de un proyecto ideológico que aglutinara en su torno las fuerzas positivas de una nación que se encontraba en la búsqueda de su identidad, se evidencia en algunos aspectos que enfoca Manuel Chiriboga en su estudio publicado en el volumen 6 de la *Nueva Historia del Ecuador*. Después de la ocupación de Cuenca por Sucre el 21 de febrero de 1822, señala Chiriboga que

pasaron más de dos meses hasta que Sucre consiguiera la aceptación de los cuencanos para la incorporación a Colombia. Las élites cuencanas tenían puestos sus ojos en Lima y Guayaquil, pero el peso de la ocupación terminó por doblegarlos. El partido peruanista no desapareció, sin embargo, pues hacia 1829 se vio con simpatía la invasión de Lamar, Presidente del Perú e hijo de Cuenca.⁴⁹

La incorporación de los tres departamentos del Distrito del Sur a la Gran Colombia lo juzga el referido autor como una decisión tomada, a

47. *Ibid.*, p. 102.

48. ¿La espada riquísima en oro y piedras preciosas, era también obsequio del Perú? Oigamos la respuesta de Rafael María de Guzmán: “...Como para asesinato de crueldad refinada, fue tenida en uno de los peldaños de la escalera de la casa de doña Mariana Carcelén, viuda del Gran Mariscal de Ayacucho... Aquella espada símbolo de gloria y grandeza no comprendidas ¡a qué fin tan innoble y ruin fue destinada! Un negro esclavo de doña Mariana hacia saltar a golpes de piedra los diamantes, los zafiros, los rubíes, las esmeraldas. Para que la profanación fuera mayor, no se sirvieron siquiera de la tenacilla de platero y a cada golpe de piedra la hoja se retorció y vibraba sobre el peldaño, como si lanzase gemido de protesta por esa acción inconcebible. El oro y las piedras preciosas que esmaltaban la espada de Sucre, fueron convertidos en pendientes, pulseras y anillos. Y hubo hasta para aretes de las criadas predilectas de doña Mariana Carcelén”. José de la Cruz Herrera, *Itinerario militar y moral de Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Panamá, Editorial de la Nación, 1974, pp. 87-88.

49. *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 6, p. 284.

base de circunstancias determinantes, por una pequeña minoría que no conocía o no le interesaba, en última instancia, una inexistente opinión mayoritaria. Anota Chiriboga: “La incorporación de los tres departamentos del Sur no significaba el logro del consenso de los grupos criollos locales, pues ellos mismos no tenían identidad ni interés nacional. La correspondencia de Bolívar la reveló perfectamente”.

Y si hemos de decir la verdad, es una conquista liberal la que acabamos de hacer de este país... a pesar de la aparente tranquilidad en que nos hallamos en el sur, yo comparo a este país al Chimborazo, que exteriormente está muy frío mientras su base está ardiendo (a Santander, 3-VIII-1822).

Quito, ese país que según la fama y según la experiencia es el pueblo más descontentadizo, suspicaz y chino, en todas sus cualidades morales. Cómo quiere que me vaya ya y me lleve a Sucre, dejando a nuestra espalda cuatro provincias de Colombia flamantes, donde no hay más lazos que los una a nosotros que el respeto y la buena administración (a Santander, 23-IX-1822).

Un país muy difícil y enredado; que no tiene qué comer y es carísimo; que no tiene agua y es helado; que no tiene gobierno y todos mandan (a Santander 29-X-1822).

Aquí la democracia hace poco papel, porque los indios son vasallos de los blancos, y la igualdad destruye la fortuna de los grandes (a Santander, 30-I-1823).

Los tres departamentos que conformaban la Real Audiencia de Quito, se vieron incorporados a la Gran Colombia. Las revueltas antiespañolas tuvieron, en cada caso, sus causas y soluciones particulares, fruto... de la especificidad de las contradicciones entre las clases dominantes coloniales y la monarquía española. Las revueltas llevaron naturalmente a la conformación de unidades políticas distintas, enfrentadas entre sí. Ninguna de las élites departamentales fue capaz de imprimir su consenso independentista.⁵⁰

Es indudable que al no existir opinión pública debidamente estructurada, las resoluciones se gestaban dentro de las pequeñas minorías dominantes. El pueblo era manipulado por el caudillismo local al que tenía, más que por adhesión a sus ideas por propia conveniencia, en cierta forma hipotecada su voluntad. Es verdad, como afirma el autor citado, que Bolívar buscó la identidad nacional a través de la gesta emancipadora. Rompió el estrecho círculo manejado exclusivamente por los grupos dominantes. Creó una fuerte burocracia militar a la que, por fuerza de las circunstancias y la confianza personal, entregó la administración de los nacientes Estados. Esta casta es la que, con abismales diferencias en lo personal que va de la inmaculada caballeridad de Sucre a la repugnante viveza criolla de Obando, continuó algunos años en el poder después de la desaparición física del Libertador. Páez en Venezuela, Flores en Ecuador.

50. *Ibid.*, pp. 285-286.

El viraje sustancial en los actores dominantes poco o nada cambió la estructura de dominación. La antigua aristocracia colonial fue sustituida por una nueva clase que, por contar con la fuerza de las armas, se impuso a la inercia imperante. El prestigio conquistado en el campo de batalla, se avalaba en una sensación de seguridad arrebatada a la muerte por el heroísmo. El caudillo criollo, forjado en la conquista del éxito, en la experiencia, en la arriesgada lucha en los campos de batalla, se constituye en el símbolo de la nueva época. En ciertos casos, conserva el resentimiento de su origen humilde, cuando se sentía recluso de una casta cerrada que se le abre y entrega junto con los laureles bélicos. Los afortunados generales vigorizaron a la aristocracia decadente logrando un tácito pacto entre una discutible nobleza de sangre y un impuesto reconocimiento del mérito ajeno. El noble apergaminado estrechaba con disimulado desdén la mano, otra hora plebeya, del militar envanecido. El círculo de opresión se amplió con nuevos y fuertes elementos. “No faltaron en este juego de mutuas concesiones las alianzas matrimoniales en las que, en calidad de arras, se entrecambiaban deslumbrantes charreteras con apergaminados títulos de corte”.⁵¹

Una secuela del crimen

En la polémica desatada alrededor del asesinato de Sucre, no faltó quien tratara de sugerir que la Marquesa de Solanda no tuvo la devoción de la viuda de un héroe por la memoria del Mariscal. A propósito de esto se ha mencionado su segundo matrimonio casi inmediato con el general Barriga.

El historiador Ángel Grisanti relata que el colombiano Isidoro Barriga salió de Colombia hacia 1819 con las fuerzas comandadas por el Libertador. Actuación discreta en Venezuela. Herido gravemente durante el asedio a Puerto Cabello. En Cúcuta o en el recorrido de los Andes conoció al general Sucre. En 1823 regresa a Colombia y pasa al Perú. Interviene en las batallas de Junín y Ayacucho a órdenes de Sucre, quien recomendó el ascenso de Barriga a Coronel. Sucre llega de Bogotá el 30 de septiembre de 1828 y a los nueve meses once días de su llegada nace su hija Teresa. Es falsa la especie divulgada por José María Obando, quien afirmaba que la Marquesa y Barriga tenían relaciones en vida de Sucre. Por la amistad casi familiar que Barriga tenía con Sucre y su esposa pudo visitar la casa a raíz del asesinato de Sucre. La viuda se casó el 16 de julio de 1831 con el general Barriga. El 21 de junio de 1832 nació Felipe Barriga y Carcelén. El general Barriga murió el 29 de mayo de 1850. El 15 de diciembre de 1861 falleció la Marquesa. Barriga

51. Carlos de la Torre Reyes, *Piedrahita: un emigrado de su tiempo*.

y Carcelén era alcohólico y jugador. Dilapidó todos los bienes heredados. Para pagar deudas se casó con Josefina Flores, hija del general Juan José Flores, con quien tuvo un hijo, Isidoro Barriga Flores, quien murió a la edad de catorce años, el 17 de enero de 1883.⁵²

La muerte de la hija de Sucre la narra Rumazo González:

No hubo dicha, sin embargo, en esta unión. Un día a los cuatro meses del matrimonio, y cuando Mariana se hallaba ya encinta de su segundo hijo Manuel Felipe Barriga y Carcelén, Teresita, la hija del Mariscal, pereció trágicamente. Jugaba su padraastro en el balcón de la casa hogareña; la tenía en sus brazos –niña de dos años cuatro meses–. De pronto, por obra de la fatalidad, el frágil cuerpecillo se desprende y va a dar al empedrado de la calle. La muerte vino instantánea.⁵³

Se refiere luego a los comentarios suspicaces que desató el hecho. Barriga habría eliminado voluntariamente a la heredera universal, según el testamento de Sucre.

Existe una carta de la viuda del mariscal Sucre dirigida a José María Obando, de cuya sinceridad duda Grisanti. Ésta es una apreciación que demuestra el veneno del autor. La epístola firmada por la Marquesa sostiene, entre otras cosas:

Estos fúnebres vestidos, este pecho rasgado, el pálido rostro y el desgredado cabello están indicando tristemente los sentimientos dolorosos que abruma mi alma. Ayer esposa envidiable de un héroe, hoy objeto lastimero de conmiseración, nunca existió un mortal más desdichado que yo. No lo dudes hombre execrable: la que te habla es la viuda desafortunada del Gran Mariscal de Ayacucho.

Heredero de infamias y delitos, aunque te complazca el crimen, aunque él sea tu hechizo, dime desacordado, para saciar esa sed de sangre, ¿era menester inmolarse una víctima tan ilustre? ¿una víctima tan inocente? ¿ninguna otra podía aplacar tu saña infernal? Yo te lo juro e invoco por testigo al alto Cielo, un corazón más recto que el de Sucre nunca palpó en pecho humano. Unida a él por lazos que solo tú, bárbaro, fuiste capaz de desatar; unida a su memoria por vínculos que tu poder maléfico no alcanza a romper, no conocí en mi esposo sino un carácter elevado y bondadoso, una alma llena de benevolencia y generosidad.⁵⁴

Don Alfredo Flores y Caamaño publicó en 1960 una refutación documentada de las gratuitas y audaces afirmaciones de Grisanti. Termina su magnífico estudio con estas palabras:

52. Ángel Grisanti, *El Gran Mariscal de Ayacucho y su esposa la Marquesa de Solanda*.

53. Alfonso Rumazo González, *Sucre*, p. 259.

54. Ángel Grisanti, *El Gran Mariscal de Ayacucho y su esposa la Marquesa de Solanda*, pp. 88-89.

Encerrado el autor Grisanti en el círculo de sus innumerables dislates e inexactitudes, se ha visto bien que se contradice a sí mismo, confunde nombres, fechas, lugares, condiciones y sucesos, seguro de que la fortuna ayuda a los audaces; y que, no siendo esto bastante para él, acoge cuantos desatinos ha escuchado o leído, de ciertos detractores profesionales contra determinadas personas, distantes del gusto, opinión o partido de ellos.⁵⁵

EVOCACIÓN FINAL

Al conmemorarse el centenario de la independencia, Venezuela concedió al Ecuador el procerato de la Libertad con estas significativas palabras:

La corona que el Gobierno del Ecuador, por medio de su importante delegación, colocó en la festividad del día 1 ante el monumento del Libertador, fundida con el bronce de los cañones de Pichincha, es, a la vez que un recuerdo de los tiempos heroicos, la delicada expresión de la gratitud de un pueblo que no se manchó con el lodo de las negaciones, y tuvo para el Padre de la Patria obediencia cuando fue autoridad Suprema y afecto ardiente y conmovedor cuando cayó en el abismo de la desgracia.

Sustrayéndose el Ecuador a la reacción de 1829 y 1830, manteniéndose fiel al amor por Bolívar y ofreciéndole un asilo cuando en las otras secciones de la Gran Colombia se alzaba airado el grito de la implacable e injusta condenación, salvó el decoro de la Patria y la delicadeza de los sentimientos humanos, proporcionó al Héroe Mártir una satisfacción intensa y enalteció la noble virtud del patriotismo. De ahí que la Historia que es luz y es justicia, asigne al Ecuador el procerato de la lealtad y de la hidalguía entre todos los pueblos colombianos.

En el sesquicentenario del nacimiento del mariscal Sucre, el 3 de febrero de 1945, ejercía la Presidencia de la República del Ecuador el Dr. José María Velasco Ibarra, quien elogió con estas palabras la memoria entrañable del General que conquistara la libertad para entregarla a nuestra patria:

Hace obra perdurable quien como el general Sucre tiene fe en las irradiaciones omnipotentes del ideal y de la ética y quien, como él, separando con vigor los obstáculos del presente y sufriendoles en parte, confía en el futuro, supremo aquilatador de lo bueno.⁵⁶

Este incompleto estudio sobre la fisonomía espiritual y los avatares vitales del Mariscal de Ayacucho recuerdan las palabras que Amiel

55. Alfredo Flores y Caamaño, *Objeciones históricas a la obra intitulada Ángel Grisanti. El Gran Mariscal de Ayacucho y su esposa la Marquesa de Solanda*, Caracas, 1955; Lima, Editorial Salesiana, 1955, p. 381.

56. Ángel Grisanti, *El Gran Mariscal de Ayacucho y su esposa la Marquesa de Solanda*, p. 99.

escribió en su diario íntimo: “El heroísmo es el triunfo deslumbrante del alma sobre la carne, esto es sobre el temor, temor a la pobreza, al sufrimiento, a la calumnia, a la enfermedad, al aislamiento y a la muerte... El heroísmo es la conciencia deslumbradora y gloriosa del valor”.

La vida aleccionadora del Mariscal es un entrañable punto de obligada referencia si se quieren entender las vicisitudes que tuvieron que atravesar, dentro de su historia republicana, los países que conquistaron su libertad y cuyos ideales, muchas veces, fueron sacrificados por la voracidad de la ambición y un irrefrenable apetito de poder.

IDEARIO DE SUCRE

Estoy resuelto, no obstante todo, a obedecer ciegamente y con placer a Ud. (1817. A Bolívar).

El honor y la reputación de que el hombre es justamente celoso (1819. A Carlos Soubllette).

En el mismo año, el bien de la patria que tanto nos cuesta (A Carlos Soubllette).

Espero que este año vamos a Quito y que yo dedicara mis días a esos países que sin conocerlos amo sobremana (1820. A Francisco de Paula Santander).

Anegada la América en lágrimas y sangre, inundada por torrentes de crímenes y de horrores en la más destructora guerra, pedía al Dios de la Justicia un término a sus males (1821. A Salvador Jiménez, obispo de Popayán).

Nunca son esclavos pueblos que resuelven ser libres (1821. Proclama en el Cuartel General de Guaranda).

Yo renuncio los honores y aun la gloria al bien de la patria (1821. A Santander).

Siendo una misma la causa de los americanos es una misma nuestra patria (1821. A José de Espinar).

Los indios serán considerados en adelante como ciudadanos de Colombia; y los tributos que hacían la carga más pesada y degradante a esta parte desgraciada de la América, quedan abolidos con arreglo a los decretos del Congreso Nacional (1822. Decreto en Cuenca).

...un gobierno que aún en las circunstancias apuradas de la guerra no quiere que los ciudadanos sean mandados solamente por jefes militares ni están privados de los recursos que las leyes les conceden para reclamar en los tribunales de justicia contra los agravios que les infieran los otros magistrados (1822. A Pedro Briceño Méndez).

En breve el reposo y la paz serán los primeros bienes que gozarán estos países, después que la República les ha dado independencia y libertad (1822. Al Ministro de Guerra y Marina).

Al cabo de doce años de horrores y catástrofes, veamos levantarse majestuosamente, desde las cumbres de Pichincha, la aurora brillante de la paz (1822. Al Ayuntamiento de Latacunga).

El primer pueblo que desde el Ecuador dio el primer grito de la libertad, debe ser el primero que enseñe si es posible que la misma libertad reclama principios moderados para que jamás la licencia sea su término (1822. Sesión del Cabildo de Quito).

... puedo asegurar que mi intención ha sido lo más recta y sana, solo quiero exigir a V.S.M.I. que desprendiéndose de respetos particulares, y unido solo a sus obligaciones en beneficio del pueblo, representen a S. E. contra los defectos de mi mando;

porque amigo de la patria más que de mí mismo, mi ser complaciente será conducido a la vía de la justicia, y observar que hay en el departamento ciudadanos vigilantes que sean el escollo de la arbitrariedad; y que el gobierno contenga a los magistrados que se desvien de las leyes (1822. Al Cabildo de Quito).

Todos los peligros con los enemigos no valen nada; pero la menor disensión interior me molesta a lo infinito (1823. A Francisco de Paula Santander).

Tomar medidas fuertes y severas para restablecer la moral y la subordinación del ejército (1823. A Bolívar).

... no podemos ver con ojos indiferentes la pérdida de compañeros de armas que en doce años han justificado ser acreedores a todo cuidado y consideración (1823. Al Ministro de Guerra del Perú).

... si estas disensiones continúan con el aspecto que les observe, mi único partido será restituir a su patria los soldados colombianos, para evitarles la deshonra de empañar sus armas en guerras civiles (1823. Al Congreso del Perú).

Los destinos sin el honor son más bien el vilipendio que la dignidad del hombre (1823. A Bolívar).

Las gentes han debilitado mucho su patriotismo, y es menester suplirlo con la fuerza. Los resultados justificarán las medidas violentas a que nos veamos obligados (1824. Al coronel F. del P. Otero).

La traición y la perfidia me irritan hasta desesperarme (1824. A Bolívar).

La causa de la justicia puede sufrir desgracias y reveses, pero nunca se pierde (1824. Al coronel Román Antonio Desa).

Ni he aspirado, ni he pretendido, ni esperado ningún ascenso: mi deseo ha sido servir a la Patria (1824. A Bolívar).

El ejército es la patria, porque, perdido o disgustado el ejército, se perdió la república (1825. Al Prefecto de Arequipa).

Toda intervención de la fuerza armada en las deliberaciones de esta Asamblea, hará nulos los actos en que se mezcle el poder militar (1825. Decreto en La Paz).

Las provincias denominadas del Alto Perú quedarán dependientes de la primera autoridad del ejército libertador, mientras una asamblea de diputados de los pueblos delibera de la suerte de ellas (1825. Decreto en La Paz).

El recuerdo de las acciones heroicas de los hombres muertos por la Patria es una lección de importancia para los vivos (1825. Decreto en La Paz).

La educación es el origen de los buenos magistrados y ciudadanos (1825. Decreto en La Paz).

Siendo sincero por carácter, le diré que no deseo estar mucho tiempo en este país, porque veo que se me obliga a conservar algún mando, y no puedo conocer bien el manejo de los pueblos para poder encargarme de alguna parte de su administración. El mando del ejército lo tendría porque en él sí puedo hacer algo (1825. A Bolívar).

Estoy resuelto a llevar en una mano las leyes y en otra la espada que refrene a los malvados (1825. A la Municipalidad de Cochabamba).

Sé que esos indios están prohibidos de comerciar ellos mismos los frutos, o porque el gobierno se los priva o porque alguna costumbre lo exija así. De hecho queda quitada esa prohibición y los indios en aptitud de llevar sus frutos donde quieran, de ir y venir a comerciar donde les dé la gana, y de vender sus cosas a quienes gusten (1825. Al coronel José Videla).

Todos mis embarazos habrían cesado resolviéndome a dirigir el Alto Perú por un gobierno militar; pero ni éste es propiamente un gobierno, ni yo podía presentar a los primeros hijos de la revolución las leyes de la milicia como los bienes que ellos esperaban de nuestra victoria (1825. Memoria a la Asamblea de Bolivia).

La administración de justicia, sin la cual no puede haber sociedad, recibirá todas las mejoras de que es susceptible (1825. Memoria a la Asamblea de Bolivia).

... la parte que debiera tocarme a mí... se las den a las viudas e hijos de los soldados muertos en Ayacucho (1825. Al general Santacruz).

Los principios del gobierno están opuestos a toda especie de desigualdades entre los ciudadanos por su nacimiento (1826. Decreto en Chuquisaca).

La buena educación es un caudal mucho mayor que los bienes de fortuna (1826. A Narcisa Márquez viuda de Sucre).

Como la calumnia y la ingratitud están de moda, es menester dejar que el tiempo y los hechos desengañen a los que quieren engañar (1826. Carta a Mariano Serrano).

El más fácil medio de aumentarse la población, es promover la inmigración y que ésta no se obtiene sin garantías sociales, e invitando a todos los hombres a venir a Bolivia a profesar el culto de la libertad (1826. Decreto en Chuquisaca).

Los indígenas, esa parte originaria de nuestro pueblo, la más digna del goce de los beneficios de la independencia, oprimida todavía por la costumbre de humillarlos, han sido rescatados en gran parte de los ultrajes con que eran tratados; pero ellos no están aún en la dignidad de los hombres. Toda la fuerza del Gobierno para arrebatarnos de la injusticia y del crimen no ha bastado para volver a esta clase infortunada de su condición y abatimiento. Su abyección en tres siglos de esclavitud los ha sumergido en males de que solo podrá sacarlos el cuerpo legislativo, y la ejecución de las medidas y decretos del Gobierno en su favor y en el de su educación (1826. Mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia).

Persuadido que un pueblo no puede ser libre, si la sociedad que lo compone no conoce sus deberes y sus derechos, he consagrado un cuidado especial a la educación pública (1826. Mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia).

Ofrecí mi espada y mis servicios para sostener las leyes y colocar la república al abrigo del desorden como de la tiranía (1826. Al aceptar la Presidencia Provisional de Bolivia).

La justicia y su decoro reclaman que yo tenga la misma responsabilidad a que hayan de estar sometidos los otros por el desempeño de su administración (1826. Nota al Presidente del Congreso Constituyente de Bolivia).

Este Congreso (el de Bolivia) marcha bien; todo lo hace de buena fe y yo tan lo creo así que aunque algunas veces rechazan los proyectos del Gobierno no me molesto en nada, porque acaso tendrán razón puesto que ellos conocen bien el país y porque esto prueba que tienen libertad para hacer lo que les parece en el desempeño de sus funciones (1826. Carta a Andas de Santa Cruz).

Ver de planificar el sistema constitucional y las más esenciales leyes para que mi sucesor encuentre el país en mejor estado (1826. A Bolívar desde Chuquisaca).

El 28 de octubre se verificó la elección de Presidente Constitucional: el Congreso me dio unánimemente sus votos y los del pueblo... Yo he creído de mi deber y conciencia no aceptar tal puesto; y últimamente dije al Congreso, por respuesta final, que ejercería la Presidencia hasta la reunión del primer Congreso Constitucional el año 28; y que más allá no (1826. A Santa Cruz desde Chuquisaca).

La ingratitud es el peor de los vicios; y cuando se ejerce por puro placer aumenta sus grados de maldad (1827. A Santander).

Todas las lisonjas, todos los halagos de la carrera pública, no valen ni un momento del encanto que da al alma una buena familia (1827. Al general Aguirre).

La manía politiquera se ha introducido en la fuerza armada. Este es un presente que nos ha venido de allá. Pobres países donde la fuerza armada delibera (1827. A Santander).

Es indudable que el que ataca a los intereses de su patria borra toda acción noble (1827. A Santa Cruz).

Nuestros edificios políticos están contruidos sobre arena; por más solidez que pongamos en las paredes, por más adornos que se les hagan no salvamos el mal de sus bases. Es la mayor desgracia conocerlo y no poderlo remediar (1827. A Bolívar).

Muy bellas son las teorías que defendemos en América. Ojalá se practiquen (1827. A Bolívar).

La virtud más bien se inspira que se manda (1827. Reglamento Orgánico para los Colegios de Ciencias y Artes de Chuquisaca).

Deseo la paz porque la necesitan los pueblos (1828. A Bolívar).

Llevo la señal de la ingratitud de los hombres en un brazo roto, cuando hasta en la guerra de la independencia pude salir sano (1828. A Bolívar).

Preferiría mil muertes antes que por mí se introdujese en la América el ominoso derecho del más fuerte. Que ningún pueblo americano dé el abominable ejemplo de intervención (1828. Al general Agustín Gamarra).

La victoria protege a los que se conducen con honor (1828. Mensaje al Congreso de Bolivia).

Nada sería más peligroso a las libertades públicas que el dar legitimidad a los actos de un poder inconstitucional que por lo mismo es una usurpación y una transgresión de las leyes (1828. Mensaje al Congreso de Bolivia).

Siguiendo los principios de un hombre recto, he observado el de que en política no hay ni amistad ni odio, ni otros deberes que llenar, sino la dicha del pueblo que se gobierna, la conservación de sus leyes, su independencia y su libertad (1828. Mensaje al Congreso de Bolivia).

Ningún pueblo está obligado a someterse a leyes destructivas sino mientras la fuerza puede oprimirlo (1828. A Flores).

Si fuere necesario ver mil veces la muerte bajo los puñales parricidas, véase y perezcamos también, porque moriremos con honra, mientras que en la anarquía desapareceríamos con ignominia (1829. A Bolívar).

Estos textos aparecen en "Presencia viva de Antonio José de Sucre 1795-1830", en *La palabra del Gran Mariscal*, Caracas, Ediciones del Ministerio de la Secretaría de la Presidencia de la República, 1980.

Sucre: soldado en los Andes peruanos

Manuel Burga

INTRODUCCIÓN

*La guerra es simplemente continuación
de la política con otros medios,*

Karl von Clausewitz,
DE LA GUERRA, 1823.

Es muy cierto que la moderna historiografía peruana ha preferido, así como en otros países de América Latina, analizar el significado de la Independencia criolla de 1821, la ambigua actuación de las élites urbanas, la ausencia del pueblo en su desarrollo y la frustración de los cambios estructurales que se anunciaban con esta *revolución política*, que estudiar los acontecimientos menudos, casi siempre militares, que protagonizaron los ejércitos extranjeros que vinieron a ganar de manera definitiva la independencia de América Latina en los territorios andinos del Perú. Más aún, podemos decir que se ha insistido en lo que no se hizo, lo que no ocurrió y, de alguna manera, se ha descuidado el conocimiento y la explicación de los acontecimientos verdaderamente sucedidos. Este descuido de la historia breve, de los acontecimientos, de las luchas militares, de los ejércitos alineados en los campos de batalla, nos ha dejado sin una dimensión muy importante de la realidad histórica de estos años: la guerra. Por más que, como lo indica Isaiah Berlin citando a Joseph Le Maistre y a Tolstoi, sea imposible conocerla con exactitud.¹ Entre 1820 y 1825, aproximadamente escasos cinco años, la lógica y las determinaciones estructurales de los acontecimientos del tiempo breve –para utilizar la terminología braudeliana– no parecen surgir totalmente de la *longue durée* de la historia

1. Isaiah Berlin, *Pensadores Rusos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

peruana. La coyuntura económica y política, así como las particularidades de la sociedad peruana, de sus mayorías y de sus élites, pasan a un segundo plano y todo parece definirse en el plano de lo militar y el aporte esencial del Ejército Unido Libertador.

En esta brevísima coyuntura de la Independencia, me parece que más allá de las estructuras y coyunturas, los acontecimientos se producen como respuestas o reflejos de las acciones de los hombres, así como de la calidad de las armas y de la astucia militar de sus estrategas. La historia peruana de estos años parece como traída de fuera y el Perú parece convertirse en un gran teatro de operaciones militares donde se juega el destino final de España en América del Sur. Esto vuelve metodológicamente interesante ocuparse de lo estrictamente militar y preguntarse por las características peculiares del Ejército Unido Libertador, de las mentalidades de la época y de su principal jefe en el Perú de los años 1823 y 1824, el mariscal Sucre.

La historia militar del Perú, de una manera bastante esquemática, podríamos dividirla en tres grandes períodos: 1. las guerras de conquista durante el Tahuantinsuyo; 2. las guerras coloniales, entre los siglos XVI y XVIII, para implantar y afirmar el dominio hispánico en los Andes; y 3. las guerras republicanas, generalmente para agredir a los países vecinos o para defender sus territorios periféricos. Las campañas de la Independencia, que se desarrollaron entre el desembarco de San Martín en Paracas el 8 de septiembre de 1820 y la muerte del general Pedro de Olañeta el 1 de abril de 1825, constituyen un capítulo muy especial de la historia militar peruana. Los ejércitos que deciden las batallas, como los procedentes de Argentina, Chile y la Gran Colombia, vienen de fuera; y el Perú, al igual que Ecuador y Bolivia, se convierte en un gran campo de operaciones militares donde se exhiben los ardores de las tropas y las más brillantes tácticas y estrategias de los más grandes jefes militares criollos de entonces. La audacia y el genio militar se ponen a prueba en los campos de Junín y Ayacucho. El personaje central de esta historia militar, sobre todo en los años decisivos de 1823 y 1824, fue Antonio José de Sucre. Me interesa situarlo en el contexto peruano de entonces, analizar su desempeño como soldado y concluir presentando algunos de los aspectos más saltantes de la personalidad de un ilustre soldado criollo del siglo XIX.

LA INDEPENDENCIA PERUANA

La Independencia criolla en el Perú, como se afirma con insistencia, no introdujo los cambios que se esperaban: no liquidó totalmente el *ancien régime* colonial, no convirtió a todos los anteriores súbditos del rey español en ciudadanos de la nueva república, ni –finalmente– cons-

truyó una república moderna sustentada en los renovadores principios de la libertad política, la igualdad social y la solidaridad humana que había popularizado la Revolución francesa de 1789. Contrariamente, la Independencia puso en marcha un proceso histórico que parece confirmar dos de las propuestas fundamentales de Alexis de Tocqueville.² La primera: entender a la historia como un proceso donde los cambios, si son progresivos y con futuro, se explican no como resultado de violentas revoluciones, sino como la culminación de largos procesos de maduración histórica. La segunda, también muy vinculada a la anterior, es su afirmación de que América del Sur, o aquella extensa región que salía trabajosamente de la dominación española –por la ausencia de una cultura política y de costumbres democráticas– no era un terreno propicio para la instalación y desarrollo de sistemas republicanos democráticos. En definitiva, lo que Tocqueville quería decir es que el éxito de los sistemas republicanos –como en el caso europeo– dependía de la maduración histórica de los prerequisites y que lógicamente no se podían dar “saltos históricos” como el que la Independencia pretendió impulsar en el Perú. Esta no correspondencia entre los modelos y las realidades, lo que el historiador Jorge Basadre llamaba la falta de “adecuación” entre las teorías, doctrinas y las situaciones concretas, explica bien las frustraciones y las sorprendentes actitudes de la élite criolla limeña en la época de San Martín y Bolívar en el Perú. Es por eso también que el mismo Jorge Basadre, al inicio de su gran *Historia de la República del Perú*, nos dice que en tanto la Independencia en América del Norte duró 6 años, en el sur se necesitó 14 para su culminación.³ Mientras este proceso político y militar en la primera condujo a la *unión*, en la segunda fomentó la *desunión* y la balcanización de la América meridional. Lógicamente, su tercera afirmación se deriva de las dos anteriores: mientras la modernidad capitalista floreció en el norte, en nuestro sur brotó con mucha fuerza un singular feudalismo señorial.

Luego del desembarco de San Martín en la bahía de Paracas en septiembre de 1820, los acontecimientos militares se van a producir con gran rapidez hasta culminar esta fase sanmartiniana con la proclamación de la Independencia peruana el 28 de julio de 1821. El 3 de agosto asumió San Martín el “mando político y militar de los departamentos libres del Perú” con el título de “Protector de la Libertad en el Perú”. En la entrevista de Punchauca (2-VI-1821), entre San Martín y el

2. Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, tomo I, Madrid, Ed. Sarpe, 1984. Es citado muy acertadamente por Marie Danielle Demélas en su libro, *L'Invention politique*, París, 1992, donde –como rectificando a Tocqueville– afirma que en América del Sur se desarrollaron *democracias restringidas o inestables* con características diferentes a la instalada en los Estados Unidos.
3. La Independencia sudamericana se inició en realidad en territorio venezolano el 19 de abril de 1810 y concluyó –luego de importantes batallas en Colombia y Ecuador– en los campos de Ayacucho el 9 de diciembre de 1814.

nuevo virrey La Serna, no se logró persuadir a los españoles de aceptar y reconocer la Independencia. El 27 de diciembre del mismo año, bajo la presión de los grupos criollos, convoca a un Congreso Constituyente: “Con el Congreso Constituyente empezó, como ya se ha dicho, la historia de la República del Perú. Es el nuestro un Estado concebido primero como un bello ideal y llevado luego penosamente a la realidad”.⁴

En este Congreso Constituyente, compuesto solamente por 51 diputados y no por los 79 que se esperaban fueran electos, aparecen las viejas facciones organizadas dentro de nuevos grupos políticos. Originalmente, antes de 1810 se podían distinguir dos grandes grupos: 1. los partidarios del antiguo régimen, los absolutistas o reaccionarios, enemigos de las liberales Cortes de Cádiz; y, 2. los partidarios de la Independencia, uno de cuyos jefes más connotados fue José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete (1783-1858), autor de la notable *Manifestación histórica y política de la revolución de América* (1818) donde expuso las “28 causas” que justificaban la ruptura del pacto colonial. En el centro se colocaban los grupos conciliadores que promovían una fórmula intermedia de tipo monárquico constitucional, conservadora, que debía mantener –más allá de la instalación de la república– el tradicional lazo con la metrópoli. Con la llegada de San Martín, el primer grupo fue completamente derrotado y la discusión política se polarizó entre los independentistas y los reformistas moderados.

El Congreso Constituyente se instaló el 20 de septiembre de 1822. Estaba compuesto, casi en su totalidad, por criollos notables de la época: “Fue esta asamblea una reunión de hombres ilustres. Muchas de las figuras mejores de la época, en el clero, el foro, las letras y las ciencias sentáronse entonces en los escaños legislativos”.⁵

Podemos agregar que entre 1823 y 1825 formaron parte de este Congreso 26 eclesiásticos, 28 abogados, 8 médicos, 9 comerciantes, 6 empleados, 5 militares y 5 propietarios. Más aún, como un ejemplo de la internacionalización de estas campañas, 14 diputados no eran peruanos sino que provenían de los países vecinos: 9 de Colombia, 3 de Argentina y 1 del Alto Perú. Este Congreso, casi desde el inicio y con claridad hasta 1823, estuvo controlado por un eclesiástico (más tarde arzobispo de Lima), Francisco Xavier de Luna Pizarro (1780-1855), y un hombre de leyes, José Faustino Sánchez Carrión (1787-1825). Ambos convencidos y fervorosos republicanos; el segundo –quizá por su muerte prematura– se convirtió en una figura descollante en la defensa del sistema republicano, un símbolo del republicanismo liberal y destacó como furibundo opositor a la propuesta reformista del general San Martín. La confrontación política entre Sánchez Carrión y Bernardo

4. Jorge Basadre, *Historia del República del Perú*, tomo I, Lima, 1983, p. 3.

5. *Ibid.*, p. 4.

Monteagudo, influyente secretario de San Martín, promotor de la implantación de un príncipe en el gobierno del Perú, alcanzó altos niveles de violencia oral y escrita.⁶ La fuerte oposición a la instalación de una monarquía constitucional, que había logrado la caída y expulsión de Monteagudo, fue fragilizando la presencia de San Martín en el Perú y por eso tuvo que partir –un poco en la soledad del soldado que había perdido en el campo de las propuestas políticas– el 22 de septiembre de 1822:

Retirado a la casa de campo de La Magdalena, montó a caballo esa misma noche y, seguido de su asistente y de una pequeña escolta, tomó la ruta entre Callao y Lima, que iba hacia Ancón. Allí se embarcó a las dos de la mañana del 22 de septiembre en el bergantín Belgrano rumbo a Valparaíso.⁷

No hay nada sorprendente en esta retirada silenciosa de San Martín, sin lugar a dudas uno de los ilustres soldados de las campañas de la Independencia. Ciertamente que no es para sorprenderse, pero sí para reconocer la flexibilidad de este jefe militar que prefirió retirarse a ir contra la corriente internacional y contra lo que se comenzaba a llamar la opinión pública. Citar a Basadre de nuevo es inevitable:

Por eso tienen tanta importancia las palabras de San Martín al marino inglés Basil Hall: No aspiro a la fama de conquistador del Perú. ¿Qué haría yo en Lima si sus habitantes me fueren contrarios? No quiero dar un paso más allá de donde vaya la opinión pública. La opinión pública es un nuevo resorte introducido en los asuntos de estos países: los españoles, incapaces de dirigirla, la han comprimido. Ha llegado el día en que va a manifestar su fuerza y su importancia.⁸

Todos los que han estudiado este evento coinciden en señalar que San Martín, en este caso preciso, así como en otros vinculados a la famosa entrevista de Guayaquil, dio una lección de serenidad y desprendimiento.

Luego, el Congreso Constituyente elegirá la primera Junta Gubernativa del Perú integrada por José Lamar, Felipe Antonio Alvarado y Manuel Salazar y Baquijano. Un militar destacado, un argentino y un criollo noble; los tres representaban muy bien la naturaleza transicional

6. El 25 de julio de 1822, cuando San Martín se encontraba en Guayaquil, Monteagudo –su hombre de confianza– fue depuesto por una coalición del Congreso. Fue expulsado del país y viajó a Ecuador y Guatemala. Más tarde regresó, invitado por Bolívar, en julio de 1824, pero luego de las grandes batallas murió asesinado en la costa peruana en manos de un negro liberto. Este enigma fue resuelto literariamente más tarde por el tradicionalista peruano Ricardo Palma, recogiendo la versión de que había sido J. F. Sánchez Carrión el culpable de su muerte.

7. Jorge Basadre, *Historia del República del Perú*, tomo I, p. 6.

8. *Ibid.*, p. 7.

de este Congreso. Una asamblea donde el lastre del *ancien régime* colonial parecía aún muy pesado. Mientras el país era gobernado por esta Junta, el Congreso –el 19 de diciembre de 1822– aprobó las bases fundamentales de la nueva constitución. Era prácticamente la consumación de las expectativas republicanas y el golpe de gracia a la impopular propuesta sanmartiniana. Es en un Congreso profundamente dividido –y en el calor de las disensiones– que José de la Riva Agüero fue elegido como primer Presidente del Perú (28-II-1823) y, por presión de grupos militares, un poco después se le concedió el título de Gran Mariscal, lo que desencadenó profundas e insalvables discrepancias entre este caudillo y el Congreso. En junio de este año la situación había empeorado: Riva Agüero pretendió disolver el Congreso y éste, en respuesta, confirió el mando militar al general Antonio José de Sucre. Lo que motivó que de inmediato Riva Agüero se embarque en la fragata *Peruviana*, se dirija al norte, desembarque luego en Huanchaco, se instale en Trujillo el 26 de junio y tome el control político y militar de este departamento. La reacción del Congreso en Lima, el 19 de junio, fue la designación de J. F. Sánchez Carrión y el poeta José Joaquín Olmedo para que viajen a Guayaquil a acelerar la venida de Bolívar al Perú para que tomase la conducción de las campañas de la Independencia. Con este fin, el Congreso destituyó a Riva Agüero y designó a José Bernardo de Tagle como presidente de la República (18-II-1823), poder que mantuvo unos meses hasta que el Congreso concedió a Bolívar poderes dictatoriales el 10 de febrero de 1824.

La agitada evolución política peruana se puede resumir de la siguiente manera: Riva Agüero deviene en un caudillo que trata de liberarse del Congreso y paralelamente aparece la figura de Tagle como representante del poder legislativo constitucional. Lo que me parece interesante destacar –ante la inevitable presencia de Bolívar en el Perú– es la progresiva metamorfosis sufrida por estas dos personalidades: ambos se vuelven críticos de los excesos republicanos, del jacobinismo liberal, de la utopía social defendida por Sánchez Carrión y se convierten en moderados defensores de una transición más ordenada, gradual, casi sanmartiniana, combinada con un extraño nacionalismo y una rotunda oposición a la presencia de ejércitos y jefes militares extranjeros. De manera concreta: el nacionalismo de estos nobles criollos era para justificar la oposición a Bolívar y para disimular un monarquismo que pretendía buscar una salida intermedia que pusiera freno a lo que consideraban excesos republicanos. La llegada de Bolívar era necesaria e inminente.

SUCRE, JEFE DEL EJÉRCITO UNIDO LIBERTADOR EN EL PERÚ

Es bien sabido que Bolívar ofreció ayuda militar a San Martín en la misma entrevista de Guayaquil, realizada los días 26 y 27 de julio de 1822. El precedente inmediato es la llegada a Lima de una división colombiana, compuesta de cuatro batallones y al mando de Juan Paz del Castillo, este mismo mes. Más tarde, el 18 de marzo de 1823, se firmó un convenio sobre auxilios –entre Portocarrero y Paz del Castillo– para que Colombia envíe 6.000 hombres más y que el Perú asuma los costos de los sueldos, vestuarios, equipo y los gastos de regreso de los colombianos. El recientemente ascendido general Sucre, requerido por Bolívar, deja su puesto de Intendente de Pichincha para embarcarse en Guayaquil rumbo al Perú, el día 14 de abril de 1823, como agente de Bolívar ante el gobierno del Perú y al mando de una división auxiliar colombiana.

La situación que encontró Sucre en el Perú parecía verdaderamente complicada. En una carta del 15 de mayo de 1823 le dice a Bolívar:

El ejército no tiene jefes: el país está tan dividido en partidos como están las tropas de los diferentes Estados que las forman; el Congreso y el Ejecutivo están discordes y esto no puede tener buen resultado; no hay subsistencias para la tropa y las pocas que se adquieren se invierten mal... en fin, mil males asoman para presagiar que todo se desbarata y en un desmoronamiento la división de Colombia será parte de las ruinas.⁹

La situación parece empeorar un mes después. Así le comunica Sucre a Bolívar en una carta del 20 de junio: “Todos mandan en el Callao, los víveres escasean y son distribuidos por diferentes autoridades, siendo solo suficientes para cubrir las necesidades de cincuenta días; las municiones y armamentos han desaparecido sin que el jefe encargado de custodiarlos sepa cuál es el destino que se le ha dado”.¹⁰

Al día siguiente, el 21 de junio, a pesar de sus negativas y las urgencias del momento, Sucre fue designado Jefe Supremo Militar y pronto inició sus desplazamientos por la Costa y hacia la Sierra. Al conocer la deposición de Riva Agüero, “Sucre declaró que la división colombiana no entraría en cuestiones políticas internas, con lo que trató de amenguar la acusación de que alentaba las maniobras en contra del primer Presidente peruano”.¹¹ Sucre, el 25 de junio, envió una nota donde afirmaba que “la continuación de estas discusiones a presencia del Ejército y al frente de un enemigo poderoso, es un mal del que el Soberano

9. *Ibid.*, p. 23.

10. *Ibid.*, p. 25.

11. *Ibid.*, p. 26.

Congreso y el Ejecutivo serán responsables ante la Patria".¹² El "enemigo poderoso", el ejército español, había tomado Lima y permanecido en ella, actuando como en territorio enemigo, entre el 13 de junio y el 16 de julio. Las discrepancias entre Riva Agüero y el Congreso se habían incrementado: el 8 de agosto el segundo declaró al primero "reo de alta traición" y el 16 de este mes designó a Tagle como Presidente del Perú. El país aparecía, paradójicamente, con dos presidentes y ambos dispuestos a dar las más amplias facilidades a los colombianos e incluso dispuestos a iniciar negociaciones con el mismo ejército realista. Esta situación puso a los peruanos frente a la rotunda disyuntiva: la continuidad del régimen colonial, en su modalidad más reaccionaria, o la dictadura de Bolívar, con la finalidad de unificar el poder, suprimir las disidencias entre Riva Agüero y el Congreso, darle consistencia y asegurar el triunfo del Ejército Unido Libertador.

Bolívar llegó al Callao el 1 de septiembre de 1823 en el bergantín *Chimborazo* y fue recibido con aclamaciones populares en este puerto: "Calles, plazas y casas fueron adornadas. Tagle y sus ministros acudieron al Callao a caballo y sirvieron de escolta al ilustre viajero. Cerca de la portada formaron las tropas".¹³

La decisión de Bolívar de enfrentar la realidad peruana, dada la situación política y militar de entonces, se puede entender solamente dentro de una estrategia global para asegurar definitivamente la independencia en América del Sur. El Perú era en estos años, como lo hemos indicado, un país difícil, casi sumido en el caos y en la lucha de facciones: la disputa del poder pasó a un segundo plano la lucha contra el español. Había que tener una enorme vocación por la victoria final para venir a este infierno de disidencias y esto se puede ver en una resolución emitida por Bolívar en septiembre de 1824: "Los soldados libertadores que han venido desde el Plata, el Maule o el Orinoco no volverán a su Patria sino cubiertos de laureles, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre al Perú o todos morirán, Señor. Yo os lo prometo".¹⁴

En este segundo semestre del año 1823 las actividades de Riva Agüero en Trujillo, Tagle en Lima y del Congreso se intensifican y se traban mutuamente. Es por esto que finalmente Riva Agüero fue depuesto el 25 de noviembre, tomado prisionero por sus mismos oficiales y conducido a Guayaquil. Terminaban así las actividades políticas y militares de un caudillo que comenzó apoyando abiertamente la independencia, con la pluma y con las armas, para luego –por desacuerdos con el

12. *Ibid.*

13. *Ibid.*, p. 31.

14. *Ibid.*, p. 32.

Congreso– exhibir un extraño nacionalismo que lo acercó a España y lo opuso a la presencia del Ejército Unido Libertador.

LAS BATALLAS DECISIVAS: JUNÍN Y AYACUCHO

Las experiencias vividas en los años 1822 y 1823 habían sido lógicamente necesarias. El Congreso Constituyente, la Junta Gubernativa, y los dos presidentes mostraron ya un adelanto de lo que sería la anarquía que vendría después de Bolívar. Pero estos años, después de todo, nos dejaron la primera Constitución republicana, las leyes básicas para la organización de la nueva República: nos dejaron una esperanza, que parece esfumarse cuando José María de Pando, político y jurista de la época, la enjuicia con evidente pesimismo:

Bien pronto los poderes mal equilibrados entraron en una lucha funesta. Los resabios de la servidumbre en pugna con los sueños de una libertad desordenada produjeron choques insensatos, aspiraciones ambiciosas, criminales defecciones. Las clases que se creyeron maltratadas opusieron una fuerza de inercia, o bien maquinaciones encubiertas a la marcha del nuevo régimen (...) Y cuando estos horribles elementos acarrearón, como era de esperarse, la sedición y la alevosía, fue preciso que el mismo Congreso Constituyente, ya desdorado por las facciones, echase un velo sobre la imagen de la libertad profanada, destruyese la obra de sus manos y crease el tremendo poder de la dictadura ante el cual las cosas y las personas enmudecieron.¹⁵

Una suerte de paradójico corolario de los sueños liberales: la instalación de la República, de un Congreso Constituyente y de un Presidente elegido, condujo –por la fuerza de las circunstancias– de regreso a un gobierno fuerte, dictatorial, que hacía lógicamente recordar al criticado absolutismo de los virreyes.

Luego de la salida de Riva Agüero, Bolívar instaló momentáneamente su cuartel general en Pativilca y pidió a Tagle que, como presidente, iniciara negociaciones con el virrey La Serna para lograr un armisticio. Nombraron a José Félix de Berindoaga como responsable de las negociaciones que muy pronto lo alejaron del control de Bolívar y que finalmente lo llevarán a morir fusilado. Lo que pretendía lógicamente era ganar tiempo, diseñar un plan militar para las batallas andinas y coordinar minuciosamente con Sucre. Durante el primer semestre de 1824 ocurrieron numerosos acontecimientos importantes. Entre ellos podemos mencionar el motín de Moyano (5 de febrero), el abandono de Lima a la soldadesca y a los rufianes (27 de febrero) y la toma de

15. *Ibid.*, p. 44.

los poderes dictatoriales por Bolívar el 10 de febrero. De inmediato se inició la preparación de la campaña definitiva y para esto fue necesario poner en marcha un reclutamiento masivo, aplicar cupos impopulares, imponer a los reclutas fuertes entrenamientos militares y promover la colecta casi obligatoria de fondos para solventar las actividades del Ejército Unido. La situación parecía aún más complicada que antes y las palabras de desencanto de Tagle la expresan cabalmente:

Por todas partes no se ven sino ruinas y miserias. En el curso de la guerra, ¿quiénes sino muchos de los llamados defensores de la patria han acabado con nuestras fortunas, arrasado nuestros campos, relajado nuestras costumbres, oprimido y vejado a los pueblos? ¿Y cuál ha sido el fruto de esta revolución? ¿Cuál el bien positivo que ha resultado al país? No contar con propiedad alguna ni tener seguridad individual. Yo detesto un sistema que termina al bien general y que no concilia los intereses de todos los ciudadanos.¹⁶

Riva Agüero exiliado, Tagle escéptico del futuro de la República y Bolívar dictador parecen ser los hechos más importantes en un país que se disponía a librar las batallas decisivas de la Independencia.

La presencia de Bolívar, en estos años 1823 y 1824, oculta un tanto el trascendental papel jugado por Sucre en los campos de batalla. Sabemos muy bien que provenía de la élite social de Cumaná en Venezuela y que había recibido una buena educación en su niñez y parte de su juventud. Era, muy probablemente, por su educación y por el ambiente donde vivió, un hombre con ideas ilustradas del siglo XVIII y con una sensibilidad romántica del siglo XIX. Después de Riobamba (21-IV-1821) y Pichincha (24-V-1822), Antonio José de Sucre era el general venezolano más joven, experimentado y exitoso de entonces. Llegó al Perú con una enorme experiencia y convencido de que en los Andes peruanos se tenían que librar las últimas batallas de la Independencia.

Me interesa detenerme brevemente en estas dos batallas. Mientras Bolívar maniobraba en la costa, transitaba por Cajamarca y Huaraz, Sucre se dedicaba a reconocer el terreno en la sierra central y con la ayuda de los montoneros levantar los croquis y planos que luego fueron necesarios. También instaló una buena red de espionaje y organizó el abastecimiento para las campañas inmediatas. Por otro lado, hay que indicar que el ejército realista al mando del general José de Canterac contaba, cuando invadió Lima el 18 de junio de 1823, con 7.500 hombres (5.700 soldados, 100 hombres de artillería y 1.700 de caballería) y que con ellos se retiró a la sierra. Aunque debemos advertir que, de acuerdo a algunos autores, las fuerzas realistas llegaban a sumar 18.000 hombres, bien equipados y dirigidos por una oficialidad de pri-

16. *Ibid.*, p. 52.

mera clase. Las fuerzas patriotas sumaban escasamente 10.000 hombres. Un factor que vino a equilibrar más o menos esta desigualdad fue la sublevación del general realista Olañeta al mando de 4.000 hombres y la urgencia de La Serna de enviar al general Valdez a combatirlo. Bolívar, al parecer, aprovechó este evento para iniciar la persecución de las fuerzas realistas.

Así llegamos a agosto de 1824 y a los preparativos de la batalla de Junín. Entre el 31 de julio y el 1 de agosto quedó concentrado el Ejército Unido en la región de Quillota, Rancas y Sacramento. Me interesa solamente destacar algunos hechos que me parecen muy reveladores: el ejército patriota contaba entonces con 8.000 hombres organizados en tres divisiones colombianas. La primera al mando del general Jacinto Lara. La segunda del general José María Córdova y la tercera del general José Lamar. La caballería estaba al mando de Mariano Necochea y en realidad Junín fue un encuentro entre caballerías: las 900 plazas de los patriotas y las 1.300 de los realistas. Es necesario indicar que la participación de Bolívar en esta batalla fue directa y que fue él quien, a cuatro días de esta confrontación, el 2 de agosto, arengó a las tropas en el llano de Rancas, a pocas leguas de Pasco. La batalla se produjo el 6 de agosto y fue una lucha breve, de 45 minutos aproximadamente, iniciada a las 4 de la tarde, casi sin disparos y donde los adversarios se enfrentaron con sables y lanzas. El bien equipado ejército realista fue inobjetablemente derrotado y puesto en fuga: "...no se detuvo sino cuando hubo llegado al otro lado del Apurímac. La mitad de su caballería se pasó a los patriotas, y cerca de tres mil hombres de su ejército en fuga, desertaron. El desastre fue total".¹⁷

Luego del triunfo de Junín, Canterac –entre temores y confusiones– se retira apresuradamente a Cuzco y Bolívar, luego de pasar el río Pampas, establece su cuartel general en Chalhuanca. De aquí Bolívar regresó a la costa, volvió a establecerse en Pativilca y entregó el mando general de las fuerzas patriotas al general Sucre. El virrey La Serna, mientras tanto, había concentrado unos 10.000 hombres en Cuzco y luego emprendió la marcha para dar el encuentro al ejército patriota; cruzó el río Pampas y llegó a Huamanga. Al parecer, el triunfo anterior no fue suficiente para equiparar las fuerzas contendientes y el ejército realista –a pesar de todo– continuaba con una buena ventaja de hombres y de armas. Así lo afirma, por estos días, el mismo Bolívar: "Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro".¹⁸ Más hombres, mejores armas y una oficialidad profesional y experimentada eran los mejores títulos de los realistas.

17. Carlos H. Larrazábal, *Sucre*, Buenos Aires, 1950, p. 163.

18. *Ibid.*, p. 173.

No voy a describir los pormenores de la batalla de Ayacucho y me limitaré a lo que me parece esencial. El Ejército Unido Libertador ocupaba la Pampa de la Quinua, también llamada Ayacucho, a 12 kilómetros de la ciudad de Huamanga, y los realistas, enfrente, las alturas del Condorcunca. Las fuerzas realistas sumaban 9.310 hombres y los patriotas escasamente llegaban a 5.780; la diferencia era bastante considerable. El general Canterac, y el mismo virrey La Serna, dirigían las fuerzas del rey. Hay dos hechos que tendría que destacar: Sucre fue quien eligió el terreno de lucha y también quien inició la batalla. A las 10 de la mañana, del 9 de diciembre de 1824, comenzó esta decisiva batalla. Momentos antes, en los preparativos, se habían vivido momentos de pleno entusiasmo. Así lo afirma Sucre en el parte oficial: "Al reconocer los cuerpos, recordando a cada uno sus triunfos, sus glorias, su honor y su patria, los vivas al Libertador y a la República, resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros".¹⁹

La batalla terminó a las 2 de la tarde y el saldo trágico de las bajas fue el siguiente: en el campo realista 1.800 muertos y 700 heridos contra 310 muertos y 609 heridos entre los patriotas. Pero las cifras más impresionantes vienen del recuento de prisioneros:

Se hallan por consecuencia en este momento en poder del Ejército Libertador los tenientes generales La Serna y Canterac; los mariscales Valdez, Carratalá, Monet y Villalobos; los generales de Brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur. Con los 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales, más de dos mil prisioneros de tropa, inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de la guerra, municiones y cuantos elementos poseían...²⁰

Bolívar recibió la carta de Sucre el 21 de diciembre: "La emoción que produjo tan glorioso acontecimiento en el espíritu de Bolívar fue inmensa; gritaba repitiendo sin cesar la palabra victoria, a la vez que daba brinco como un enajenado, lo cual no es extraño, dada la importancia del suceso, y sobre todo, el temperamento exquisitamente emotivo del Libertador".²¹

19. *Ibid.*, p. 183.

20. *Gaceta del Gobierno del Perú*, tomo II, Caracas, 1967, p. 245, Parte Oficial de Guerra.

21. Carlos H. Larrazábal, *Sucre*, p. 196.

SUCRE, UN SOLDADO DE SU TIEMPO: HONOR, GENEROSIDAD Y CIVISMO

Sucre, por la educación recibida en Cumaná y por su formación profesional adquirida en los campos de batalla, era lógicamente un hombre con ideas y sensibilidades de su tiempo. Un hombre de la época romántica y un general de las guerras napoleónicas, típicas del siglo XIX, donde contaban las estrategias, las tácticas, las armas, el arrojo de los hombres, la convicción de los soldados y sobre todo los proyectos políticos. Karl von Clausewitz ha definido a la guerra de la siguiente manera: “Así vemos, pues, que la guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas con otros medios”.²²

La guerra como prolongación de la política es una de las normas respetadas por San Martín, Bolívar y Sucre. La salida intempestiva de San Martín del Perú cuando comprobó que su propuesta no tenía futuro, ni sustento popular, ni aceptación en la opinión pública, es una buena prueba de la naturaleza de estos jefes militares del siglo XIX. Las mismas actitudes encontramos en Bolívar cuando expresaba su respeto a las instituciones políticas, a los congresos elegidos y a la opinión pública:

El primer paso del Libertador al pisar el suelo peruano fue afirmar su fe en la eficacia de las instituciones. Cuando el Congreso lo saluda manifestándole que desea primordialmente oír cualesquiera observaciones que tenga a bien hacer por el medio que estime conveniente, dada la alta confianza depositada en él por el pueblo peruano, y que la Representación Nacional no aspira a otra cosa que a librar sus deliberaciones en el brazo fuerte del único hombre capaz de salvar el país, Bolívar responde que no tiene otra mira sino la destrucción de los enemigos y vuelve a ofrecer al Congreso su activa cooperación en la salvación de la Patria, y que los escogidos del pueblo peruano pueden contar con toda la fuerza de las armas de Colombia para deliberar con entera libertad...²³

El general Sucre tuvo expresiones similares a las de Bolívar: “Al saber la deposición de Riva Agüero, Sucre declaró que la división colombiana no entraría en cuestiones políticas internas, con lo que trató de amenguar la acusación de que alentaba las maniobras en contra del primer Presidente peruano”.²⁴

22. Karl von Clausewitz, *De la Guerra* [1823], tomo 1, Lima, 1977, p. 51.

23. Cristóbal L. Mendoza, “Introducción” a la *Gaceta del Gobierno del Perú*, tomo I, Caracas, 1967, p. L.

24. Jorge Basadre, *Historia del República del Perú*, tomo I, p. 26.

Estas actitudes de los jefes militares de las campañas de la Independencia en el Perú fueron muy importantes para explicar la victoria final. La revolución liberal republicana se había iniciado en 1776 con la proclamación de la Independencia de los 13 Estados del lado atlántico en América del Norte, luego se produjo la Revolución francesa de 1789 y finalmente los ejércitos criollos enarbolaron estos principios aprovechando la coyuntura creada por la invasión francesa a España. La historia universal parecía marchar en este sentido: todos buscaban reemplazar –cuando era posible– las vetustas monarquías absolutas por nuevos sistemas democráticos representativos expresados en las modernas repúblicas liberales. Estas ideologías políticas se habían convertido en sentido común y en mentalidades colectivas. No hay otra manera de explicar la decidida convicción y el entusiasmo de los ejércitos patriotas. El 4 de diciembre de 1824, cuando el ejército realista rehuye el enfrentamiento en la Pampa Cangallo, Sucre se complace en afirmar: “...este sistema era el único que yo tenía, porque los españoles se servirían de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras se hallaba en el corazón”.²⁵

Esta medida del valor de sus tropas que se “hallaba en el corazón” también se manifestaba como un gran entusiasmo antes del inicio de la batalla de Ayacucho.

Para el mismo general Sucre es este “corazón” y el “entusiasmo” de sus tropas, por encima de otras consideraciones, los que también explican la victoria final:

Según los Estados tomados al enemigo, su fuerza disponible en esta jornada eran 9.310 hombres, mientras el ejército Libertador formaba 5.780. Los españoles no han sabido qué admirar más, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla, o la sangre fría, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada desde las inmediaciones del Cuzco hasta Guamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una extensión de ochenta leguas, y presentando frecuentes combates.²⁶

Cinco meses de intensas campañas habían sido suficientes para terminar con el antes poderoso ejército realista. Es impresionante la cantidad y calidad de los prisioneros caídos en manos del ejército patriota. A las 2 de la tarde José de Canterac, conducido por el general Lamar ante Sucre, se rinde y de inmediato se inicia la elaboración de una histórica capitulación. Ésta se elabora y se firma el mismo día 9, sobre el ya silenciado campo de batalla. Este tratado nos muestra otras dimensiones de la personalidad de Sucre y en particular su apego al honor y a la generosidad.

25. *Gaceta del Gobierno del Perú*, tomo II, p. 244.

26. *Ibid.*, p. 246.

La *Gaceta del Gobierno del Perú* en múltiples ocasiones, en los años 1823 y 1824, había destacado la crueldad, dureza y los excesos del ejército realista, en contraposición al comportamiento más equilibrado de las tropas del ejército patriota. ¿Es esto crítica infundada, realidad o demagogia de la prensa patriota? ¿Cómo acercarnos a la verdad si cada bando presenta sus propias explicaciones? Una buena evidencia de la conducta patriota podemos ver en el comportamiento de Sucre al firmar el tratado con Canterac, ya que aquí encontramos muy bien expuesta la diferencia entre los que sentían tener legitimidad y legalidad y los que defendían causas perdidas. Sucre se distinguió por respetar a los vencidos en Ayacucho: “Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú, y la capitulación fue ajustada sobre el campo de batalla...”.²⁷

Esta generosidad del soldado del siglo XIX se expresó cabalmente en el tratado de paz entre Sucre y Canterac, un acuerdo de dieciocho artículos donde se hacían, visto desde la actualidad, numerosas concesiones al vencido. En el artículo segundo, por ejemplo, se decía que: “Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su país, y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje...”. En el tercero se admitía la posibilidad de que los realistas podrían pasarse al ejército patriota. En el cuarto se decía que: “Ninguna persona será incomodada por sus opiniones anteriores, aun cuando haya hecho servicios señalados en favor del rey...”. En el artículo 15 se decía que: “Todos los jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día, quedarán desde luego en libertad, y lo mismo, los hechos en anteriores acciones por uno y otro ejército”. En el 16 se establecía que: “Los generales, jefes y oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas; y podrán traer consigo a su servicio los asistentes...”.²⁸

Para concluir podría indicar que en Sucre, como en San Martín y Bolívar, los rasgos fundamentales del soldado del siglo XIX aparecen con toda nitidez. La generosidad con el vencido, el respeto al honor de los oficiales derrotados y un auténtico civismo expresado en el respeto a las instituciones políticas y a la opinión pública son los rasgos principales de los grandes jefes militares de las campañas de la Independencia en el Perú.

27. *Ibid.*, p. 245.

28. *Ibid.*, pp. 248-250.

Notas sobre el mariscal Sucre en Bolivia

René Arze Aguirre

SUCRE EN EL ALTO PERÚ

Consumada la victoria de Ayacucho –tras la cual Sucre fue recompensado por Bolívar con honores militares y con una semblanza biográfica escrita de su puño y letra–, el soldado cumánés, comisionado por el Libertador en 1825, cruzó al mando de su tropa el Desaguadero, la región altiplánica de los Andes que desde antaño demarcaba la línea divisoria entre el Alto y el Bajo Perú. Confundido entre la tropa, acompañábale desde Puno al famoso Mariscal el influente y controvertido político altoperuano, Casimiro Olañeta, de quien algo certero habrá que decir (puesto que nació también en 1795). ¿De qué hablaron ambos jóvenes en las gélidas y oscuras noches altiplánicas, cuando la tropa acampaba a campo traviesa? La polémica desatada en Bolivia sobre este encuentro ha dado lugar, naturalmente, a no pocas páginas encendidas.

No obstante sus victorias, Sucre se encaminaba al Alto Perú con el corazón destrozado. La muerte de su padre, acaecida en Venezuela el 3 de julio del año anterior, lo tenía por demás atribulado.

La parsimoniosa marcha del Ejército Unido Libertador a su mando, transcurrida por un escenario yermo ubicado a más de tres mil metros de altura, se convertiría luego, en el trayecto hacia el Alto Perú o Charcas, en un momento de asombro para aquella tropa que por primera vez –antes de su ingreso a la ciudad de La Paz– contemplaba las encrespadas cumbres y ventosas latitudes andinas, pobladas por un paisaje criollo, mestizo y mayoritariamente indígena, de rostro y espíritu aymara, quechua, moxeño, chiquitano, guaraní, chaqueño...

La tropa victoriosa que había seguido su itinerario por Acora, en las orillas del Lago Titicaca y sucesivamente después por llave, Tiahuanacu y Laja, arribó finalmente a La Paz el 7 de febrero de aquel año. Enga-

lanada con arcos triunfales, la ciudad del Illimani recibió al Mariscal apoteósicamente, como era de esperar. La bienvenida provocó en Sucre la evocación de Quito, donde hacía poco habíanle recibido también con similares honores después de la Batalla de Pichincha.

No era la primera vez que los pobladores de Charcas veían ingresar a su territorio a un ejército venido de otras latitudes. En el pasado inmediato, bajo el intenso fragor de la guerra de la independencia contra España, los ejércitos independentistas rioplatenses, llamados auxiliares por la misión que traían de libertar a Charcas del poder virreinal limeño, habían trajinado raudamente por el escenario altoperuano, aunque cometiendo excesos y desmanes que más tarde, en el momento de la proclamación autonomista, darían lugar a un marcado sentimiento de animadversión. La mayoría de estas expediciones militares porteñas que habían arribado a Charcas estaban atraídas sobremedida por la deslumbrante montaña de plata de Potosí y por la expectable situación de sus habitantes, favorable a la causa de la independencia en gran parte de los centros urbanos y rurales de las provincias charqueñas. A estas desafortunadas e infructuosas expediciones rioplatenses que habían tenido recurrentemente lugar en Charcas desde los años 1810 hasta 1817, bajo la sucesiva comandancia de Juan José Castelli, Manuel Belgrano, José Rondeau y Gregorio Araoz de la Madrid, se habían añadido asimismo, de manera simultánea en estos territorios, las expediciones realistas enviadas desde el poder virreinal de Lima bajo la comandancia férrea de inflexibles guerreros monarquistas, como habían sido, entre otros, José Manuel de Goyeneche y Joaquín de la Pezuela.

Azorados y compungidos, con vivas manifestaciones de repulsión a la violencia cotidiana que se vivía en la mayor parte del territorio por efecto de la guerra, los altoperuanos habían sido hasta entonces en verdad –es decir hasta antes del ingreso del Ejército Libertador al Alto Perú– testigos de una lucha despiadada entre los poderes virreinales del Río de la Plata (independentista desde el Atlántico a partir de 1810) y del Perú (centro realista en el continente por tradición centenaria desde la llegada de los hombres ibéricos a las costas del Pacífico). Estas fuerzas contrapuestas que pugnaban por el control de Charcas, habían mantenido a este territorio en una situación peculiar que, como en un péndulo –según la acertada expresión del historiador Lofstrom–, osciló dramáticamente entre los dos poderes virreinales durante las dos primeras décadas y media del siglo XIX.

En ese año de 1825 estaba incluso en el Alto Perú, por añadidura, el ejército del general criollo monarquista Pedro Antonio de Olañeta, quien desde una línea absolutista intransigente, discrepando hasta con las fuerzas virreinales de Lima, había continuado tenazmente adicto al rey de España. Sucre, que en diciembre del año anterior había pro-

puesto a este general un arreglo de paz, tras felicitarle por haber dividido las fuerzas del virreinato limeño, quedó persuadido luego de que para consolidar definitivamente la independencia en el Alto Perú, no había más recurso que derrotar a este residuo monarquista compuesto para entonces por aproximadamente 2.500 hombres.

El guerrero cumanés, que desde antes de su arribo a La Paz habíale propuesto precursoramente a Bolívar (Cuzco, 18-I-1825) “trabajar en un país que no es del Perú ni parece que quiere ser sino de sí mismo”, estaba en La Paz convencido de que “el Alto Perú constituía una unidad política distinta del Perú”. Anoticiado de la particular trayectoria histórica vivida en Charcas a lo largo de tres siglos coloniales, el Mariscal de Ayacucho estaba consciente, con suficientes fundamentos, de que en el Alto Perú había ido emergiendo desde antaño, en torno a los Andes centrales, un acentuado regionalismo común a sus cuatro provincias. Siguiendo el principio del *uti possidetis*, la afirmación vertida por Sucre de que Charcas no era del Perú, revela, por cierto, un profundo conocimiento por parte del Mariscal de la realidad histórica de Charcas y de su pertenencia, al Río de la Plata.

Con su inigualable riqueza argentífera potosina y copiosa población indígena, apta desde todo punto de vista como fuerza de trabajo y como potencial tributario, el Mariscal cumanés bien sabía, que Charcas había merecido desde el período más temprano de la administración española, los más altos cuidados de su control, la cual llegó a establecer en la región una audiencia que con el tiempo rebasaría, por razones prácticas de gobierno, sus atribuciones judiciales hasta convertirse en el primer órgano de poder dentro de su extenso territorio. Erigida entre los años 1559-1561 con sede en la ciudad de La Plata (hoy Sucre), la Audiencia de Charcas había formado sucesivamente parte de los virreynatos del Perú, desde 1561 hasta 1776, y del Río de la Plata, desde 1776 hasta 1810. A partir de este año, que dio inicio en Buenos Aires a la rebelión contra el rey, Charcas había sido nuevamente absorbida por el virreinato peruano. Su situación pendular era por demás evidente.

Si en sus orígenes llegó a tener su territorio tan solo cien leguas de jurisdicción, ésta abarcó con el paso del tiempo una considerable extensión: desde el Cuzco, por el norte, hasta Buenos Aires; por el sur con Paraguay y Tucumán incluidas; y por el oeste, hasta el océano Pacífico (con Atacama); y por el oriente, hasta la frontera con el Brasil. Esta delimitación territorial habíase mantenido vigente hasta la creación de la Audiencia de Buenos Aires, en 1784, la cual, para desventaja del poder charquino, había absorbido dentro de su administración al Río de la Plata, Paraguay y Tucumán. Hacia fines del siglo XVIII, el territorio de Charcas estaba finalmente delimitado en las gobernaciones intendencias de La Plata (con Oruro), Potosí (con Tarija), La Paz y Cochabamba (esta última con Santa Cruz de la Sierra y Moxos y Chiquitos incorpo-

radas a la administración de Charcas a partir de la expulsión de los jesuitas).

Como es natural suponer, Sucre llegó probablemente a conocer en La Paz ciertos detalles de cuanto había acontecido allí en la revolución del 16 de julio de 1809. Estos sucesos, que de alguna manera evocaban las luchas indígenas de fines del siglo XVIII lideradas por Túpac Catari, no hacían sino persuadir una vez más al soldado de Ayacucho, el temprano y radical anticolonialismo existente en Charcas contra el régimen monárquico español. Por aquellos años de la independencia, los revolucionarios paceños habían esperado ingenuamente el apoyo de pronunciamientos simultáneos en otras ciudades del continente. Pero, para entonces, tan solo Quito se había alzado el 10 de agosto de 1809 en la aventura de la revolución. La Paz había quedado aislada con una revolución condenada a ser desbaratada fácilmente por las fuerzas realistas de Goyeneche, un feroz americano monarquista, a quien, sin embargo, otros altoperuanos le hicieron más tarde la vida imposible.

EL PASO DECISIVO

El héroe cumanés de Ayacucho, que en 1825 tenía la misión de proteger militarmente al Alto Perú por mandato expreso de Bolívar, siguió naturalmente en La Paz reflexionando sobre el destino del Alto Perú, el asunto más premioso y delicado que en su criterio debía quedar resuelto con toda la cautela posible. Sucre se daba cuenta que la situación del Alto Perú merecía ser apreciada no solo desde la perspectiva de las fuerzas virreinales contrapuestas expresadas en el continente, sino también desde las demandas que desde el interior del Alto Perú habíanle hecho saber oportunamente sus pobladores después de Ayacucho. Convencido de que un importante sector de la sociedad altoperuana se inclinaba por la autonomía de Charcas y del ambiente de libertad que, en consecuencia, merecían tener estas provincias altoperuanas para determinar por sí mismas sobre su destino, Sucre expidió su famoso decreto de 9 de febrero de 1825. Sin embargo de las vacilaciones de Bolívar, –quien, por cautela, tenía necesariamente que tener en cuenta las implicaciones que iba a acarrear la autonomía de Charcas para la situación geopolítica de América–, este decreto constitutivo expedido por Sucre en La Paz resultó ser a la postre fundamental para la creación de la República de Bolivia.

En la parte considerativa de este documento precursor se incluyó, como era de esperar, la mención de los inconvenientes en que se hallaba el ex virreinato de Buenos Aires, y la urgencia de que las provincias altoperuanas resolvieran, en consecuencia, por sí mismas sobre su destino a través de una asamblea general de representantes. Con todo esto,

era obvio que el Mariscal de Ayacucho dejaba a los altoperuanos en una innegable “posesión de sus derechos”. En lo que hace a la parte resolutive del decreto de 9 de febrero, que indicaba claramente el lugar y la fecha de la instalación de la Asamblea en ese año (Oruro y fines de abril de 1825, que no se cumplieron sino en julio de ese mismo año y en Chuquisaca), el Mariscal enfatizó en uno de sus principales artículos que:

El Ejército Libertador respetaría la resolución de esta asamblea, con tal que ella conserve el orden, la unión y la concentración del poder para evitar a los pueblos la anarquía. Toda intervención de la fuerza armada en las deliberaciones de la Asamblea –añadía otro artículo– hará nulos los actos en que se mezcle.

La última disposición de este documento señalaba finalmente que una copia de este decreto se remitiría

al gobierno del Perú y a los gobiernos que existen en las provincias, que antes componían el virreinato de Buenos Aires, protestándoles, que no teniendo el ejército libertador miras ni aspiraciones sobre los pueblos del Alto Perú, el presente decreto ha sido una medida necesaria para salvar su difícil posición respecto de los mismos pueblos.

William Lofstrom –el historiador que mejor ha estudiado la administración de Sucre en Bolivia– ha señalado que el cumplimiento de este decreto se complicó, sin embargo, en extremo:

Sus veintiún artículos –dice Lofstrom–, además de convocar a la Asamblea, estipulaban también el procedimiento electoral para escoger a los diputados que iban a representar a las cinco intendencias de La Paz, Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz. La base clasista de la política boliviana se mostró desde el principio de la república, por las calificaciones en cuanto a la propiedad y al ingreso que estableció el decreto para electores y elegidos. Cada partido o provincia de las cinco intendencias debía elegir un diputado en la capital de la provincia. El cabildo de la ciudad, junto con todos los propietarios con un ingreso anual de 300 pesos más o menos, debía elegir un diputado, que debía tener por lo menos veinticinco años, ser residente del partido por cuatro años y gozar de un ingreso anual mínimo de 800 pesos.

En cuanto a la dependencia del territorio altoperuano al Río de la Plata, Sucre estaba convencido de que en Charcas había plena conciencia de las dificultades que implicaba unirse a ella, no solo por el estado anárquico y caótico en que éstas se encontraban por efecto de una guerra civil y por la carencia de un gobierno central, sino por las implicaciones que esta unión iba a causar en cuanto al desequilibrio continental. Por añadidura, en Charcas se había ido fomentando insal-

vablemente un espíritu antirrioplatense definitivo como consecuencia de las expediciones militares auxiliares ya mencionadas.

Una vez convocada la Asamblea de las cuatro provincias altope-ruanas por el decreto de 9 de febrero de 1825, el Mariscal marchó con su tropa a la ciudad de Potosí (fines de marzo de 1825) para batirse allí con las fuerzas de Olañeta, quien había buscado refugio en estos escondidos territorios luego de constatar con desaliento las numerosas deserciones sufridas en su ejército por el impacto de la campaña de Ayacucho. Para este desenlace, que puso fin a la bandera del absolutismo en Charcas, en abril de 1825, bastó la presencia del Ejército Libertador de Sucre en Alto Perú. Todas las armas y pertrechos de guerra, incluyendo la imprenta itinerante que servía a don Pedro Antonio de Olañete para sus proclamas antiindependentistas, pasaron a poder del Ejército Libertador. De aquella imprenta saldrían luego –a partir del 29 de octubre de 1825– *El Cóndor de Bolivia*, la primera gaceta ministerial de la administración del Mariscal de Ayacucho en Bolivia.

Dedicado enteramente a la administración militar y civil en el Alto Perú, Sucre se ocupó luego en Potosí –durante los 23 días de su permanencia– de atender con gran prudencia múltiples asuntos concernientes a los fondos económicos, sin los cuales ningún cambio podía esperarse. Fue en Potosí, además, que el Mariscal persuadió al general Arenales de la conveniencia de realizar elecciones libres en el Alto Perú, en vista de la anarquía que reinaba en el Río de la Plata. Tomadas estas resoluciones, el Mariscal se encaminó hacia Chuquisaca.

En La Plata –la ciudad que más tarde llevaría su nombre– fue recibido apoteósicamente el 26 de abril de 1825. Como es natural, desde allí intensificó con más ahínco su labor administrativa. Entre otros asuntos, en esta ciudad averiguó con avidez por los pormenores de la revolución pasada protagonizada desde la Universidad de San Francisco Xavier. Así, Sucre conoció cómo el 25 de mayo de 1809 había estallado en Chuquisaca –“cuando América entera dormía el sueño profundo de la servidumbre”– el primer movimiento independentista como consecuencia del conflicto existente (a raíz de la invasión francesa a la península) entre el presidente de la Audiencia, Ramón García de León y Pizarro (a quien él había acusado de ser partidario de Carlota Joaquina de Borbón, vinculada a la corona portuguesa) y los oidores de la Audiencia de Charcas, que entusiasmados hábilmente por los revolucionarios de la Universidad de San Francisco Xavier, prefirieron optar por la subordinación de Charcas a España. Destituido por el presidente Pizarro y expulsado de La Plata el arzobispo Moxó y Francolí, los revolucionarios, aplicando sutilmente el famoso silogismo charqueño anunciado más tarde por Gabriel René Moreno, usaron para ello una careta fernandina jurando lealtad al rey cautivo Fernando VII, cuando en el fondo abrigaban la esperanza, no obstante el peligro, de una completa y radical independencia del poder español.

Luego de organizar la Asamblea General que en breve tiempo más debía realizarse en La Plata, de acuerdo con la convocatoria del 9 de febrero, Sucre arribó luego a Cochabamba los primeros días de julio de aquel año 1825.

Para asegurarse de que las deliberaciones de la Asamblea no serían influenciadas por su presencia en Chuquisaca –escribe Lofstrom– Sucre dejó la capital el 2 de julio para visitar Cochabamba, y luego continuar a La Paz, donde debía recibir a Bolívar. Para asegurar aún más la libertad de los delegados, Bolívar instruyó a Sucre que no hubiese soldados del Ejército Libertador en 110 kilómetros a la redonda de Chuquisaca...

Al llegar a Cochabamba, el Mariscal probablemente reflexionó sobre la fuerza guerrillera –en realidad la máxima expresión altooperuana en la lucha contra España– que había tenido lugar en Charcas con la participación de protagonistas indios, mestizos y criollos. Sucre probablemente estaba anoticiado también, como es natural suponer, que otros miles de indios y mestizos habían sido a su vez, en esta guerra de guerrillas, fieles colaboradores de la causa realista. Aquellas montoneras o guerrillas, que en la lucha contra España habían demostrado ser más efectivas que las tropas auxiliares argentinas, eran las de Ayopaya (ubicada en el corazón montañoso del territorio) y las que se organizaron hasta 1816 en Cinti, al sur, con Vicente Camargo, en la Laguna; entre los ríos Grande y Pilcomayo, con los esposos Padilla; en el oeste, con Ignacio Warnes; en el centro, entre Mizque y Vallegrande, con Arenales, y entre el Bajo y el Alto Perú, en las orillas de la parte oriental del lago Titicaca, con el cura Ildefonso de las Muñecas.

El 10 de julio quedó instalada en Chuquisaca la Asamblea que debía definir sobre la suerte del Alto Perú. Los asambleístas de 1825 –doctores en su mayoría, ninguno de ellos representante de los sectores indígenas anónimos que tan significativo rol habían jugado durante la guerra de la independencia– tenían, sin duda, plena conciencia de la connotación geopolítica que el asunto de la autonomía suponía para el equilibrio continental. El presidente de estos asambleístas, José María Serrano, había sostenido de manera reiterada en las sesiones congresales, que la unión de Charcas a cualquiera de los virreinos a los que perteneció iba a perturbar sobremanera al continente y a las propias provincias altooperuanas. Esto era naturalmente obvio, señala el historiador Ramiro Condarco Morales, ya que “la independencia del Alto Perú estaba algo así como predestinada a desempeñar un prominente rol de estabilidad en América del Sur, y su anexión [a cualquiera de los antiguos virreinos] a provocar las más graves perturbaciones”. Según este mismo historiador,

Olañeta fundaba su adhesión a la causa de la independencia, no en argumentos de carácter internacional, sino de índole interna. Era el genuino portavoz de los ideales y de los derechos de la nacionalidad o el que fingía

representarlos a provecho suyo. La independencia del Alto Perú no reconocía, para él, más fundamento que la conciencia de su propio destino y de su propia fuerza como entidad independiente; de su sentimiento de exclusión, de su *vouloir vivre collectif*.

El diputado por Potosí, Manuel Montoya, había por su parte instado a sus colegas asambleístas para que se sumaran a la ventaja que suponía para sus habitantes la independencia del Alto Perú debido a que ella tenía, en su concepto, “todo lo preciso para formarse en Estado respetable”; en cuanto a la trascendencia internacional de esta resolución, añadía que la integración altoperuana a cualquiera de los dos mencionados ex virreinos iba a provocar naturalmente una agresión sistemática en el futuro por parte de Argentina o Perú. Este ambiente de hostilidad era, en su opinión, el que había que evitar a toda costa en Charcas.

LA ORGANIZACIÓN DE LA REPÚBLICA

La creación de la República de Bolívar, denominada más tarde Bolivia, con la ciudad de Sucre como su capital, fue luego un hecho el 6 de agosto de 1825, día del aniversario de la batalla de Junín. El destino de Charcas había quedado por fin resuelto con la determinante decisión que adoptaron sus asambleístas en los 45 votos a favor de la independencia y tan solo dos a favor de la unión con el Bajo Perú. Con esta decisión quedó proclamada la independencia de un Estado soberano y libre, de un Estado que en los hechos estaba destinado a equilibrar –como un Estado “tapón”, según el historiador Herbert S. Klein– el poder de Argentina, por una parte, y del Perú, por otra.

La creación de Bolivia –epílogo, sin duda, de la personalidad cultural propia que se había ido formando desde antaño en Charcas (Ramiro Condarco), y “de la guerra de más de quince años, en que solas tuvieron que luchar las provincias altoperuanas” (Humberto Vázquez Machicado); epílogo también, como acaba de verse, de la gravitante acción que ejercieron las fuerzas continentales que dirigieron Bolívar y Sucre, quienes consolidaron incuestionablemente su autonomía–, fue así el resultado de un conjunto diverso de componentes internos y externos en extremo complejos.

Como testimonio de su interpretación historiográfica controvertida, se registran hoy en Bolivia no pocas páginas escritas, desde diversas ópticas, por Gabriel René Moreno, Humberto Vázquez-Machicado, Charles Arnade, Marcos Beltrán Ávila, Rigoberto Paredes, Gunnar Mendoza, Ramiro Condarco Morales, Teodosio Imaña Castro, Jorge Siles Salinas, entre otros.

William Lofstrom ha señalado en su estudio, a propósito de la creación de la República, lo siguiente:

El hecho de que en 1824, Simón Bolívar escogiera a Sucre, su lugarteniente más cercano, para eliminar al ejército realista que todavía actuaba en el Alto Perú después de la batalla de Ayacucho, fue de gran importancia para el futuro político del país que iba a adoptar el nombre de Bolivia. Circunstancias militares y políticas determinaron que el cumánés de treinta años quedara en el Alto Perú por casi cuatro años como el primer presidente del país. Durante este tiempo, se consolidó el ser político de la nación y se crearon la mayoría de las instituciones económicas, políticas y sociales. Si una persona de menos talento e integridad –añadía Lofstrom– hubiese recibido la misión que dio Bolívar a Sucre, quizá la República no habría sobrevivido nunca al caos del período formativo por el que pasaron todas las naciones de habla hispana de América en la primera mitad del siglo XIX.

La República sobrevivió, naturalmente, aunque en medio de inmensas dificultades.

Sobre la estructura territorial de la Audiencia de Charcas (alrededor de 2.300.000 km²), cubriendo vastas regiones de montaña, valles, llanos y costa, Bolivia nació como república independiente en 1825 con una población aproximada de 1.100.000 habitantes, de los cuales 800 mil eran indios, 200 mil blancos, 100 mil mestizos, 4.700 negros esclavos y 2.300 negros libres. Para entonces, la reducción de sus habitantes en Potosí y otros centros mineros de importancia, era el fiel reflejo de la profunda crisis que desde fines del siglo XVIII atravesaba su producción minera –con cientos de minas anegadas abandonadas– por ausencia de capitales de inversión y de mano de obra. La herencia colonial de su economía minera dependiente, agravada por la devastadora guerra de la independencia, no tardó en gravitar irremediabilmente sobre todos los sectores productivos de la incipiente República.

Con un rendimiento agrícola destinado en su mayor parte al autoconsumo –exceptuando la quina y la coca– y una industria textil obrera amenazada por la competencia europea, la débil presencia de Bolivia en el mercado internacional era por demás precaria con sus mermadas producciones de oro, plata (que aprovechaba más bien de los desmontes) y de quina y estaño, en menor proporción. El intercambio comercial por la ruta Potosí-Buenos Aires hacia el Atlántico había perdido además la vigencia del período colonial. Hacia el Pacífico, por donde las perspectivas eran desde todo punto de vista mejores, el puerto de Cobija, creado por Bolívar, no representaba a su vez –por el obstáculo del desierto de Atacama– la vía más expedita y rentable, como tampoco Arica por los aranceles peruanos fluctuantes y perjudiciales para el comercio boliviano.

Más de media centuria duró en Bolivia esta aguda depresión económica expresada también, de otro lado, en el rubro de sus frágiles exportaciones que dieron paso por su desarticulado territorio, vía Buenos Aires y Arica, a tejidos de procedencia europea, principalmente inglesa, así como algodón, vinos y aguardientes que Bolivia recibía del sur del Perú.

De acuerdo con el gasto público de los primeros años republicanos, Bolivia se hallaba absorbido por los desembolsos asignados a los militares –de un ejército que en 1827 (de la época de Sucre) estaba conformado por tropas bolivianas y colombianas con cerca de cinco mil hombres–, y por las deudas que Bolivia tenía acordadas con el Perú y el Ejército Unido Libertador, por concepto de su independencia.

Incrementar los ingresos fiscales de la precaria economía boliviana fue, por tanto, una de las preocupaciones fundamentales de Antonio José de Sucre. Así, ante el fracaso del impuesto único que trató de establecer, optó, como medida extrema, por subordinar los bienes de la Iglesia en beneficio del Estado, confiscando para ello las propiedades urbanas y rurales de todas las órdenes religiosas del país, así como las capellanías y otros derechos eclesiásticos. Entre otros ingresos de Bolivia más o menos significativos para el gasto público figuraban también el impuesto de los productores de plata, los diezmos, la acuñación de moneda, los gravámenes al comercio de importación y los impuestos en las aduanas internas. Estos ingresos fueron, sin embargo, siempre insuficientes.

Apremiado ante los conflictos fiscales, el mariscal Sucre apeló a otra medida extrema, acaso más controvertida que la anterior, por tratarse de un recurso fiscal de origen colonial, y que de ninguna manera estaba concebido en el ideario de los libertadores: el tributo indígena, abolido en teoría en 1825, que entró nuevamente en vigencia por un período que duró más de media centuria, solventando hasta en un 36 o 40%, de acuerdo con la época, los gastos de la hacienda pública en Bolivia. Esta medida fiscal tuvo una injerencia profunda en la formación de la sociedad boliviana.

En el complejo proceso formativo de la nacionalidad boliviana gravitaron diversos factores externos e internos de trascendencia, los cuales repercutieron a largo plazo en la conformación de su sociedad y territorio. La consolidación como Estado independiente significó en todo caso para Bolivia –después de más de quince años de guerra contra España– otra larga y penosa etapa de conflictos con los países vecinos. Así, Sucre, que intentó establecer los principales cimientos para la vida institucional del país, enfrentó las incursiones que protagonizó desde el Perú Agustín Gamarra en 1828, quien determinó, a partir de abril de este año, el alejamiento definitivo de la República que el prócer venezolano impulsó con grandeza y desprendimiento.

Organización de la República boliviana (1825-1828)

María Luisa Kent

El pensamiento liberal enraizado en el humanismo renacentista y en la filosofía individualista del siglo XVIII, fue la espina dorsal del envolvente proceso revolucionario que derivó en la independencia de las colonias americanas, y el fundamento político sobre el cual se organizaron los nuevos Estados republicanos en el continente.

En la primera fase revolucionaria, las ideas liberales contenidas en manifiestos políticos, tales como la Declaración de Independencia de los Estados Unidos (1776) y la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano (1789), tuvieron gran predicamento entre los caudillos que perseguían la independencia política y administrativa de las tierras colonizadas. Por el contrario, en la fase de organización republicana se advierten tendencias pragmáticas entre los encargados de organizar los nuevos Estados. El respeto a las libertades individuales: igualdad política y social de los ciudadanos; respeto a la propiedad; libertad de conciencia, de organización, asociación y expresión; repartición equitativa de los impuestos, injertadas a complejas realidades socioeconómicas, adquirieron matices propios, traducándose las propuestas liberales en planteamientos reformistas de difícil aplicación por las características estructurales de la sociedad.

La aplicación de los principios liberales propuestos por Simón Bolívar fue llevada a cabo, en la nueva “república Bolívar”, hoy Bolivia, por Antonio José de Sucre y un conjunto de militares colombianos, ideólogos de origen extranjero y muchos políticos criollos. Sin embargo, puede atribuirse al mariscal Sucre, y a algunos ideólogos que lo acompañaron en su gestión de gobierno, la ejecución de las primeras iniciativas de corte liberal. El objeto del presente trabajo está precisamente referido a esta etapa de transición política hacia el Estado republicano (1825-1828).

Las ideas inspiradas en el liberalismo al ser trasplantadas a esta región del continente en las décadas precedentes a 1825, experimentaron mutaciones, habiendo obtenido un relativo éxito político con el advenimiento de la República. En el aspecto social, el liberalismo quiso elevar la calidad de algunos sectores sociales mediante la educación y la utilización de los recursos económicos de la Iglesia. El resultado concreto de ese intento fue una ruptura con la Iglesia y la disminución de su poder temporal. El liberalismo fracasó en sus objetivos económicos cuando intentó modificar las bases que sustentaban al Estado, tales como la propiedad sobre la tierra (Decreto de Trujillo, 29 de agosto de 1825) y el sistema tributario. No obstante el aparente saldo negativo, atribuido a una falta de coherencia entre el nuevo espíritu liberal y las viejas las estructuras socioeconómicas, el naciente Estado boliviano se perfiló como un proyecto político autónomo, bajo el impulso del liberalismo político.

Si bien las propuestas políticas de los primeros organizadores edificaron los fundamentos del nuevo Estado, fueron los principios económicos del liberalismo los que se mantuvieron latentes a lo largo del primer medio siglo republicano y se vigorizaron a partir de 1870, etapa en la que Bolivia empezó a consolidar su calidad de país exportador y su reinserción definitiva a los mercados mundiales. En los albores del siglo XX, el liberalismo se constituye en una alternativa, recobra protagonismo político en las tres décadas subsiguientes y realiza importantes logros económicos y sociales.

Para comprender los diversos elementos que intervienen en la etapa formativa de la República, o primer proyecto liberal, es imprescindible aproximarse al pensamiento de los primeros republicanos, y especialmente a aquellos que, como Antonio José de Sucre, tuvieron un papel protagónico como primeros organizadores del Estado boliviano.

DE CHARCAS A BOLIVIA

El ingreso de las tropas vencedoras libertadoras a la ex Charcas, en la primera semana de febrero de 1825, puso fin a un largo ciclo de movimientos insurgentes y revolucionarios y al moribundo régimen colonial que se debatía bajo el fuego cruzado de ejércitos patriotas. La presencia de las tropas libertadores inauguró el nuevo ciclo republicano, al mismo tiempo que trajo aparejada una tendencia militarista que tuvo un importante rol político a lo largo del siglo XIX.

Antonio José de Sucre llegó al mando de más de 8.000 hombres que integraban los ejércitos del Norte, en pos de concluir el proceso de liberación. Incluso antes de pisar las provincias, el Mariscal dirimió a

su favor en la situación creada en torno al problema de pertenencia territorial y comenzó el proceso, aún inconcluso, de definiciones territoriales y dependencias regionales. De las primeras definiciones políticas tomadas por este jefe militar y del espíritu autonomista y guerrero de los llamados pueblos altoperuanos, se desprende entonces la independencia política de Charcas. Al alejar las provincias de las pretensiones de sus antiguas dependencias virreinales (Perú y Río de La Plata), la región quedó convertida en un espacio autónomo favorable a la vinculación intercontinental, llamado también “Estado intermedio”¹ por algunos autores.

En opinión de muchos historiadores, Bolivia debe su existencia tanto al Decreto de convocatoria a la Asamblea de representantes de 9 de febrero dictado por el mariscal Sucre,² como al espíritu autonomista de los criollos. El “certero enjuiciamiento de la realidad” que le correspondió realizar a Sucre fue, en opinión de Alberto Crespo,³ el factor mediador que concretó el nacimiento de Bolivia. Sin embargo, otra corriente afirma que una “logia patriótica”, con nexos continentales, habría sido la instigadora de la llamada “guerra doméstica” que debilitó las fuerzas del virrey La Serna.⁴ Corroborando algunos aspectos de esta hipótesis, José Luis Roca afirma que en 1824, tanto la “guerra doméstica”⁵ del general Olañeta como las acciones de su sobrino Casimiro Olañeta, habrían sentado “las bases definitivas del nuevo Estado, que empezó a ser regido por Sucre”.

William Lee Lofstrom afirma que, no obstante el reducido éxito del proyecto reformista de Sucre, su presencia en Bolivia fue una garantía de sobrevivencia para la naciente República y su ser político nacional. Respondiendo al impulso de su tiempo fue en búsqueda del progreso social, a partir del desarrollo individualista que pretendía la formación del “hombre nuevo”.⁶ Zavaleta Mercado sostiene que las reformas liberales de Sucre fracasaron al ser aplicadas en una sociedad abigarrada y decadente.⁷

Sucre llega a las provincias de Charcas o provincias altas del Perú, como él inicialmente las llamó, en calidad de Comandante del Ejército Unido colombiano de ocupación, con una limitada práctica política

1. Concepto utilizado por varios estudiosos de la historia boliviana: Charles Arnade, William Lofstrom, entre otros.
2. Sabino Pinilla, 1944 (1975).
3. Alberto Crespo, 1992.
4. Ver Marcos Beltrán Ávila, *La logia que independizó a Bolivia*, 1948.
5. La “guerra doméstica” es entendida de dos maneras por los distintos especialistas en la guerra de independencia. Algunos sostienen que respondía a un plan desestabilizador con alcances continentales, mientras que otros autores interpretan que fue la rebeldía de un militar muy conservador que quiso mantener la estructura colonial.
6. William Lee Lofstrom, 1983.
7. René Zavaleta Mercado, *Lo Nacional Popular*, 1986.

republicana, fundamentada en el pensamiento liberal, recogida en otras realidades y, sobre todo, del pensamiento del general Simón Bolívar. Tres años y medio después se marcha de Bolivia dejando impresa la huella de su genio de estadista. En ese lapso, el Mariscal pretendió, por distintos medios, transformar las viejas estructuras coloniales, renovar el pensamiento de los sectores conservadores y fortalecer la unidad territorial.

Fue precisamente en el difícil período de la transición cuando Sucre puso a prueba sus valores éticos y su sentido político. El guerrero se fusionó con el político para dar paso al estadista. La correspondencia de Sucre trasunta esa triple dimensión de su personalidad, propia de una estirpe de revolucionarios que, como Simón Bolívar, Bernardo O'Higgins y José de San Martín, pretendieron construir nuevas realidades políticas y económicas en sociedades conservadoras. Fueron tiempos de acciones heroicas y utopías nacionales.

Abordar el tema propuesto significa realizar un repaso a las primeras medidas del mariscal Sucre en el territorio de la ex Audiencia. En segundo lugar, resumir brevemente las características espaciales y económicas, y los componentes étnicos y culturales de la sociedad charquina. Analizar la influencia de algunas corrientes de pensamiento que actuaron de catalizadores ideológicos de las políticas gubernamentales ejecutadas durante la administración del mariscal Sucre.

Por ser un trabajo que intenta una aproximación al pensamiento de Sucre y la influencia que tuvo en la formación del Estado boliviano, se han elegido algunos temas en los que sus ideas se plasman de manera fidedigna, sobre todo en la creación de pilares institucionales de matriz liberal. Para el efecto se han tomado en cuenta fuentes bibliográficas especializadas y algunas fuentes documentales primarias como la *Memoria de la Asamblea Constituyente* y cartas del Archivo de Sucre;⁸ la Colección de Leyes y Disposiciones Supremas dictadas por el Mariscal de Ayacucho entre 1825 y 1828⁹ y los Libros Redactores del Congreso. *El Cóndor de Bolivia*,¹⁰ semanario fundado por el Mariscal, reviste importancia para este estudio.

8. ADS: Archivo de Sucre, tomos V, VI, Fundación Vicente Lecuna, Banco de Venezuela, 1978.

9. COLDOR: Colección de Leyes, Decretos y Órdenes de la República, 1815, 1826, 1827, 1828.

10. La primera edición facsimilar completa de *El Cóndor de Bolivia* ha sido publicada el mes de marzo de 1995, por el Banco Central de Bolivia.

EL GUERRERO

La convocatoria del 9 de febrero de 1825, dictada en La Paz a los pocos días de la llegada del mariscal Sucre, fue un paso irreversible hacia la independencia de las llamadas “provincias altas del Perú”. “Es menester un poder neutral que las precava de la anarquía”,¹¹ argumentaría más tarde a Simón Bolívar. Según el Mariscal, la extensión territorial, la población y fundamentalmente el propósito de “pertenerse a sí mismos” –en palabras del Mariscal– que guiaba la voluntad de sus habitantes, justificaron en gran medida la decisión de desligar la región de los antiguos lazos de dependencia que las unían con las capitales virreinales. La carencia de instructivos políticos del Libertador se sumó a los anteriores argumentos.

Sucre empezó a gobernar militarmente las provincias aun antes de pisarlas. En medio de sus reiteradas contrariedades y protestas,¹² el 23 de enero de 1825 comunicó a Simón Bolívar los preparativos para su próxima entrada, y mediante varias circulares ordenó penas drásticas¹³ para los “capitulados de Ayacucho” que intentasen engrosar las filas del ejército realista que aún combatía en las provincias Altas. El 24 de enero rechazó un intento de armisticio propuesto por Pedro Antonio de Olañeta –último jefe militar que sostenía la guerra y tenía pretensiones políticas sobre la región–, y más bien lo indujo a aceptar que una Asamblea de Diputados fuese la que decidiera el futuro de las provincias.¹⁴

Sucre desplegó una febril actividad en los días previos a la ocupación, complicada por el comportamiento ambiguo del general Olañeta,¹⁵ el cual le obligaba a pensar en decisiones rápidas y en el futuro de la región. Escribía cartas a los altoperuanos y colombianos, recibía partes de guerra, enviaba instructivos tanto al Alto como al Bajo Perú,¹⁶ mientras en las provincias todavía cautivas, obedeciendo a una dinámica propia, se libraban las últimas batallas y escaramuzas entre patriotas y realistas. Cochabamba se había liberado el 12 de enero y el general José Miguel Lanza había tomado La Paz el 29 de ese mismo mes, después de la evacuación de las fuerzas realistas.

11. ADS, vol. V, p. 127.

12. *Ibid.*, pp. 78-80.

13. Carta al prefecto del departamento de Arequipa (ADS, vol. V, pp. 90-92).

14. ADS, vol. V, p. 101.

15. Pedro Antonio de Olañeta, de tendencia monarquista, fue uno de los protagonistas de la llamada “guerra doméstica”. Se reveló contra el virrey La Serna, de tendencia constitucionalista. La guerra doméstica, en opinión de muchos historiadores (José Luis Roca, entre ellos), al dividir las fuerzas realistas favoreció la guerra de liberación.

16. ADS, vol. V, 1978.

El 26 de enero de 1825, antes de ingresar a la ex Charcas, respondiendo a una carta a Casimiro Olañeta¹⁷ –sobrino del último general realista en la ex Charcas quien había establecido comunicación con los vencedores–, Sucre escribió “que anhelaba más la paz a una nueva gloria”.¹⁸ Sucre previó que la “campana quedará concluida en abril y tal vez sin un combate”.¹⁹ No obstante, con gran presteza movilizó todo el ejército colombiano hacia el sur porque consideraba que la fuerza militar era una garantía de libertad y de seguridad ante la propagación del caos político que afectaba las Provincias Unidas del Río de La Plata y que amenazaba con propagarse.²⁰

En su condición de Comandante del Ejército Unido del Perú, antes de llegar a Puno, Sucre expidió órdenes para cortar suministros a las fuerzas realistas y controlar el territorio altoperuano.²¹ El 27 de enero, Sucre instruía al general Lanza sobre tácticas de guerra para hostilizar y bloquear al último general realista,²² aunque sus pronósticos auguraban que Ayacucho sería la última gran batalla de la Independencia.

El 1 de febrero de 1825, Sucre le escribió a Bolívar sobre la conveniencia de conservar la neutralidad de las provincias Altas. Le adelantó algunas ideas esbozadas en el borrador del decreto que se proponía emitir. También expresó: “la situación del país (las provincias Altas) está tan embrollada que ya estoy preparado a recibir mucho látigo de los escritores de Buenos Aires, y dispuesto a perder del Perú la gratitud de mis servicios”.²³

Cuando el 3 de ese mismo mes se produjo en Acora la polémica entrevista con Casimiro Olañeta, portavoz en ese momento de los criollos autonomistas, Sucre ya tenía el borrador del Decreto del 9 de febrero, según sostiene Charles Arnade. El autor afirma que gracias a las investigaciones de Julio César Gonzales y Demetrio Ramos,²⁴ se conoce que

17. Casimiro Olañeta, abogado nacido en Charcas, de familia española, llamado “dos caras” por Gabriel René Moreno, fue un político controvertido que desempeñó importantes cargos públicos en la Colonia como en la República. Según Moreno, fue uno de los hombres públicos que ejerció mayor influencia en la suerte del país. Fue presidente de la Asamblea, presidente de la Corte Suprema, prefecto de Potosí, varias veces ministro. Dice Moreno “que su gusto por la palabra solo cedía en ardor a su propensión a conspirar”. Gobernó hablando, hablaba por gobernar.

18. ADS, vol. V, p. 103.

19. *Ibid.*, p. 122.

20. Las Provincias Unidas enfrentaban divisiones internas y tenían gobiernos federales autónomos. El general Las Heras asumió el mando el 9 de marzo de 1824. En esa etapa se vivía la ocupación de la Provincia Oriental por el Imperio del Brasil, que inclusive llegó a hacer jurar la nueva Constitución de la Banda Oriental. Aquella región se vio entre dos frentes: el Alto Perú y la Provincia Oriental.

21. Numerosas órdenes y disposiciones enviadas desde los cuarteles generales de Cuzco, Sicuani, Juliaca y Lampa, durante el mes de enero (ADS, vol. V).

22. ADS, vol. V, pp. 108-110.

23. *Ibid.*, p. 127.

24. Charles Arnade, “La hazaña de la Libertad”, en *Cuadernos de Historia*, La Paz, Ed. El País, 1995.

Olañeta intervino para sugerir algunas modificaciones al borrador del decreto que Sucre había terminado de esbozar la noche del 2 de febrero.²⁵

La convocatoria del Mariscal provocó gran contrariedad en el Libertador Bolívar,²⁶ pero ninguna circunstancia podría ya detener el impulso autonomista de Charcas, gestado en varias décadas de levantamientos, revoluciones y guerras de guerrillas.²⁷ La vida de la impaciente República se inició sin esperar el desenlace de las acciones militares ni de las gestiones diplomáticas. La convocatoria a la Asamblea de Diputados movilizó la población de las provincias liberadas. Valentín Abecia, autor contemporáneo, afirma que aquélla puede ser considerada como la primera acción legislativa que dio consistencia a la República.²⁸

Antes de su caída, el general Pedro Olañeta enfrentaría la desmoralización de sus tropas, el bloqueo de recursos y la desertión de sus oficiales. La acción de Medinacelli, en Tumusla el 10 de abril de 1825,²⁹ terminaría con la vida del obstinado general y con la rendición de sus últimos oficiales. Ocho días más tarde Sucre emitiría una proclama anunciando el fin de la guerra.

EL TERRITORIO DE LA EX CHARCAS

El espacio y la sociedad

El territorio de las llamadas provincias Altas por el propio Mariscal, era un espacio casi desconocido por sus habitantes. Según datos contenidos en el Atlas del Instituto Geográfico Militar, Bolivia poseía entonces una superficie aproximada de 2.363.769 km² y una población aproximada al 1.000.000 y 1.200.000 habitantes.

Según el Informe realizado por J. B. Pentland en 1826,³⁰ cerca de 200.000 habitantes tenían ascendencia europea. Otros 800.000 estaban catalogados como indígenas y 100.000 figuraban como cholos o mestizos. El informe registra 7.000 pobladores de raza negra, la mayor

25. *Ibid.*

26. ADS, vol. V, p. 372.

27. Ver Charles Arnade, *La dramática insurgencia de Bolivia*, y Gunnar Mendoza, *El Diario de un Comandante de la Independencia americana (1814-1825) por José Santos Vargas*.

28. Valentín Abecia, 1994.

29. El mariscal Sucre quedó profundamente disgustado por la muerte del general Pedro Antonio de Olañeta (ASD, vol. V, pp. 372-373). No recibió el parte de la batalla porque ésta nunca se dio. En la última acción de Tumusla, el día 1 de abril se disparó un solo tiro, el que hirió de muerte a Pedro Olañeta.

30. Joseph Barclay Pentland, contratado por Simón Bolívar, elaboró un informe sobre el aspecto político, económico y cultural de la sociedad boliviana en los primeros años de la República, sobre geografía, población y recursos naturales y humanos. Ver carta de Bolívar a Sucre en el Archivo de Vicente Lecuna, con referencia a Pentland de 12 de junio de 1826.

parte esclavos, pero no toma en cuenta los habitantes de las tierras bajas del Chaco ni los de la cuenca amazónica.

Para las élites que formaban parte de la estructura social colonial, la referencia espacial se circunscribía a los imprecisos límites de la Audiencia, pero sin el concepto de unidad territorial. Para los indígenas, en cambio, el territorio era un espacio trajinado,³¹ un factor que cohesionaba la comunidad y generaba recursos y posibilitaba el intercambio entre comunidades. En la etapa de transición la Audiencia dividía su espacio en cuatro intendencias,³² en las que existía diversidad de recursos naturales y económicos. Las tierras bajas estaban muy poco vinculadas a las tierras altas, siendo consideradas territorios de “bárbaros” por formar parte de las antiguas misiones jesuíticas y franciscanas.

La sociedad estaba edificada sobre bases estamentarias divididas según los componentes étnicos y los porcentajes de sangre europea y su relacionamiento político con el Estado español. El factor económico también podía predeterminar el ascenso social, aunque en grado restringido. Las tradiciones culturales ahondaban la fragmentación de la sociedad colonial en desmedro de los intereses económicos de la Corona y del desarrollo de la sociedad. Las clases poseedoras de la riqueza, o sociedad criolla (propietarios de haciendas, descendientes de ricos azogueros y beneficiarios de las mitas mineras, alto clero, comerciantes y funcionarios y algunos profesionales), constituían grupos reducidos con relación a la población indígena. Compartían entre ellos privilegios y cuotas de poder en la administración colonial; éstos fueron los herederos del poder económico y político que quedó vacante al irrumpir el nuevo orden republicano.

El espacio estaba dividido en el país urbano y el país rural. Al sobrevenir el ciclo republicano esta división no se atenuó. Los centros urbanos con predominio de los criollos estuvieron, sin embargo, condicionados por la mestización. Los indios eran migrantes, se ubicaban en las áreas periféricas y en labores subalternas. Las ciudades con tradición minera, como Potosí y Oruro, sufrieron una descenso demográfico por la crisis minera; mientras que por las características del mercado, por sus recursos agrícolas y la migración indígena, La Paz y Cochabamba experimentaron algún crecimiento. Las áreas rurales, con un predominio poblacional indígena y ocupadas en parte por un sistema hacendatario,

31. En concepto de algunos investigadores contemporáneos como Roberto Choque, “espacio trajinado” corresponde a una figura relacionada con el activo comercio indígena y la organización interna del mercado colonial.

32. En 1825 la Audiencia de Charcas comprendía cuatro intendencias: Intendencia de La Plata, con aproximadamente 145.000 habitantes; La Paz, con unos 375.000 h; Potosí, con 250.000 h; Cochabamba, con unos 75.000 h; incluía Santa Cruz y los territorios de Chiquitos y Mojos con unos 9.000 criollos y mestizos, sin contar la población originaria, dispersa en las tierras bajas (Informe Pentland).

conservaban sus instituciones tradicionales como el cacicazgo y la comunidad indígena.³³

A su llegada, el Mariscal percibió los estragos de la crisis motivada por los quince años de economía de guerra y por los perjuicios ocasionados por la baja producción de plata. Casi había desaparecido el antiguo esplendor del Cerro Rico de Potosí, alrededor del cual se desarrolló la economía colonial de la antigua Charcas.³⁴ La minería estaba abandonada;³⁵ el deficiente y obsoleto desarrollo tecnológico había ocasionado su estancamiento, y a ello se sumaba la falta de capitales y la carencia de azogue para la refinación de los minerales de plata.³⁶ Se advertía el quebranto del comercio. La precaria producción agropecuaria apenas sostenía las pesadas cargas y contribuciones que demandó la guerra de guerrillas y el mantenimiento de los ejércitos patriotas y realistas.³⁷

La transición

El panorama de la realidad social, económica y cultural, el vacío de poder, el riesgo de la desintegración de las provincias, impulsaron a Sucre a tomar decisiones políticas inmediatas con respecto a las provincias. Su espíritu militar le llevó a plantear estrategias bélicas para liberar a las provincias de factores conflictivos. Al despuntar el alba de su gobierno militar, su espíritu organizativo le condujo a realizar un

33. La comunidad indígena fue y continúa siendo un sistema tradicional de organización. Los indios "originarios" eran los que más se beneficiaban de ella. Los "agregados", "forasteros" y "yanaconas" no eran reconocidos como titulares de las tierras de comunidad, salvo en algunas circunstancias.
34. La economía de Potosí era tan importante para el Perú que la creación del virreynato de Buenos Aires provocó un desajuste para el erario al separársele de la zona minera de Potosí, considerado por el virrey de Lima Caballero de la Croix (1789), "el principal nervio del reino".
35. Según Antonio Mitre, durante la etapa de transición la producción de plata disminuyó en un 35% con respecto a la primera década del siglo XIX. A consecuencia de la guerra se agudiza la tendencia descendente iniciada a fines del siglo XVIII. Los trabajos de rehabilitación minera empezaron a principios de la década de los treinta y fueron determinantes a partir de 1870.
36. Antonio Mitre, *El monedero de los Andes*; Luis Peñaloza, *Historia Económica de Bolivia*, coinciden en señalar que al fundarse la República la minería pasaba por gran depresión productiva. Entre las causas se señalan el agotamiento de Potosí. La paralización de Huancavelica –mina de azogue–, dificultades en la navegación con España, escasez de mano de obra y, sobre todo, obsolescencia tecnológica. Según el informe de J. B. Pentland, en 1826 existían en Potosí solo seis minas en producción y 15 establecimientos metalúrgicos activos. Calculó la existencia de 1.450 mineros en socavones, 450 en los ingenios y 5.000 minas abandonadas.
37. Las guerras de independencia fueron devastadoras en el espacio de la Audiencia de Charcas. Tanto los ejércitos realistas, como los auxiliares de las Provincias Unidas y los propios guerrilleros, hacían incursiones para aprovisionarse y en muchos casos obligaban a pagar contribuciones. Para mayor información, ver *El Tambor Vargas, Diario de un Comandante de la independencia americana*.

reconocimiento preciso de las condiciones generales del territorio, de la economía y de la sociedad.

Sus primeras disposiciones revelan un sentimiento antiespañol; prima en él la voluntad de excluir y eliminar la influencia de “los godos”³⁸ de la administración pública y de la Iglesia. Para nombrar funcionarios, ordena a los presidentes de Municipalidades, Cabildo Eclesiástico y jueces de Comercio que, conforme a un anterior Decreto de Bolívar de 11 de enero de 1825 dictado en el Perú, en cada distrito se formen Juntas de Notables para elegir funcionarios patriotas y honestos.³⁹

Las disposiciones provisionales de Sucre pretendían invalidar vicios administrativos y prácticas corruptas de la antigua estructura colonial, así como buscar consenso para los flamantes funcionarios. También se prohibió la compra de cargos públicos y la captación de subvenciones extras que beneficiaban a los antiguos funcionarios coloniales.⁴⁰

Durante los primeros meses de la etapa de transición, el mariscal Sucre actuó como un representante colombiano y puso en práctica su experiencia acumulada a su paso por la Intendencia de Quito⁴¹ y su corta misión en Lima.⁴² Las frecuentes consultas e informes, así como los partes de guerra y oficios despachados a los mandos superiores de Perú y Colombia, reflejan esa dependencia a la Gran Colombia.⁴³ En la medida que Sucre prolongaba su permanencia en el territorio, su criterio político y administrativo adquirió mayor independencia y autonomía.

Un quebradero de cabeza y un tema que atrapó la atención de Sucre desde su llegada, fue la movilización, atención y ubicación de las divisiones colombianas y locales. Se veía “en mil conflictos para sostener más de 10.000 hombres de tropa que hay desde el Desaguadero a Tupiza”.⁴⁴ Si bien el Alto Perú recibía subvenciones del Bajo Perú, recajó sobre el flamante gobierno la mayor carga. En poco tiempo el problema se agudizó. Los envíos destinados a cubrir gastos de alimentación y vestido sufrían frecuentes desfalcos mientras crecían las obligaciones con los oficiales y las tropas. “Del Cuzco y Arequipa no me mandan absolutamente nada, antes toman cuanto pueden en perjuicio de este ejército”.⁴⁵

Persuadido de que la frontera sur era flanco más débil de la región por la proximidad del caos político en las provincias del Plata, puso en

38. ADS, vol. V, p. 22; vol. VI, pp. 12-13.

39. ADS, vol. V, p. 205.

40. *Ibid.*, p. 343.

41. Sobre su paso por la Intendencia de Quito se consultó Alfonso Rumazo, *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, y el Archivo de la correspondencia de Sucre, vol. III y IV.

42. *Ibid.*

43. ADS, vol. V, Caracas, 1978.

44. ADS, vol. VI, p. 175.

45. *Ibid.*, p. 173.

alerta su ejército hasta la llegada de Simón Bolívar. Por otra parte, el ingreso de divisiones argentinas en misiones militares y diplomáticas,⁴⁶ así como las invasiones brasileñas al territorio de Chiquitos (Santa Cruz), le indujeron a mantenerse alerta.⁴⁷ Es justamente a consecuencia de estas incursiones armadas que Sucre empezaría a preocuparse por las quejas de los indios de las regiones bajas de Santa Cruz y la situación de injusticia y esclavitud que afectaba a los originarios de Mojos y Chiquitos.⁴⁸

La presencia del ejército auxiliar del Norte, disminuido en número, los ejércitos argentinos, la presencia de oficiales de alta graduación, se prolongaría durante toda su gestión y sería la principal fuente de discordia. Y más tarde, el argumento que traería inestabilidad política a la joven República.

EL POLÍTICO

José María Rey de Castro, secretario de Simón Bolívar entre 1824 y 1828, en su diario de campaña, *Recuerdos del Tiempo Heroico*,⁴⁹ establece una analogía entre Sucre y Julio César. Éste, al superar el Rubicón, en el siglo I antes de nuestra era, dejó de ser el delegado de Roma (*Romae Legatus*) en las Galias colonizadas para marchar sobre Roma, derrotar a Pompeyo y transformarse en César.

En nuestra interpretación, el “Rubicón” de Sucre significa la metamorfosis del guerrero. Cuando el Mariscal cruza el río Desaguadero el 2 de febrero de 1825, avanza como militar sobre los territorios de la ex Audiencia y se transforma en político para dar cabida al estadista.

Sucre llega a Charcas con una corta experiencia administrativa como intendente de Quito. Ejerce esa función desde junio de 1822 hasta que deja Guayaquil con dirección a Lima en abril de 1823. Durante 22 meses, entre abril de 1823 y febrero de 1825, desempeña en el Perú una labor diplomática, política y guerrera a la cabeza del ejército vencedor en Ayacucho.

46. El ingreso de Urdinenea y de Arenales al territorio de las provincias altoperuanas indujo a Sucre a escribir una gran cantidad de correspondencia, dudando de la veracidad de los solidarios propósitos de los argentinos (ADS, vol. V, pp. 385-399).

47. Las invasiones al territorio de Chiquitos fueron obra del gobernador del Matto Grosso que, por medio de su lugarteniente José María Velasco, firmó una capitulación con Sebastián Ramos, gobernador de Chiquitos para entregar el territorio al Emperador del Brasil, antes que al ejército colombiano. Sucre contestó duramente a la provocación del comandante que dirigía la invasión, Manuel José de Araujo (ADS, vol. VI, p. 84).

48. ADS, vol. VI, p. 328.

49. Ver José María Rey de Castro, *Recuerdos del tiempo heroico. Páginas de la vida militar y política del Gran Mariscal de Ayacucho*, edición facsimilar, 1883 (Lima, 1995).

Las primeras medidas de carácter normativo, catalogadas como Órdenes y Resoluciones dictadas por el Mariscal, están impregnadas de principios republicanos que se habían puesto en vigencia en las repúblicas ya instituidas. Su aplicación en el territorio de las provincias Altas allanó el camino, recorrido luego por Bolívar, y prepararon el terreno para el conjunto de decretos y leyes que éste dictaría en su corto gobierno.⁵⁰

Las circulares enviadas a los presidentes de los departamentos entre los meses de abril y mayo de 1825, así como sus indagatorias sobre ingresos, rentas y gastos, sobre población, educación y servicios existentes en cada provincia, tuvieron el propósito de conocer la realidad social y económica.

Los resultados proporcionaron datos aproximados sobre la cantidad de la población y sus requerimientos inmediatos.⁵¹ Los informes sobre rentas y recursos económicos le permitieron esbozar un presupuesto tentativo. El conocimiento de los problemas que afectaban a la minería también le otorgó la posibilidad de plantear un plan de reactivación tecnológica.⁵²

En materia tributaria resolvió no apresurar soluciones y dejó en manos de la futura Asamblea de Diputados la tarea de modificar el régimen vigente por otro más moderno. "...Yo no he querido dar ningún reglamento que altere los establecimientos de la hacienda pública", escribía a José María Plaza, presidente de Cochabamba. En esa etapa de ajustes institucionales su propósito era levantar los empréstitos de guerra.⁵³ "Se ha aliviado al pueblo de los empréstitos". Además, "es menester no precipitarnos porque si destruimos las rentas nos veremos forzados a contribuciones directas".⁵⁴

A los tres meses de su llegada a Bolivia, Antonio José de Sucre volcó su mirada sobre el patrimonio y el excesivo poder económico de la Iglesia. Mediante circular del 6 de mayo de 1825, pidió informes al Dean de Chuquisaca sobre las rentas, diezmos e hipotecas que gravaban propiedades a su favor. Otra circular de la misma fecha señalaba: "para objetos importantes al conocimiento del gobierno supremo informen sobre" el número de conventos, de monjas, de rentas, colegios de cada departamento, número de colegiales, cátedras, fincas, rentas de cada colegio y la institución que las sustentaba.⁵⁵ Esta circular es la prime-

50. Simón Bolívar llegó a Bolivia por el Desaguadero. Entró en La Paz el 18 de agosto de 1825 y permaneció gobernando el territorio hasta el 1 de enero de 1826, fecha en la que designó al mariscal Sucre como su sucesor, hasta que la Asamblea elija al primer presidente constitucional.

51. ADS, vol. VI, pp. 16-372.

52. *Ibid.*, p. 173.

53. *Ibid.*, pp. 373-467.

54. *Ibid.*, p. 56.

55. *Ibid.*, pp. 35-173.

ra en ocuparse del costo de la educación. Si ésta era pagada por las municipalidades o por los diezmos. “Cuánto cuesta al año cada una de estas escuelas, qué se enseña en ellas y qué reformas necesitan”. También se interesa sobre los servicios y el destino de las rentas municipales, “si es para el servicio de la policía” (...), “servicio de la Iglesia (...) o a favor de algunos individuos”. Su preocupación está centrada en la cantidad de recursos y en la correcta utilización de los diezmos y de los recursos municipales.⁵⁶

El inicial propósito fiscalizador de Sucre sobre los recursos y bienes de la Iglesia lo enfrentó con una estructura de dominación difícil de desarticular. La Iglesia, viciada por su caducidad, por la inmoralidad y el espíritu “godo de gran parte de su clero” según Sucre, era una importante fuente de riqueza, la única susceptible de ser empleada en beneficio de la sociedad.

Como una primera medida, Sucre asumió el “patronato regio” para sí mismo y el vicepatronato para los prefectos de departamentos. Esta figura secular otorgada por los príncipes de la Iglesia a los de la monarquía, daba la prerrogativa de elegir y fiscalizar a las autoridades eclesiásticas. A Sucre le permitió controlar las designaciones, fiscalizar al alto clero y proponer una Iglesia más dispuesta a participar de los proyectos republicanos.⁵⁷ Estas disposiciones develan su inclinación por el Estado laico y la intención de someter a la Iglesia al poder central.⁵⁸

Una vez finalizada la guerra (abril de 1825), Sucre empezó la tarea de reubicar las divisiones colombianas y organizar las primeras divisiones nacionales, sobre la base de veteranos y patriotas, al mando de oficiales colombianos y locales de su confianza. Se formaron los cuerpos de caballería, infantería y artillería.⁵⁹ La organización militar buscaba contrarrestar la onda caótica que, proveniente de las Provincias Unidas del Río de La Plata, amenazaba expandirse hacia el norte. El coronel Francisco Burdett O'Connor, amigo y hombre de confianza de

56. *Ibid.*, p. 36.

57. En 1827 José María Mendizábal, de origen jujeño, vicepresidente de la Asamblea de 1825 y de la Constituyente de 1826, fue el único prelado en el país por lo que se lo consideró jefe de la Iglesia boliviana. En 1825, el Mariscal había recibido la propuesta de Ramón Antonio de Azín para fundar una Iglesia Nacional. Con la firma de “El sacerdote americano libre” Azín proponía, en opinión de Joseph Barnadas, “una Elecclesiología local”, que otorgue prerrogativas alejadas de la influencia colonizadora (Ver *Historia General de la Iglesia en América Latina*, manuscrito de J. Barnadas).

58. Es probable que algunas ideas, como una propuesta para constituir “Un modelo de constitución civil del clero” para América, que circuló en Francia en 1819, hubieran llegado al continente americano. Su autor, el canónigo y destacado hombre de letras Juan Antonio Llorente, en 1817 también había escrito “Historia Crítica de la Inquisición española” (ponencia presentada por Charles Dufour en el *Encuentro Internacional de Historia sobre el Siglo XIX*, Sucre, Bolivia, entre el 25 y el 29 de agosto de 1994).

59. ADS, vol. V, p. 448.

Sucre, fue encargado de la vigilancia y protección de la frontera sur del territorio.

CONVERGENCIAS IDEOLÓGICAS EN EL MARISCAL

Aunque la instrucción básica que recibió el mariscal Sucre fue de carácter militar, existen suficientes elementos biográficos para comprobar en sus orígenes familiares y locales una lógica inclinación a las ideas emancipadoras. La guerra de liberación en la que se vio envuelto desde los quince años, aceleró la carrera elegida y consolidó sus ideales republicanos que al fin de su vida defendería con su propia sangre.⁶⁰ Desde 1810 estuvo al servicio de la causa patriota, desempeñándose desde 1811 como oficial bajo el mando del general Miranda y como instructor del Ejército de Oriente. Algunos autores sostienen que en 1817 conoció a Simón Bolívar, poco después de la toma de Valencia (Colombia).

Sucre no visitó Europa para instruirse como algunos de sus contemporáneos. Sin embargo, la guerra de liberación y las ideas liberales expandidas en América, forjaron sus principios republicanos. Las limitaciones de su etapa formativa fueron superadas por la influencia y la estrecha relación con personalidades de su tiempo en el transcurso de su carrera militar; contribuyó a ello su temperamento analítico y la obligada práctica política.

Para comprender los fundamentos que sustentaron los ideales del Mariscal de Ayacucho, en primer término estableceremos las afinidades más importantes con las ideas liberales de Bolívar. Por su importancia, esa relación afectiva, militar, ideológica y política merecería un amplio estudio que no forma parte de este trabajo. En segundo lugar, es preciso identificar las líneas matrices del discurso de las élites liberales y, por último, analizar el pragmatismo político que primó en la fase de organización republicana, sustituyendo el ideal de perfección política que se pretendía alcanzar durante la era revolucionaria.

Afinidad entre el pensamiento de Bolívar y Sucre

Muchos autores afirman que Bolívar tuvo una visión continental de la Independencia y que Sucre tuvo una percepción más bien regional. Para su contemporáneo Burdett O'Connor, Sucre tenía "cierto espíritu provincial" con un favoritismo exagerado por todo lo colombiano.⁶¹ No

60. Alfonso Rumazo González, 1968.

61. William Lee Lofstrom, 1983.

obstante provenir esas afirmaciones de personajes contemporáneos al Mariscal, Sucre tuvo la capacidad de captar la importancia geopolítica de la ex Charcas y el espíritu autonomista gestado en los últimos años revolucionarios.⁶² Coincidimos con el historiador Alberto Crespo cuando afirma que el Mariscal tuvo el talento político de realizar un juicio certero de la realidad, y también sostenemos que su decisión fue coherente con el desarrollo de los sentimientos localistas y las tímidas tendencias nacionales que afloraban.

La guerra de independencia y el proyecto de la Gran Colombia llevó a Bolívar a recorrer sin pausa el territorio americano llevando las ideas salvadoras en las que creía. Sucre siguió ese mismo derrotero pero se sintió contrariado con el mando civil y la coyuntura política. “Estoy reventando, no por descontento sino porque esta situación pasiva más se parece a la vida de un canónigo que a la de un militar aunque sea soldado del Papa”, escribía desde Chuquisaca al coronel Burdett O’Connor.⁶³ Sucre presintió que sería una víctima de los “negocios embrollados entre el Perú, Buenos Aires y estas provincias y en que acaso la América toda tome parte”.⁶⁴

La visión política continental de Bolívar, expresada en la Carta de Jamaica de 6 de septiembre de 1815, señalaba un necesario golpe de timón ante los peligros que amenazaban el proceso de independencia. El ejemplo era Venezuela, la reciente víctima del nuevo embate peninsular. El documento, despojado del idealismo que había dado vida a “la Patria boba”, analizaba las dificultades del presente y del porvenir americano y puntualizaba los errores cometidos por la inexperiencia política y la dispersión de recursos.

Desprovisto de ambiciones, Sucre aconsejaba a Bolívar sobre su futura estrategia política que, en su concepto, debía obedecer a una táctica de avances y retrocesos, según carta de marzo de 1826. “Creo que Ud. deba pensar en Colombia para el año 31 en que se reformará la Constitución (...) Ud. debe rechazar la presidencia a favor de Santander, y pensar en admitirla entre el 29 y el 33 y ser reelegido del 33 al 39”.⁶⁵ También aconsejaba “mantenerse intacto sobre las ideas vulgares (...) y ser el Arca de la Alianza del pueblo de Colombia y del pueblo de América”.⁶⁶

Por el contrario, el Mariscal no edificó su futuro político, pues sus ambiciones personales no apuntaban hacia la vida pública, aunque se aplicó con dedicación de soldado a los asuntos del gobierno. “Soy amigo

62. Ver Sabino Pinilla, 1944 (1975), y Charles Arnade, 1989.

63. ADS, vol. VI, p. 250.

64. *Ibid.*, p. 233.

65. O’Leary, *Memorias*, vol. I, p. 306.

66. *Ibid.*, p. 317.

del orden, de la patria y de las leyes”.⁶⁷ La presidencia provisional, después de la visita de Bolívar, sellaría su destino político y su voluntad de trabajar “en la plantificación de todos los decretos que usted expidió y me prometió que serán ejecutados en breve”.⁶⁸

Del pensamiento bolivariano rescatamos algunos aspectos que, a nuestro juicio, fueron afines a la vocación republicana del mariscal Sucre:

- El derecho de las naciones para que se constituyan independientes sobre el cimiento de la libertad, libres de “la desnaturalizada madrastra”,⁶⁹ fue el nervio articulador de la lucha libertaria de Bolívar. Para Sucre fue el fundamento que impulsó su trayectoria militar y definió su pensamiento político el momento de juzgar las demandas políticas de las provincias Altas.
- El sistema federal rechazado por Bolívar “por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros...”,⁷⁰ fue considerado inviable para el Mariscal. Sucre defendió el sistema unitario y representativo. Su objetivo era centralizar el poder político, aunque respetando las decisiones de la Asamblea. Buscaba el fortalecimiento de las instituciones, el control de las finanzas y la distribución equitativa de las cargas impositivas. En concepto de Bolívar y Sucre, los gobiernos acentuadamente democráticos tenían un componente caótico incontrolable.
- El ideal de justicia social fue el marco del conjunto de reformas, largamente reflexionadas por Sucre desde su llegada al Alto Perú. Identificados con aquellos principios, Bolívar y Sucre los aplicarían con relativo éxito en las flamantes repúblicas que se organizaron bajo su tutela. En Bolivia, la reforma eclesiástica y la educativa fueron las más exitosas y estuvieron orientadas a reducir los privilegios de casta y jerarquía y a democratizar la educación.

El contenido del Decreto del 9 de febrero de 1825, así como el carácter vitalicio de la Primera Constitución que Bolívar envió a Bolivia, provocaron algunas fricciones, según muestra la correspondencia cursada entre ambos jefes militares.⁷¹ Sin embargo, esas diferencias no afectaron la relación personal.

67. *Ibid.*, p. 300.

68. *Ibid.*, p. 291.

69. Salcedo Bastardo, 1973, p. 55.

70. *Ibid.*, p. 57.

71. O’Leary, *Memorias*, vol. I, 1981.

Los principios liberales de las élites

Las élites sociales e intelectuales fueron receptoras de la filosofía de la Ilustración y del pensamiento económico, llegados al continente americano a través de las ideas políticas, de la literatura y de la liberalización del comercio con Inglaterra y Francia.⁷² Estos principios se irradiaron en el continente y fueron asimilados tanto por los criollos ilustrados como por revolucionarios anónimos. A partir de entonces se propalaron valores y derechos irreconciliables con la estructura de dominación colonial.

El modelo inglés que implicaba la idea de modernización de las instituciones representativas junto al modelo francés que sustentaba los principios de igualdad de la Revolución francesa, combatidos por el Estado español en las últimas décadas del siglo XVIII, influyeron sustantivamente en la formación de círculos conspirativos y sediciosos de matiz diverso.

Los principios republicanos expuestos en la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos (1778) y en la Declaración de Derechos del Hombre (1791), si bien resumían ideas propias de la cultura europea occidental, fueron el modelo adoptado en todos los ámbitos donde ésta se expandió. En la etapa organizativa, la libertad de pensamiento y asociación, el control de las instituciones políticas mediante una opinión pública informada, solo podían ser resueltas a la luz de un régimen representativo y constitucional, moderadamente participativo.

En la era revolucionaria europea el pensamiento liberal tuvo repercusiones en todos los países de Europa Occidental, y creó gran expectativa en algunos círculos revolucionarios venezolanos. Pero fue, sobre todo, en Inglaterra donde logró el estatus de una filosofía y una política nacional, debido a su sistema parlamentario y a su elevado desarrollo industrial. Según Gladstone, también se debió a la acción de las sectas religiosas no conformistas.⁷³

En cambio, el liberalismo francés en la fase organizativa, después de la era revolucionaria, tendió a ser la filosofía social de una clase con componentes aristocratizantes. La evolución y el progreso, objetivos netamente liberales, resultaron ser la antítesis de la revolución. Chateaubriand expresó que para conservar la obra política, fruto de la Revolución, debería erradicarse a la propia Revolución.⁷⁴

72. José Luis Romero, 1977, p. XXXII.

73. George Sabine, 1988, p. XXXII.

74. José Luis Romero, 1977, p. XXXV.

Este conjunto de principios entroncados en la Ilustración, en la revolución industrial y en la revolución francesa, adquirió una textura distinta al ser injertado en las conservadoras sociedades americanas. Solo el “realismo político” pudo, en su momento, adecuar las doctrinas liberales y traducirlas en términos moderados. Ese fue el carácter de las constituciones cuidadosamente elaboradas y reguladas.

En Charcas, la divulgación de las ideas enciclopedistas, como en el resto de América, fueron el producto del “contrabando intelectual”, propiciado por los miembros ilustrados de los círculos intelectuales y de algunas instituciones religiosas. Tanto la presencia de la Compañía de Jesús, como su expulsión en 1767, contribuyeron a la difusión de ideas proclives a la revolución.

Guillermo Francovich afirma que el *Contrato Social* fue el breviario de los revolucionarios de Chuquisaca. Según el mismo autor, Cayetano de Filangieri y el abate Raynal, éste último ex jesuita, junto a Montesquieu y Rousseau, inspiraron las respectivas revoluciones de 1809 y 1810 en Charcas y La Paz.⁷⁵ Sin embargo, esas ideas se transformaron y derivaron en soluciones más rígidas cuando se aplicaron en el marco de la realidad social.

El realismo político

Durante la etapa revolucionaria, las élites criollas apostaron por soluciones políticas según sus particularismos locales. La revolución quiteña y los silogismos de los revolucionarios de Charcas en 1809, fueron moderados frente a los planteamientos de Hidalgo y Morelos en el México de 1813, quienes asumieron intransigentes medidas en defensa de los indios. En esta misma línea, otras corrientes promovieron reformas sustanciales con respecto a la tenencia de la tierra. Es el caso del uruguayo Artigas (1815), quien también luchaba por la autonomía de la “banda oriental”.

En otras regiones americanas, según Romero,⁷⁶ se pensaron soluciones vanguardistas. Son los casos de la temprana independencia de Haití y su Constitución (1801-1811); o la llamada “libertad de los vientres”, dictada por la Asamblea de las Provincias Unidas en 1813, a favor de los negros e indios sometidos a la esclavitud y al tributo.

La Carta de Jamaica de 1815, escrita por Bolívar durante el corto período de la reafirmación del absolutismo español (1815-1820) en la etapa intermedia de la guerra, es un documento que planteó solucio-

75. Guillermo Francovich, 1945.

76. José Luis Romero, 1977, p. XXXI.

nes más concretas, a raíz del fracaso de las primeras experiencias republicanas.

Los planteamientos liberales en la última etapa de tránsito hacia la República, derivaron en debates sobre las formas de gobierno, la necesidad de luchar contra la anarquía y el caos, la búsqueda de frenos institucionales y representativos que evitaran formas democráticas tumultuosas. El ansiado salto al progreso, teniendo de mediador al liberalismo, no solo impulsó los proyectos políticos sino que exigió un freno a la revolución para “dar principio al orden”.⁷⁷

Durante la etapa formativa republicana, la organización política se resolvió bajo el signo del pragmatismo. Las realidades locales, las confrontaciones regionales y el surgimiento de nuevos actores políticos, exigieron soluciones prácticas. Como no podía ser de otra forma, fueron las élites las que asumieron la representatividad política de la sociedad, primando en ellas las tendencias conservadoras.

En el caso boliviano, las diferencias económicas, sociales, raciales y culturales instituidas en la Colonia, fueron un freno natural a la igualdad, aunque la nación implicaba este concepto para todos los sectores de la sociedad, realidad que nunca llegó a plasmarse en actos concretos. Las mayorías indígenas analfabetas fueron excluidas de la práctica política. La primera Constitución vitalicia de Bolívar, promulgada en noviembre de 1826, no reconoció la condición de igualdad ciudadana para todos los habitantes. Los requisitos: saber leer y escribir, tener empleo o industria, ciencia o arte sin sujeción a otro, al mismo tiempo que aceptables y convincentes fueron un obstáculo a los principios igualitarios. Para muchos autores los enunciados liberales fueron planteamientos utópicos y el Estado una invención política al servicio de las nacientes oligarquías.⁷⁸

EL ESTADISTA

El corto gobierno del Libertador Bolívar en Bolivia (agosto-diciembre, 1825) fue el momento cumbre para la elaboración de los decretos expedidos. Mientras ambos jefes militares recorrían las principales ciudades rodeados del esplendor de los vencedores⁷⁹ y recibían el reconocimiento de la población y el homenaje de las élites, Bolívar se informaba de la situación económica, social y política de las provincias.

77. *Ibid.*

78. Zavaleta Mercado, 1990; Demélas, 1992; Rivera, 1993.

79. Para una ampliación del tema, ver J. M. Rey de Castro, secretario de Sucre entre 1824 y 1828, *Recuerdos del tiempo heroico*.

En los cuatro meses de permanencia, Bolívar emitiría "...más de cincuenta decretos, resoluciones y órdenes sobre una variedad de tópicos, minería, impuestos, cuestiones indígenas, establecimientos religiosos, elecciones para el Congreso Constituyente",⁸⁰ los cuales fueron reglamentados y ejecutados por Sucre.

Cuando el Libertador dejó la capital el primer día de enero ofreciendo enviar "la Constitución más liberal del mundo",⁸¹ el mariscal Sucre aceptó nuevamente la conducción del gobierno, "mientras durase la ausencia del Libertador". La Asamblea reunida en mayo de 1826 aprobó la primera Constitución, llamada vitalicia el 28 de octubre de ese año y pidió al Mariscal continuar a la cabeza del gobierno en calidad de Presidente Constitucional. A tiempo de aceptar esa designación, Sucre solicitó al Congreso la modificación del artículo vitalicio que había causado tantas irritaciones. Desde ese día y hasta que abandonó el territorio, el 2 de agosto de 1828, Sucre gobernó la flamante República en calidad de primer Presidente Constitucional de Bolivia.

Si bien Sucre, por su carisma personal, realizó su tarea política bajo el auspicio del consenso y logró un equilibrio político entre la jefatura y la Asamblea, en el año 1827 ya eran evidentes los síntomas de ruptura. "El terreno sobre el que trabajamos es fango o arena", escribía un día antes de negarse a aceptar la presidencia vitalicia de la República. Un año después volvía a afirmar: "Nuestros edificios políticos están contruidos sobre arena, por más solidez que pongamos en las paredes, por más adornos que se les hagan no salvamos el mal de sus bases. Es la mayor desgracia conocerlo y no poderlo remediar".⁸²

No obstante aquella percepción un tanto pesimista, Sucre edificó instituciones republicanas sobre la contradictoria sociedad semejante a "arenas movedizas". Con gran convicción, estructuró los cimientos de un Estado laico, organizó una administración de justicia independiente y las bases de un ejército nacional. Planteó el control de las rentas públicas y las aduanas, y consideró que la educación debía ser un instrumento de redención popular. Todo aquello bajo la mira de una opinión pública que empezaba a exteriorizarse.

La Iglesia y el Estado

En este punto conviene remarcar que una de las diferencias entre Bolívar y Sucre fue la vinculación del primero con la Orden Masónica, mientras que no existen evidencias para afirmar lo mismo con respecto

80. William Lee Lobstrom, 1983, p. 67.

81. Mensaje del Libertador Simón Bolívar a la Asamblea de Representantes (COLDOR, 29-XII-1825).

82. O'Leary, *Memorias*, vol. I, p. 455.

a Sucre. Si bien la reforma religiosa atacó desde diversos ángulos⁸³ la estructura de la Iglesia, ésta no fue producto del anticlericalismo masón, sino de su espíritu liberal y de su concepción civilista y laica. Los argumentos esgrimidos contra la Iglesia tuvieron un trasfondo económico y más que ideológicos fueron producto de las políticas y lineamientos republicanos.

En vísperas de la independencia, el debate entre las ideas revolucionarias y las monarquistas habían ido agudizándose al interior de la Iglesia. Las inclinaciones por uno u otro bando dentro del clero nativo y del extranjero, tuvieron diversos matices, de donde se deduce que el clero estaba dividido entre patriotas y realistas, independientemente de su procedencia.

Entre Vicente Pasos Kanki (1779-1852), clérigo chuquisaqueño, y el paceño fray Antonio Sánchez Matas, contemporáneos en sus discursos, se observan posiciones encontradas. El primero, doctorado en teología, fiel cultor de los principios liberales, se dedicó a viajar y escribir panfletos sediciosos contra el Estado español. En cambio el segundo en una Carta Pastoral, en 1821, defendía “la obediencia que Dios manda que prestéis a las legítimas potestades”; “...la nación española ha sido nuestra madre, nuestra nutriz y nuestra maestra”.⁸⁴

En la época de Sucre, la Iglesia mostró su debilidad frente a la República. No pudo conservar la vastedad de su herencia colonial por la caducidad de su discurso y por la incapacidad de adecuarse a las transformaciones políticas que sacudían la región. Joseph Barnadas sostiene que la Iglesia “tuvo escasas raíces populares, sin preparación teológica para reacomodarse”.⁸⁵ Desposeída de sus bienes y menguado su poder temporal, la Iglesia acusó mal el golpe recibido.

La pérdida de privilegios y el rigor del patronato regio en manos de Sucre, disminuyeron el poder político e ideológico de la Iglesia. En la República perdió su rol colonial, pues, de ser una herramienta política e ideológica de conquista, perdió la iniciativa y se supeditó a la nueva organización política. Gabriel René Moreno sostiene que el clero “purpurado,” incluso después de las victorias militares de los ejércitos liberadores, siguió inclinado hacia la monarquía.

Las reformas anticlericales del mariscal Sucre tuvieron un sentido social, político y económico. Lo sustantivo del proyecto consistía en uti-

83. Joseph Barnadas, *Historia general de La Iglesia en América Latina*, manuscrito, 1977, p. 74.

84. Carta pastoral de Antonio Sánchez Matas. Ver Joseph Barnadas, *Historia General de la Iglesia en América Latina*.

85. El despojo de tierras y bienes de la Iglesia, así como la reforma religiosa respondieron a una política estatal. Esta última fue dictada mediante Decreto de 11 de diciembre de 1826.

lizar las rentas, diezmos y propiedades de la Iglesia en beneficio de una política social de beneficio público. Siendo una institución poseedora de vastas riquezas, era previsible que el Estado recurriese al poder económico acumulado, para buscar una solución práctica que le permitiese financiar sus proyectos sociales y educativos. Como consecuencia del despojo, la Iglesia sufrió la pérdida parcial de su influencia en la sociedad mestiza, india y criolla, ejercitada en siglos de dominación.

Las rentas de la Iglesia y la contribución directa

Ambos temas, diferentes en su contenido, resultaron muy relacionados como resultado de las medidas reformistas emprendidas por el Mariscal y de seculares prácticas tributarias, excluyentes de criollos y peninsulares. La contribución directa e igualitaria, propuesta por Bolívar, desestabilizó a sectores de criollos, volcándose éstos hacia su aliado natural, la Iglesia. Las protestas de los criollos afectados hicieron eco en la prédica de algunos resentidos miembros, convirtiéndose ambos sectores en coyunturales socios. Durante varios meses ambas fuerzas se alistaron en un mismo frente para protestar contra las medidas fiscalizadoras y tributarias aprobadas por la Asamblea.

Veamos cómo se desarrolla la resistencia de estos sectores ante las medidas aprobadas.

Mediante Decreto de 11 de diciembre de 1826, Sucre ordenó la fiscalización de las rentas de la Iglesia en beneficio de la educación, la instrucción y la beneficencia pública. Con la medida ratificaba las órdenes dictadas durante su gobierno provisional –entre mayo y octubre de 1825–. La Resolución de 29 de agosto, sobre la exclaustación de monjas y la profesión de votos, perseguía el mismo objetivo.

La Contribución Directa de 22 de diciembre de 1825, dictada por Bolívar y reglamentada por Sucre, tuvo también un propósito fiscalizador y cierto sentido social. El Mariscal, pese a sus susceptibilidades más tarde confirmadas, creía que se debía disminuir las obligaciones a los tributarios indígenas y elevar la renta nacional con la contribución de profesionales y comerciantes criollos, de artesanos y cholos urbanos y rurales.

Algunas consideraciones sobre la discriminación reflejada en la tributación indígenal, están explícitas en su mensaje del 25 de mayo del año 1826:

Los indígenas, esta parte originaria de nuestro pueblo, la más digna del goce de los beneficios de la independencia, oprimida todavía por la costumbre de humillarlos, han sido rescatados en gran parte de los ultrajes con que eran tratados; pero ellos no están aún en la dignidad de los hom-

bres. Toda la fuerza del Gobierno para arrebatarnos de la injusticia y del crimen no ha bastado para volver a esta clase infortunada de su condición y abatimiento. Su abyección en tres siglos de esclavitud los ha sumergido en males de que solo podrá sacarlos la protección del cuerpo legislativo, y la ejecución de las medidas y decretos del Gobierno en su favor y en el de su educación.⁸⁶

A principios del año 1826, las rentas habían caído estrepitosamente. Cuando la Ley de Contribución Directa, en la que se había puesto tantas esperanzas estaba a punto de fracasar, Sucre escribía a Bolívar:

Ud. por aliviar al pueblo dio su ley de contribución; y los malditos curas han hecho entender a las gentes que esta ley era tan gravosa, que muchos pueblos se descontentaron, y el resultado ha sido quedarnos con un vacío. Vea si es motivo de disgusto observar que Ud. quiso aliviar al pueblo, y que estos diablos hayan hecho creer lo contrario.⁸⁷

El 26 de agosto de 1826, en vista de las dificultades para efectivizar el cobro de las contribuciones directas, fue repuesta la contribución indígenal. El 10 de abril de 1827, Sucre debió abolir definitivamente la Ley de Contribución Directa y volver atrás.

La modernización del sistema impositivo resultó un fracaso al ser aplicado en las condiciones adversas señaladas. Los más resistentes fueron los “ciudadanos” a los que dicha ley los convertía en “tributarios directos”. Prácticas seculares, basadas en consideraciones raciales y culturales, impedían a los criollos aceptar equipararse a los indígenas en el pago de contribuciones. La imposibilidad de llevar nuevos registros y actualizar los catastros por su elevado costo, coadyuvaban a la reposición de la tradicional tributación indígenal.

La Institución militar

El Mariscal consideró que la fuerza militar sería un factor de equilibrio interno y garantía externa, mientras se definía su situación con Buenos Aires y Lima. Sucre analizó el panorama global con una óptica envolvente: “Como los generales lo primero que tratan en sus campañas es tomar base de operaciones, creo que lo mismo es en el gobierno, y que sin sistema ni base la cosa no puede andar bien”.⁸⁸

Inclinado al ejército por su origen militar y por ser una garantía de seguridad, el Mariscal retuvo una gran parte del Ejército Unido que había llegado con él. Aunque esa decisión significó su desgaste personal, fue también la génesis del ejército nacional y del poder que éste

86. COLDOR, 1826.

87. O'Leary, *Memorias*, vol. I, p. 395.

88. *Ibid.*, p. 239.

desplegó en los años posteriores. Ni bien concluyó la guerra, Sucre creó algunos cuerpos nacionales de caballería, infantería y artillería y el de ingenieros. El 13 de diciembre de 1825, Bolívar refrendaría la creación de una escuela de élite que contemplaba la instrucción de la oficialidad. La flamante Compañía aceptaba alumnos que pudiesen leer y escribir entre los 12 y los 20 años.⁸⁹

En abril de 1826, dos años antes del atentado del 18 de abril, el Mariscal escribía a José Antonio Páez: “Nuestro ejército está en un pie brillante por disciplina, orden, sistema y, sobre todo, con un espíritu nacional y militar”. Lamentablemente el optimista panorama se opacó. Acciones y protestas, y el envilecimiento de algunos oficiales, menguaron el orgullo que sentía por su ejército y sus oficiales. La falta de objetivos militares y el incumplimiento en los pagos los desmoralizó y amotinó. La sublevación del “Voltigeros”, el 24 de diciembre de 1827, fue la culminación del desgaste y el ápice de las sublevaciones militares, signo de su deterioro. El atentado de abril descubriría más tarde una conspiración militar-civil boliviano-peruana,⁹⁰ con subterráneos propósitos políticos antinacionales.

La intención de crear una institución militar boliviana se manifiesta en varias cartas. En julio de 1826, Sucre escribía a Bolívar: “Mucho me alegro que Ud. haya consentido que forme el batallón de la Guardia Boliviana”, “...quiero dar soldados hechos por soldados nuevos”.⁹¹ Y un año después informaba: “Yo voy levantando los cuerpos de Bolivia. Ya hay siete escuadrones... y están organizándose tres batallones regulares... la brigada de artillería está completa”. “Tenemos pólvora, plomo, cañones”, “...no faltarán dentro del país cinco mil fusiles; espero dentro de dos meses dos mil y dentro de ocho seis mil.”⁹² Todo entrará por Cobija”.⁹³

Al finalizar el año 1827, cuando las relaciones con el Perú estaban ya tensas y las acusaciones entre Bolivia y Perú eran recíprocas, luego del levantamiento del “Voltigeros”, Sucre se vio obligado a prescindir de los últimos auxiliares. Anotaba que, “como yo anuncié tantas veces han comprometido de una manera vil hasta la suerte de Bolivia”. Pero Sucre sostenía que Bolivia no quedaría indefensa, pues contaba con “ocho

89. COLDOR, 1826-1828.

90. La conspiración contra el mariscal Sucre obedeció a una confabulación de intereses extraterritoriales, según documentos investigados por Gabriel René Moreno. Para mayor información, ver Casimiro Olañeta, *Papeles inéditos de Gabriel René Moreno*, editado por la Academia de la Historia y el Banco Central de Bolivia, 1975.

91. O’Leary, *Memorias*, vol. I, p. 364.

92. *Ibid.*, p. 434.

93. La visión geopolítica de Sucre alcanzó a percibir la urgencia de un puerto propio para Bolivia sobre el Pacífico. Esta misión fue encomendada en primera instancia a Francisco Burdett O’Connor, militar y hombre de confianza del Mariscal. Cobija o puerto Lamar, alcanzó relevancia en la época del mariscal Andrés de Santa Cruz (1829-1839).

escuadrones (...) entre poco contarán mil plazas (...) y una buena compañía de artillería volante con cien plazas”.⁹⁴

La institución militar que Sucre consideró el brazo armado en defensa de la Constitución, fue una fuerza incontrolable que ocasionó parte de la inestabilidad política y social en el siglo XIX y parte del XX. De allí surgió el caudillismo militar, promotor del caos político, de los desbordes sociales y de los gobiernos anticonstitucionales. Sucre no pudo prever esta desviación, pues en su concepto el ejército debía ser el pilar del civilismo constitucional; sin embargo, llegó a percibir con claridad que, en medio del “caos americano”, sería difícil conservar la paz interna de Bolivia, “enclavada entre tantos enemigos y rodeada de un fuego revolucionario”.⁹⁵ Presentía que sería preciso “un verdadero milagro para que (Bolivia) no se infeste de la confusión general de América”.⁹⁶

La opinión pública

La opinión pública fue un pilar importante en el gobierno de Sucre. Tal como ocurría en otras capitales americanas, en la nueva Charcas la prensa era un medio de difusión de ideas y proyectos políticos. *El Cóndor de Bolivia*, acusado de difundir ideas oficialistas y ser un órgano del Gobierno, fue el primer periódico republicano, fundado en diciembre de 1825.

Aún antes de ser jefe de gobierno, el Mariscal tuvo un especial interés en rescatar todas las imprentas abandonadas por los realistas y utilizarlas en la difusión de los principios republicanos.⁹⁷ No obstante sus reducidas dimensiones, *El Cóndor* constituye una valiosa fuente de información que trasunta el debate de las propuestas liberales y nos aproxima al pensamiento de algunos sectores de las élites criollas. *El Cóndor* fue para el Mariscal la expresión de una gran voluntad y la muestra del respeto que sentía por la confrontación de ideas.

La primera Ley de Imprenta dictada por Sucre y promulgada por la Asamblea, el 7 de diciembre de 1826, fue justamente la reafirmación de aquellos principios republicanos. Mediante ella, el gobierno demostró que la libertad de opinión era uno de los beneficios que traía consigo la República. Fue sin duda un hito para las “libertades ciudadanas”, aun

94. O’Leary, *Memorias*, vol. I, p. 485.

95. *Ibid.*, p. 430.

96. *Ibid.*, p. 449.

97. El mariscal Sucre se interesó particularmente por la recuperación de las pequeñas imprentas abandonadas por los ejércitos realistas. La imprenta rescatada en Chichas y perteneciente a Pedro Antonio de Olañeta, fue enviada como obsequio a la Universidad de Charcas (ASD, vol. VI, p. 17).

considerando que solo una reducida parte de los habitantes del territorio podían leer y escribir.

En el año 1826, Sucre le hablaba a Bolívar de *El Cóndor*: "...es tan chiquito que no vale la pena; no se ha podido encontrar papel grande ni en Buenos Aires; si en Lima hay, fuera bueno que Ud. hiciera venir un poco". "En *El Cóndor* se han insertado las comunicaciones del Presidente del Senado y del Vicepresidente de Colombia a Ud.; en el que viene se hará poner su brillante contestación que he visto en el *Peruano*".⁹⁸ Una temprana conciencia del poder de la opinión pública le llevó a comprender que había que "plantificar la Constitución" en la conciencia de los ciudadanos. "...Me propongo que se escriba algo a favor de la Constitución para arraigarla en el amor de los pueblos".⁹⁹

El 8 de junio de 1826, *El Cóndor* dedicó un espacio importante a la Ley del Olvido del 2 de mayo de 1826. Dicha Ley determinaba que "nadie es responsable de los sucesos políticos pasados. Los hombres son invitados a venir a Bolivia, donde su libertad civil tiene todas las garantías que le den las leyes de los ciudadanos", expresaba *El Cóndor*. Era un plan del Gobierno para atraer migración selectiva y decretar amnistía política. Se eximiría de impuestos directos a los migrantes y la posibilidad de obtener casta de ciudadanía a los "extranjeros cuya ocupación en Bolivia sea la instrucción y la enseñanza pública". Principios liberales, cuidadosamente sustentados por los editorialistas de *El Cóndor*, admitían que "es tan contrario a la razón el detestar a un hombre porque no piensa como nosotros, como por no haber aprendido un mismo idioma... la conciencia misma no es sino el cúmulo de ideas adquiridas en la educación".¹⁰⁰

Es muy conocido que Facundo Infante, liberal de origen español, secretario de Sucre y uno de los personajes más importantes de su gobierno, defendía las medidas liberales del gobierno utilizando seudónimos. Este personaje es una figura clave del período y está pendiente una investigación profunda sobre su real participación política y la influencia de sus ideas sobre el Mariscal. Lofstrom apunta que fue diputado en las Cortes de Cádiz en 1823, con una carrera matizada de sobresaltos y éxitos. Aparece como secretario de Sucre en 1825 y en 1826 es nombrado ministro de Interior y Finanzas. Abandona Bolivia después de Sucre y en 1834 retorna a España, donde muere en 1873, después de detentar numerosos cargos de relevancia política.¹⁰¹

La necesidad de crear opinión pública es una de las interesantes facetas del Mariscal. El interés de Sucre por abrir un espacio de opinión

98. O'Leary, *Memorias*, vol. I, p. 362.

99. *Ibid.*, p. 363.

100. *El Cóndor*, No. 28, 1826.

101. William Lee Lofstrom, 1983, p. 93.

a sus contemporáneos fue el mismo que le impulsó a invitar a los ciudadanos, a través de bandos, discursos y la misma prensa, a expresar opiniones sobre su conducta y administración.¹⁰² *El Cóndor* fue para el Mariscal un instrumento difusor de las propuestas gubernamentales y de sus propias ideas. Al evocar tan sugerente nombre, evocamos las confrontaciones que mantuvo con *El Mercurio Peruano*, el *Argos* argentino, el *Fénix* de Lima y el *Bandera Blanca*, periódico francés de esa época.¹⁰³ En nuestra interpretación, la difusión de ideas a través de la prensa tuvo el propósito de concienciar a algunas fracciones de las élites, corregir algunos fundamentos conservadores y estimular la formación de un espíritu crítico acorde al momento de cambio, que derivara en una actitud favorable a las políticas de su gobierno.

CONCLUSIONES

La creación de Bolivia es un complejo tema de investigación por los elementos que concurren en su etapa formativa. Es preciso admitir, en primera instancia, que le corresponde al mariscal Sucre el mérito de haber sido el primer organizador político del nuevo Estado, por haber sido Encargado y Jefe Militar de las provincias en el momento de la transición al sistema republicano y ejecutor de las primeras disposiciones políticas. A principios del año 1826, tras la corta presidencia de Simón Bolívar, fue elegido primer Presidente Constitucional de Bolivia por el Congreso General Constituyente, reunido en mayo de ese año.

La primera etapa republicana fue el producto de un esfuerzo colectivo de voluntades dispersas acumuladas en el tiempo revolucionario (1809-1825). La revolución envolvió a estamentos sociales y a varias generaciones de patriotas. Pese a ello, salvo muy pocas excepciones, éstos no participaron en la nueva estructura republicana. El idealismo de los hombres de la revolución fue sustituido por el pragmatismo de militares y políticos que plantearon soluciones inviables y contradictorias.

Bolivia fue un complejo proyecto nacional que nació de la visión geopolítica del mariscal Sucre. El Mariscal jugó un rol político definitivo en el tránsito de Charcas a Bolivia. Sería injusto atribuir solo a Bolívar la paternidad de las instituciones republicanas y ver a Sucre como un vocero subordinado a Bolívar. Esa imagen no se ajusta a la realidad ni refleja la compenetración ideológica y afectiva que existió entre ambos personajes.

102. COLDOR, Circular de 1 de octubre de 1825 y Mensaje Final de 2 de agosto de 1828.

103. *El Cóndor*, No. 10, 1826.

No obstante el aparente fracaso de las reformas liberales en la primera etapa republicana, 70 años después de la muerte del Mariscal, a principios del siglo XX, muchas de las ideas contenidas en las propuestas planteadas por Sucre y Bolívar, fueron un punto de partida para la edificación de un segundo proyecto liberal (1899-1930). Por ello, es necesario entender la organización del sistema republicano como un proceso donde las ideas liberales juegan un papel importante en varias etapas de su existencia. No podría comprenderse la evolución del Estado sin entender las tendencias que confluyen en la corriente liberal, o analizar los efectos del libre comercio y del proteccionismo, sin referirse a las medidas económicas y sociales de la primera fase republicana.

Las instituciones republicanas organizadas bajo la tutela del Mariscal de Ayacucho, como el Parlamento Nacional, la Corte de Justicia, la Policía y la Opinión Pública, continúan siendo ejes fundamentales de la democracia representativa. Las fuerzas armadas, desvirtuadas en su esencia, jugaron un rol protagónico en la desorganización interna de la República durante todo el siglo XIX y XX. El militarismo se vistió de distintos ropajes ideológicos y resultó ser, durante largos períodos, un elemento disociador en lugar de pilar del sistema representativo y republicano.

El debate sobre el origen de la nacionalidad no se ha agotado, por el contrario, continúa siendo un apasionante tema de investigación. La participación de Sucre en el nacimiento del Estado boliviano forma parte del debate sobre la nacionalidad, que empezó en el siglo pasado y se fortalece gracias a la disponibilidad documental de los Archivos Nacionales y al renovado interés que despierta en muchos investigadores el tema de la identidad y la formación del Estado nacional.

La penetración inglesa en Colombia y el pensamiento del mariscal Sucre

Jorge Núñez Sánchez

El mariscal Antonio José de Sucre ha sido estudiado generalmente en su faceta de estrategia militar antes que en la de estadista. Esta interesada distorsión de su imagen se ha correspondido con un modo tradicional de ver y escribir la historia y ha estado encaminada, obviamente, a la “exaltación del héroe” más que a la comprensión del rol político que jugó en la historia latinoamericana.

Es precisamente por ello que nos hemos propuesto abordar la rica personalidad de Sucre, vista desde el ángulo de la política y, todavía más concretamente, de la política económica, y en relación con un fenómeno particular: el agudo debate ideológico-político suscitado entre “proteccionistas” y “librecambistas” en los años finales de la Gran Colombia.

La tarea es sin duda audaz, tanto porque pretende resumir en pocas páginas un debate muy amplio e interesante, que se extendió a lo largo de varios años y tuvo un buen número de participantes, cuanto porque los materiales reveladores del pensamiento económico de Sucre son realmente escasos. Sin embargo, el reto es tentador y hemos decidido asumirlo con plena conciencia de las limitaciones existentes, con la seguridad de que cualquier aporte que se haga al conocimiento del pensamiento político del Mariscal contribuirá a recrear su imagen y ayudará a comprender mejor su labor pública.

Por lo demás, el debate entre librecambismo y proteccionismo no se ha agotado y agita hoy mismo la vida política de nuestros países, sometidos a los dolorosos y cuestionables experimentos de la “modernización” neoliberal.

EL DILEMA ECONÓMICO DE LAS NUEVAS REPÚBLICAS AMERICANAS

La mayoría de los países latinoamericanos alcanzaron su independencia en la década de 1820. En el aspecto económico, ello significó que dejaron de estar sometidos al monopolístico sistema comercial español y pasaron a formar parte de un emergente sistema económico mundial, que se encontraba en proceso de rápida transformación. Para entonces, ese sistema se hallaba ya dominado por Inglaterra, país que se había industrializado poco antes y buscaba convertirse rápidamente en la fábrica del mundo, relegando a los demás países al papel de países-granja o países-mina, abastecedores de materias primas para las fábricas inglesas y, paralelamente, de consumidores de las mercancías industriales producidas por esas fábricas. Como demostrara Federico Engels:

Inglaterra, de esta suerte, completó el proteccionismo (aduanero y aun militar) ejercido en la metrópoli con el librecambio impuesto al extranjero allí donde ello fuera posible. Merced a esta feliz combinación de ambos sistemas se halló en 1815, al término de la guerra (con la Francia napoleónica), en posesión del monopolio efectivo del comercio mundial, al menos en lo tocante a todos los ramos industriales decisivos.¹

Esa primera división internacional del trabajo tuvo diversos efectos en el continente americano. Desde 1810, cuando Napoleón dominó el continente europeo, Inglaterra impuso el bloqueo contra el comercio de las metrópolis europeas y sus colonias americanas, y paralelamente inundó el continente americano con telas baratas de algodón y otros productos industriales, en busca de crear un mercado sustitutivo del que había perdido en Europa.

A tanto llegó el interés británico por controlar el nuevo mercado latinoamericano, que se llegaron inclusive a publicar instrucciones para que los comerciantes organizaran sus cargamentos según los gustos de los consumidores. Un interesantísimo instructivo publicado por financieros ingleses en 1822, y que citamos *in extenso*, expresaba:

El gusto por las lencerías se ha hecho ahora permanente. Los creollos han preferido siempre lencerías Alemanas y Silesianas, a causa de que son de lino; pero ahora se habitúan a gastar generos de algodón... substituyendo generos ingleses. Ticklenburgs y checks forman los vestidos de los negros, y de la gente baxa; y Bretañas, estopillas, platillas y otros generos semejantes los de la gente más pudiente. La imitación de estos generos en cali-

1. Tomado del prólogo de Engels a la edición norteamericana del *Discours sur la question du libre échange*, de Carlos Marx. MEW, tomo XXI, p. 361.

dad, forma, señales y modo de embalar, que han adoptado en las manufacturas Inglesas y Escocesas, es muy necesaria...

Lienzos muy finos, diamantes, y joyas, se venden mejor en Mexico, Peru y Habana, que en algun otro parage... Joyas no pagan (impuestos) alli, porque los plateros españoles trabajan en oro y plata mas barato que los extranjeros.

Encages tambien forman parte del vestido de los Creollos. Los de Flandes se preferian; pero desde que los ingleses han llevado la fabrica de sus encages a una perfeccion que ninguna otra nacion iguala, prefieren los de Inglaterra... Su venta no es, sin embargo, muy grande, pues su uso esta limitado a la gente mas rica, y eso solo en los dias festivos...

Todos los articulos negros estan mucho en uso entre los Creollos, particularmente sargas, prunellas, rasos y tafetanes. Las sotanas y capas de los clerigos son siempre de uno de estos cuatro articulos, lo mismo que las cinco sextas partes de las basquiñas de las mugeres. Desde hace 10 años el uso de paños gruesos se ha hecho general... Hay pocos blancos que no se vistan de casimiro.

Tambien se venden muchos sombreros entre los creollos. ... La juventud creolla ha adquirido ultimamente una aficion a gastar botas; las llevas hechas de las posesiones inglesas... Sin embargo, el caso difiere con los zapatos. Es necesario que los que lleguen de afuera esten en excelente condicion, porque los zapatos que hacen en el pays son muy baratos, y bastante buenos.²

Enfrentadas a tan audaz y meticulosa penetración comercial británica, las nuevas naciones americanas, que se incorporaban recién al mercado mundial (a excepción de los Estados Unidos), tuvieron que definir rápidamente la orientación que querían dar a sus economías: aceptar mansamente un rol de países complementarios de la economía inglesa, con base a la llamada “vocación natural” de su producción, u optar por la construcción de una economía independiente, asentada en su propia industrialización y en la defensa de su mercado interno.

Obviamente, optar por cualquiera de esas posibilidades no era tarea fácil, y menos aún para unos países recién emancipados de la tutela colonial y al interior de los cuales coexistían, en ciertos casos, realidades económicas contradictorias, tales como regiones de desigual desarrollo o con distintos intereses frente al mercado mundial.

Como es conocido, el primer país independiente de América, los Estados Unidos, optaron por su desarrollo industrial autónomo, el cual se inició con el establecimiento de una creciente industria textil, a partir del procesamiento del algodón cultivado en los Estados del sur. Desde luego, fueron múltiples las tensiones y rivalidades que este proceso causó, unas al interior de los propios Estados Unidos y otras entre

2. Hemos mantenido la redacción original del texto, incluido en Cradock y Joy, edits., *Colombia*, Londres, Baldwin, 1822.

este país e Inglaterra. En lo interior, se puso de manifiesto un prolongado conflicto de intereses entre los centros industriales del norte, que deseaban medidas proteccionistas, y los productores agrícolas del sur y navieros de Nueva Inglaterra, que propugnaban el mantenimiento de un comercio exterior sin restricciones. En lo exterior, la actitud crecientemente proteccionista de los Estados Unidos determinó, entre otras contingencias, el embargo comercial antibritánico de 1807 y la guerra de 1812 contra Inglaterra. Si bien la nueva guerra estimuló aún más el desarrollo industrial de los Estados Unidos, que debieron autoabastecerse de bienes industriales y particularmente de textiles ante la dureza del bloqueo naval inglés, tampoco resolvió el problema comercial entre ambos países, pues, una vez hecha la paz, las importaciones norteamericanas crecieron de trece millones de dólares en 1813 a ciento cuarenta y siete millones en 1816. Finalmente, ante la comprobación de que su industria no podía competir todavía con la británica, el Congreso estadounidense aprobó, en 1816, el establecimiento de un arancel protector para la industria norteamericana, pese a la oposición de los plantadores sudistas. Sin duda fue una medida acertada pues, a partir de entonces, “el auge de tiempos de guerra continuó, la industria se robusteció al amparo de la protección aduanera, y los barcos estadounidenses transportaron mercancías y materias primas por todos los mares del mundo”.³

Siguiendo los ejemplos inglés y norteamericano, México buscó industrializarse partiendo del establecimiento de su propia industria textil, que era básicamente del algodón. Esa industria había prosperado durante la etapa colonial, al amparo del sistema mercantil español, que abastecía de textiles europeos de alto precio a las clases acomodadas y dejaba el gran mercado de masas en manos de la manufactura local. Luego, a consecuencia de la independencia, emigraron del país los empresarios y capitales españoles que controlaban la manufactura textil del algodón, al tiempo que los puertos mexicanos se abrían al libre comercio y eran también inundados de textiles ingleses de bajo precio. En esa circunstancia, algunos empresarios textiles mexicanos, entre los que se destacaban Lucas Alamán y Esteban de Antuñano, optaron por impulsar una audaz política de industrialización, en busca de crear un país fuerte y capaz de defender su territorio de los ataques extranjeros.

El nacionalista proyecto de Alamán ponía énfasis en el desarrollo de una industria auspiciada y protegida por el gobierno y de un vigoroso mercado interno, que estuviese en posibilidad de abastecer las necesidades del pueblo y generar excedentes exportables. Para ello, proponía procesar el algodón cultivado en el país y consumir paralelamente

3. Russel B. Nye, “La joven república”, en *Historia de los Estados Unidos*, Buenos Aires, EDISAR, 1978, p. 141.

las manufacturas textiles mexicanas, dejando a la minería la tarea de producir bienes exportables y generar capitales para la adquisición de bienes extranjeros indispensables, como la maquinaria.

Antuñano, por su parte, concibió un proyecto aún más detallado para la industrialización mexicana, que contemplaba la creación de un sistema nacional de estadísticas, para conocer los datos nacionales y regionales de población, producción, ingresos y consumo; la organización de “juntas industriales” en todo el país, para impulsar un desarrollo general y equilibrado; la colonización de las zonas costeras, para ampliar el área cultivable de algodón; el fomento en la formación de técnicos, mediante un impulso a la educación y el pago de buenos salarios; la apertura de caminos y canales, para facilitar la circulación de las mercancías; el establecimiento de una política de estímulo a la inversión privada, que contemplara créditos oficiales, liquidez permanente y bajos tipos de interés; el cierre de algunos puertos y la estrecha vigilancia de los demás, para evitar el contrabando de mercancías extranjeras; la disminución del número de días festivos, para aumentar los ingresos y el consumo de los trabajadores; el establecimiento de acerías y fábricas nacionales de maquinaria, con financiación oficial; el estímulo a las exportaciones mexicanas hacia España y las regiones de Centroamérica y el Caribe, mediante la negociación de tratados comerciales con la antigua metrópoli y los demás países americanos, etc.

Los alegatos de Alamán y Antuñano y los reclamos de los sectores artesanales de Puebla y otras regiones interiores motivaron la aplicación de una creciente política proteccionista a la industria textil en México, que fue resistida por los sectores liberales vinculados al comercio pero, pese a ello, tuvo sus primeras expresiones en las tarifas aduaneras de 1821 y 1827, y uno de sus mayores logros en la prohibición de importar variados productos de algodón, incluyendo su fibra, dictada en mayo de 1829. Poco después, durante el gobierno de Anastasio Bustamante, Alamán logró concretar la más ambiciosa de sus propuestas económicas: fundó el Banco de Avío (1830), destinado a financiar el desarrollo industrial de México mediante el otorgamiento de préstamos a bajo interés y largo plazo.

En el extremo opuesto, un país como Argentina aceptó seguir su vocación “natural” de productor de materias primas para la industria británica (lana, cueros, carne) y comprador de productos industriales ingleses, que llevó a convertirse, de hecho, en una neocolonia británica.

LA ORIENTACIÓN ECONÓMICA DE COLOMBIA

Para Colombia, la resolución del dilema planteado a los demás países americanos resultó trascendental, tanto así que ella determinó, en buena medida, la supervivencia misma de esa gran nación.

Constituida sobre un dilatado territorio que, en palabras del presidente Simón Bolívar, “tenía un pie en el Atlántico y otro en el Pacífico”, Colombia se integró formalmente con los territorios del antiguo virreinato de Nueva Granada y la antigua Capitanía General de Venezuela. Cronológicamente, el último territorio en integrarse a ella fue la antigua Audiencia de Quito, que lo hizo casi forzosamente luego de la Batalla de Pichincha (24 de mayo de 1822). Pese a la común voluntad de independencia existente en sus diversas regiones y departamentos, había también en ellos un desigual y diverso desarrollo económico, que volvía difícil la formulación de una política económica uniforme, capaz de abarcar a todos los intereses nacionales. Así, las regiones costeras poseían un agricultura orientada a la exportación (cacao, tabaco, café, añil, caña de azúcar) en tanto que las regiones interiores tenían una economía más compleja, en la que se combinaban la agricultura de subsistencia y la producción manufacturera y artesanal (textiles, pólvora, velas, jabón, artesanías de cuero, etc.). De otra parte, el territorio neogranadino poseía minas de oro y plata capaces de abastecerlo de moneda, pero los distritos de Venezuela y Quito carecían de minas, por lo que tradicionalmente habían obtenido su moneda mediante las exportaciones cacaoteras. Es sobre esas condiciones que se desarrolló la política económica del gobierno colombiano y el debate acerca de dicha política, especialmente a partir de 1825.

Para entonces, el presidente titular de Colombia, Simón Bolívar, se hallaba en el Perú, por lo que el gobernante en ejercicio era el vicepresidente, general Francisco de Paula Santander, que venía actuando como Jefe del Gobierno de Bogotá prácticamente desde 1822, en que el Libertador-Presidente emprendió la campaña del sur. Es verdad que, mientras permaneció en el distrito surcolombiano (la antigua Audiencia de Quito), Bolívar estuvo autorizado constitucionalmente para actuar en esta zona con una autoridad discrecional; empero, no es menos cierto que, al pasar al Perú, el Libertador quedó automáticamente privado de toda otra autoridad que no fuera el mando militar del ejército expedicionario, la cual también le fue retirada posteriormente por el Congreso de Colombia, que encargó el mando de las tropas al general Sucre. En síntesis, el gobernante efectivo de Colombia entre 1822 y 1827, es decir, durante un período de más de cinco años, fue el general Santander.

Fue bajo el mandato de Santander que se inició en Colombia el debate ideológico-político entre “librecambistas” y “proteccionistas”, y el motivo que produjo este debate fue la radical política librecambista impulsada por el Jefe del Ejecutivo colombiano, un hombre de lecturas europeas para quien los principios económicos sustentados por Adam Smith y David Ricardo, y adoptados por Inglaterra a comienzos del siglo XIX, constituían el *non plus ultra* de la economía política y el ejemplo a seguir por nuestros países. Partidario entusiasta del *laissez faire* y de la división internacional del trabajo, creía que su país debía especializarse en la agricultura de exportación y en la minería, aprovechando su vocación “natural”. Para ello, en su calidad de presidente en ejercicio, Santander aprovechó el respaldo de los comerciantes, fuertemente ideologizados por el liberalismo europeo y con singular fuerza en el Congreso. Desde los años de fundación de la República, la tendencia liberal había tomado importantes medidas socioeconómicas encaminadas a suprimir los privilegios coloniales, dinamizar la economía y liberar la fuerza de trabajo; entre esas medidas se destacaban el establecimiento de contribuciones directas, la supresión de los mayorazgos y vinculaciones perpetuas, la extinción o disminución de los censos, la supresión del tributo indígena, la declaratoria de ilegalidad del servicio personal (mita) de los indígenas y el establecimiento de un salario mínimo de los trabajadores, que encargó a los jueces políticos. Por desgracia, estas reformas útiles al progreso y modernización del país se combinaban con un librecambismo indiscriminado, que no consideraba para nada las diversas realidades económicas prevalecientes en las regiones de Colombia, algunas de las cuales exigían el establecimiento de medidas proteccionistas para defender la producción y el empleo nacionales.

En su radicalismo librecambista, el régimen de Santander ni siquiera tomó en cuenta el significativo hecho de que el Congreso Constituyente de Cúcuta prohibiera, desde años antes, la introducción de azúcares, melazas y cacao extranjeros, en busca de fomentar la agricultura del país, marcando con ello el inicio de una política proteccionista selectiva, a todas luces indispensable en una nación que acababa de romper la tutela colonial y buscaba redondear una cabal independencia nacional.

Desde luego, la política económica de Santander no obedecía solo a su personal posición ideológica sino a un complejo haz de intereses nacionales y extranjeros que exigían la implantación del librecambio. En el plano nacional, esa exigencia venía principalmente de los sectores comerciales, que en las décadas anteriores habían alcanzado un notable desarrollo al amparo de las reformas borbónicas; empero, también era impulsada por los terratenientes costaneros, que buscaban ampliar el mercado para sus productos exportables, principalmente el

cacao. En el plano internacional, respondía a las sostenidas presiones de los prestamistas y comerciantes británicos acreedores de Colombia, que condicionaban el otorgamiento de créditos a la adquisición de mercancías inglesas; eso determinó, por ejemplo, que el ejército colombiano no solo utilizara armas y pertrechos ingleses sino también uniformes confeccionados en la Gran Bretaña. Como analizara posteriormente el historiador y economista suizo Jean Charles Sismondi,

...por grandes que fuesen los mercados que ofrecía la libre América, no hubieran bastado para absorber todas las mercancías producidas por Inglaterra, si los empréstitos de las nuevas repúblicas no hubiesen aumentado súbitamente en proporciones desmedidas sus recursos para comprar mercancías inglesas. Todos los Estados de América tomaron a préstamo, de los ingleses, una suma para fortalecer su gobierno, y a pesar de que esta suma era un capital, lo gastaban inmediatamente como una renta, es decir, lo utilizaron totalmente para comprar, por cuenta del Estado, mercancías inglesas, o para pagar las enviadas a cuenta de los particulares... Mientras duró este extraño comercio, en el que los ingleses solo pedían de los americanos que comprasen con el capital inglés mercancías inglesas, pareció ser brillante la situación de las manufacturas inglesas. No fue la renta (de los americanos) sino el capital inglés el que determinó el consumo...⁴

LOS EMPRÉSTITOS INGLESES

Como se ha señalado, la otra cara de la política librecambista fue la contratación de empréstitos ingleses por las nuevas repúblicas americanas. Eran préstamos otorgados en condiciones usurarias, verdaderamente terribles para la economía de los nuevos países, y en general fueron negociados por diplomáticos o representantes corruptos, que se asociaron con los capitalistas extranjeros para esquilmar a su propio país. Además, gracias a una serie de triquiñuelas, buena parte de ellos se quedó en los mismos bancos prestamistas, como fondo de garantía, pago adelantado de los réditos futuros, descuento del valor de los bonos o pago de comisiones a los negociadores. Sin embargo, había que pagarlos completos... Este fue lo que le ocurrió a la República Argentina en el empréstito contratado con la Casa Baring Brothers, en 1826. A veces, el negociador que enviaba un país se quedaba con parte del empréstito, como le sucedió a Chile en el préstamo contratado con la Casa Hullet por el guatemalteco José de Irisarri.

4. Jean Charles Sismondi, citado por Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*, México, Editorial Grijalbo, 1967, p. 328.

En cuanto a Colombia, la historia de sus empréstitos con Inglaterra fue probablemente una de las más lamentables. Tras las primeras misiones negociadoras, que contrataron préstamos útiles a la guerra de independencia, en 1820 envió a Inglaterra nada menos que a un exvicepresidente del país, José Antonio Zea, para que consolidara la deuda nacional. Llegado a Londres, éste admitió, para comenzar, una cuenta de 500.000 libras esterlinas por obligaciones un tanto oscuras e indefinidas que se decía asumieron los anteriores enviados; para resolver diferencias relativas al crédito, se nombró una comisión arbitral de tres personas, todas nombradas por los acreedores ingleses, y se fijaron unos intereses del 10% anual, si se pagaban en Inglaterra o del 12%, si en Colombia. A continuación, contrató con el principal acreedor, la Casa Herring, Graham and Powels, un segundo crédito, destinado a cancelar los intereses vencidos del anterior. “Logró además otro crédito, con un descuento de las dos terceras partes, con el objeto de obtener 20.000 libras para sus gastos en una misión de paz a España, que por lo demás fue infructuosa”.⁵ Pero estalló un escándalo cuando, en 1822, Zea contrató con la misma casa bancaria un gran crédito de 2 millones de libras, con un descuento del 20%, para pagar antiguas obligaciones emitidas por él mismo, y adquiridas por el banco en menos de su valor nominal; con las retenciones para cancelar intereses, comisiones y otros, lo que Colombia debía recibir en efectivo era apenas una tercera parte del monto contratado, y en la práctica no recibió siquiera eso.⁶ Tiempo después, Bolívar dijo que Zea “era uno de los hombres que más lo había engañado; que lo había juzgado íntegro; pero que puede llamarse un verdadero ladrón”.⁷

Un escándalo todavía mayor fue el que causó el empréstito de 1824, contratado por dos amigos de Santander, los comerciantes Manuel Antonio Arrubla y Francisco Montoya, a quienes el Vicepresidente encargó dicha tarea cuando iban en viaje de negocios a Londres. Paralelamente encargó al representante de Colombia en Inglaterra, Manuel José Hurtado, que solucionara los problemas de la deuda contratada por Zea. Las acciones desenvueltas en Inglaterra por el representante diplomático Hurtado y los comisionados Arrubla y Montoya fueron descaradamente deshonestas. Actuando de consuno, el primero reconoció y consolidó oficialmente, a nombre del gobierno colombiano, las oscuras y discutibles obligaciones suscritas por Zea, que alcanzaban un monto de 2 millones de libras esterlinas; a continuación, los segundos contrataron con la Casa Goldschmidt and Co. un empréstito por 4.750.000 libras, en condiciones financieras escandalosas, que superaban los límites máximos fijados por las mismas leyes británicas. Entre otras cosas, aceptaron las

5. David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia*, trad. de Jorge O. Melo, Bogotá, Tercer Mundo-Univ. Nacional, 1966, 1a. ed. en español, p. 136.

6. *Ibid.*, p. 136.

7. Luis Peru de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, Medellín, Ed. Bedout, s.f., p. 128.

condiciones del prestamista de cubrir las obligaciones suscritas por Zea, de que se le otorgase derecho preferente para futuros empréstitos y de que se le nombrase agente comercial de Colombia en Inglaterra. En cuanto a los intereses, hubo un acuerdo de corruptelas entre negociadores y prestamista, por el cual las obligaciones del crédito fueron firmadas una en Calais (Francia) y otra en Hamburgo (Alemania), en razón de que las leyes inglesas prohibían fijar un interés mayor del 5%, y el empréstito había sido contratado al 6%; además, se acordó que los intereses debían correr desde una fecha anterior al contrato y debían ser cubiertos en su totalidad por Colombia antes de la entrega de la última cuota por el prestamista. Como pago a su traición a los intereses nacionales, “Arrubla y Montoya recibieron cada uno una comisión de 20.137 libras esterlinas y Hurtado, funcionario del gobierno colombiano, una comisión de 53.137 libras esterlinas”.⁸ Posteriormente, el secretario de Hacienda, José María del Castillo y Rada, calculó que todo lo recibido legalmente por Colombia de aquel empréstito sumaba un total de 3.622.745 libras esterlinas, esto es apenas un 53,6% del valor nominal del empréstito, que fue de 6.750.000 libras esterlinas. En la práctica, Colombia recibió todavía menos que eso, pues Hurtado dejó depositada en el mismo banco prestamista una gran parte de los fondos recibidos oficialmente por Colombia, suma que se perdió al producirse la quiebra de la Casa Goldschmidt y el suicidio de su principal accionista.

Los fraudes cometidos por Hurtado, Arrubla y Montoya causaron un estremecimiento nacional y dieron lugar a una breve investigación por el congreso colombiano, que absolvió sin mayor examen a los acusados. Más tarde, formuló una nueva acusación contra ellos el secretario de Relaciones Exteriores, José Rafael Revenga; éste era un destacado economista, que estuvo en Londres por la época de contratación del empréstito y conocía de los turbios manejos de los representantes colombianos. Pero el Congreso actuó, una vez más, con displicencia.

Bastó la lectura de alguna cartas, para que los acusados obtuviesen la mayoría de la Cámara a su favor. El más celoso defensor de Montoya y Arrubla fue Santander, y su influjo, junto con algún oro distribuido con destreza entre los representantes más necesitados o más venales, obstruyó el curso de la justicia.⁹

8. Álvaro Tirado Mejía, *Introducción a la historia económica de Colombia*, Bogotá, El Ancora Editores, 1983, p. 132.
9. Daniel Florencio O’Leary, “Bolívar y la emancipación de Sudamérica”, en *Memorias del general O’Leary*, Biblioteca Ayacucho, tomo 2, Madrid, p. 688. “Arvelo, el presidente de la cámara y Osío, uno de los miembros más locuaces, se distinguieron por su docilidad en persuadirse de la inocencia de los acusados. Arvelo era sumamente pobre cuando comenzaron las sesiones de 1826; murió casi al término de éstas y no tuvo el dolor de dejar a su joven hija en la indigencia en que él vivía antes de estos sucesos. Un Arrubla fue su albacea” (*ibid.*).

Empero, si bien los negociadores fueron absueltos, la opinión pública sancionó políticamente a Santander, a quien acusó de ser beneficiario de los fraudes cometidos por aquellos y de los mismos fondos del empréstito llegados al país.

Como consecuencia de la penetración extranjera y de su propia política económica, para 1826 la situación económico-financiera de Colombia se volvió casi desesperada, pues la República se halló desmonetizada y con parte de su producción interna arruinada por causa del libre comercio, tempranamente apretada por las obligaciones de su deuda externa y con su hacienda pública minada por la corrupción y afectada por un creciente déficit fiscal, que los empréstitos extranjeros aliviaban momentáneamente pero agravaban casi de inmediato.

En el año de 1825 las rentas produjeron siete millones de pesos y se gastaron once, sin incluir en esta suma el interés de la deuda. Para el año siguiente se calculaban las erogaciones en quince millones, y las entradas no aumentaban.¹⁰

La penuria del fisco era total en los departamentos del Sur (Ecuador, Guayas y Azuay) y de la costa atlántica.¹¹ Agobiada por su crisis, Colombia suspendió desde ese año de 1826 el servicio de su deuda externa.

Mientras Colombia era golpeada por la crisis y estaba a punto de sufrir su primer “shock” por causa de la penetración comercial y financiera británica, España y la Santa Alianza renovaron sus esfuerzos políticos contra la independencia de las nuevas naciones. Entonces Inglaterra, a la par que buscaba frustrar las iniciativas de la Santa Alianza, se encaminó al reconocimiento de los nuevos Estados americanos, pero exigiéndoles a cambio la firma de tratados de comercio que agravaban la coyunda neocolonialista.

En el caso de Colombia, los intereses comerciales y financieros de los capitalistas ingleses fueron asumidos oficialmente por el gobierno británico y consagrados en el oneroso “Tratado de amistad, comercio y navegación” que Inglaterra impuso a Colombia, como condición previa al reconocimiento de su independencia y al establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países. Tras una aparente equidad, este tratado imponía la apertura indiscriminada de los puertos colombianos al comercio británico y ataba al país a una serie de desventajosas condiciones de intercambio comercial: era perpetuo y garantizaba la libre entrada a Colombia de cualquier número de buques mercantes o cualquier cantidad de mercancías británicas, sin limitarlos al número de

10. *Ibid.*, p. 677.

11. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución en Colombia*, tomo V, Medellín, Editorial Bedout, 1969, p. 263.

barcos o al tonelaje de mercancías que Colombia pudiese enviar a Inglaterra; de otra parte, exigía que los barcos mercantes colombianos, para ser considerados tales y no pagar derechos en Inglaterra, debían ser construidos en Colombia y tener una tripulación que fuera colombiana en por lo menos sus tres cuartas partes, etc. Lo peor del caso fue que el tratado le fue impuesto a Colombia sin negociación alguna de sus términos,

pues lo trajeron redactado de Londres y sin facultad de variar una coma... Sin tratado no había reconocimiento, y sin el reconocimiento creíamos expuesta la independencia por parte de la Santa Alianza... Aquellos temores inclinaron el ánimo del Congreso y del Ejecutivo colombianos para aprobar y ratificar un tratado que, en lo venidero, debíamos considerar como en extremo gravoso a los pueblos y a la riqueza nacional.¹²

El chantaje británico fue tan descarado que uno de los funcionarios enviados por Londres para lograr la firma del tratado, Campbell, era el mismo personaje que, una vez lograda dicha firma y no en otro caso, debía presentar cartas credenciales al gobierno de Bogotá, en calidad de primer agente diplomático de la Gran Bretaña.

Pero si el tratado comercial con la Gran Bretaña fue perjudicial y, en cierto modo, inevitable, no puede decirse lo mismo del decreto de extensión de beneficios que Santander dictó por su cuenta a favor de los Estados Unidos, país de su especial admiración, “igualando a los ciudadanos de dichos Estados con los súbditos de S. M. Británica en las prerrogativas y exenciones mercantiles con la república”.¹³

LOS EFECTOS DEL LIBRE COMERCIO

Como parece obvio, la política librecambista del gobierno de Santander estimuló la exportación de productos de la agricultura tropical (cacao, quina, algodón, tabaco, añil, café, cueros y maderas) pero paralelamente facilitó el ingreso masivo de mercancías y otros produc-

12. *Ibid.*, p. 208.

13. “Mensaje de Santander al congreso colombiano”, enero 2 de 1827, en suplemento a la *Gaceta de Colombia*, No. 292, domingo 20 de mayo de 1827. El Decreto de concesión de la “cláusula de nación más favorecida” a los Estados Unidos rezaba en su parte resolutive: “Art. 1o. Se pagarán los mismos derechos a la importación en los territorios de Colombia de cualquier artículo del producto natural, producciones o manufacturas de los Estados Unidos de América y de los territorios sujetos al gobierno de los Estados Unidos... ya sea que la importación... se haga en buques o en buques de dichos Estados Unidos. 2o. No pagarán los buques de los Estados Unidos que entren en puertos de la República de Colombia otros o más altos derechos o impuestos por razón de tonelada, fanal o emolumentos de puerto u otros gastos locales, que los pagaderos en los mismos puertos por buques colombianos”. El texto completo en *Gaceta de Colombia*, No. 228, 26 de febrero de 1826.

tos extranjeros al país (textiles, herramientas, quincallería, lozas, licores, cristalería, muebles, jabón, harinas, sal, etc.), con grave perjuicio para la producción manufacturera, artesanal y agrícola de las regiones interiores.

Como dijimos antes, hacia 1826 se hicieron presentes en toda Colombia los efectos ruinosos de esa política de libre comercio, que agudizaron la recesión económica provocada por la guerra, causaron el desempleo de gran número de trabajadores e impidieron la capitalización interna del país, con lo cual se sentaron en Colombia las bases para una nueva dependencia internacional, de tipo neocolonial.

En la Nueva Granada, la industria artesanal fue arruinada por la falta de mano de obra y la irrupción masiva de textiles ingleses baratos en los mercados de Antioquia y el Cauca. Ello produjo una grave depresión económica en la región del Socorro y otras áreas vecinas, donde se concentraban las manufacturas de algodón, y en las regiones de Boyacá y Cundinamarca, donde se asentaban las manufacturas de lana. Y puesto que se trataba de una industria doméstica, ejercida preferentemente por las esposas e hijos de los agricultores, su crisis trajo como consecuencia una generalizada pobreza en la zona oriental del antes llamado Nuevo Reino de Granada (actuales departamentos de Boyacá, Cundinamarca y los Santanderes). Paralelamente, las exportaciones no crecieron sustancialmente y “se limitaron a una moderada producción de oro y plata, que continuaron sosteniendo a la economía, y un pequeño comercio con productos de plantación, especialmente de cacao y café...”.¹⁴ Inevitablemente, el sostenido desnivel de la balanza comercial neogranadina produjo una desmonetización del país, que se vio cada vez más necesitado de circulante y frenado en su comercio interno, que en ciertas regiones retornó al nivel de trueque.

Similares efectos se produjeron en Venezuela, donde, según Lynch, “la libertad de comercio sirvió para incrementar la dependencia y perpetuar el subdesarrollo”,¹⁵ pues las atrasadas industrias locales no podían competir en precios y calidad con la mecanizada industria británica, cuyos productos atiborraban el mercado venezolano. “El déficit del gobierno en 1825 era de nueve millones de pesos, y en ese año la administración vivía de un empréstito británico”.¹⁶ En opinión de José Rafael Revenga –que fuera secretario de Relaciones Exteriores del gobierno colombiano– esa situación derivaba tanto del libre comercio como de la corrupción y anarquía fiscal que existía en los departamentos de Venezuela, donde

14. John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826*, Barcelona, Editorial Ariel, Colección Ariel Historia, 1976, p. 291.

15. *Ibid.*, p. 247.

16. *Ibid.*

la hacienda no existía para la República: se cobraban real o aparentemente todas las contribuciones, pero desaparecían aun antes de cobradas. Se debe muy poco a las directas, pero rarísimo ha sido el colector que ha rendido cuentas, ni que haya publicado lo que cada uno debía, o lo que había recaudado. Las aduanas litorales no producían ya casi nada para el Estado.¹⁷

En cuanto a la situación de la población, la revelaba de modo sintético una carta del intendente de Caracas, Pedro Briceño Méndez, enviada por entonces al Libertador, que decía: “El gran mal que tenemos aquí es la miseria. No puede describirse el estado del país. Nadie tiene nada y poco ha faltado para que el hambre se haya convertido en peste”.

Sin embargo, los efectos más perjudiciales del libre comercio se hicieron sentir en la antigua Audiencia de Quito, otrora el más desarrollado centro manufacturero hispanoamericano, el que en menos de medio siglo había sido afectado, sucesivamente, por el “libre comercio” borbónico (que arruinó a sus regiones interiores aunque favoreció a la exportación cacaotera de la Costa), por dos guerras de independencia (1809-1812 y 1820-1822), por la exacción de hombres y recursos para la campaña libertadora del Perú (1822-1825) y por la apertura comercial grancolombiana. En todo caso, cabe precisar que, tras la apertura de la ruta del cabo de Hornos y la consecuente pérdida del mercado peruano, la economía de la Sierra sur se había recuperado gracias a una creciente exportación de cascarilla (quina), en tanto que la producción manufacturera de la Sierra norte se había mantenido en parte gracias a una reorientación de sus exportaciones hacia la Nueva Granada, lo que a cambio le permitía obtener oro neogranadino y plata mexicana para monetizar su economía. Empero, todo ese esfuerzo de reconversión productiva y comercial de Quito se había ido a pique con la guerra de independencia, que anarquizó las rutas y flujos mercantiles, y sobre todo con la implantación del libre comercio en Colombia, que saturaba de textiles ingleses y desmonetizaba a sus antiguos mercados neogranadinos.¹⁸

La antigua Audiencia de Quito sufría, pues, los efectos acumulados de una ya larga crisis, que se combinaban ahora con los de la apertura comercial grancolombiana. Y si bien es cierto que ésta estimulaba las exportaciones del cacao de Guayaquil y la quina de Cuenca, Loja y

17. José Rafael Revenga, *La hacienda pública de Venezuela en 1820-1830*, Caracas, 1953.

18. “Los departamentos interiores del Sur, que bajo el sistema colonial se dedicaron en gran parte a la industria manufacturera de paños... y que se habían enriquecido en este ramo de industria, tuvieron que renunciar a sus ganancias, cuando las leyes de la república declararon el comercio libre. Incapacitados desde luego para competir con los géneros de Europa, sus fábricas se cerraron y los capitales empleados en ellas se destruyeron”. Daniel Florencio O’Leary, “Bolívar y la emancipación de Sudamérica”, en *Memorias del general O’Leary*, Biblioteca Ayacucho, tomo 2, Madrid, p. 667.

Guaranda, no es menos cierto que éstas no crecieron tanto como se esperaba, en razón de la crisis de mercados existente. En cualquier caso, el hecho incontrastable es que la balanza comercial del país de Quito fue gravemente deficitaria en el período 1821-1825, pues el valor de sus importaciones, valoradas en un promedio anual de 230 mil libras esterlinas, no alcanzaba a ser cubierto por sus exportaciones, que producían un promedio anual de aproximadamente 190 mil libras esterlinas.¹⁹ También en este caso la diferencia hubo de ser cubierta con créditos extranjeros o con el escaso numerario circulante en el país, el cual se redujo progresivamente, impidiendo el curso normal de los negocios. Este proceso de desmonetización trajo como consecuencia que los otros departamentos del distrito surcolombiano, los de Guayas y Azuay, se unieran al de Ecuador en la protesta contra la política económica colombiana.

Guayaquil tuvo una motivación adicional para repudiar la política económica de Santander: la quiebra de la Casa Goldschmidt, de Londres, contra la cual había girado el gobierno de Bogotá algunas letras de cambio, que luego fueron compradas por el comercio de Guayaquil. Esta quiebra y la consiguiente protesta de las letras en Inglaterra, “dieron un golpe mortal al comercio de Guayaquil”.²⁰

LA POLÉMICA DEL LIBRECAMBIO

Una situación tan crítica como la descrita, que se complementaba con un ya crónico déficit fiscal y un paralelo estancamiento productivo en varias regiones colombianas, causó de modo inevitable una crisis política de dimensiones, que a la vez tuvo como una de sus aristas la encendida polémica entre “librecambistas” y “proteccionistas”.

La primera protesta, aunque en tono respetuoso, salió de Quito, donde la Junta Provincial de Pichincha dirigió al gobierno de Bogotá, a comienzos de 1826, una representación en que manifestaba “el mal estado de las manufacturas del Ecuador” a causa del libre comercio.²¹

La siguiente protesta política vino de Venezuela, donde representantes de los municipios de los departamentos de Venezuela y Apure se reunieron en Valencia, en abril de 1826, y emitieron un acta que contenía graves acusaciones políticas y administrativas contra el general Santander, a cuyo gobierno acusaban de practicar un nocivo centralismo, de perjudicar con su política fiscal a los departamentos venezola-

19. John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826*, p. 292.

20. Daniel Florencio O'Leary, “Bolivar y la emancipación de Sudamérica”, en *Memorias del general O'Leary*, tomo 2, p. 739.

21. *Gaceta de Colombia*, 12 de marzo de 1826.

nos y de contratar ruinosos y oscuros empréstitos extranjeros, entre otras cosas.

Estimulados por la acción venezolana, los munícipes quiteños formularon también agudas críticas a la política económica santanderista, el 14 de julio de 1826, a nombre de toda la población del Departamento del Ecuador. En comunicación enviada al jefe del poder ejecutivo, por manos del capitán Francisco Montúfar, la protesta de la corporación municipal quiteña planteó, en esencia, que las leyes fiscales colombianas eran “la calamidad del Ecuador”, pues los ingresos públicos no alcanzaban a cubrir los gastos del erario a la par que el pueblo se hallaba mucho más gravado que antes y las autoridades oprimían a los ciudadanos a propósito de las recaudaciones; que el libre comercio había perjudicado de tal modo a la economía del departamento, que sus habitantes estaban resignados a morir antes que a satisfacer las abultadas exacciones fiscales; y, finalmente, que la crítica situación descrita y la insubordinación civil de Venezuela exigían una profunda reforma de la constitución de Cúcuta, para reorientar el rumbo de la República.

Preocupado con la rápida expansión de la protesta popular, Santander usó todos los medios legales y periodísticos a su alcance para justificar y defender su administración. No vamos a exponer aquí todo el detalle de ese largo y encendido debate político, sino que, por razones metodológicas y de extensión, nos limitaremos a seguir un aspecto del mismo, esto es, el que tiene relación con la polémica entre proteccionismo y librecambio.

En su extensa respuesta a la municipalidad de Quito, hecha a través de la Secretaría del Interior, Santander planteó una serie de opiniones que revelaban la esencia de su pensamiento económico. Decía:

En cuanto a la pobreza que experimentan los pueblos del Ecuador y las ruinas de sus fábricas u obrajes, el gobierno la deplora tanto como los mismos pueblos del Ecuador. Mas, ¿nacerá esto de la constitución de la República? ¿Podrá remediarse acelerando el período para reformar la misma constitución? De ningún modo. La ruina de las fábricas del Ecuador nace de la libertad de comercio por el cabo de Hornos (establecida por España), y de la abundancia y baratura de las mercaderías extranjeras. Que los fabricantes del Ecuador adquieran las máquinas y destreza de los europeos y sus fábricas no se arruinarán, porque sus productos serán más baratos que las mercaderías que vengan de Europa y Asia. Mientras no haya esto, o se ocurra al injusto remedio de prohibir la introducción de mercaderías extranjeras, para que unas pocas fábricas hagan el monopolio a costa del mal de la comunidad, el Ecuador no verá revivir sus fábricas. Antes, podrá reformarse la constitución muchas veces, sin que pueda variar la suerte de los fabricantes.²²

22. Nota oficial de la Secretaría del Interior, sección 3a., Bogotá, 5 de septiembre de 1826.

Entretanto, la situación política se precipitó en los departamentos del Sur, donde Guayaquil primero y Quito después se pronunciaron en asambleas públicas por el otorgamiento de poderes dictatoriales al Libertador Simón Bolívar, que para entonces preparaba su regreso desde el Perú.²³ De este modo, para cuando Bolívar pisó de nuevo suelo colombiano, en prácticamente todo el Distrito del Sur había una opinión pública favorable a su dictadura, que era vista como la única salida a la crisis política y económica que agobiaba al país.

Ese era, pues, el estado de cosas que encontró Bolívar a su llegada a Quito, en septiembre de 1826, y lo que lo llevó a crear Juntas de Beneficencia en los departamentos del Sur. Estas juntas estaban “compuestas de los vecinos más distinguidos por sus talentos, representación y patriotismo” y a ellas se les encargó la tarea de “meditar y proponer al Gobierno Supremo los arbitrios más adecuados para promover la felicidad, o por lo menos remediar los males que sufrían los departamentos meridionales de la República”.²⁴

La Junta de Beneficencia del Ecuador estaba presidida por el jefe Superior del Sur, general Juan José Flores, e integrada por tres influyentes propietarios quiteños: el doctor José Fernández Salvador, el coronel Vicente Aguirre y don José Modesto Larrea; a falta del presidente titular, debía actuar como tal el doctor José Fernández Salvador. Tras tres meses de trabajo, la Junta concluyó su detallado informe acerca de los problemas quiteños y sus posibles soluciones, el mismo que fue remitido a Bogotá por el Jefe Superior del Sur el 5 de enero de 1827. El amplio memorial quiteño comenzaba por hacer un recuento histórico del desarrollo de las manufacturas quiteñas, de su florecimiento mercantil y finalmente de los problemas que se habían ido acumulando en las últimas décadas en contra de éstas, provocando su decadencia y la ruina general de la región; a continuación pasaba a formular una serie de precisas recomendaciones para solucionar los problemas de la economía quiteña, entre las cuales constaban las siguientes: que los licores y artículos de un lujo refinado se recargasen de fuertes derechos de importación, y que se prohibiese introducir por los puertos de la República, desde Guayaquil hasta el Istmo, y en las provincias de Antioquia y del departamento del Cauca, las manufacturas extranjeras que pudieran ser reemplazadas por los artefactos de Quito.

El vicepresidente Santander –que había vuelto a encargarse del poder ejecutivo por hallarse Bolívar en Venezuela– encontró que el nuevo petitorio quiteño atacaba frontalmente su política de libre comercio, por lo que se valió de la prensa oficial para exponer, una vez más,

23. Esas asambleas de vecinos se realizaron el 28 de agosto y el 6 de septiembre, respectivamente.

24. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de Colombia*, tomo V, p. 307.

sus puntos de vista sobre el tema. Después de lamentarse por la situación crítica de Quito, el Vicepresidente manifestaba:

La ley de importación ha recargado de derechos no solo los licores que pueden destilarse en el país, sino los artefactos que puedan fabricarse: es verdad que nuestra última ley de importación no conoce reglas prohibitivas y ha establecido una escala de derechos sobre la base de cobrarlos moderados, porque la teoría de la economía política, y la experiencia de otras naciones han enseñado que el mayor producto de las administraciones no depende de cobrar derechos ecseivos, sino más bien de exijirlos moderados...

Sin embargo, es de meditarse por la autoridad correspondiente si el recargo de derechos en vez de una prohibición absoluta á los artefactos y cosas que el país puede producir conviene a la nación por algún tiempo y para ello nos parece que ha de consultarse no los principios de economía política sino la práctica de otros pueblos cultos, indagando si ellos formaron su riqueza y establecieron su poder ayudados de las restricciones y medidas prohibitivas...

En cuanto a la prohibición de que se importen paños de 2a, bayetas y lienzos de países extranjeros hay mayor dificultad, porque sería obligar a los pueblos de Guayaquil, de Antioquia y del Cauca a comprar más caros y de peor calidad los artefactos del Ecuador y poner dique a la perfección de los telares, una vez que tengan los fabricantes del Ecuador la seguridad de vender sus paños sin concurrencia alguna... Nosotros pensamos que si se les pregunta a Guayaquil, Antioquia y el Cauca (porque estos pueblos también tienen derecho de que se les nombre su comisión de beneficencia) si quieren tomar los paños, las bayetas y los lienzos de Quito bajo el pie de que nadie introducirá de estos géneros, seguramente responderían que no, y en tal caso se encontraba el Congreso o el Gobierno con dos voluntades contrarias, quizá sin hallar medio para conciliarlas.²⁵

Completando su razonamiento, Santander agregaba un párrafo cargado de sarcasmo, que a fin de cuentas pretendía ridiculizar los argumentos de los manufactureros quiteños:

Y luego (la provincia de) el Socorro podría pedir que se prohibiese la introducción de cotines, listados y mahones. Los curtidores que no se importasen cueros, los artesanos que no se importasen botas, alhajas, ropa hecha, sillas de montar, etc. Y el agricultor que no se importase arina ni grano, el ganadero que no se importases carnes, quesos ni jamones, y hasta las que fabrican chicha o guarapo pedirían que no se importase el vino.²⁶

25. *Gaceta de Colombia*, No. 285, 1 de abril de 1827.

26. *Ibid.*

Finalmente, incluía en su artículo una opinión construida sobre la teoría de la “vocación natural” de los países, opinión que parecería expresada por nuestros neoliberales de hoy:

En nuestro concepto el Ecuador no restablecerá su riqueza, sino abriendo comunicaciones cómodas y cortas con la costa marítima, y dedicándose a la agricultura de frutos de esportación, para lo cual brinda ventajas una parte de aquel territorio, y no le faltan brazos.²⁷

Pero la protesta de los pueblos quiteños contra el libre comercio no podía ser aplacada con una simple respuesta periodística; de ahí que Santander se viera en el caso de trasladar la cuestión al Congreso, consciente de que los liberales del cuerpo legislativo no reformarían en nada el sistema vigente. Decía en su nota al poder Legislativo:

Hago justicia al congreso en pensar que sus cuidados y vigilancia los extenderá oportunamente a examinar las leyes orgánicas, civiles y de hacienda, (contra) las cuales han levantado su voz algunas poblaciones en la pasada agitación del Ecuador, Guayaquil y Azuay. (...) Maracaibo el primero y después Guayaquil, Quito y Cuenca, manifestaron en sus actas el deseo de que se anticipase la reunión de la convención general como el medio de evitar la guerra civil y la ruina de la república.²⁸

Como era previsible, el Congreso colombiano desatendió la protesta quiteña y consagró con su inercia la continuidad del sistema de libre comercio. Pocos meses más tarde, el 10 de septiembre de 1827, Simón Bolívar reasumía definitivamente el ejercicio del poder Ejecutivo y Santander pasaba a un segundo plano. A partir de entonces, la crisis fiscal colombiana se vio paliada en parte por algunas medidas hacendarias tomadas por el Libertador; empero, el problema fundamental, la libre importación de mercancías extranjeras, continuó drenando hacia el exterior los disminuidos recursos del país.

SUCRE Y LAS ASPIRACIONES PROTECCIONISTAS DEL ECUADOR

En febrero de 1828 se reunió finalmente la gran Convención Nacional, a la que todos los pueblos de Colombia habían encargado la dura tarea de reformar la constitución y reorientar el rumbo de la nación. Mas la Convención de Ocaña, convertida en escenario de un duro enfrentamiento político entre bolivaristas y santanderistas, se mostró impotente para cumplir con su cometido, la reforma constitu-

27. *Ibid.*

28. “Santander al Congreso de la República”, Bogotá, mayo 26 de 1827.

cional, y terminó autodisolviéndose el 16 de agosto de 1827. Ello provocó un vacío de poder que Bolívar se apresuró a llenar, asumiendo la totalidad de poderes, de conformidad con lo que habían exigido de él las actas de la mayoritaria opinión nacional. El 27 de agosto, Bolívar emitió su famoso “Decreto Orgánico”, una suerte de constitución provisoria que limitaba su propia autoridad dictatorial y consagraba las libertades ciudadanas. Un día antes, en carta al general José Antonio Páez, Bolívar había hecho una afirmación que parecía referirse precisamente a la legislación hacendaria del régimen santanderino: “La legislación de Colombia no ha tenido efecto saludable, porque ha consultado libros extranjeros, enteramente ajenos de nuestras cosas y de nuestros hechos”.

Aun antes de proclamar su gobierno dictatorial, Bolívar se esforzó por moralizar la administración pública y reorientar la política fiscal. “Convencido cada día más de los fraudes que se cometen por varios comerciantes”, decretó la reorganización de las aduanas de la República, con el fin de aumentar los ingresos fiscales; por este mismo decreto estableció una revisión anual de aranceles, que permitiera reajustarlos prontamente.²⁹ Para el arranque del nuevo sistema, acrecentó el arancel de importaciones y, adicionalmente, fijó un “derecho de entrada” para ciertas mercaderías de lujo o que competían con la industria nacional (telas y tejidos, sombreros, aceites, jabones, manufacturas de cuero, muebles, aguardientes y licores, carnes saladas y ahumadas, pescado seco, harinas, sal, pólvora, cebo, etc.) y un impuesto adicional del 5% para las mercancías transportadas en barcos extranjeros.³⁰ Cosa interesante, el nuevo arancel liberó de todo derecho a la importación de instrumentos científicos, materiales didácticos, instrumentos para mejorar la agricultura, la navegación o las manufacturas domésticas de lana y algodón, plantas y semillas, mapas, libros e imprentas. En cuanto a los derechos de exportación, se fijó un arancel del 10% para toda materia prima, excepto café, quina, algodón, arroz, maíz y menestras; en un obvio estímulo a la industria y artesanía nacionales, se liberó de derechos a la exportación de cualquier producto manufacturado en el país.³¹

29. El decreto en *Gaceta de Colombia*, Nos. 352, 353 y 355, 19, 22 y 29 de junio de 1828, respectivamente.

30. Por un decreto anterior, Bolívar había resuelto el restablecimiento del estanco de aguardientes y la prohibición de importar aguardientes de caña y sus compuestos. Ver decreto en *Gaceta de Colombia*, No. 336, domingo 23 de marzo de 1828.

31. Ya investido del poder dictatorial, Bolívar decretó, el 23 de diciembre de 1828, la prohibición de exportar oro y plata no amonedados, el pago de un arancel del 1% para la exportación de monedas de oro y del 3% para la de monedas de plata, y la libre exportación de café, quina, algodón, arroz, maíz, menestras, trigo, cebada, harinas de trigo, cebada o maíz, y de mieles o azúcar bajo cualquier forma.

Fue en aquella circunstancia que se produjo la intervención del mariscal Antonio José de Sucre en la polémica sobre el libre comercio, la que, desde que Bolívar reasumiera el mando, había cambiado de actores y escenario, con los comerciantes protestando contra la política aduanera moderadamente proteccionista que había iniciado Bolívar.

Prácticamente al poco tiempo de haber vuelto a Quito, tras renunciar a la presidencia de Bolivia, Sucre dirigió a Bolívar una importante carta, en la que abogaba por una política proteccionista todavía más amplia, que incluyera en sus preocupaciones la realidad vigente en los departamentos interiores del país de Quito y, específicamente, la crítica situación del departamento del Ecuador. Decía en su interesante nota:

Será inútil hablar aquí de los arreglos de Hacienda. Ud. sabe que las bellas teorías nos han perdido y toda Colombia está persuadida de esta verdad por lo que ha sucedido en Venezuela. Indicaré otra vez que si no se prohíbe absolutamente en todo el sur la introducción de los artículos manufacturados ordinarios de lana y algodón, hasta la harina de trigo, estas provincias se arruinan y como la propia conservación es el primer deber del hombre, ellas alegarán un derecho indisputable para separarse de un Gobierno que las destruye. En casa no hay obraje, y por eso hablo con esta franqueza, porque no se me puede tachar de egoísmo. Observo que el descontento aquí crece cada día, que se quejan justamente de las leyes y del Gobierno; y que si estas gentes no han tomado ya un partido desesperado, es porque esperan un remedio de la autoridad de Ud. sin necesidad de una rebelión.³²

Bolívar quedó sumamente preocupado por el asunto, como lo revela su correspondencia; sin embargo, los preparativos y urgencias de Colombia por aprestarse para la defensa frente a una invasión peruana, acapararon la atención del gobierno de Bogotá, que postergó, una vez más, la resolución del problema económico quiteño. Como se sabe, el conflicto estalló finalmente cuando el gobierno del Perú, instigado por el partido santanderista de Colombia, decretó el bloqueo marítimo a los puertos colombianos en el Pacífico (agosto de 1828), y concluyó en su primera parte con la derrota del ejército peruano que dirigía el mariscal Lamar, en Tarqui (27 de Febrero de 1829), a manos del ejército colombiano comandado por el mariscal Sucre. Curiosamente, algunos influyentes sectores sociales de los departamentos colombianos del Sur sintieron como suya propia esa derrota del presidente peruano Lamar (hijo de Cuenca y lleno de vínculos familiares en Guayaquil), quien venía con el plan de segregar los tres departamentos de la antigua Audiencia de Quito, para formar con ellos la República del Ecuador, asumiendo luego la presidencia del nuevo Estado y dejando a Gamarra la presidencia del

32. "Sucre a Bolívar", Quito, 28 de noviembre de 1828.

Perú. Tras la firma del Tratado de Girón, comenzó la segunda parte de esa campaña, a causa de la negativa peruana a entregar Guayaquil y los aprestos colombianos para recuperar el puerto; al fin, la guerra terminó de un modo inesperado, pues las fuerzas opositoras peruanas dieron un golpe de Estado en Lima, defenestraron a Lamar y lo exiliaron a Centroamérica, iniciando luego negociaciones de paz con Colombia.

Fue solo tras esa campaña militar que Simón Bolívar volvió a ocuparse de las aspiraciones proteccionistas quiteñas, que no eran fáciles de atender en todo su alcance puesto que, como se dijo antes, Colombia se hallaba atada a onerosos tratados de libre comercio con Inglaterra y los Estados Unidos. Llegado al Ecuador para dirigir la recuperación de Guayaquil, el Libertador se reunió en Quito con Sucre y los sectores abanderados del proteccionismo, tras lo cual decretó la creación de una Junta de Distrito, integrada por diputados de las siete provincias surcolombianas, entidad a la que otorgó las siguientes atribuciones:

- 1a. Presentar al gobierno todas las peticiones útiles ó las provincias del Sur.
- 2a. Recibir las memorias que los colombianos del Sur le dirijan relativamente á las reformas administrativas i arreglos municipales, para estractar de ellas lo que sea útil al país y pasarlo al gobierno supremo con el informe respectivo.
- 3a. Formar y elevar al gobierno las minutas de decretos y reglamentos que juzgue conveniente para mejorar la hacienda pública, el réjimen municipal de los departamentos, i los demás ramos de la administración de las provincias.
- 4a. Dar su opinión fundada sobre los decretos de la administración jeneral de la República que sean perjudiciales ó inadaptables á los departamentos del Sur.
- 5a. Evacuar los informes que le pida el gobierno sobre las personas capaces de desempeñar los destinos públicos dentro del distrito, i denunciar aquellos que por incapacidad ó mala conducta no merezcan obtenerlos.³³

El decreto designó como presidente de la junta al Prefecto General del Sur, como vicepresidente al doctor José Fernández Salvador, y como miembros a un grupo de catorce ricos propietarios quiteños, en su mayoría favorables al proteccionismo; ellos fueron: por Pichincha, el coronel Vicente Aguirre y don Manuel Matheu; por Imbabura, los doctores José Modesto Larrea y José María Arteta; por Chimborazo, el coronel Juan Bernardo León y don José Álvarez; por Cuenca, el doctor Miguel Alvarado y don Benigno Malo; por Loja, el coronel Guillermo

33. Decreto del 11 de abril de 1829. El texto completo en *Gaceta de Colombia*, No. 413, 17 de mayo de 1829.

Valdivieso y el doctor Ramón Escudero; por Guayaquil, don Vicente Ramón Roca y el doctor José María Pareja; y, por Manabí, don Juan Caamaño y don Cristóbal Armero.³⁴

En lo posterior, atendiendo sugerencias de la Junta de Distrito, Bolívar decretó algunas medidas encaminadas a restablecer la economía quiteña y la hacienda pública: creó un Tribunal de Comercio en Guayaquil, útil para todo el Distrito del Sur; dispuso el remate público del monopolio del tabaco; restableció el tributo de indios, y autorizó que el pago de hipotecas sobre propiedades agrícolas pudiese hacerse en especie en vez de dinero, en atención a la falta de moneda circulante.

De otra parte, durante las charlas amigables que por aquel tiempo mantuvo Sucre con Bolívar en Quito, es evidente que el gran Mariscal reiteró a éste sus ideas económicas alrededor del libre comercio impuesto en Colombia y sobre la necesidad que había de tomar medidas proteccionistas a favor de las manufacturas quiteñas. Sucre fue más allá: dirigió cartas a personajes influyentes del gobierno colombiano, buscando que estos contribuyeran a crear en el gobierno una amplia conciencia acerca de la necesidad de proteger las manufacturas quiteñas de la ruinosa competencia de los textiles ingleses, so pena de que Colombia perdiera la fidelidad de los departamentos quiteños y estimulara, con su desatención, a las cada vez más fuertes corrientes secesionistas del sur. Una de esas cartas, dirigida al general Daniel Florencio O'Leary –un irlandés al servicio de Colombia– revela en toda su extensión la vocación nacionalista del Gran Mariscal. Decía el documento:

Muy de paso diré que aunque Mr. Necker asegura que los intereses de Quito se concilian aumentando alcabalas a los géneros que se trabajan aquí, le contestaría que el aumento de derechos es una incitación al contrabando, y una protección a la introducción de las manufacturas extranjeras, más y más perjudicial a los intereses de los fabricantes del país. Estos no piden sino la prohibición absoluta del paño de la estrella y de segunda; por tanto, los presumidos pueden muy bien ponerse casaca del de Sedán, etc., sin que se arruinen estos pobres manufactureros; con leyes de franquicia escritas muy bonitamente en libros, pero que no se practican ni en Francia ni en Inglaterra, donde no se permitiría a un pobre quiteño ni aún comer con un tenedor hecho en su país. La cuestión es bien sencilla, y ningún pueblo está obligado a someterse a leyes destructivas sino mientras la fuerza puede oprimirlo; y esto mismo es autorizar el derecho de rebelión. Los diputados mismos de Guayaquil en la Junta del Sur han solicitado la prohibición de internar en el sur paños de la estrella o de segunda; y es manía querer sujetar a estas infelices gentes a los quiméricos ensayos de aquellos libros; todos saben que por bien que ellos estén escritos, la práctica ha arruinado a Colombia. Una cosa es modifi-

34. *Ibid.*

car los impuestos gravosos y las leyes coloniales, y otra es la de dar protección a las introducciones extranjeras contra los intereses del país.³⁵

Esta epístola de Sucre junto con la anterior dirigida a Bolívar, permiten reconstruir con bastante fidelidad las líneas maestras de su pensamiento económico, que podrían resumirse así:

1. Sucre poseía una respetable cultura general y una no menos importante ilustración respecto a cuestiones económicas. Así lo prueban, en general, sus ilustradas opiniones y su mención –de pasada– a Necker, el ministro defenestrado de Luis XVI, cuyo *Tratado de la administración de la hacienda de Francia* resulta evidente que era conocido por el gran Mariscal. Es más, la ironía de esa mención tenía la evidente intención de sugerir que algún “Necker criollo” (¿José María del Castillo y Rada? ¿Alejandro Osorio Uribe?) se había inspirado en las teorías de aquel hacendista francés, para intentar elevar los ingresos fiscales del departamento del Ecuador gravando con mayores impuestos a las manufacturas quiteñas.
2. Percibió con aguda inteligencia el doble juego de las emergentes potencias capitalistas (Inglaterra y Francia), quienes –igual que hoy– predicaban el librecomercio para uso ajeno pero practicaban un mañoso proteccionismo, en busca de beneficiarse al máximo del intercambio mercantil internacional.
3. Conociendo en toda su dimensión el problema planteado por el libre comercio, se adhirió sin reservas al bando proteccionista y durante el lapso final de su vida (1828-1829) se convirtió en portavoz y defensor de los intereses manufactureros quiteños, los cuales, según comprueba su carta, eran compartidos incluso por los diputados guayaquileños a la Junta de Distrito del Sur.
4. La imagen final que proyectan esas cartas es la de un estadista cabalmente enterado de los problemas económicos y políticos de su país, que avizó con perspicacia la amenaza que la irrupción masiva de mercancías extranjeras significaba para la economía de los nacientes Estados americanos y que propugnaba una política de defensa del mercado interno y, en general, de los intereses nacionales.

Las opiniones de Sucre, a quien Bolívar veía ya como su sucesor natural en el gobierno de Colombia, pesaron definitivamente en el ánimo del Libertador, que hasta entonces se sentía atado en su política proteccionista por los compromisos derivados de los tratados de comercio firmados con Inglaterra y los Estados Unidos. Así, una vez recibidos en su cuartel general de Guayaquil los informes de la Junta Provisional

35. “Sucre a Daniel F. O’Leary”, 12 de junio de 1829.

de Distrito del Sur, el Libertador se apresuró a dictar el tan esperado decreto de protección de las manufacturas quiteñas. El documento rezaba:

Simón Bolívar, Libertador presidente de la república de Colombia, etc., etc., etc. Atendiendo á las repetidas reclamaciones que ha hecho el departamento del Ecuador, para que no se permita la introducción de algunos tejidos extranjeros de lana i algodón, como perjudiciales á la industria del país y al consumo de los jéneros de sus fábricas, que han sido en otro tiempo la fuente de riqueza de aquel departamento. I teniendo en consideración, que por su situación interior no puede dar consumo a los frutos de su agricultura, lo que le ha reducido á la mayor miseria, experimentando además todas las calamidades de la guerra; oído el dictamen de la junta provisional de Distrito del Sur; DECRETO: Art. 1o. Se prohíbe por los puertos del sur de la República, la internación de paños de la estrella y de segunda, bayetones, bayetas de pellón, de cien hilos y fajuelas, sanas, fulas, bajetas ó elefantes, encajes ó blondas de algodón, ponchos o ruanas de algodón i lana, fresadas ó cobertores de lana, tocuyos ó liensillos, sea cual fuere la procedencia de estas mercancías.³⁶

Adicionalmente, el decreto fijaba plazos de entre cuatro y seis meses para que la prohibición comenzara a tener efecto, según el lugar de procedencia de las mercancías, e imponía la pena de comiso para las que llegaren luego de esos plazos.

Con todo lo importante que fue en el plano político, el decreto proteccionista de Bolívar resultó tardío en varios sentidos. Por una parte, llegó cuando la industria textil y el mercado interno quiteños se hallaban prácticamente desbaratados y sin capitales ni empuje para su recuperación, toda vez que la sangría monetaria del comercio exterior había descapitalizado al país y la moda extranjera se había impuesto y dado un golpe de gracia al consumo de las mercancías nacionales. Por otra, llegó cuando una conjunción de fuerzas centrífugas se hallaban a punto de desmembrar a Colombia, y el último poder aglutinador, que era el mismo Bolívar, se encontraba ya minado por una enfermedad inexorable. Nueve meses más tarde, el 6 de mayo de 1830, Bolívar salía de Bogotá hacia Cartagena, en su viaje final, mientras se reunía en Valencia el Congreso Constituyente de la República de Venezuela. Una semana después, el mariscal Sucre, presidente del nuevo Congreso Constituyente colombiano y heredero político de Bolívar, salía de Bogotá hacia Quito, en un fatídico viaje que terminaría en las selvas de Berruecos, por acción de las balas asesinas. Alrededor de dos meses más tarde de su muerte, se reunía en Riobamba la Asamblea Constituyente de la República del Ecuador. Con ello acababa de morir la Gran Colombia y

36. El decreto fue expedido en Guayaquil, el 1 de agosto de 1829. El texto en *Gaceta de Colombia*, No. 431, del 20 de septiembre de 1829.

las potencias capitalistas del mundo se aprestaban a devorar más fácilmente a sus países herederos.³⁷

Para finalizar, cabe destacar que las apreciaciones políticas de Sucre fueron compartidas por otros destacados estadistas colombianos de su tiempo, como el venezolano José Rafael Revenga y los granadinos Juan García del Río y José Ignacio Márquez.

En su libro *La hacienda pública en Venezuela en 1820-1830*, publicado poco después, Revenga atribuyó la ruina de la industria colombiana a “la abundante introducción de muchos artículos que antes eran la ocupación de familias pobres”. Citando ejemplos, agregó: “el jabón extranjero ha puesto ya término a las jabonerías que antes teníamos en el interior, y... ya recibimos del extranjero aún las velas que se menudean a ocho el real, y aún pabilo para las pocas que todavía se hagan en nuestra tierra”, para concluir su análisis con una apreciación igualmente nacionalista: “Es sabido que mientras más fiamos al extranjero el remedio de nuestras necesidades, más disminuimos nuestra independencia nacional”.³⁸

Por su parte, José Ignacio Márquez, en su informe como secretario de Hacienda de la Nueva Granada a la Convención de 1831, acusó de la decadencia de la agricultura y la ganadería de su país a la ruina de las manufacturas textiles, que había dejado sin mercado a los productores de lana y algodón. Adicionalmente, Márquez denunció a la desmonetización del país como un efecto del libre comercio, afirmando:

Esta lasitud que se ha dado a la libertad de comercio, ha producido otro efecto no menos pernicioso: la disminución del capital moneda. No pudiendo nuestros frutos exportables nivelarse con los que se importan del extranjero, debemos cubrir el saldo con dinero sonante, y habiendo sido tan considerable este saldo en los años pasados, no han sido bastantes los rendimientos de nuestras minas para llenarlo. Así es que ha salido toda la moneda que se había estado acumulando en tiempos anteriores, cuando faltando el comercio libre y el gusto que desgraciadamente se ha introducido por el lujo... no había tantos objetos en qué consumir; se ha

37. Es conocida la animosidad que los Estados Unidos manifestaron a Bolívar y su gobierno, motivada tanto por su política anfictiónica cuanto por sus medidas proteccionistas. Poco antes de la separación de Venezuela, el cónsul norteamericano en La Guaira, J. G. A. Williamson, escribía a su gobierno una reveladora carta, en la que expresaba: “Los intereses comerciales de los Estados Unidos han sufrido mucho en Venezuela con el último arancel (dictado por Bolívar)... pues llega a ser prohibitivo para muchos artículos procedentes de los Estados Unidos. La harina de trigo paga nada menos que 8 pesos por barril. Al formarse el nuevo Gobierno (de Venezuela) no dudo que el arancel sobre la harina sea rectificado”. Citado por Jorge Núñez, “El Ecuador en Colombia”, en *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 6, p. 259.

38. José Rafael Revenga, *La hacienda pública de Venezuela en 1820-1830*, Caracas, 1953, pp. 95-96.

vuelto a exportar todo el producto del empréstito extranjero y hasta los metales que estaban en vajillas, y otros muebles, se han amonedado...³⁹

Por fin, Márquez hallaba que la falta de numerario había elevado las tasas de interés, volviendo imposible toda inversión. Consecuentemente con todo lo anotado, planteaba la implantación de un duro sistema proteccionista, que impidiera la importación de toda manufactura industrial o artículo agrícola que se produjese en la Nueva Granada, y gravase con altos aranceles la importación de bienes suntuarios.

Ironías de la historia, hasta el mismo Santander habría de reconocer implícitamente parte de los riesgos del librecambio cuando, en 1834, y ya en calidad de Presidente de la Nueva Granada, dirigió un mensaje al Congreso Nacional, informando sobre las negociaciones abiertas por su administración para lograr la reforma del “Tratado de amistad, comercio y navegación” que la fenecida Colombia suscribiera con la Gran Bretaña:

El tratado de Colombia con la Gran Bretaña celebrado bajo la influencia de muy particulares circunstancias, ...ha ido demostrando día tras día que no favorece con igualdad los intereses de la Nueva Granada por la sencilla razón de que las partes contratantes no son iguales en poder marítimo, en producciones, en riqueza, en capitales y en habilidad industrial. No era desconocida al gobierno de Colombia esta inmensa preponderancia... Pudimos saber que sobre ciertos puntos mercantiles eran tan terminantes las instrucciones de los plenipotenciarios británicos, que tenían orden de renunciar a la celebración del tratado si no obtenían las concesiones que solicitaban. De aquí provino la abolición de los derechos diferenciales, igualando los buques ingleses a los nacionales en el pago de derechos de importación, exportación, anclaje, etc., disposición que la experiencia ha ido demostrando que es perjudicial a la Nueva Granada porque ella no puede competir con la Inglaterra en producciones naturales, en manufacturas y marina mercante.⁴⁰

39. Informe del Secretario de Hacienda de la Nueva Granada a la Convención de 1831.

40. “Mensaje al Congreso de la Nueva Granada”, Bogotá, 14 de marzo de 1834. El texto en Francisco de Paula Santander, *Escritos políticos y mensajes administrativos, 1820-1837*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1988, pp. 201-204.

El asesinato del mariscal Sucre

Enrique Ayala Mora

UNA PARADOJA

Bajo el techo de la Iglesia Catedral Metropolitana de Quito descansan los restos de Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho, Vencedor de Pichincha y de Tarqui, primer presidente de Bolivia, el soldado más notable de las luchas independentistas y el militar a quien el Libertador quiso y respetó más. La historia de cómo terminaron sus restos allí es larga, porque pasaron setenta años de ocultamiento, temores, dudas, agrias discusiones, antes de que al fin se les diera sepultura digna. Paradójicamente, a pocos metros, en preferente lugar del mismo templo, están también las cenizas del general Juan José Flores, primer presidente del Ecuador. Hay que decir “paradójicamente”, porque fue a Flores a quien un Congreso de incondicionales designó “Padre de la Patria”, título que nadie dudaría ahora en conferir a Sucre con mucha mayor razón.

Al fin y al cabo, la vida de las naciones es así. Terminaron por descansar juntos los restos de quienes para algunos son el asesino y su víctima; pero para todos, sin duda, el sujeto de un crimen político y el beneficiario principal de ese crimen. La muerte de Sucre consolidó el poder de Flores en lo que solo días antes había comenzado a ser el Ecuador. Se abrió pues nuestra vida como país independiente sobre la “sangre de Abel”, para utilizar las palabras de Bolívar cuando supo del asesinato.

Pero, ¿quién mató a Sucre? Esta es una pregunta que ha venido formulándose desde cuando el hecho se dio. A su respuesta se han dedicado mayor cantidad de volúmenes y debates que a ningún evento similar en América Latina. Estos párrafos, en consecuencia, no pueden sino ofrecer algunas reflexiones sobre la variada literatura existente, apuntar los hechos más destacados y, si es posible, presentar a los lectores una respuesta a la pregunta, señalando a sus posibles asesinos.

Pero también intentan formular algunos comentarios sobre las implicaciones sociales del hecho.¹

EL CAMINO HACIA LA MUERTE

Muy poco después de clausurado el “Congreso Admirable”, que había presidido, y con el sentimiento de que Colombia caía en pedazos, Sucre había resuelto volver a Quito a reunirse con su familia.

Salió de Bogotá sin conocer aún la separación del Distrito del Sur, pero se enteró de ella en el camino. Lo acompañaba un grupo reducidísimo: el diputado por Cuenca, Andrés García Tellez; el sargento Ignacio Colmenares; su asistente, el sargento Lorenzo Caicedo; el “negro” Francisco y dos arrieros, a cargo de las mulas.² El Mariscal no había dado oídos a varias recomendaciones sobre el peligro de su vida, especialmente si tomado el camino más directo, cumplía con su objetivo de pasar por Pasto, una tierra en donde la gente lo odiaba de veras.³

Frente a los peligros de la guerra y la vida política, Sucre se había acostumbrado a vivir bajo amenazas y no parece que tomó las advertencias lo suficientemente en serio como para adoptar medidas de seguridad. En realidad, había sobrevivido ya a intentos de asesinato, uno de ellos protagonizado ni más ni menos que en Quito por allegados a Flores. El hecho se había producido en 1828.⁴ Por lo demás, parecía tener urgencia de llegar a su destino, quizá con la esperanza de salvar de alguna manera la unidad de Colombia. Enterado de la separación del Sur, escribió su última carta a un amigo quiteño diciéndole:

Yo llegaré pronto allá y les diré todo lo que he visto y todo lo que sé, para que ustedes vean lo mejor; y también todo lo que el Libertador me dijo a su despedida, para que de cualquier modo conserve esta Colombia, y sus glorias, su brillo y su nombre.⁵

1. La tónica de este ensayo es esencialmente histórica. Por ello, las consideraciones aquí contenidas apuntan fundamentalmente a esclarecer el hecho y sus proyecciones en la sociedad.
2. Alfonso Rumazo González, *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, Ed. Mediterráneo, 1968, p. 229.
3. Como se mencionará posteriormente, era de conocimiento general que Sucre era odiado en Pasto, no solo por su identificación bolivariana, sino por su actuación en la toma de la ciudad al final de las guerras de la independencia. Se lo responsabilizaba del saqueo y otros desmanes.
4. Así lo menciona el general Obando en *Apuntamientos para la historia*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1945. También lo corrobora un autor adversario suyo y más bien partidario de Flores, Antonio José Irisarri, *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, 1915. Ambas obras serán frecuentemente citadas en este texto.
5. Alfonso Rumazo González, *Sucre*, p. 226.

Pocos días antes de su llegada a Popayán, Sucre pasó por la ciudad de Neiva cuyo Gobernador era el general José Hilario López, con quien tuvo una discusión sobre el destino de Colombia. López, que habría de ser luego Presidente de Nueva Granada, era enemigo de Bolívar. Algunos autores lo implican en la muerte de Sucre, que se produciría en unos días.⁶ En Popayán descansaron un corto tiempo, pero cuando intentaron reanudar el viaje, se hallaron con el problema de que no contaban con suficientes cabalgaduras.

Una vez más varios amigos intentaron disuadirlo de su paso por las montañas de Pasto; puesto que ya insistió y siguiendo la marcha, avanzó hacia el sur por el valle del Patía, llegando al pueblito de Mercaderes, desde donde el miércoles 2 de junio se dirigió a cruzar el río Mayo y arribó al fin a una casucha, el “Salto de Mayo”. Así describe la escena Rumazo:

Se acomodan en el rancho difícilmente, porque son muchas las personas: el comandante de milicias José Erazo, dueño de casa; su compañera, Desideria Meléndez, en cama; dos hijos jóvenes, Cruz Meléndez (hijastro) y Tomás, y una hija pequeña; y cuatro soldados del batallón Vargas, dejados ahí por enfermos: Agustín Romero, Nicolás Morán, Mateo Jolla y José Fuentes. Nada hubo de extraño. Los viajeros durmieron profundamente, cansados con las jornadas.⁷

BERRUECOS

A la mañana siguiente reanudaron la marcha. En su camino, Sucre encontró a Erazo a quien había dejado en su casa y le comentó sobre la rapidez con la que lo había sobrepasado. Él le dijo que “traía una diligencia de mucha urgencia”.⁸ Luego de avanzar sobre una empinada cuesta, llegaron a la posada de La Venta. Allí, aunque el día no había terminado aún, ya fuera porque las acémilas necesitaban descanso, o porque Sucre sospechaba de un ataque al encontrar de nuevo allí a Erazo, resolvió pasar allí la noche y proseguir con la luz del día. A las tres de la tarde llegó a La Venta el coronel Gregorio Sarria que venía de Pasto con un comerciante cubano. Sucre los invitó a un trago de aguardiente. Luego Sarria salió acompañado de Erazo.

El 4 de junio salió el grupo de Sucre de La Venta a eso de las siete de la mañana. El Mariscal sospechaba una agresión y pidió a los demás

6. Así lo mencionan varios de los autores que se ocupan del hecho, aunque difieren entre ellos sobre la identidad de los asesinos.
7. Alfonso Rumazo González, *Sucre*, p. 239.
8. Estas y otras referencias se toman del texto del proceso investigativo instaurado para esclarecer el hecho. Lo citan varios autores.

que estuviesen precavidos.⁹ Luego de un trecho se hallaron en la húmeda selva de Berruecos. Los arrieros junto con el “negro” Francisco y el sargento Colmenares avanzaban adelante bastante lejos del Mariscal, del diputado y del sargento Caicedo que, en un momento se había retrasado para arreglar la cabalgadura. En un momento se oyó un grito desde la espesura. Algunos autores dicen que fue: “General Sucre”. Siguió un balazo y tres más. Sucre gritó: “¡Ay balazo!” y cayó al instante. Dos disparos le habían llegado a la cabeza y uno al pecho.

Sobrevino una gran confusión. García corrió sin volverse atrás. Caicedo se acercó al cuerpo de la víctima y logró luego distinguir a cuatro agresores “de color acholados, armados cada uno con su carabina, y al uno se pudo ver también tenía un sable colgado de la cintura”.¹⁰ Luego, viendo también amenazada su vida, corrió hasta Pasto con la noticia. Colmenares, al ver pasar en fuga a García luego de los disparos, mandó arrieros a ver lo sucedido; estos de vuelta contaron haber visto el cadáver. Y también todos ellos corrieron apresuradamente por el temor de ser víctimas de los asesinos. Pero en realidad no corrían peligro. Estos también fugaron muy rápidamente de la escena del crimen, dejando el cuerpo ya sin vida del Gran Mariscal abandonado sobre la tierra húmeda.

EL CADÁVER Y LOS CULPABLES

Desde la mañana del 4 de junio de 1830 en que cayó asesinado, el cuerpo del Mariscal de Ayacucho quedó abandonado e insepulto por un día. Caicedo, su asistente, trató de volver desde el sitio La Venta con gente para recogerlo a pocas horas del crimen; pero a pesar de que logró convencer a un militar que estaba de paso para que lo acompañara, cuando llegó con los soldados cerca del cadáver se apoderó de ellos el miedo y no llegaron siquiera a tocarlo, volviéndose a La Venta.¹¹ En unas horas llegó allí un arriero, que contó que había visto el cuerpo del Mariscal tendido en el suelo, sin signos de haber sido robado. Tomó el reloj y se lo entregó luego a Caicedo. Éste volvió una vez más al sitio del asesinato acompañado de un par de vecinos y llevó al cadáver a un lugar del mismo bosque llamado “La Capilla”. Lo desvistieron parcialmente para evitar el robo y lo dejaron allí.

Solo al día siguiente, Caicedo se atrevió a dar sepultura al cadáver, poniendo una simple cruz de madera sobre el improvisado túmulo. Después se fue a Pasto. El 6 de mayo, un grupo de tropa del bata-

9. Juan Bautista Pérez y Soto, *El crimen de Berruecos*, 4 vol., Roma, Escuela Tip. Salesiana, 1924.

10. Del proceso.

11. Juan Bautista Pérez y Soto, *El crimen de Berruecos*, p. 238.

llón “Vargas” que se había movilizado en búsqueda de los asesinos llegó a “La Capilla” y procedió a la exhumación del cadáver. El cirujano del Batallón, Alejandro Floom, practicó el reconocimiento: “resultó que el cuerpo tenía tres heridas: dos superficiales en la cabeza, hechas con cortados de plomo, y una sobre el corazón, que causó la muerte”.¹² El cadáver volvió a ser enterrado en el sitio, hasta que fue llevado a Quito tiempo después, por orden de la viuda, Mariana Carcelén.

Al conocerse la noticia en Pasto, el general José María Obando dispuso la persecución de los asesinos, pero él mismo diría luego: “No se pudo adelantar nada, ni capturar siquiera a uno de ellos: solo se hallaron las huellas que habían dejado”.¹³ Al mismo tiempo, informó del hecho a Juan José Flores en Quito y a Hilario López, prefecto del Cauca. Las versiones que dio del hecho, sin embargo, fueron muy diversas. Al primero le dijo, luego de contarle el hecho, que temía los posibles comentarios: “Cuanto quiera decirse va a decirse y yo voy a cargar con la execración pública...” y al hablar de los responsables decía: “todos los indicios están en contra de esa facción de esa montaña...”.¹⁴ Al segundo le dice en cambio: “los agresores fueron soldados del Ejército del Sur, que he sabido han pasado por esta ciudad”.¹⁵ Al general Isidoro Barriga, comandante General de Quito, por otra parte, le indicó que el autor del crimen había sido el “inveterado malhechor Noguera”.¹⁶ Al final, con el paso del tiempo terminaría culpando a Flores de los hechos, cuando, a

12. Del proceso.

13. José María Obando, *Apuntamientos para la historia*, p. 167.

14. Roberto Andrade transcribe la carta en su integridad: “Pasto, Junio 5 de 1830. Mi querido amigo: He llegado al colmo de mis desgracias: cuando yo estaba contraído puramente a mi deber y cuando un cúmulo de acontecimientos agobiaban mi alma, ha sucedido la desgracia más grande que podía esperarse. Acabo de recibir parte que el Gral. Sucre ha sido asesinado en la montaña de La Venta ayer 4: míreme Ud. como hombre público, y míreme por todos aspectos, y no verá sino un hombre todo desgraciado. Cuanto se quiera decir va a decirse, y yo voy a cargar con la execración pública. Júzgueme Ud. y míreme por el flanco que presenta siempre un hombre bien, que creía en este Gral. el mediador de la guerra actual que suscita. Si Ud. conociera esto con toda su frente, Ud. vería que este suceso horrible acaba de abrir las puertas a todos los asesinatos; ya no hay existencia segura, y todos estamos a discreción de partidos de muerte. Esto me tiene volando: ha sucedido en las peores circunstancias, y estando yo al frente del Departamento: todos los indicios están contra esa facción de esa montaña; quiso la casualidad de haber estado detenida en La Venta la Comisaría que traía con algún dinero, quedó ésta allí por falta de bestias, es probable hubiesen reunidos para este fin; pero como mandé bestias de aquí a traerlas, vino ésta, y llegaría la partida cuando no había la Comisaría, llegando a este tiempo la venida de este hombre. En fin, nada tengo que poder decir a Ud., porque no tengo qué decir, sino que yo soy un desgraciado con semejante suceso. En estas circunstancias, las peores de mi vida, hemos pensado mandar un oficial y al Capellán del ‘Vargas’, para que puedan decir a Ud. lo que no alcanzamos. Soy de Ud. su amigo, José María Obando” (Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, tercera parte, Quito, Corporación Editora Nacional, 1983, pp. 182-183).

15. Alfonso Rumazo González, *Sucre*, p. 247.

16. *Ibid.*, p. 247.

su vez, éste y sus adversarios políticos neogranadinos lo responsabilizaron a él como autor intelectual de la muerte.

José María Obando cargó, desde entonces, a lo largo de su extensa y agitada vida pública con la acusación de haber sido el instigador del asesinato. Pero eso no le restó ni prestigio entre los liberales colombianos, ni simpatías muy grandes entre los grupos de poder regional que respaldaron su acción política. A poco del asesinato de Sucre, fue uno de los líderes de la insurrección que llevó al poder a los liberales, pasando a ser Ministro de Guerra, luego de haber ejercido por unos pocos meses la jefatura de Estado. Tuvo un papel protagónico en los conflictos por la posesión de Pasto que se dieron entre Nueva Granada y Ecuador en tiempos de Flores. En 1839 se lo apresó acusándolo del crimen, pero a poco estaba liderando un nuevo levantamiento. En 1840, aceptó ser juzgado por el delito, pero fugó luego. Fuera del país en 1842, publicó en Lima sus *Apuntamientos para la historia* en que se defendía de los ataques de sus adversarios. En 1849 volvió al país en el Gobierno de su amigo José Hilario López. Fue electo miembro del Congreso y presidente de la Cámara de Diputados. En 1853 fue electo presidente de la República, pero luego de un impase con el Congreso, sufrió destitución legal del cargo, que ejerció hasta 1854. En 1860, aliado con su viejo adversario el general Mosquera, se alzó en armas. En esa campaña sufrió una derrota y cuando trataba de huir cayó del caballo y fue asesinado a lanzadas en el sitio de “Cruz Verde”.¹⁷

El asesinato de Sucre estuvo, pues, ligado estrechamente a la vida de Obando, para cuyos adversarios la acusación fue un poderoso instrumento; aunque el haberse convertido en víctima y la ardorosa defensa que hizo de su caso, le valieron también muchas simpatías. Para Flores también el crimen fue una constante imputación, aunque en mucho menor grado. Las acusaciones, más bien, se reactivaron cuando sus familiares continuaron como primeras figuras en la política por años. La “dinastía mastuerzo” la llamarían. Hay, en consecuencia, dos versiones fundamentales de la muerte de Sucre, que revisaremos posteriormente, no sin recordar brevemente el destino de sus restos mortales.

UN SEPULCRO CLANDESTINO

Doña Mariana Carcelén y Larrea, Marquesa de Solanda, viuda de Sucre, hizo traer el cuerpo en medio de su descomposición a la capital desde Berruecos, donde se lo había enterrado provisionalmente.¹⁸ Por

17. Antonio J. Lemos Guzmán, *Obando, de Cruz Verde a Cruz Verde*, Bogotá, Colección Biblioteca Caja Agraria, 1978.

18. Algunos escritores afectos a Obando cuestionan la solicitud de la Marquesa por rescatar los restos de su marido. Hubo, según dicen, una sospechosa distancia de tiempo

un tiempo se lo conservó en la capilla de la hacienda “El Deán”, para luego trasladarlo en total secreto al Monasterio de El Carmen Moderno de Quito, donde fue enterrado cerca del altar. La Marquesa rodeó siempre al asunto de misterio, tratando de proteger el cadáver del Mariscal de las profanaciones, especialmente durante las administraciones de Flores, de quien siempre tuvo sospecha de que había tenido que ver con el crimen. Poco tiempo después de ese hecho, se casó con el general Isidoro Barriga que por imprudencia, según algunos, o por premeditada acción, según otros, dejó caer de un balcón a la pequeña hija de Sucre, que murió por esa causa. Luego de enviudar de nuevo, vivió una vida de retiro hasta su muerte en 1861.¹⁹

La Marquesa había hecho correr el rumor de que el cadáver se hallaba en la iglesia de San Francisco, en donde se lo buscó reiteradamente. Allí se hicieron averiguaciones en tiempo de la presidencia del Dr. Cordero, cuando el Gobierno de Venezuela reclamó el cuerpo mediante un canónigo pariente del Mariscal. Pero solo en 1900 en que, mediante un oficioso aviso, se descubrió el secreto del paradero de los restos, los huesos fueron examinados por un grupo de médicos que establecieron que eran los de Sucre.²⁰ Entonces se trasladaron a la Catedral Metropolitana en un acto solemne presidido por el presidente de la República, don Eloy Alfaro. Federico González Suárez, entonces obispo de Ibarra, pronunció lo que se dice ha sido la más brillante pieza oratoria de su género en memoria del Gran Mariscal. Después del crimen, había llegado, al fin, “la hora de la reparación”.²¹

entre el crimen y el traslado de los restos a Quito (Cfr. Luis Martínez Delgado, *Berruecos*, Medellín, Editorial Bedout, 1973, pp. 52 y ss.).

19. La Marquesa conservó un gran prestigio y respetabilidad en Quito luego de su doble viudez. Por años recibió una pensión de montepío militar.
20. Luis Robalino Dávila transcribe el texto: “Teniendo en cuenta:
 - a) la perfecta conformidad que guardan las lesiones del cráneo con las desgarraduras que se encuentran en el sombrero que llevaba la víctima el día del horroroso crimen;
 - b) las particularidades de la configuración de la cabeza, particularidades que resaltan mejor comparando el perfil trazado con los retratos auténticos del Gran Mariscal;
 - c) las lesiones encontradas en el antebrazo derecho, que bien pudieran ser consecuencia del atentado cometido en Chuquisaca el 18 de Abril de 1829;
 - d) y los demás pormenores de pública notoriedad que suministra la historia contemporánea.
 La Facultad de Medicina de la Universidad Central del Ecuador, unánimemente cree: que está comprobada la identidad de los restos encontrados en la iglesia del Carmen Moderno, como que son del general Antonio José de Sucre” (Luis Robalino Dávila, *Eloy Alfaro y su primera época*, vol. 2, Puebla, Ed. Cajica, 1974, pp. 314-320).
21. *Obras oratorias de Federico González Suárez*, Quito, Biblioteca Grupo Aymesa, 1992, p. 368.

UNA MUERTE ANUNCIADA

El 1 de junio de 1830, tres días antes del asesinato del mariscal Sucre, el periódico *El Demócrata* de Bogotá, publicado por un círculo de liberales granadinos feroces enemigos de Bolívar, decía: “acabamos de saber, con asombro, por cartas que hemos recibido del correo del sur, que el general A. José de Sucre ha salido de Bogotá, ejecutando fielmente las órdenes de su amo...”. Luego de encendidas acusaciones y duros insultos contra Bolívar y Sucre, *El Demócrata* concluye confiando en Obando, “amigo y sostenedor firme del Gobierno de la libertad...”. Dice: “Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar”.²²

Para la tradición historiográfica conservadora de Colombia y Ecuador, ésta fue ni más ni menos que la sentencia de muerte de Sucre, dictada por escrito y con el señalamiento explícito de su principal ejecutor: Obando. Vamos en los siguientes párrafos a seguir esa interpretación.

Antonio José de Irisarri y Juan Bautista Pérez y Soto son dos de los principales acusadores de Obando. Según ellos, cuyos trabajos han seguido la mayoría de quienes han tratado el tema, una conspiración radical urdida en Bogotá determinó la muerte de Sucre. Un club “septembrista” especialmente formado para el efecto, tuvo varias reuniones secretas en una casa del centro de Bogotá y, cuando Sucre iba a salir de la ciudad hacia el sur, envió con diferencia de horas un posta, José Manuel Elizalde, que llevaba la noticia y la instrucción del asesinato hacia el sur. Los escritos los había preparado Luis Montoya.²³

La posta antecedió un corto tiempo a Sucre en su llegada a Neiva y allí entregó una carta que traía de Bogotá para Obando al canónigo Manuel José Mosquera, entusiasta bolivariano que, sin saber su contenido, se la hizo llegar prontamente a su destinatario. Es importante destacar que si el comedido canónigo no supo nada del contenido de la misiva, como quedó dicho, tampoco nadie tiene evidencia de que allí se incluyeron instrucciones o insinuaciones sobre la muerte de Sucre; pero la secuencia del hecho es, en todo caso, interesante porque el canónigo afirmó luego que como respuesta a su nota con que acompañaba el sobre cerrado, Obando le dijo: “Sucre no pasará de aquí”.²⁴

22. Citado por Alberto Gutiérrez, *La muerte de Abel*, La Paz, Universidad Mayor de San Andrés, 1995, pp. 129-132.

23. Pérez y Soto trae una extensa documentación sobre este grupo y su vinculación al periódico *El Demócrata*.

24. Este testimonio lo ofrece el propio Mosquera. Lo publica Pérez y Soto (*ibid.*).

El 28 de mayo llegó a Pasto procedente del sur el coronel venezolano Apolinar Morillo que decía haber sido expulsado por Flores. No está claro si él lo buscó u Obando lo encontró, pero lo cierto es que se entrevistaron. Luego Morillo declararía que entonces recibió el encargo de asesinar a Sucre. Obando le indicó que debía ir a Salto de Mayo y contactar con José Erazo y entregarle una nota sin fecha de su puño y letra que decía: “Mi estimado Erazo: El dador de ésta le advertirá de un negocio importante, que es preciso que lo haga con él. Él le dirá a la voz todo y usted dirija el golpe”.²⁵ Conocedor de la consigna de Bogotá, Obando encontró en Morillo un ejecutor ideal para el crimen. Erazo, con antecedentes criminales conocidos, había ya prestado servicios a Obando en el pasado, según el mismo general luego reconoció. A ellos se unió el coronel Juan Gregorio Sarria, procedente de Pasto también. Como ya quedó dicho en párrafos anteriores, Sucre pernoctó en la casa de Erazo y hasta invitó un trago a Sarria.

Posteriormente, Erazo junto con tres peones licenciados del ejército, Andrés Rodríguez, Juan Cuzco y Juan Gregorio Rodríguez, prepararon el golpe y lo ejecutaron bajo la dirección de Morillo. Aparte de habérsele visto horas antes junto a ellos, no hay ninguna evidencia adicional sobre la de Sarria en el hecho concreto del asesinato, aunque bien pudo haberlo presenciado a distancia para dar parte de él. Morillo y los tres peones se apostaron en la espesura de la selva de Berruecos y dispararon contra Sucre cuando atravesaba el angosto sendero. De los testigos, solo Caicedo, el asistente del Mariscal, logró ver a los agresores y los describió ligeramente como de rasgos “acholados”. Uno de ellos llevaba espada al cinto. Parecería que fue Morillo.

EL PESO DE LAS EVIDENCIAS

El proceso instaurado por el crimen fue largo y se presentaron en él gran cantidad de pruebas y declaraciones. Sin embargo, dos serías evidencia son las más pesadas en contra del general Obando. Primero las declaraciones de Morillo y Erazo. Segundo sus propias cartas, abundantes y comprometedoras.

Años después del asesinato, sus dos principales ejecutores materiales lo confesaron. Erazo cayó preso por revoltoso en 1839 y “provincialmente”, según lo dice el Dr. Antonio Flores, equivocó la causa de

25. Este documento, quizá el más importante de todo el proceso, se lo transcribe en numerosas obras, tanto de los acusadores como defensores de Obando. No está en discusión su autenticidad, sino la fecha en que fue escrito. Obando dijo que lo hizo tres años antes sobre un caso totalmente distinto.

su aprehensión y contó su versión.²⁶ En otras circunstancias, Morillo fue aprehendido y enjuiciado. Obando aceptó un careo con él. Allí surgieron varias inconsistencias en sus sucesivas declaraciones. Fue, sin embargo, declarado culpable y condenado a morir fusilado. La sentencia se ejecutó en la Plaza Mayor de Bogotá el 30 de noviembre de 1842. Circuló entonces una hoja volante con su firma en la que confesaba el crimen, ejecutado, según él, bajo obediencia al general Obando.²⁷

Erazo murió en prisión también en 1842, sin que concluyera la causa en su contra por el asesinato de Sucre. Varios biógrafos del Mariscal afirman que todos los demás actores perecieron en forma violenta. Andrés Rodríguez, según declaraciones de la mujer de Erazo, Desideria Menéndez, murió repentinamente en una caída de la cabalgadura.²⁸ Cuzco murió en casa de Erazo a pocos días del crimen de Berruecos y Rodríguez, el otro, murió también muy pronto en un cuartel.²⁹ No cabe duda de que alguien los silenció para evitar que declararan.

En cuanto a Obando, cargó toda su vida con la acusación del asesinato, como él mismo lo había predicho. Y en ello, sus propios escritos lo comprometían. Nunca negó, por ejemplo, haber escrito la nota a Erazo, pero dijo que lo hizo tres años antes para ejecutar una celada contra otro bandido.³⁰ Ese papel, que logró conservarse, sin embargo, es concluyente. La explicación que dio Obando es tanto más increíble cuanto más argumentos puso el General para explicarla. Más aún, hay evidencia de que el general Obando protegió a Morillo luego del crimen. Decía en una carta a López, también acusado de complicidad en el crimen:

Mi amado Hilario: Te recomiendo al pobre comandante Morillo; aconséjalo de que no beba, que no se desacredite y que cuente con nuestra protección. Éste podrá sernos útil y en este asunto dirá todas las picardías de Flores (...). Te lo recomiendo mucho, mucho, y debes tratarlo bien, como a un pobre oficial que ha servido mucho, mucho.³¹

26. Antonio Flores Jijón, *El Asesinato del general Sucre y el discurso de Monseñor González Suárez*, París, Imprenta de Wattier Hermanos, 1900, p. 9.

27. Parte del texto de este documento dice: "Cometí es verdad un delito, pero mi corazón no participó de él; mi acción fue criminal, pero mis sentimientos jamás lo fueron... Un destino funesto quiso que el exgeneral José María Obando, que tenía meditado el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, de acuerdo con otros señores, cuyos nombres no debo expresar en estos momentos, mas, cuando la opinión pública los señala con el dedo, me escogió por instrumento, para entender en aquel crimen perpetrado en un hombre justo a quien yo respetaba" (Antonio José Irisarri, *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*, p. 144).

28. Alfonso Rumazo González, *Sucre*, p. 254.

29. *Ibid.*, p. 254.

30. En efecto, el argumento fue que era una instrucción que dio a Erazo para sorprender a Noguera, un famoso salteador de la época, a quien, intentó capturar tres años antes. Pero esto es sencillamente ridículo.

31. Esta carta es terriblemente debatida. Hay varias versiones de ella. Una la da Pérez y Soto, otra Antonio Flores. La primera parece más ajustada a la realidad.

A esto hay que sumar las ya comentadas contradicciones en su versión inicial de los hechos. En cuatro cartas diversas dio igual número de versiones distintas, para al fin terminar por acusar a Flores, a quien meses antes había dicho por carta: “Pongámonos de acuerdo don Juan: dígame si quiere que detenga en Pasto al general Sucre o lo que deba hacer con él”.³² Allí está otra punta de la trama que debe examinarse.

EL OTRO CULPABLE

A lo largo de su contradictoria carrera política, el general José María Obando bregó por limpiar su nombre del asesinato de Sucre. Junto a él, buen número de sus partidarios hicieron también esfuerzos en ese sentido. Aún hoy se considera vital en ciertos círculos liberales colombianos que el nombre de uno de sus fundadores no ha de mancharse con semejante crimen, aunque Sucre fuera “godo” y bolivariano. Gran cantidad de autores, con ciertas diferencias unos de otros, repiten y fundamentan la original defensa de Obando y su acusación contra Flores. En el Ecuador, desde luego, los antifloresanos, los liberales que combatieron al “terrorismo” con Eloy Alfaro a la cabeza, acusaban a Flores también. Además del propio Don Eloy, Roberto Andrade es el más importante exponente de esta posición.³³

En términos generales, esta versión descansa sobre el supuesto general, y muy sólido desde luego, de que Flores era el hombre más interesado en el mundo en la desaparición de Sucre, y que cuidadosamente había planificado la separación del Sur. Con el Gran Mariscal de vuelta, o bien se hubiera luchado para mantener a Colombia unida, o él hubiera sido el primer presidente del Ecuador. De allí que hiciera el esfuerzo de una cuidadosa conspiración para poner fuera de su camino al Mariscal. Hay algunos testimonios de quienes años después afirmaron que Flores les propuso el asesinato de Sucre, pero no lo aceptaron.³⁴

32. También este texto es citado abundantemente por todos los autores del tema. Tomamos este texto de Irisarri (Antonio José Irisarri, *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*, p. 56). Hubo una siguiente carta que decía: “... Lleva a usted un recado preventivo de las miras de D. Antonio José de un Diputado del Sur. Usted, usted, usted y solo usted, debe contar con mi amistad, persuadirse de la posición de ambos y que nuestra íntima, buena y franca inteligencia mantendrá la común tranquilidad y futura felicidad: no se desvíe de mi amistad, que el peligro es más grande que lo que se piensa: Si las cosas se ponen de pero data, querría hablar con usted; para ello yo iría a Tulcán, si a usted le parece; pero de un modo tan privado que solo usted y yo sepamos nuestro viaje; de otro modo no convendría”.

33. Alfaro buscó documentación en Lima y se la entregó a Andrade, quien, en cambio, usó en su *Historia* buena parte de la documentación recogida por su hermano don Julio en Bogotá.

34. Andrade cita los famosos manifiestos “a la Nación” de Rocafuerte en que menciona el testimonio en este sentido del coronel Bravo, que se negó a aceptar la propuesta de Flores de asesinar a Sucre (Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, tercera parte, p. 165).

Al fin Morillo fue el elegido. No habría, pues, salido de Quito expulsado, sino en acuerdo con Flores, fingiendo un disgusto con él, comisionado en realidad a dirigir el abaleamiento del Gran Mariscal.³⁵ Obando en su defensa logró demostrar que las versiones de Morillo no pudieron ser sostenidas en el careo, que él no estaba en Pasto cuando el asesino dijo que lo visitó, pero aceptó haberlo llamado en esos días para ayudarlo en su búsqueda de colocación. Por otra parte, también Obando pudo luego argumentar que el mismo Morillo meses antes de su declaración en que los incriminaba, emitió un documento en que declaraba: “Me hallo inocente del asesinato del referido general Antonio José de Sucre, lo mismo que el general José María Obando, pues no he recibido de él la orden que se le atribuye haberme dado...”.³⁶

Según los defensores de Obando, tanto Erazo como Morillo fueron chantajeados y sobornados para hacer sus declaraciones, destinadas a implicar en el crimen a Obando, una de las importantes figuras políticas de Nueva Granada. Se afirma, inclusive, que a Morillo se le prometió que solo fingiría su fusilamiento, a cambio de la declaración que incriminaba a Obando. Unos sostienen que Morillo murió creyendo que se le disparaban balas de salva para luego sacarlo de escena; mientras otros opinan que en verdad quedó vivo luego de la fingida ejecución y vivió años bajo otro nombre. Lo cierto es que Morillo, inconsistente y débil, cambió sus versiones varias veces, lo cual hace pensar que nunca dijo la verdad completa.

LAS MUTUAS ACUSACIONES

Obando y sus defensores repiten insistentemente un argumento de lógica a su favor. Desde el punto de vista de un político, y Obando lo era de la mejor calidad, era absurdo que se planificara un crimen de tanta envergadura justamente en territorio que estaba bajo su jurisdicción, lo cual le haría inmediatamente sospechoso. Era Flores el interesado en que Sucre desapareciera en circunstancias en que podría culpar a otro. En este sentido, hay un elemento del asunto que implica definitivamente a Flores, uno de cuyos hombres de confianza estuvo en Pasto justamente en los días del crimen y con un pretexto verdaderamente fútil.

Paralelamente al viaje de Morillo a Pasto, expulsado o con la consigna del crimen, también viajó a la misma ciudad el coronel Manuel Guerrero, enviado confidencial de Flores para entrevistarse con Obando

35. Esta fue, en realidad, una interpretación anterior a Andrade. Fue Obando quien la mencionó primero en sus “Apuntamientos”.

36. Luis Martínez Delgado, *Berruecos*, p. 158.

y contestar personalmente las comprometedoras cartas a que ya se hizo referencia en párrafos anteriores. Resulta ridículo pensar que Flores enviaría a su hombre a Pasto solo para expresarle vagas promesas de buena voluntad sobre la ya disputada anexión de Pasto al Sur. Es claro que Flores no quería dejar escrito algo más que tenía entre manos con Obando y por ello envió un delegado de confianza. Lo que sí quedó escrito es una carta un poco anterior de Flores a Obando en la que en los términos de la mayor camaradería y cariño, acepta la invitación a reunirse en Tulcán.³⁷

Roberto Andrade va más allá cuando dice que la verdadera responsabilidad del “tuerto” Guerrero, como lo llamaban, era coordinar el asesinato que dirigiría Morillo. Aporta para ello algunas pistas. Guerrero viajó con mucho dinero del Gobierno, parte del cual recogió en Ibarra. A base de una publicación realizada por el teniente coronel Ignacio Sáenz en 1832, establece que un grupo de soldados fueron escogidos entre el Escuadrón de Granaderos de “Cedeño” para ser enviados secretamente a Pasto a órdenes de Guerrero para ejecutar el crimen. Recoge también varios testimonios de quienes vieron desplazarse en los últimos días de mayo y principios de junio al grupo de soldados clandestinamente al norte. Llegados a su destino, Guerrero los puso a órdenes de Morillo, que dirigió la operación.³⁸

La versión de Andrade, que varios autores colombianos citan, así como el texto que se hizo por encargo de don Eloy Alfaro, son poco concluyentes en cuanto a probar sin lugar a dudas que Flores fuera el único autor intelectual. Es simplemente insostenible, por ejemplo, que en su esfuerzo por culpar a Flores, absolvieron sin más a Obando. Pero a base de la documentación que ellos ofrecen, la implicación de Flores en el asunto queda clara. El problema, desde luego, es precisar el carácter específico de esa implicación.

El análisis de Roberto Andrade es muy sólido en la comparación de los testimonios rendidos primero en Pasto y luego en Quito. Logra el autor probar que los mismos testigos, una vez ya bajo el control de Flores en la capital ecuatoriana, cambiaron, a veces sensiblemente, sus testimonios, de modo que Obando quedara implicado y Flores libre de sospecha. Con la declaración de Caicedo, asistente de Sucre, Andrade establece que las diferencias entre lo que dijo en Pasto ante un Juez Civil, difiere de lo que dijo en Quito, luego ante un juez militar, cuando “ya estaba de sargento y no tenía vacía la bolsa”.³⁹ Todo ello deja duda del interés de Flores en manejar todas las evidencias contra Obando.

37. Se citará más adelante el texto de esa carta, pero conviene retener en la memoria el hecho de que Flores y Obando iban a reunirse en la frontera para discutir una cuestión reservada que les convenía a los dos.

38. Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, tercera parte, pp. 164-215.

39. *Ibid.*, p. 193.

Hay, por fin, un hecho significativo que debe destacarse. Flores abandonó Quito poco antes del crimen y viajó a Guayaquil. No sería la última vez que haría una conveniente retirada antes de que se cometiera un crimen que lo beneficiaría. Así habría de actuar también cuando el crimen de “El Quiteño Libre”, pocos años después. Y lo que es más, también hay afirmaciones de que se anunció justamente en Guayaquil el asesinato de Sucre, días antes de que ocurriera.⁴⁰

ENCONADO DEBATE

Pocos días después de la muerte de Sucre, escribía en su diario don José Manuel Restrepo, una de las plumas más respetadas de Colombia:

Se ha confirmado la noticia de la muerte del general Sucre el 4 de éste. Se le hallaron tres balazos, y dos al macho en que iba. Se asegura que los asesinos lo dejaron muerto sin quitarle nada de lo que llevaba, lo que prueba que no fue por robarle. Indican de Popayán que ha sido obra del general Flores, quien dice envió un oficial y cuatro dragones por caminos extra-viados. Otros sospechan de los generales Obando e Hilario López, de Popayán. El periódico titulado *El Demócrata* dijo aquí, en 1 de este mes, antes que sucediera el asesinato: “Puede que Obando haga en Pasto con Sucre lo que aquí debimos hacer con Bolívar”. Este deber en el lenguaje de los demagogos fue *asesinarlo*. Sin embargo nada podemos asegurar, y aún puede ser que la muerte de Sucre sea obra del resentimiento de algunos pastusos, pues había hecho la guerra contra ellos.⁴¹

Aunque se afirma que la frase fue escrita posteriormente al día en que aparece fechada, de todas maneras la impresión de Restrepo era de perplejidad ante el hecho. Desde los primeros momentos se habló de la conspiración de los jacobinos de Colombia, cuyo brazo ejecutor fue Obando. Se dirigió también la mirada al beneficiario del crimen: Flores. Pero no se descartó la posibilidad de una venganza menos política y quizá un poco más personal de los pastusos, feroces enemigos de Sucre, que entró en Pasto a sangre y a fuego, con un saldo de muertos y abusos convenientemente oculto en la historia oficial. Cabe pues, la remota aunque no desechable posibilidad de que Morillo y Erazo actuaran bajo consigna, pagados por alguna misteriosa mano vengadora del anonimato pastuso. Esta posibilidad, empero, se ha venido sosteniendo cada vez menos por falta de evidencias y, sobre todo, por-

40. También esto lo mencionan no solo los adversarios de Flores, sino también los adversarios de Obando.

41. José Manuel Restrepo, *Diario político y militar*, tomo II, Bogotá, Imprenta Nacional, 1954, p. 96.

que ninguno de los autores confesos en sus numerosas versiones del crimen la mencionaron.⁴²

LA CULPA DE OBANDO

Vengamos pues a la versión más difundida y más fuertemente sostenida por las pruebas: Obando ordenó el crimen a Erazo y Morillo, que luego confesaron. Es preciso, sin embargo, observar que la confesión de los dos autores materiales no fue obra de la “providencia” como el devoto hijo del general Flores lo sostiene, sino un hecho político en medio de una feroz lucha por el poder en Nueva Granada. El segundo proceso instaurado contra Obando y los demás se realizó como un claro recurso político para desprestigiar al caudillo, bajo presión, si no por inspiración, del general Herrán, jefe de sus adversarios. Que la confesión de Morillo se usó como arma política y que su último “Manifiesto” fue fraguado son hechos incontestables. Pero el que entonces Morillo haya dicho la verdad es otra cosa. También un mentiroso inveterado puede decir la verdad a veces. Y parece que sí la dijo porque a pesar de lo ardoroso de su defensa, de las contradicciones que hace notar en sus denunciadores, Obando nunca pudo explicar tres cosas: sus arreglos con Flores para deshacerse de Sucre antes del 4 de junio; la carta a Erazo pidiéndole que dirija la operación; y, su protección a Morillo luego del crimen.

Pesa también la ausencia del móvil. Obando no consideraba que Sucre se ponía en su camino; era un error matarlo o dejarlo matar bajo su jurisdicción. Pero los odios contra Bolívar llegaron en Colombia a límites inauditos y lo que desde el punto de vista posterior parecería un error entonces podría incluso verse como un “mérito” ante los radicales que Obando quería tener de su lado. Es indudable que la acusación de asesino de Sucre le valió la admiración de los círculos jacobinos que anunciaron su muerte antes de que sucediera. Pero sí hubo un móvil, parece que éste fue menos ideológico y más práctico. Obando trataba de cumplir un secreto arreglo con Flores, a quien hizo el favor de mandar a matar a Sucre o al menos dejar que los enviados de Flores lo hagan. El beneficio parece claro. Flores cedía Pasto a cambio de quedarse en el poder con Sucre muerto.

En cuanto a que Obando no “cometería el error” de implicarse en la muerte del Mariscal, hay que decir que cometió un “sinnúmero” de “errores” respecto del hecho, que no debe descartarse uno más. Baste

42. Aunque muchos han hablado sobre esta anónima venganza, no hay pruebas de ello. Morillo y Erazo tampoco lo sostuvieron en sus declaraciones, cuando hubiera podido ser una escapatoria relativamente fácil, estando bajo presión como estuvieron.

recordar que sobre el asunto escribió más de una docena de cartas incriminatorias, que luego solo pudo explicar como “errores”.

LA RESPONSABILIDAD DE FLORES

Flores fue mucho más prudente. No dejó nada escrito y su participación en el crimen quedó siempre a cubierto. No cometió “errores” y por ello no es posible establecer con total claridad su responsabilidad. Pero esta responsabilidad, sin duda, existió. No solo por las evidencias que hay sobre su manejo de los testimonios, su viaje a Guayaquil, sus tratos secretos con Obando, sino la existencia del móvil del tamaño de una catedral. Y aunque no siempre el beneficiario es el actor del crimen, el número de casos en que sí lo es, da como para pensarlo bien en serio.

Una lectura de las evidencias y una revisión aunque fuera rápida de la inmensa bibliografía existente sobre el tema lleva a la conclusión de que en el asesinato de Sucre confluyeron los intereses y las voluntades de ambos caudillos militares. Así lo ven autores de innegable calidad historiográfica, entre ellos el biógrafo ecuatoriano del Mariscal de Ayacucho, Alfonso Rumazo González, que cita contundentemente a Posada Gutiérrez:

Yo que he deseado esclarecer estos hechos para formar un juicio imparcial sobre ellos, sin apasionarme, prevención en favor o en contra de nadie, mientras más los he estudiado, más me he convencido de que en cuanto dice el general Obando para defenderse y culpar al general Flores, no hace sino agravar su causa. Así como las cartas de Obando publicadas por Flores; el silencio de Flores sobre ellas; el viaje de Guerrero a Pasto; su declaración en Guayaquil a su regreso, dos días antes de que supiera la muerte de Sucre; la precipitación de Flores en irse a Guayaquil al despachar a Guerrero, sin esperar el resultado de la comisión que dio a éste acerca de Obando; la respuesta de Flores, publicada por Obando, a la carta en que le participaba la muerte de Sucre, diciéndole que nadie le culpaba, cuando él mismo y la prensa ecuatoriana lo hacían con virulencia: todo esto, en sana crítica, induce a considerar al general Flores cómplice del general Obando.

A esta opinión suficientemente clara y concreta, puede añadirse la del más calificado historiador de Venezuela, Vicente Lecuna: “En su célebre libro publicado en Lima, dice Obando que uno de los dos fue el criminal: o Flores, o él. Yo tengo la convicción de que fueron los dos”.⁴³

Flores y Obando estuvieron en tratos. El segundo ofreció al primero deshacerse de Sucre, ante lo cual la respuesta del “Padre de la

43. Cf. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, No. 140, Caracas, octubre-diciembre de 1952, p. 446. Citado por Alfonso Rumazo González, *Sucre*, p. 227.

Patria” fue una invitación a discutirlo personalmente con miedo a que sus arreglos quedaran escritos. “Juntos acordaremos todo lo que nos pueda interesar –le decía tan solo días antes del crimen en carta a Obando–; obraremos como hermanos y todos tan amigos como lo es tuyo de todo corazón.- Juan José Flores”.⁴⁴ Los “hermanos” se culparon luego el uno al otro del crimen que cometieron juntos, aunque no por ello dejaron de reconciliarse en medio de las vergonzosas guerras de tiranuelos que protagonizaron juntos no muchos años después. Al fin, los dos encontraron plumas incondicionales que los defendieron, creyendo que con ello lavaban el honor del “Fundador de la República” del Ecuador o del “Padre del liberalismo colombiano”.

La muerte de Sucre pesa en la historia latinoamericana y especialmente ecuatoriana y colombiana, no solo como un hecho que cambió el liderazgo de la fundación de la República, sino también porque tuvo implicaciones ingentes en la trayectoria de sus actores. Obando fue el caudillo más popular de Nueva Granada en su tiempo. Con la sangre de Sucre en sus manos, Flores fue nombrado tres veces presidente del Ecuador y hasta encontró quien justificara y luego premiara sus actos de traición al país como mercenario extranjero. Lo que es más, hasta hay quien ahora se ufana de llamarlo “Padre de la Patria”. La participación de Flores en el crimen, sin embargo, también fue usada como arma política. En este caso fueron los liberales quienes la esgrimieron. Primero fue Rocafuerte. Luego Alfaro y Roberto Andrade. Pero ya no para vencerlo en la contienda sino para desacreditar a sus herederos políticos, figuras descollantes del “terrorismo” y la “argolla”.

En fin, aunque los tortuosos caminos de nuestra historia ecuatoriana hayan llevado a que las cenizas de la víctima y las del beneficiario de su muerte, cuando no su propio autor, descansen bajo el mismo techo, todavía suenan las palabras de Bolívar: “se ha derramado la sangre del justo Abel”. Y esas palabras se escucharán todavía más fuerte en el templo del Dios de los ejércitos, que, como dice González Suárez, condujo tantas veces al mariscal Sucre a la victoria.

44. Este texto, muy repetido por los autores, se toma de Pérez y Soto.

Sucre: el héroe, el prócer, el hombre*

Felipe Montilla

Antonio José de Sucre nace el 3 de febrero de 1795 en Cumaná, ciudad oriental que para fines del siglo XVIII ya había adquirido la jerarquía de una de las poblaciones más importantes de la Capitanía General de Venezuela; ciudad que desde hacía tiempo era capital de la provincia, había sido fundada tempranamente en el año de 1521, convirtiéndose en la ciudad primogénita del continente.

Es el quinto vástago de una de las familias más honorables de Cumaná, integrada por don Vicente Sucre y doña María Manuela Alcalá, quienes habían constituido honorable hogar desde 1792. El padre, don Vicente, era un patricio insigne y la madre, doña María, una matrona de estirpe singular.

Cumaná es por excelencia una ciudad de mar y de montaña. La amplia casa de los Sucre se llena aquel día de vecinos, amigos, familiares que acuden a asomarse a la cuna del recién nacido, donde el presentimiento les advierte que la van a encontrar preñada de porvenir.

EL ADOLESCENTE GUERRERO

En el transcurso de su vida, Sucre va a representar gallardamente la estirpe de los hombres que nacieron para abrirse camino entre las dificultades.

El niño Sucre se caracterizó por la consagración al estudio, por sus finos modales y por su temperamento modesto, que ya permiten a familiares y amigos descubrir el embrión de una personalidad excepcional.

* Disertación leída en el acto inaugural del Seminario "Sucre, soldado y estadista", organizado en Quito por la Universidad Andina Simón Bolívar el 16 de enero de 1995.

La adolescencia de Sucre coincide con el alborear de la Independencia y las circunstancias no dejaban más alternativa que la guerra: acepta gustoso su destino y a los 15 años, apenas, sale en campaña y se nos convierte, como tantos otros, en un adolescente guerrero.

Larga y tremenda fue para él la escuela de la guerra, que ya el 12 de julio de 1810 lo hace subteniente a los 15 años; en 1817 lo hace coronel a los 22 años; en 1819 lo hace general de Brigada a los 24 años; en 1822 lo hace general de División a los 27 años; y el 9 de diciembre de 1824, el Campo de Gloria de Ayacucho lo consagra como el único Gran Mariscal que produjo la guerra de emancipación, a los 29 años.

Su carrera militar fue fructífera y fulgurante; pero la pretensión de este trabajo no es solamente destacar al Sucre guerrero, sino en la medida que sus acciones permitan hablar del otro Sucre, del Sucre hombre, del Sucre humano, del Sucre de alma noble y generosa, del Sucre solidario y leal, del Sucre de talento juicioso, de valor y arrojo serenos, del magnánimo, del Sucre estadista austero y emprendedor; porque este Sucre es tanto y quizá más admirable que el Sucre guerrero.

UN HOMBRE QUE SE CRECE EN EL DOLOR

Una de las cosas más tremendas de la guerra es hacer que los hombres sucumban ante sus miserias. La guerra, por su propia circunstancia, genera odio, rencor, venganza, crueldad. La figura de Sucre es una de las más preclaras excepciones a esa norma: las miserias de la guerra, por más desgarradoras que hayan sido, le sirvieron de acicate para templar sus virtudes.

La familia de Sucre, numerosa y prócera, sintió en carne propia como ninguna otra los rigores inauditos de la guerra a muerte; su hermano Vicente, herido y enfermo en un hospital, fue degollado en su cama de la manera más brutal; su hermana Magdalena, de apenas 14 años, huye desesperada del acoso morboso de los bárbaros de Boves y se lanza del balcón a la calle, muriendo por su apellido y honor para no ser ultrajada; su madrastra, doña Narcisa Márquez, no resiste la suerte de su hija y de su ciudad, y perece en acto desesperado; su hermano Pedro, prisionero en La Puerta, fue fusilado por Morillo en 1817; sus hermanas, Agua Santa y María Josefa, mueren ahogadas en un naufragio, tratando de escapar de tan inaudito ensañamiento.

He allí motivos suficientes y hasta justificados para que cualquier hombre sucumba al encrespamiento de sus pasiones, y se deje agobiar por el odio y el rencor que lo lleve a buscar afanoso la venganza. Pero Sucre no es un hombre de rencores. La retaliación está ausente de su

alma y estas dolorosas experiencias familiares solo sirven para templanle sus virtudes de hombre noble, magnánimo y generoso.

En lugar de la venganza, ese hombre se crece sobre su dolor y más bien lleva la consigna de salvar de suerte tan tremenda a propios y extraños.

En 1820, Sucre representa a los patriotas venezolanos en conversaciones con emisarios de los realistas, para concertar acuerdos que le pongan diques de contención a la barbarie de la guerra. La gestión diplomática de Sucre hace posible la firma de dos tratados, uno de armisticio que se convirtió en un instrumento estratégico para fortalecer la causa de la Independencia y otro, más importante aún, el Tratado de Regulación de la Guerra, suscrito el 26 de noviembre de 1820. Es allí donde se pone de relieve la magnanimidad de Sucre; él mismo redacta los artículos de dicho tratado mediante el cual se pone fin a la guerra. Es el recuerdo de la suerte que corrieron sus hermanos lo que le inspira a redactar los artículos 2 y 4 de dicho Tratado, que establecen normas categóricas para que la guerra entre España y Colombia se haga como lo hacen los pueblos civilizados.

El artículo 2 establece: “Los militares o dependientes de un ejército tomado en el campo de batalla, aun antes de decidirse ésta, se conservará y guardará como prisionero de guerra y será tratado y respetado conforme a su grado antes de lograr su canje”.

El artículo 4 del mismo Tratado establece:

Los militares o dependientes de un ejército que se aprehendan heridos o enfermos, en los hospitales, o fuera de ellos, no serán prisioneros de guerra, y tendrán libertad para restituirse a las banderas a que pertenecen, luego que se hayan restablecido... estos deberán ser tratados con doble consideración y respeto que los prisioneros de guerra, y se les prestará por lo menos, la misma asistencia que a los heridos y enfermos del ejército que los tenga en su poder.

Fue también el recuerdo de la trágica suerte de sus hermanas y de su madrastra lo que movió a redactar el artículo 11 de dicho Tratado, que establece lo siguiente:

Los habitantes de los pueblos que alternativamente se ocuparen por las armas de ambos gobiernos, serán altamente respetados, gozarán de una extensa y absoluta libertad y seguridad, sean cuales fueren o hayan sido sus opiniones, destinos, servicios y conducta con respecto a las partes beligerantes.

Con razón, años después escribió Bolívar lo siguiente: “Este Tratado es digno del alma de Sucre, la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron. Él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra”.

AYACUCHO, GLORIA Y GALLARDÍA

Pero la clemencia, la generosidad y la magnanimidad de este hombre van a seguir dejando testimonios que hoy parecen como únicos en los anales de la historia de la humanidad. En efecto, ningún general victorioso ha tenido frente a los vencidos la gallardía inmensa que Sucre desplegó en el campo de gloria de Ayacucho. Allí se rompió el principio clásico de que el vencedor arrasaba con los vencidos, y en un gesto de hidalguía sublime ofrece una capitulación tan generosa que sus cláusulas parecen increíbles, no solo si se les compara con lo que había sido hasta entonces la conducta de los vencedores, sino con lo que ha sido ésta hasta nuestros días.

Mucho se ha escrito sobre Ayacucho, simplemente quiero agregar una modesta reflexión. Cuando vemos a Sucre más allá del contenido oficioso de la capitulación, atendiendo personalmente a los vencidos; visitando y atendiendo al virrey La Serna, herido en la Batalla y acompañándolo hasta Huamanga para ponerlo en manos de médicos amigos; cuando sienta en su mesa a Canterac y a Valdés, sus dignos contendores; disponiendo alojamiento especial a los oficiales derrotados; brindando su amistad y afecto, está diciéndonos, con esa manera tan suya de decir las cosas más trascendentes, que Ayacucho no solo es la victoria que rompió las cadenas de América, que más allá de eso Ayacucho es también el comienzo de la reconciliación del mundo hispanoamericano.

Pero es oportuno señalar también que Sucre estuvo dotado de una impresionante energía de carácter para tomar las decisiones más severas cuando las circunstancias lo requerían y aconsejaban.

SUBALTERNO LEAL, NUNCA SUMISO NI INCONDICIONAL

La corta y fulgurante vida de Sucre es pródiga en testimonios de fecunda lección. Le asiste su perseverancia, su tenacidad, lo acompaña su arrojo y su desprendimiento y nunca le vemos alardear de sus gestos heroicos, ni lo encontramos haciendo reclamos para su beneficio personal.

Pocas veces se le ocurrió solicitar prebendas o premios personales por sus ejecutorias. No resisto la tentación de mencionar dos oportunidades en que el Gran Mariscal solicitó una recompensa para sí mismo, pues sus propias palabras lo dicen todo.

La primera vez fue después del esplendoroso triunfo de Ayacucho; en carta dirigida al Libertador le dice: "Por premio para mí, pido a usted me conserve su amistad".

La segunda oportunidad en que Sucre reclamó un premio por sus servicios, lo hace en su último mensaje al Congreso de Bolivia cuando renunció definitivamente al poder de aquella nación creada por él. Al final de su mensaje de despedida, formuló el siguiente reclamo:

No concluiré mi mensaje sin pedir a la representación nacional un premio por mis servicios que, pequeños o grandes, han dado existencia a Bolivia, y que lo merecieran por tanto. La Constitución me hace inviolable; ninguna responsabilidad me cabe por los actos de mi gobierno. Ruego pues, que se me destituya de esta prerrogativa y que se me examine escrupulosamente toda mi conducta... exijo este premio con tanta más razón, cuanto que declaro solemnemente que, en mi administración, yo he gobernado.

Estos eran los reclamos que Sucre hacía para sí. Qué distinto a tantos otros próceres que terminaron poniéndole precio a sus servicios y pasándole factura a la República por los pliegues de su sufrimiento.

Sucre no fue hombre de maniobras ni de intrigas, las combinaciones subalternas jamás vencieron su verticalidad y el personalismo ególatra no contó nunca con su simpatía; por eso mismo detestó las rivalidades infecundas y las deslealtades ambiciosas y supo ser subalterno leal, sin llegar a ser sumiso ni incondicional. Fueron estas cosas las que lo iban a llevar de manera ineludible al lado de Simón Bolívar.

Si algún día a uno de nuestros historiadores se le ocurre escribir la incidencia que han tenido en nuestra evolución histórica, desde la propia guerra de la emancipación hasta nuestros días, las disensiones, rivalidades absurdas, deslealtades, rupturas, traiciones, ambiciones insaciables y aventuras sin grandeza, se podrían llenar páginas, capítulos y tomos, pero estoy absolutamente seguro de que por ninguna parte aparecería el nombre impoluto de Antonio José de Sucre en esa historia miserable.

UNA RELACIÓN SINGULAR

Las circunstancias de la guerra fueron acercando a Sucre hacia la jefatura de Simón Bolívar. Con la genialidad que le permitía penetrar en el alma de sus subalternos, Bolívar le va a profesar a Sucre un afecto especial desde el momento en que los acontecimientos lo colocaron a su lado. Bolívar no dejará de estimularlo e impulsarlo, de instruirlo y consultarlo, de admirarlo y amarlo y se va a ir consolidando entre estos dos

hombres uno de los binomios humanos más fecundos y hermosos que registra la historia de la humanidad.

Es difícil desentrañar con claridad el marco real de las relaciones de estos próceres, que se consolida en momentos de dificultades y se enriquece ante malos entendidos con los más puros afectos. En oportunidades es la relación simple de jefe a subalterno; en otras la de maestro a discípulo; en ocasiones se tratan de amigo a amigo; pero hay algo que está por encima de estas circunstancias: el hecho de que ambos se desearon mutuamente como padre y como hijo.

Bolívar no escatimará palabras para elogiar a Sucre, como no existe otro ejemplo en la historia de un jefe para con uno de sus subalternos.

En una oportunidad le dice a O'Leary:

Conmigo viene uno de los mejores oficiales del ejército, reúne los conocimientos profesionales de Soublotte, el bondadoso carácter de Briceño Méndez, el talento de Santander y la actividad de Salom. Por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospecha sus actitudes. Estoy resuelto a sacarle a la luz, persuadido de que algún día me rivalizará.

Más tarde también dice: "No hay cualidad que no tenga para servir bien a la República".

Pero más allá de los elogios está la confianza que deposita Bolívar en Sucre, de la cual hay testimonios a lo largo de toda la Campaña del Sur de Colombia, de Perú y del Alto Perú, en el proceso que culmina con la creación de Bolivia, pero que tiene su máxima expresión en el momento de angustia por el exabrupto insólito de la invasión del Perú al sur de Colombia en 1829. Entonces, el Libertador acude a los servicios de Sucre y le dirige una carta por la cual le delega poderes y facultades en términos que conmueven por lo angustioso y categórico:

Dirijo a usted estos pliegos –le dice en febrero de 1829–, ellos contienen el nombramiento de jefe absoluto del Sur. Todos mis poderes buenos y malos los delego a usted; haga usted la guerra, haga la paz, salve o pierda el Sur, usted es el árbitro de sus destinos y en usted he confiado todas mis esperanzas. A usted le doy el ser de Simón Bolívar.

No es fácil encontrar otro ejemplo de un jefe que delegue en su subalterno tanto poder que solo es comparable a la fe, a la confianza y al afecto que le profesaba.

Pero quizá el mejor testimonio de la admiración de Bolívar por Sucre está en su *Resumen sucinto de la vida del general Sucre*. La obra intelectual del Libertador está plasmada en manifiestos, proclamas, mensajes, epístolas y discursos; es la obra de un hombre a quien la titánica actividad no le permite escribir sino dictar, a pesar de lo cual una

de las pocas veces en que envainó la espada para empuñar la pluma fue para escribir la biografía de su admirado subalterno.

Pero esta relación tan singular entre estos dos hombres no estuvo, ni podía estar, exenta de contrariedades; las tuvieron y las dirimieron en forma tal que lejos de distanciarlos, la relación quedaba fortalecida por el mutuo afecto.

Una de esas contrariedades, que puso al descubierto la susceptibilidad de Sucre, ocurrió después de la Batalla de Junín, cuando la precaria situación del Ejército Liberador aconsejaba una tarea fundamental de reagrupamiento de soldados, de acopio de recursos estratégicos y de pertrechos, de organización de los hospitales y de preparación de reclutas; era sin duda una labor difícil, importante, pero era una tarea de retaguardia.

Para cumplirla Bolívar recurre a Sucre, cuya actividad, experiencia, y capacidad garantizaba el éxito, y le pide: “irse a la retaguardia a ordenar la marcha de los hospitales, atender la administración militar y asegurar las comunicaciones”.

Sucre cumple la misión con éxito total, pero se siente subestimado y hasta humillado y así se lo reclama dolido a Bolívar, en carta del 27 de agosto de 1824 desde Jaula:

Yo he sido separado del mando del ejército para ejecutar una misión que en cualquier parte se confía, cuando más a un ayudante general. Se me ha dado el más fuerte golpe que jamás preví, de reducirme ante el ejército unido al papel de conducir enfermos y atrasados.

Y en otro párrafo de la carta agrega: “No sé si al degradárseme con semejante comisión se ha tratado de abatirme, pero mi conducta me persuade que no lo he merecido”.

La respuesta de Bolívar a este reclamo, dolido pero firme de su subalterno, no se hizo esperar y el 4 de septiembre de 1824 le responde desde Huamanga en términos firmes para reconvenirlo, pero orientados a dar una satisfacción indiscutible a los reclamos de Sucre:

ésta es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento. Creo que a usted le ha faltado completamente el juicio cuando usted ha pensado que yo he podido ofenderlo, estoy lleno de dolor por el dolor de usted, pero no tengo el mejor sentimiento por haberle ofendido. La Comisión que he confiado a usted la quería yo llenar; pensando que usted la haría mejor que yo, por su inmensa actividad, se la confié a usted, más como una prueba de preferencia que de humillación y usted sabe que yo no sé mentir.

En otro párrafo de esta carta, Bolívar le reconviene con firmeza: “esas delicadezas son indignas de usted; la gloria está en ser grande y en ser útil. Si usted quiere venir y ponerse a la cabeza del ejército, yo

me iré atrás, para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo desprecio para mí”.

Así dirimían estos dos hombres sus enfrentamientos, con esa grandeza que se desprende de la mutua franqueza; con esa firmeza de parte y parte, pero dicha con una gran altura y con una gran delicadeza, sin poner en entredicho el mutuo afecto que los unía, que solo es posible en hombres de su jerarquía cuando ambos saben que no hay cabida para las dudas, las acechanzas ni las zancadillas.

Esta singular relación de estos dos hombres alcanzó extremos de profunda ternura en el momento de la despedida, de la tragedia y del infortunio.

Cuando Sucre regresa a Cúcuta, de cumplir su última misión oficial como Presidente del Congreso Admirable, en un fallido intento por salvar la unidad de Colombia, ya Bolívar había salido de Bogotá en el laberinto trágico que lo conduciría a San Pedro Alejandrino y Sucre se despide mediante una epístola llena de los más puros sentimientos:

Cuando he ido a casa de usted para acompañarlo ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón no sé qué decir a usted... usted sabe que no es su poder sino su amistad lo que me ha inspirado el más tierno afecto hacia su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa.

Y concluye diciendo: “Adiós mi General, reciba usted por gajes de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted”.

Bolívar le responde desde Turbaco, en una carta que no llegó a su destinatario, porque el insólito asesinato de Berruecos lo impidió.

“La apreciable carta de usted... me ha llenado de ternura y si a usted le costaba escribirme, ¿qué diré yo? Yo que no solo me separo de mi amigo sino de mi patria”. Y finaliza: “Yo me olvidaré de usted cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y Ayacucho”.

No puedo dejar de mencionar el momento singular y dramático de la relación de estos dos hombres. El 1 de julio de 1830, al pie del Cerro La Popa en Cartagena, recibió Bolívar la infausta noticia del asesinato de Sucre; llevándose las manos a la cabeza, exclamó conmovido por el dolor y estremecido por la indignación:

¡Santo Dios! ¡Se ha derramado la sangre de Abel!... la bala cruel que te hirió el corazón mató a Colombia y me quitó la vida. Como soldado fuiste la victoria. Como magistrado la justicia, como ciudadano el patriotismo. Como vencedor la clemencia, como amigo la lealtad. Para gloria lo tienes todo; lo que te falta solo a Dios le corresponde darlo.

SU ACTUACIÓN EN EL ECUADOR

Sin lugar a dudas, Antonio José de Sucre fue el protagonista fundamental del proceso histórico que culminó con la libertad del Sur de Colombia, o sea con lo que en tiempos coloniales había sido la circunscripción político-territorial de la Presidencia de Quito y con lo que en el curso del desarrollo histórico iba a dar origen a la hermosa República del Ecuador.

En efecto, la situación política y militar por la que atravesaban Guayaquil y Quito para comienzos de 1820 era sumamente delicada. Evidentemente, una secuela de fracasos y de contradicciones en el campo republicano colocaban en serio peligro el proceso emancipador de esta importante región del continente.

El Libertador Simón Bolívar percibe con absoluta claridad la magnitud de los problemas y de los peligros que para la libertad de América y para la consolidación de Colombia se están jugando en Guayaquil y en Quito, y ante la imposibilidad de atenderlos personalmente recurre a su mejor hombre, a Antonio José de Sucre, y lo envía como emisario a Guayaquil para manejar tan difíciles circunstancias.

Entre estas dos ciudades, Guayaquil y Quito, encontró Antonio José de Sucre el gran escenario histórico para poner de relieve sus dotes para la diplomacia y su inmenso genio de estrategia militar y de guerrero victorioso.

Desde su llegada a Guayaquil se produjo una misteriosa compenetración entre el héroe que se consolidaba y la tierra que lo recibía por primera vez, porque Sucre se encontró una verdadera tierra de alucinación, con una sinfonía de paisajes en verde mayor y con un mosaico de contrastes geográficos y sociales, a los que comprometió de manera profunda sus afectos. Él venía de una ciudad natal de mar y de montaña y encontró entre Guayaquil y Quito un símil geográfico que le hacía recordar los años de su niñez y de su adolescencia. Tal vez esto explique el hecho innegable de que aquí amó y cultivó las grandes debilidades de su vida, y aquí fue y sigue siendo amado con indescriptible y envidiable desenfreno.

Todas estas imágenes, todos estos paisajes casi inverosímiles, toda esta aventura que lo convocaba a la acción, todos los avatares claroscuros de esta gran región andina, con su laberinto de volcanes y con su imponente cordillera, cautivaron al joven militar Antonio José de Sucre con niveles de fascinación.

Un año, de mayo de 1821 a mayo de 1822, tardó la gestión diplomática, política y militar de Sucre para consolidar la libertad y la independencia de esta tierra y para ocupar esta histórica ciudad de Quito.

Pichincha, modelo de estrategia militar, decidió la suerte el 24 de mayo de 1822 y después de esta esplendorosa victoria Sucre ocupó la ciudad de Quito.

Bolívar, en su biografía de Sucre, opinó en los siguientes términos:

la campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fue dirigida y mandada en persona por el general Sucre; en ella, mostró sus talentos y virtudes; superó dificultades que parecían invencibles; la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas a todo sabía remediar su genio fecundo. La Batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Fue nombrado, en premio por sus servicios, General de División e Intendente de Quito. Aquellos pueblos veían en él su libertador, su amigo.

Pichincha fue, en efecto, una obra maestra del guerrero, del estratega, del diplomático y del político Antonio José de Sucre, a quien el destino y su reciedumbre le depararon la gloria de dirigir las dos últimas grandes batallas que determinaron la independencia de América, Pichincha y Ayacucho.

No podemos dejar de recordar que en Pichincha destacó el heroísmo de un joven ecuatoriano llamado Abdón Calderón, quien herido en sus piernas y brazos se negó a abandonar su puesto de combate y murió en el campo de batalla. Bolívar, en reconocimiento, ordenó que al pasar revista al que había sido su batallón, se pronunciara su nombre, y al no responder, las tropas a coro dirían: “murió gloriosamente en Pichincha pero vive en nuestros corazones”.

Después de Pichincha y luego de una capitulación generosa, Sucre ocupó esta histórica ciudad de Quito. La ciudad lo recibió eufórica y cubierta de flores y banderas, pero Sucre prefiere aplazar todas las celebraciones de la victoria esperando la llegada de Bolívar, quien ya había triunfado en Bomboná.

El 16 de junio llega Bolívar a Quito. Su entrada triunfal acompañado de Sucre constituyó, sin duda, uno de los sucesos inolvidables de la historia de esta ciudad durante el siglo XIX. La señorial Quito los recibe jubilosa, enardecida, les abre su corazón de gran ciudad y los acoge en sus calles engalanadas de flores y arcos triunfales y de bulli-cio popular, pero también los recibe en sus refinados salones aristocráticos donde dos bellas y cultas quiteñas van a conquistar el corazón de estos dos próceres venezolanos: María Carcelén y Larrea, quiteña de alta alcurnia y de excepcional belleza, conquistó el corazón de Sucre hasta el altar; y Manuelita Sáenz, bella y culta también, conquistaría por el resto de su vida el amor desenfrenado de Simón Bolívar.

La victoria militar de Pichincha determinó una formidable popularidad de Sucre en esta tierra ecuatoriana, popularidad que se va a acrecentar y consolidar con su actuación de gobernante en su primera gran

experiencia en el ejercicio del gobierno civil, en calidad de Intendente de Quito.

El ejercicio de la Intendencia proyecta a Sucre como el estadista de excepcionales condiciones que se consolidaría más tarde en sus funciones como Presidente de Bolivia.

Como Intendente de este departamento, Sucre se da a la tarea de gobernar y administrar con celo, pulcritud y eficacia. Reorganiza estas provincias e impulsa su progreso; administra los escasos recursos y les saca el mayor provecho.

Se ocupó de la protección de los indios, del control de las rentas, del abastecimiento y mejora de los servicios públicos y alentó el periodismo al fundar el primer vocero republicano de Quito llamado *El Monitor*.

El joven intendente Sucre dejó en su breve actuación un testimonio que debo resaltar. Venía de demostrar sus virtudes en el mando castrense, pero supo diferenciar su responsabilidad en el ejercicio del poder civil. Investido como estaba de plenos poderes, gobernó con discreción y con apego estricto a las normas de derecho vigentes. Tenía en sus manos el mando absoluto pero no se convirtió ni en déspota ni en caudillo. Lo trascendente es que en el ejercicio del gobierno, Sucre fue una figura atípica, pues, el poder civil que ejerció lo proyecta como la figura cimera del anticaudillo en la historia de nuestras repúblicas, en franco y categórico contraste con las lamentables actuaciones de otros poderes, que posteriormente ejercieron el gobierno en cada una de nuestras naciones.

Las responsabilidades de la guerra lo van a reclamar de nuevo, primero en Pasto y luego en la dura y difícil campaña del Perú y del Alto Perú, donde su genio militar va a brillar de nuevo, sorteando dificultades que parecían insalvables hasta conducir las armas republicanas a la victoria definitiva de Ayacucho.

Es innegable que dejó su corazón en el Ecuador, no solo sembrado en el amor de su esposa quiteña, sino en el cariño y en el afecto recíproco del héroe y del pueblo del Ecuador que le ha sido fiel a lo largo de todos los tiempos; tal vez por eso en la hora en que su desprendimiento le aconsejó retirarse a una vida privada y familiar encaminó de nuevo sus pasos hacia Quito, hasta donde no pudo llegar porque fue víctima del más infame de los crímenes que registra nuestra historia.

EL SUCRE ESTADISTA

Al Sucre gobernante lo disfrutaron en Quito como intendente y en Bolivia como presidente; en ambas ocasiones se proyectó como un magistrado con excepcionales dotes de estadista; administrador honesto, pulcro, desprendido, escrupuloso y fecundo; organizador disciplinado y progresista; político magnánimo, respetuoso, responsable y republicano.

Los diversos aspectos de la administración fueron atendidos por Sucre magistrado, con celo y paciencia, pero hay que resaltar que le dio a la instrucción pública carácter prioritario. En Quito, creó la Junta Suprema de Instrucción Pública y en Bolivia, fundó escuelas en todas las provincias, pues tenía la firme convicción de que “la educación es el más sagrado deber de la autoridades”.

Su doctrina como gobernante la sintetiza prodigiosamente en un párrafo de uno de sus mensajes al Congreso de Bolivia: “En política no hay ni amistad ni odio, ni otros deberes que llenar, sino la dicha del pueblo que se gobierna, la conservación de sus leyes, su independencia y su libertad”.

Es difícil concertar en tan pocas palabras una doctrina tan apropiada para dirigir los destinos de un país, pero allí está expresada en forma categórica la conducta que guió a Sucre en el ejercicio del poder.

Fue por eso que en el mensaje de despedida ante el Congreso de Bolivia y después de haber sido objeto de tres intentos de asesinato, pudo escribir este bello párrafo: “No he hecho gemir a ningún boliviano, ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa”.

Cuando en 1830 surge la anarquía desintegradora, la figura de Sucre es objeto de la atención de todos los sectores; unos lo miran como esperanza, como el más legítimo heredero político del Libertador; otros lo ven con recelo, con envidia, como un estorbo para las ambiciones en marcha.

De nada vale su humildad ni el desprendimiento que lo lleva a tomar la decisión de retirarse de la vida pública para dedicarse a la vida privada y familiar, porque esta decisión era una ingenuidad de Sucre y los asesinos en acechanza lo sabían. Sucre era, en esencia, un protagonista que más allá de su desprendimiento tenía aureola de un inmenso prestigio y los protagonistas no deciden su suerte, porque los acontecimientos los rescatan inexorablemente de su retiro y hasta de su escondite.

En aquel mundo de intrigas, de ambiciones desenfrenadas, de pasiones encendidas, la figura de Sucre era amenazante. Poderosos

intereses comenzaron a acariciar la idea de apartarlo a como diera lugar, y así lo hicieron.

En la historia de América son abundantes los ejemplos de personajes a quienes una muerte temprana les permite a sus biógrafos la afirmación veraz de que esa muerte prematura les impidió dejar obra concluida de la magnitud de la que de ellos podía esperarse.

Pero la muerte de Sucre se planteó en otros términos: la muerte prematura de Sucre no le impidió dejar obra concluida; a los 35 años Sucre era una personalidad realizada, con ejecutorias excepcionales en el campo de la guerra, de la diplomacia y del ejercicio del gobierno y su nombre sonaba como una clarinada ante el destino de los pueblos de América; por eso yo no voy a hablar de Berruecos en los términos desgarradores y dramáticos, ni bajo los contornos desoladores con que siempre se ha hablado del asesinato de Sucre, porque pienso que es preciso buscarle una interpretación a las horas finales del joven Mariscal que esté a la altura de la grandeza de su vida.

Afortunadamente las balas de Berruecos no destrozaron un capullo inédito; ellas se estrellaron, por el contrario, frente a una flor abierta que ya había impregnado con su aroma y su fragancia a todo un continente.

Esa flor era un estorbo para las ambiciones en marcha, era un obstáculo para los privilegios pretendidos, era un impedimento para los nacionalismos oligárquicos que por sus intereses mezquinos lograron disgregar el ideal integrador del Libertador, balcanizándonos geográfica y mentalmente; pero no era posible destruirla a tiros, porque ya esa flor representada en Sucre tenía ganada para siempre la reencarnación en el corazón de América, como una idea nueva, aportada por un espíritu limpio que había sido soldado de una idea y nunca soldado de la opresión.

En una memorable ocasión, contaba Andrés Eloy Blanco la anécdota de un hombre que habiendo sido condenado a la guillotina, en el momento de ser ejecutado, le dijo a sus verdugos: "prefiero tener la cabeza separada del cuerpo y no el cuerpo separado del alma". Se me ocurre que ésta bien pudo ser la serena respuesta del joven Mariscal, si en lugar del asesinato vil y a mansalva hubiera sido sentenciado por los sedientos criminales. En su caso, el cuerpo era su patria, Venezuela y la América que él ayudó a liberar con espada invencible, y el alma su ciudad nativa que siempre añoró, la Quito que tanto amó, la Bolivia creada por él, la gloria de Pichincha y de Ayacucho y la libertad de América.

El día menguado en que se consumó en Berruecos el crimen más horrendo y más despreciable que registra nuestra historia, cuando perdimos a uno de nuestros grandes valores humanos, el alma de Sucre

nos retornó con toda su grandeza para borrar las sombras de Berruecos, porque el eco desgarrador de los disparos solo sirvió para anunciar por toda América que la Cumaná de Sucre no solamente era la ciudad primogénita del continente sino también, gracias a su hijo más preclaro, la ciudad primogénita de la libertad.

EL BICENTENARIO

Los venezolanos, los americanos y los hispanoamericanos estamos convocados para conmemorar el bicentenario del nacimiento de Antonio José de Sucre. Esta conmemoración debe estar a la altura de la significación histórica y de las relevantes virtudes de este héroe singular.

Es propicia la oportunidad para una revalorización fundamental del héroe americano y para proyectar sus virtudes como un legado a las nuevas generaciones. En el presente de América tenemos realidades agudas frente a las cuales el rectilíneo Mariscal nos puede dar su aliento, porque el ideal de Sucre está orientado por virtudes fundamentales que nos puedan servir como bandera.

Su vocación a la libertad, su empeño por la vigencia de las instituciones republicanas, su desprendimiento, su sentido institucional y su desprecio por la riqueza mal habida, son aspectos fundamentales que nos deben servir de estímulo para salvar nuestro destino de pueblo de dos de las desviaciones más detestables: una desviación política, el despotismo, y una desviación ética y moral, la corrupción y el peculado.

Muchas de las dolorosas realidades que conforman la crisis del continente han dado origen a una especie de incertidumbre trágica y pesimista sobre nuestro porvenir. Recurramos a la memoria de este prócer para salirle al paso a ese pesimismo absurdo que pretende cerrar las posibilidades de que podamos salir airoso de la acechanza de nuestros problemas. Sucre nos puede dar su aliento, porque su vida fue un llamado permanente al optimismo, enfrentado a las más difíciles empresas, convocado para tareas que parecían imposibles. Sucre debe ser para los americanos de hoy un ejemplo de lo que se puede lograr con la fe, con el coraje, con la voluntad y con la constancia.

Bibliografía

- Abecia, Valentín,
1977 "Historiografía de la Independencia de Bolivia", en *Revista Historia y Cultura*, No. 3, La Paz.
- 1995 *Sucre y la primera Constitución boliviana*, edición de Homenaje del Honorable Senado Nacional, La Paz, Mundicolor.
- Academia Nacional de Historia de Venezuela,
1952 *Boletín de la Academia Nacional de Historia de Venezuela* 140, tomo XXXV (octubre-diciembre).
- Aguilo, Federico,
1968 *Sondeo de opinión sobre la Iglesia en Bolivia*, La Paz, Secretariado Nacional de Estudios Sociales.
- Albarracín, Juan,
1972 *El poder minero en la administración liberal*, La Paz, Editorial Akapana.
- Alemán, Hugo,
1970 *Sucre parábola ecuatorial*, Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Alonso, I.,
1961 *La Iglesia en el Perú y Bolivia: Estructuras Eclesiásticas*, Madrid, OCSHA-FERES.
- Andrade Reimers, Luis,
1982 *Sucre en el Ecuador*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- 1995 *Sucre en el Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional / Universidad Andina Simón Bolívar, 2a. ed.
- Andrade, Roberto,
1982 *Historia del Ecuador*, primera parte, Biblioteca de Historia Ecuatoriana, Quito, Corporación Editora Nacional.
- 1983 *Historia del Ecuador*, tercera parte, Quito, Corporación Editora Nacional.
- Antesana, Luis,
1969 "Bautista Saavedra y sus afinidades con la oligarquía", en *Cultura Bol.* 36.
- Arboleda, Gustavo,
1933 *Historia contemporánea de Colombia desde los inicios de la República de ese nombre hasta la época presente*, tomo I, Cali, Ed. América, 2a. ed.

- 1973 "Obando. Ensayo sobre la vida del caudillo liberal", en Luis Martínez Delgado y Sergio Elías Ortiz, comps., *Epistolario y documentos oficiales del general José María Obando*, tomo I, Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional.
- Arnade, Charles,
1964 *La dramática insurgencia de Bolivia*, La Paz, Empresa Industrial Gráfica E. Burillo.
- 1989 *La dramática insurgencia de Bolivia*, La Paz, Ed. Juventud, 5a. ed.
- 1995 "El arquitecto más destacado de la nueva república", en Antonio José de Sucre, *La Hazaña de la Libertad*, Cuadernos de Historia, La Paz, La Razón.
- Arze Aguirre, René D.,
1979 *Participación popular en la Independencia de Bolivia*, La Paz, Ed. Don Bosco.
- 1987 *Participación popular en la Independencia de Bolivia*, La Paz, Fundación Cultural Quipus.
- Ayala Mora, Enrique,
1992 *Resumen de Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional.
- Baldwin, Cradock y Joy, edits.,
1822 *Colombia*, Londres.
- Barnadas, Joseph,
1976 *La Iglesia católica en Bolivia*, La Paz, Ed. Juventud.
- 1978 *Historia general de la Iglesia en América Latina*, La Paz, manuscrito.
- Basadre, Jorge,
1983 *Historia de la República del Perú*, tomo I, Lima.
- Beltrán Ávila, Marcos,
1948 *La pequeña Gran Logia que independizó a Bolivia, 1823-1825*, Cochabamba, Editorial Atlantic.
- Benavidez, J.,
1975 *José Gutiérrez Guerra en nuestra historia económica*, La Paz.
- Berlin, Isaiah,
1984 *Pensadores Rusos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Bolívar, Simón,
1979 *Doctrina del Libertador*, vol. I de la Biblioteca Ayacucho, Cali, Talleres Carvajal.
- Bracamonte, E.,
1974 *Acción social de la Iglesia Católica en Bolivia. Caritas*, La Paz.
- Buitrón Gómez, Milagros, y Francisca Palomino Salguero,
1988 *Antonio José de Sucre, el delfín de Bolívar*, Madrid, Ediciones Amaya.
- Bushnell, David,
1966 *El Régimen de Santander en la Gran Colombia*, trad. de Jorge O. Melo, Bogotá, Tercer Mundo-Univ. Nacional, 1a. ed. en español.
- Camacho Carrizosa, Guillermo,
1973 "Inocencia del General José María Obando en el crimen de Berruecos", en Luis Martínez Delgado y Sergio Elías Ortiz, comps., *Epistolario y documentos oficiales del general José María Obando*, Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional.

CEPROLAI,

1986 *Curso de Historia de la Iglesia en América Latina*, Cuadernos de documentación, año 6, No. 4.

Clausewitz, Karl von,

1977 *De la Guerra* [1823], tomo 1, Lima.

Comisión Mixta de los Sesquicentenarios de Junín, Ayacucho y convocatoria al Congreso de Panamá,

1974 *Ayacucho la libertad de América*.

Condarco Morales, C. Ramiro,

1977 *Orígenes de la nación boliviana*, Instituto Boliviano de Cultura, La Paz, Don Bosco.

Condarco, Raúl,

1968 *Zárate, el temible Willka. Historia de la rebelión indígena*, Talleres Gráficos.

1985 *Aniceto Arce. Artífice de la extensión de la Revolución Industrial en Bolivia*, La Paz, Imprenta Amerindia.

Cova, J.A.,

1959 *Sucre ciudadano de América*, Quito, Editorial Victoria.

Crespo Toral, Remigio,

1929 *La sombra de Sucre. Pichincha Tarqui*, Cuenca, Tipógrafo de la Universidad.

Crespo, Alberto,

1992 *El Alto Perú y la República de Bolivia*, separata, Madrid, Edición Rialp.

Crespo, Luis S.,

1982 *José Manuel Pando*, La Paz, Imprenta Alenkar, 2a. ed.

Dandler, J.,

1984 "Lo que está en juego en la lucha por el poder en los Andes en los casos de los departamentos del Cusco y La Paz (entre 1880 y 1920)", en *Historia y Cultura* 6, La Paz.

1985 *Campesinado y Estado en Bolivia*, La Paz, CERES.

De Guzmán Polanco, Manuel,

1974 *Doctrinas ecuatorianas en el derecho internacional*, Quito, Corporación de Estudios y Publicaciones.

De la Cruz Herrera, José,

1974 *Itinerario militar y moral de Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Panamá, Editorial de la Nación.

De la Fuente Candamo, José A.,

1992 *La independencia del Perú*, Madrid, Editorial MAPFRE.

De la Torre Reyes, Carlos,

1975 "El sol bajo la espada", en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, No. 135, Quito, enero-julio.

1988 *Piedrahita: un emigrado de su tiempo*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1968; 2a. ed., Quito, Banco Central del Ecuador.

De Lacroix, Luis Peru,

s.a. *Diario de Bucaramanga*, Medellín, Ed. Bedout.

Demélas, Marie Danielle,

1980 "Darwinismo a la criolla: el darwinismo social en Bolivia, 1880-1910", en *Historia Boliviana* 1/2, Cochabamba.

- 1984 "Comentario sobre la reedición de Zárate Willka de Condarco Morales", en *Historia Boliviana* IV/2, Cochabamba.
- 1992 *L'Invention politique. Bolivie, Equator, Pérou au XIX siècle*, Paris, Recherche sur les Civilisations.
- Dunkerley, James,
1987 *Orígenes del Poder Militar en Bolivia. Historia del Ejército, 1879-1935*, La Paz, Ed. Quipus.
- Encina, Francisco A.,
1965 *El duelo contra el sino*, Santiago de Chile, Editorial Nacimiento.
- Espinosa Pólit, Aurelio,
1994 "Sucre en Pichincha", en *Ensayos selectos*, Biblioteca Grupo Aymesa, Quito.
- Flores Jijón, Antonio,
1900 *El asesinato del general Sucre y el discurso de Monseñor González Suárez*, París, Imprenta de Wattier Hermanos.
- Flores y Caamaño, Alfredo,
1955 *Objeciones históricas a la obra intitulada Ángel Grisanti. El Gran Mariscal de Ayacucho y su esposa la Marquesa de Solanda*, Caracas; Lima, Editorial Salesiana.
- Francovich, Guillermo,
1945 *La Filosofía en Bolivia*, Buenos Aires, Ed. Lozada.
- Gaceta de Colombia*,
1827 No. 292, 20 de mayo.
- García Vásquez, Demetrio,
s.a. *Revaluaciones históricas para la ciudad de Cali*, tomo I.
- García, Q. J.,
1963 *Historia de la Iglesia de los Charcas o La Plata (Sucre-Bolivia) III: Templos, Conventos, Orfelinatos, Congregaciones, desde 1539 a 1963*.
- González Suárez, Federico,
1992 *Obras oratorias*, Quito, Biblioteca Grupo Aymesa.
- González, Fernán E.,
1991 "La Guerra de los Supremos", en *Nueva Enciclopedia de Colombia*, tomo II, Bogotá.
- Grieshaber, P.,
1980 "Sobrevivencia de las comunidades indias en el siglo XIX en Bolivia: una comparación regional", en *Jornal de Estudios de América Latina* XII/2.
- Grigoriu, R.,
"Historia de la Iglesia".
- Grisanti, Ángel,
1955 *El Gran Mariscal de Ayacucho y su esposa la Marquesa de Solanda*, Caracas, Imprenta Nacional.
- Gutiérrez Cely, Eugenio,
1993 "Márquez y la Guerra de los Supremos", en *Credencial historia*, No. 45, Bogotá, septiembre.
- Gutiérrez, Alberto,
1995 *La muerte de Abel*, La Paz, Universidad Mayor de San Andrés.
- Gutiérrez, Rufino,
1897 "De Tumaco a Pasto. Importancia Militar del Sur", en Carlos Martínez Silva, dir., *El repertorio colombiano*, vol. XV, Bogotá, enero-mayo.

- Irisarri, Antonio José,
1915 *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas.
- Iturricha, Agustín,
1920 *Historia de Bolivia bajo la administración del Mariscal Andrés Santa Cruz*, Sucre, Imprenta Boliviana.
- Just, Estanislao,
1987 *Aproximación a la Historia de la Iglesia en Bolivia*, La Paz, Ed. Don Bosco.
- Klein, Herbert,
1968 *Orígenes de la Revolución Nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco*, La Paz, Ed. Juventud.
- 1988 *Historia General de Bolivia*, La Paz, Ed. Juventud.
- König, Hans-Joachim,
1994 *En el camino hacia la nación. Nacionalismo y proceso de formación del Estado y de la Nación en la Nueva Granada, 1750-1856*, Bogotá, Banco de la República.
- Kuhl, P. E.,
1970 *La Iglesia en Bolivia y el Desarrollo Integral*, Ediciones Paulinas, L.P.
- Larrazábal, Carlos H.,
1950 *Sucre*, Buenos Aires.
- Lecuna, Vicente,
1960 *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, tomo II, New York.
- 1975 *Documentos referentes a la creación de Bolivia*, Edición del Gobierno de Venezuela.
- Ledezma, C.,
1979 *Descarado colonialismo y genocidio del clero boliviano*, Cochabamba.
- Lemos Guzmán, Antonio J.,
1978 *Obando, de Cruz Verde a Cruz Verde*, Bogotá, Colección Biblioteca Caja Agraria.
- Libermann, Jacobo,
1989 *Tiempo de Bolívar (1783-1830)*, 2 vols., Bogotá, Ed. Nomos.
- Lofstrom, William Lee,
1983 *El mariscal Sucre en Bolivia*, La Paz, Ed. Alenkar.
- 1987 *La Presidencia de Sucre en Bolivia*, Caracas.
- López, M. F.,
1965 *Compendio de historia eclesiástica en Bolivia*, La Paz.
- Lora, Guillermo,
1969 *Historia del Movimiento Obrero boliviano*, tomos II y III, La Paz, Imprenta UMSA.
- 1978 *Estudios Histórico-políticos sobre Bolivia*, La Paz, Ediciones El Amauta.
- Luna Tobar, Alfredo,
s.a. *El Ecuador en la independencia del Perú*, tomo II.
- Lynch, John,
1976 *Las Revoluciones Hispanoamericanas. 1808-1826*, Barcelona, Editorial Ariel, Colección Ariel Historia.
- Madariaga, Salvador,
1951 *Bolívar*, tomo II, México.

- Márquez, José Ignacio,
1831 Informe del Secretario de Hacienda de la Nueva Granada a la Convención de 1831.
- Martínez Delgado, Luis,
1973 *Berruecos*, Medellín, Editorial Bedout.
- Maurois, André,
1958 *Diálogos sobre el mando*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XX.
- Menacho, A.,
1981 *Los Jesuitas en Bolivia: 1572-1767, 1881-1981*.
- Mendoza, Cristóbal L.,
1967 "Introducción" a la *Gaceta del Gobierno del Perú*, tomo I, Caracas.
- Mendoza, Gunnar,
s.a. *Diario de un soldado de la Independencia altoperuana en los valles de Sica Sica y Ayopaya. Tambor mayor Vargas*, Sucre, Universidad de San Francisco Xavier.
- s.a. *El Diario de un Comandante de la Independencia americana (1814-1825) por José Santos Vargas*.
- Mesa, Carlos,
1990 *Presidentes de Bolivia entre urnas y fusiles*, La Paz, Editorial Gisbert, 2a. ed.
- Mitre, Antonio,
1993 *Bajo un cielo de Estaño*, La Paz, ILDIS, Publicidad Arte Producciones.
- Moncayo, Pedro,
1906 *El Ecuador de 1825 a 1875, sus hombres, sus instituciones y sus leyes*, Quito, Imprenta Nacional, 2a. ed.
- Montenegro, Carlos,
1979 *Nacionalismo y Colonización*, La Paz, Los Amigos del libro.
- Morales, José Agustín,
1925 *Los primeros cien años de la República de Bolivia*, La Paz, Ed. Veglia.
- Moreno, Gabriel René,
1896, 1952 *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, Santiago de Chile, Imprenta Cervantes.
- 1975 *Casimiro Olañeta*, La Paz, Ed. Universo.
- Núñez, Jorge,
1989 "El Ecuador en Colombia", en Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 6, Quito, Corporación Editora Nacional / Grijalbo.
- Nye, Russel B.,
1978 "La joven república", en *Historia de los Estados Unidos*, Buenos Aires, EDISAR.
- O'Leary, Daniel Florencio,
1879 *Memorias*, tomo IV, Caracas.
- 1919 *Cartas de Sucre al Libertador (1826-1830)*, Madrid, Editorial América.
- 1925 *Memorias*, tomo II, Caracas.
- 1981 *Memorias*, edición facsimilar de la primera edición, Ministerio de la Defensa, Venezuela.
- s.a. "Bolívar y la emancipación de Sudamérica", en *Memorias*, Biblioteca Ayacucho, tomo 2, Madrid.

- Obando, José María,
1945 *Apuntamientos para la historia*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- Oficina Nacional de Inmigración y Propaganda Geográfica,
1902-1904 *Censo Nacional de la Población de la República de Bolivia*, 1 de septiembre de 1900, 2 vols., La Paz.
- Olañeta, Casimiro,
1978 "Artífice de Bolivia", en *Historia y Cultura*, No. 3, La Paz, Litografías e Imprentas Unidas S. A.
- Olmedo, José Joaquín de,
1980 *Obras completas, Cartas históricas y políticas*, Quito, Ediciones Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Ovando Sanz, Jorge A.,
1985 *El tributo indígena en las finanzas Bolivianas del siglo XIX*, La Paz, Ed. UMSA.
- Páez, José Antonio,
s.a. *Autobiografía, 1867*, tomo I.
- Pentland, Joseph Barklay,
1975 *Informe sobre Bolivia*, Potosí, Ed. Potosí.
- Pérez y Soto, Juan Bautista,
1924 *El crimen de Berruecos*, 4 vols., Roma, Escuela Tip. Salesiana.
- Pinilla, Sabino,
1975 *La Creación de Bolivia*, La Paz, Ed. UMSA.
- Platt, Tristan,
1984 *La rebelión Andina y el surgimiento del Partido Liberal 1825-1900*, manuscrito, Madison, Wisconsin.
- Pólit Laso, Manuel María,
1930 *Homenaje a la memoria del Gran Mariscal D. Antonio José de Sucre en el primer centenario de su muerte*, Quito, Imprenta del Clero.
- 1980 "Presencia viva de Antonio José de Sucre 1795-1830", en *La palabra del Gran Mariscal*, Caracas, Ediciones del Ministerio de la Secretaría de la Presidencia de la República.
- Publicación dedicada a la memoria del Dr. Vicente Lecuna*,
1978 2 vols., Caracas, Talleres de Cromotip.
- Quijano Otero,
s.a. *Compendio de historia patria*.
- Ramallo, Miguel,
1975 *Guerrilleros de la Independencia. Los esposos Padilla*, La Paz, Biblioteca del Oficial Boliviano.
- República de Bolivia,
1834 *Colección Oficial de Leyes, Decretos, Órdenes, Resoluciones*, tomos I y II, Sucre, Imprenta del Colegio de Artes.
- Restrepo, José Manuel,
1954 *Diario político y militar*, tomo II, Bogotá, Imprenta Nacional.
- 1969 *Historia de la revolución en Colombia*, tomos II, IV, V, Medellín, Ed. Bedout.
- Revenga, José Rafael,
1953 *La hacienda pública de Venezuela, 1820-1830*, Caracas.

- Rey de Castro, José María,
1883 [1995] *Recuerdos del tiempo heroico. Páginas de la vida militar y política del Gran Mariscal de Ayacucho*, edición facsimilar, edición conmemorativa del Bicentenario del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, Lima.
- Rivera, Silvia,
1978 "La expansión del latifundio en el altiplano boliviano: Elementos para la caracterización de una oligarquía regional", en *Avances II*, La Paz.
1981 "Rebelión e ideología: luchas del campesinado aymara del Altiplano boliviano, 1910-1920", en *Historia Boliviana 1/2*, Cochabamba.
1993 *Violencias encubiertas en Bolivia*, Xavier Albó y Raúl Barrios, coords., La Paz, Cipca Aruwiyiri.
- Robalino Dávila, Luis,
1974 *Eloy Alfaro y su primera época*, vol. 2, Puebla, Ed. Cajica.
- Roca, José Luis,
1977 Artículos de la revista *Historia y Cultura*, No. 3, La Paz.
1995 *La epopeya del mariscal Sucre*, manuscrito, Sucre.
- Rodríguez Plata, Horacio,
1958 *José María Obando íntimo (Archivo-Epistolario-Comentarios)*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Editorial Sucre.
- Rodríguez, Gustavo,
1993 *Poder Central y Proyecto regional, Cochabamba y Santa Cruz en los siglos XIX y XX*, Cochabamba, ILDIS, Ed. Ilam.
- Romero, José Luis y Luis Alberto,
1977 *Pensamiento político de la Emancipación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Rumazo González, Alfonso,
1968 *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, Ed. Mediterráneo.
1973 *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, Edime.
1980 *Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
1980 *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Madrid.
- Saavedra, Bautista,
1921 *La Democracia en nuestra historia*, La Paz, Imprenta y Lit. Artística.
- Sabine, George,
1988 *Historia de la Teoría Política*, Madrid, Ed. Gráficas Muriel.
- Salamanca, F. H.,
1966 "La interpretación imperialista de la historia de Bolivia. A propósito de Charles Arnade", en *Cultura Boliviana 17 y 22*.
- Salcedo Bastardo, José Luis,
1981 *Antonio José de Sucre. De mi propia mano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Salvador Lara, Jorge,
1994 *Breve historia contemporánea del Ecuador*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Sandoval Rodríguez, Isaac,
1993 *Los Partidos políticos en Bolivia*, La Paz, Editorial Mundi Color.
- Santander, Francisco de Paula,
1988 *Escritos políticos y mensajes administrativos, 1820-1837*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República.

- Siles Salinas, Jorge,
1992 *La Independencia de Bolivia*, Madrid, Editorial MAPFRE.
- Sismondi, Jean Charles, citado por Rosa Luxemburgo,
1967 *La Acumulación del Capital*, México, Editorial Grijalbo.
- Tirado Mejía, Álvaro,
1983 *Introducción a la historia económica de Colombia*, Bogotá, El Ancora Editores.
- Tocqueville, Alexis de,
1984 *La democracia en América*, tomo I, Madrid, Ed. Sarpe.
- Valencia Vega, Alipio,
1982 *Manual de Derecho Constitucional*, La Paz, Ed. Juventud.
- Vallenilla, Laureano,
s.a. *Vida de don A. J. de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, París.
- Vargas, José Santos,
1982 *Diario de un Comandante de la Independencia americana, 1814-1825*, México, Ed. Siglo XXI.
- Vawell,
1973 *Campañas y cruceros*, Caracas.
- Vázquez-Machicado, Humberto,
1988 *Obras Completas*, vol. III, La Paz, Ed. Don Bosco.
- Velasco Ibarra, José María,
1993 *Bolívar*, Biblioteca Grupo Aymes, vol. 7, Quito.
- Virreira, J.,
s.a. "La Iglesia en Bolivia".
- Zabaleta Mercado, René,
1986 *Lo Nacional Popular en Bolivia*, México, Ediciones Siglo XXI.
- 1992 *50 Años de historia*, La Paz, Editorial Los Amigos del libro.
- Zuluaga, Francisco,
1988 *José María Obando. De soldado realista a caudillo republicano*, Bogotá, Banco Popular.
- 1993 *José María Obando. De soldado realista a caudillo republicano, y Guerrilla y sociedad en el Patía*, Cali, Ed. Facultad de Humanidades, Universidad del Valle.

Los autores

Luis Andrade Reimers. Académico e investigador ecuatoriano. Escribió varias obras sobre el mariscal Sucre. Trabajó sobre temas de historia aborigen y de la Independencia, así como varias biografías.

René Arze Aguirre. Historiador boliviano. Ha trabajado sobre temas de historia general y republicana de su país. Ha sido catedrático universitario. Ex director del Archivo Nacional de la República de Bolivia.

Enrique Ayala Mora. Historiador ecuatoriano. Es editor de la *Nueva Historia del Ecuador*, obra colectiva en quince volúmenes. Ha trabajado sobre temas de historia política y social del Ecuador. Ha sido diputado y Vicepresidente del Congreso de su país. Es rector de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

Manuel Burga. Historiador peruano. Ha trabajado sobre historiografía y temas de etnohistoria, historia colonial y republicana del Perú y la subregión andina. Ejerce la cátedra universitaria en el Perú y en varias instituciones del exterior.

Carlos de la Torre Reyes. Historiador, periodista y literato ecuatoriano. Investigó sobre la Independencia y la historia republicana de su país. Escribió importantes biografías. Publicó, además, varias novelas y ensayos. Ejerció funciones de embajador del Ecuador.

María Luisa Kent. Historiadora boliviana. Investiga sobre temas de historia de la Independencia y la República en Bolivia. Forma parte del Instituto de Estudios Andinos y Amazónicos, INDEAA, La Paz.

Felipe Montilla. Educador y parlamentario venezolano. Fue Ministro de Educación de su país, Senador de la República de Venezuela, Presidente de la Comisión de Educación y Cultura del Parlamento Andino y Presidente del Consejo Superior de la Universidad Andina Simón Bolívar.

Jorge Núñez Sánchez. Historiador ecuatoriano. Ha trabajado sobre temas de historia social y política del Ecuador. Ha sido Subsecretario de Cultura de su país y Presidente de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe, ADHILAC.

Alonso Valencia Llano. Historiador colombiano. Ha investigado sobre historia política y regional de Colombia. Es profesor de la Universidad del Valle y directivo del Centro de Estudios Históricos del Sudoccidente Colombiano.

Ramón J. Velásquez. Historiador y parlamentario venezolano. Ha investigado varios temas de historia republicana de su país y ha publicado numerosas obras de ensayo. Por varios períodos ejerció las funciones de Senador y posteriormente ejerció la Presidencia Constitucional de la República de Venezuela.

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica internacional autónoma. Se dedica a la enseñanza superior, la investigación y la prestación de servicios, especialmente para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos. La universidad es un centro académico destinado a fomentar el espíritu de integración dentro de la Comunidad Andina, y a promover las relaciones y la cooperación con otros países de América Latina y el mundo.

Los objetivos fundamentales de la institución son: coadyuvar al proceso de integración andina desde la perspectiva científica, académica y cultural; contribuir a la capacitación científica, técnica y profesional de recursos humanos en los países andinos; fomentar y difundir los valores culturales que expresen los ideales y las tradiciones nacionales y andinas de los pueblos de la subregión; y, prestar servicios a las universidades, instituciones, gobiernos, unidades productivas y comunidad andina en general, a través de la transferencia de conocimientos científicos, tecnológicos y culturales.

La universidad fue creada por el Parlamento Andino en 1985. Es un organismo del Sistema Andino de Integración. Tiene su Sede Central en Sucre, Bolivia, sedes nacionales en Quito y Caracas, y oficinas en La Paz y Bogotá.

La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en Ecuador en 1992. Ese año suscribió con el gobierno de la república el convenio de sede en que se reconoce su estatus de organismo académico internacional. También suscribió un convenio de cooperación con el Ministerio de Educación. En 1997, mediante ley, el Congreso incorporó plenamente a la universidad al sistema de educación superior del Ecuador, lo que fue ratificado por la Constitución de 1998.

La Sede Ecuador realiza actividades, con alcance nacional y proyección internacional a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, y Estudios Interculturales, Indígenas y Afroecuatorianos.

CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL

Biblioteca de Historia

1. Roberto Andrade, *HISTORIA DEL ECUADOR, I*
2. Juan León Mera, *LA DICTADURA Y LA RESTAURACIÓN EN LA REPÚBLICA DEL ECUADOR*
3. Camilo Destruge, *HISTORIA DE LA PRENSA DE GUAYAQUIL, I*
4. Camilo Destruge, *HISTORIA DE LA PRENSA DE GUAYAQUIL, II*
5. Roberto Andrade, *HISTORIA DEL ECUADOR, II*
6. Eloy Alfaro, *NARRACIONES HISTÓRICAS*
7. Roberto Andrade, *HISTORIA DEL ECUADOR, III*
8. Alberto Muñoz Vernaza, *ORÍGENES DE LA NACIONALIDAD ECUATORIANA*
9. Roberto Andrade, *HISTORIA DEL ECUADOR, IV*
10. Enrique Ayala Mora, edit., *LA HISTORIA DEL ECUADOR: ensayos de interpretación*
11. Juan Murillo Miró, *HISTORIA DEL ECUADOR*
12. Luis Andrade Reimers, *SUCRE EN EL ECUADOR*
13. Ricardo Márquez Tapia, *CUENCA COLONIAL*
14. Leonidas Batallas, *FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ: apuntes para su biografía*
15. María Mogollón, Ximena Narváez, *MANUELA SÁENZ: presencia y polémica en la historia*
16. Bernard Lavallé, *QUITO Y LA CRISIS DE LA ALCABALA, 1580-1600*
17. Plutarco Naranjo, *SÍFILIS: OTRA ENFERMEDAD QUE NOS LLEGÓ DE EUROPA: la medicina y la sífilis en el Viejo Mundo*
18. Bernard Lavallé, *AL FILO DE LA NAVAJA: luchas y derivas caciquiles en Latacunga, 1730-1790*
19. Kim Clark, *LA OBRA REDENTORA: el ferrocarril y la nación en Ecuador, 1895-1930*
20. Jaime E. Rodríguez O., *LA REVOLUCIÓN POLÍTICA DURANTE LA ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA: el Reino de Quito, 1808-1822*
21. Galo Ramón Valarezo, *EL PODER Y LOS NORANDINOS: la historia en las sociedades norandinas del siglo XVI*
22. Jaime E. Rodríguez O., *EL NACIMIENTO DE HISPANOAMÉRICA: Vicente Rocafuerte y el hispanoamericanismo, 1808-1832*
23. Luis Cláudio Villafañe G. Santos, *EL IMPERIO DEL BRASIL Y LAS REPÚBLICAS DEL PACÍFICO: las relaciones de Brasil con Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú, 1822-1889*
24. Jean-Paul Deler, *ECUADOR, DEL ESPACIO AL ESTADO NACIONAL*
25. Plutarco Naranjo y Rodrigo Fierro, eds., *EUGENIO ESPEJO: su época y su pensamiento*
26. Natália Esvertit, *LA INCIPIENTE PROVINCIA: Amazonía y Estado ecuatoriano en el siglo XIX*
27. Álvaro Oviedo Hernández, *SINDICALISMO COLOMBIANO: Iglesia e ideario católico, 1945-1957*
28. Enrique Ayala Mora, edit., *SUCRE, SOLDADO Y ESTADISTA*

CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL

Proyectos editoriales

HISTORIA

Biblioteca de Historia • Nueva Historia del Ecuador • Biblioteca Ecuatoriana de Arqueología • *Procesos*: revista ecuatoriana de historia • Libro del Sesquicentenario • Colección Quitumbe.

TESTIMONIOS

Colección “Ecuador” • Colección “Testimonios”.

GEOGRAFÍA

Estudios de Geografía • Los peligros volcánicos en Ecuador • Investigaciones en Geociencias • El riesgo sísmico en el Ecuador.

CIENCIAS SOCIALES

Biblioteca de Ciencias Sociales • Colección Temas • Colección Popular “15 de Noviembre” • Elecciones y Democracia en el Ecuador • Serie Estudios Internacionales • *Comentario Internacional*: revista del Centro Andino de Estudios Internacionales • Serie Alternativa.

PENSAMIENTO ECUATORIANO

Obras de Hernán Malo González • Pensamiento Fundamental Ecuatoriano • Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano.

DERECHO

Estudios Jurídicos • Fortalecimiento de la Justicia Constitucional en el Ecuador • *Foro*: revista de derecho.

LENGUA Y LITERATURA

Colección Kashkanchikrakmi • Historia de las literaturas del Ecuador • *Kipus*: revista andina de letras.

EDUCACIÓN Y CIENCIAS

Colección Nuevos Caminos • Biblioteca Ecuatoriana de la Familia • Biblioteca General de Cultura • Biblioteca Ecuatoriana de Ciencias • Serie Magíster • Serie “Debate Universitario” • Serie Manuales Educativos.

ADMINISTRACIÓN

Serie Gestión.

OTRAS COLECCIONES

Libros de bolsillo.



A pesar de que es una de las figuras más destacadas de la Independencia de América, el mariscal Sucre aún sigue siendo relativamente desconocido. Este libro, el primero en su género, constituye un esfuerzo de análisis comparativo sobre las acciones bélicas y políticas del héroe de Ayacucho y, al mismo tiempo, acerca de sus ideas y su vida privada. Se trata, no de un panegírico, sino de un ejercicio crítico sobre el principal lugarteniente de Bolívar, de quien se estudian sus proezas militares y su dimensión como estadista y pensador en el proceso de formación de nuestros Estados.

La participación de Sucre en las campañas libertadoras de Venezuela, Nueva Granada, Quito y Perú; la fundación y organización de la República Boliviana; las relaciones con Bolívar y otros líderes de la gesta emancipadora; su asesinato, cometido en Berruecos, y las consecuencias para el futuro político de la Gran Colombia, son algunos de los aspectos que se tratan aquí.

La lectura de esta obra deja en claro que es posible abordar temas viejos desde perspectivas nuevas. Los autores, todos especialistas en las materias que tratan, desbrozan un camino inédito para la investigación de los orígenes de nuestras naciones.

Pese a que los capítulos de este libro abordan temas especializados, está escrito en forma muy ágil y puede ser leído con facilidad por personas que no son especialistas en Historia, pero tienen interés en conocer mejor los procesos del pasado, sus protagonistas y sus consecuencias.

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Corporación Editora Nacional

